



Jorge Majfud

La reina de América

Índice

- I. Atardecer
 - El pecado original
- II. Noche
 - El Anticristo
- III. Madrugada
 - El eclipse de la razón
- IV. Amanecer
 - El juicio final

Pero yo creo que en un mundo doloroso
el placer no es un lujo
sino una necesidad.

I. Atardecer El pecado original

Mi madre era una prostituta hermosa -terminó por decir Consuelo, peinando con fuerza los pelos de camello de un pequeño mamut, mientras él miraba la acacia gigante y movía la cabeza sin querer-, hermosa como yo, según decía un novio que tuve, un imbécil que se había acostado primero con ella hasta que se aburrió y no le pareció mal reclamar a la hija y un día se metió en mi cuarto y en mi cama cuando yo ni siquiera sabía su nombre y todavía creía en las historias románticas que leía en las novelas de Corín Tellado. Él sabía más de mi propia madre que yo; porque en aquel tiempo yo era muy inocente, porque era una niña de quince años y porque mi madre me hizo así: siempre escondiéndome cosas. Porque así como nunca me dijo que se acostaba con hombres por dinero, tampoco me decía que se teñía de rubio para que su pelo se pareciera a mis ojos y no me imaginase yo a mi padre como un marinero vikingo. Ella tenía obsesión con la gente rubia, lo que me hizo pensar más de una vez que se había quedado embarazada a propósito, cuando llegó un barco con la bandera noruega, o con alguna otra marcada con la cruz. Yo suponía que si hubiese sido sueco o danés le hubiese dado lo mismo; que mi madre se debía haber acostado con más criollos de cara parda que con rubios desabridos, no porque fueran desabridos sino porque no abundaban mucho en la Ciudad Vieja; y que yo tenía que ser, vaya casualidad, la pelo castaño con los ojos más azules del barrio. Pero yo sé muy bien de dónde le venía esa locura por los vikingos. Yo sé que cuando venía de España, en 1960, se enamoró de un tipo llamado J. Jacobsen; que lo amó, lo esperó y que se escondió de él cuando fue a buscarla y ella ya era una prostituta arruinada. Su verdadero nombre era J. Jacobsen, y no Jackes... Pedro Jackes, como había querido mentirme una vez, apurada por una pregunta mía, previsible pero inesperada. Me cambió el nombre porque sabía que, así como quería saberlo de niña, un día yo iría a buscarlo de grande. Pero igual descubrí su verdadero nombre una mañana que mamá estaba en la feria del domingo y yo no pude resistir la tentación de revisar sus cosas, las cajas de cartón que escondía celosamente en un rincón del ropero de su cuarto, unos guantes de mujer, como los que se usaban antes para viajar o para lucir en las fiestas, unos zapatos que hacía años no los usaba y que seguramente ya no le calzaban, un cartón largo con unas letras no muy bien dibujadas que decía SE DICTAN CLASES DE INGLÉS (cuando a nadie le importaba repetir una lengua de piratas borrachos y los businessmen todavía no estaban de moda), una caja con pinceles y tubos de pinturas de óleo seco, el montón de fotos que yo conocía de memoria, a excepción de dos o tres y, precisamente, cartas. Una de las cartas que leí

aquel día, escrita con una letra torpe y con faltas ortográficas sobre un papel amarillento, estaba firmada por el misterioso caballero.

Te espero cerca de el amarillo lifeboat, cerca la noche,

J. Jacobsen,

decía el mensaje. Nunca vi ni una foto de ese tipo, pero por el apellido deduzco que era escandinavo. Este Jacobsen había estado en Islas Canarias, probablemente huyendo de algún delito o de la pobreza inesperada de España, porque mi abuelo le prohibió acercarse a aquel tipo que ni siquiera hablaba español sin dificultad. Jacobsen la buscaba cuando el padre no andaba merodeando y encontró el momento para besarla más de una vez en algún rincón del barco.

Las 14:30. El capitán ha hecho sonar la sirena para saludar a un barco que pasa lejos, interrumpiendo otra vez el silencio que había seguido al barullo del mediodía, al ruido de botellas destapadas y tenedores arañando la loza. Mabel puede sentir otra vez ese silencio, ahora más profundo, en el brillo del agua, en el momento que deja de pensar en América. Está cansada y casi feliz. Ya no piensa en Paquita, su madre, enfurecida y triste, estirando la mano para alejarla con sus disculpas, diciéndole «en América solo serás desgraciada. Con dolor te acostarás y con dolor deberás levantarte. Con dolor y desgracia contagiarás a quien te toque, para que sigas siendo siempre desgraciada», y luego atándose un paño detrás en la cabeza, bajando las cejas y mirando desde lejos, con el rencor de una mujer que ha sido engañada y abandonada; con el escaso juicio que le fue quedando después de la ruina de Bodegas Moreno.

Ya no siente aquel dolor de dejar España con todo adentro. Su mente y su corazón descansan, con los ojos puestos en ese brillo interminable que viene de donde ella va, sobre el Atlántico. Apenas un punto sobre la superficie salada y verde, eso es el barco y ella que flota en la nada. Ya no hay dolor; de repente descubre que es libre y siente algo parecido a una felicidad abstracta, sin deudas con la realidad. Se arregla el pelo, lo aprieta detrás de las orejas, corre un poco la falda y se recuesta para tomar sol. Mira el sol a través de los párpados cerrados, sintiéndolo en los brazos y en los muslos blancos de sus piernas. Y casi sonrío, hasta que abre los ojos y lo ve a él, mirándola, hermoso, casi asustado, casi feliz.

El abuelo era un castellano duro y no descarto que la hubiese castigado con una cachetada o algo por el estilo. Decía que una hija suya jamás se casaría con un hombre cualquiera, sin fortuna y sin educación. Y lo que era peor: anarquista. Porque, para el abuelo, todos los hombres con barba rubia eran anarquistas y por estos hijos de puta la familia había perdido su fortuna. Pero la verdad es que el abuelo había sido incapaz de conservar la herencia de los Moreno, acrecentada con su matrimonio. Había fundido una de las bodegas más famosas de España, pero aún no había perdido el orgullo aristocrático de una cepa antigua y refinada. Mamá se quedó a su lado no solo porque una buena hija jamás contradecía a su padre, sino porque además debía evitar que se disgustara por cualquier cosa, ya que se había enfermado del corazón después que le remataron la última propiedad, en La Rioja, y los amigos huyeron todos, como en una letra de tango. Así que mi madre tuvo que despedirse del Jacobsen, que tan mal tipo no debía ser, porque no quiso raptarla, como ella mismo se lo

había pedido antes de llegar a Buenos Aires.

-No piensa en Montevideo

-Junto al salvavidas amarillo

-Abla-nos hoy -J.J.

Mabel puede sentir otra vez ese silencio, ahora más profundo, en el brillo del agua, en el momento que deja de pensar en su padre y en España. Aún no sabe que sobre la mesita de luz de su camarote hay un papel de chocolate escrito por Jacobsen. Cuando lo descubra, con la cara de aluminio hacia abajo y las letras apretadas y mal dibujadas hacia arriba, sentirá un vértigo conocido desde que cumplió los dieciséis, bajándole desde los senos hasta el vientre. Mabel se queda inmóvil por un momento; hace calor y el barco no se mueve (puede verlo a través de la ventana). Duda un instante: el mensaje de Jacobsen estaba en la mesa de luz, no en el piso como debería estar si su padre no lo hubiese encontrado antes que ella. Esta vez el vértigo le llega a las manos y el papel de aluminio se sacude con un temblor eléctrico.

Sin saber adónde va, Mabel recorre un pasillo por el cual no había pasado nunca, hasta que encuentra un baño y entra. Hay una ventana redonda que brilla como un sol impidiéndole ver la línea que separa el cielo del mar. Hace un esfuerzo hasta que la ve. Ahora también puede ver el verde pálido del agua, algunas nubes y unos puntitos que tal vez sean gaviotas volando. Mabel piensa que hay una isla cerca. Se imagina naufragando y refugiándose en esa isla hasta que, de repente, advierte alguien más ahí y no es exactamente ella que se refleja en el espejo. Mira con cuidado su propia imagen que parece desconfiada. Sí, hay alguien más allí, ella nunca estará completamente sola. Se acerca y examina su rostro: puede ver a los Moreno, a los Zubizarreta, a otros rostros con nombres desconocidos. Una mujer de profundos ojos negros la mira con preocupación. Sus labios son carnosos y firmes. Parece su abuela cuando era joven y miraba asustada pero elegante la novedosa máquina de hacer fotos, con su fuego blanco a punto de estallar. O podría ser una mujer más lejana, en las afueras de Toledo, contemplando el puente y las casas que se amontonan al atardecer para dibujar un solo perfil urbano. Su pelo está algo entreverado por el viento; todo su rostro refleja una profunda preocupación: ha salido de la ciudad y no sabe si volverá a cruzar ese puente, a Toledo. Su hombre la espera y su madre no lo sabe aún. En ese momento estará recogiendo la mesa con sus olores a tocino, a humo y vino fresco. Son olores antiguos, piensa la joven de Toledo y también Mabel. Es ella y es otra la mujer que la mira por el espejo, que viene desde adentro de su sangre con sus mismos labios y con sus mismos miedos. Se llamaba como su abuela, Josefa; o tal vez Augusta, porque había dos Augustas en la familia. Y tenía esos mismos labios, mi niña, ahora apretados en ese rostro algo pálido, como si recibiera la luz de una luna en lugar de un sol casi tropical. Es ella y es otra la que se refleja un instante y luego vuelve a recordar que su padre la estará esperando. (La ventana redonda vuelve a ser un disco brillante y difícil de mirar.) Entonces, Mabel sale del baño, como si huyera de alguien que no está totalmente allí en el espejo.

En el bar está la cubana que quiso acompañarlos la noche anterior, sola y rodeada de un silencio que persiste demasiado, a su entender, moviendo unos cubitos de hielo en un vaso empañado por la humedad del aire.

-Mabel -le grita la cubana-, ma belle. Por ahí no se va a ninguna parte, niña. ¿A dónde vas tan apurada?

-Iba a mirar para afuera -dice Mabel, confundida.

-Afuera se ve desde aquí, chica. Acércate a esta mujer sola y hazle compañía un poquitico.

Y enseguida, sin preguntarle, pide al mozo otro Martini.

-No, gracias.

-De nada -contesta la cubana, como si hubiese aceptado la invitación. Pero Mabel ya está sentada junto a la barra y piensa que su padre se pondrá aún más furioso cuando la vea en compañía de aquella mujer, bebiendo Martini.

-Pero chica, estás con una cara que mejor no te cuento.

-Estoy un poco mareada.

-Pero si no hay olas, mi niña. Al menos que estés embarazada...

Las mejillas le arden de repente. El mozo le sirve el Martini y ella obedece. Enseguida agacha la cabeza como si hubiese recibido una cachetada.

-Vamos, chica -insiste la cubana-, ¡si te he visto con un hombre que ni te cuento!

-¿A mí? -pregunta Mabel, ingenua.

-No te hagas la tonta, ma belle. Yo no soy tu padre. ¿Te crees que no me di cuenta, ayer? Si fuera por tu padre te quedarías para vestir santos. O para vestir viejos en algún asilo de caridad. No te pongas nerviosa. Tu viejo no va a venir por aquí, por lo menos hasta las tres y media, que es cuando termina su segundo habano. Ahora mismo, como todos los días, está sentado en el sillón de la proa.

-¿Lo habéis visto ahí?

-No precisamente hoy. Pero es lo mismo; el viejo regresa cada día a las dos, con su mal humor, a sentarse en la punta delantera del barco. Por eso nadie ocupa ese lugar después de la una y media.

-La gente ya conoce a mi padre.

-Claro que sí. Después de una semana de convivencia en una misma casa todos somos como de la familia. Todos saben que el vasco Goicoechea desayuna dos veces haciéndose invitar por Madrid, el aduanero, que piensa que el vasco es doctor.

Mabel intenta mirar para afuera. Le desagrada la noticia hasta el punto de sentir náuseas.

-Y también todos saben que tu padre te persigue. No hagas caso. Tu padre tiene celos, como todo padre hecho a la antigua. No tiene nada de malo bajarse un hombre. Y si está tan sabroso, mejor.

-Pero yo no he hecho nada -dice Mabel, sin rebeldía, casi rogando.

-¿No hiciste nada? -pregunta la cubana, escandalizada-. Pero es de no creer. Yo en tu lugar ya me lo hubiera comido, con mayonesa y todo. A ver, no pongas esa carita. ¿Qué tiene de malo comerse un hombre que te gusta? Para eso nos hizo Dios. Y para eso hizo a los hombres tan ricos como el tuyo. ¿Dónde lo conseguiste?

-Lo conocí en el barco -confiesa Mabel y se sorprende. Siente que esas palabras no pudo haberlas dicho ella. Son las palabras de una mujer adulta, no son de ella. Está abusando de su libertad.

-Ay, chica, qué romántico -dice la cubana, tomándola del brazo-. Si yo tuviera tus pocos años y tu cuerpito de leona, si yo tuviera esos ojos

negros y ese pelo abundante y ese perfil suave y esas mejillas que todavía se ponen coloradas cuando alguien las mira, qué no haría yo. Me comería hasta el capitán. Mejor dicho, me comería hasta el maquinista, porque allá abajo debe ser más emocionante. Si yo tuviera tus pocos años, me moriría de miedo y de vergüenza, que es lo que más agita el corazón cuando una se entrega a un hombre. Pero ya ves; una se aviva cuando ya es una vieja y ya no tiene ni miedo ni vergüenza, cuando en lugar de hacer favores solo puede resignarse a recibirlos.

-Usted no es vieja -dice Mabel, al tiempo que descubre unas arrugas en los ojos pintados de la cubana.

-Por favor, niña, no hacen falta los cumplidos. Estamos en confianza. Claro que soy una vieja. Tengo cincuenta y cinco años, aunque te juro que me sobra nafta para dar vuelta al capitán, pero al capitán solo le interesa la brasilerita virgen que viene de Canarias y que no se acostará con él aunque el muy carnero le regale el barco entero, con pitos y flautas.

La cubana se ríe con ganas y Mabel piensa que también ella ha bebido de más. Entonces procura desprenderse de sus manos. «Está por pasar», piensa y mira el reloj: son las tres y media de la tarde.

-Bueno, chica, ¿y ahora que ocurre? ¿No te gustó lo que te dije? No hay problema, te pido disculpas. A veces me olvido que yo también tuve diecinueve años y mucho pudor.

-No, no hay problema -interrumpe Mabel-; usted es mayor y es libre.

-Para empezar, ma belle, no me diga «usted». Suena feo. Tutéame; estamos en confianza. ¿No te dije que somos como una gran familia a la deriva? Dime «che» y «vos», como dicen los argentinos.

-¿Conoce Argentina? -Mabel despierta, su corazón se agita un poco.

-Claro que sí. Conozco toda Latinoamérica, mi niña. Desde que llegó Fidel a la isla tuve que irme con mi dinero y mi marido a cuestras. El dinero aún lo conservo.

-¿Entonces conoce Montevideo? ¿Cómo es Montevideo?

Mabel se olvida de su padre que ahora está acodado en la baranda del barco. Rodrigo Moreno mira a lo lejos y aprieta fuerte la boca y las cejas, una contra otra. Un niño pasa corriendo y choca con él, pero logra salvarse de una de sus mejores cachetadas que iba directa a su cara.

-Hijos del demonio -grita don Moreno, con la garganta caliente y llena de aliento a tabaco-. ¿Cómo los dejan sueltos por cualquier lado?

Mamá pensaba encontrarse con su príncipe azul y amarillo un sábado no muy lejano, a las cinco de la tarde, en la misma dársena que los recibiera por primera vez. Pero al llegar a Montevideo (la última escala del viaje) el abuelo tuvo un pequeño ataque -de disgusto, según había alcanzado a decir-. Habían bajado a una fonda que está a una cuadra del puerto, para almorzar verdadera comida española, que mamá nunca había probado. Al abuelo Rodrigo no le gustó nada encontrar gallegos allí, porque eran tan pobres como en Galicia y porque nadie le había prestado atención al entrar. El mozo que los atendió había llegado dos días antes y ya traía la túnica sucia del barco. Por supuesto que el abuelo pidió platos inubicables en aquella fonda para luego terminar conformándose con un guiso de lentejas y con un vaso de vino sin embotellar.

«Parece que lo peor de España llegó primero», decía, molesto y clavando

los ojos en mamá, y ella trataba de no mirarlo, porque sabía lo que seguiría después.

«Y tu, hija de mil demonios, ¿por qué me habéis desobedecido?».

Ella inclinaba la cabeza sobre el plato con guiso y se escondía detrás de una cuchara temblorosa, sin decir nada. Pero el viejo insistía:

«¿Es que no habéis aprendido nada de toda la educación que os di? Invertí una fortuna en los mejores colegios de España, ¿y para qué? Para que un día un macho cualquiera te diera vuelta la cabeza como una veleta. ¿Cómo te atreviste a coquetear con un vagabundo que ni siquiera sabe escribir sin faltas ortográficas y que podría ser tu padre? ¿Pues, que me estáis escuchando?», le dijo levantando la voz y la mano para bajarle una cachetada. No alcanzó a dársela, porque la gente que estaba allí comenzó a mirar y el abuelo era enemigo del mínimo incidente con la chusma. A mi madre se le cayó un poco de guiso en la falda, pero continuó comiendo para no mirarlo a la cara. Yo misma lo recuerdo de fotos antiguas y me da terror. Esos ojos fijos y amenazantes que colgaban en una pared de mi casa y me seguían para donde me moviera, los bigotes finitos sobre una boca demasiado apretada que no dejaba ver los labios, y una mandíbula poderosa, destacada del resto de la cara por un corte de pelo estilo milico; porque antes tenían su estilo para hacerse retratos, probablemente el único género conocido por la gente común: se desprendían de todo sentimiento y en sus caras no quedaban más expresiones que la de un muerto con los ojos abiertos. No me imaginaba a ese hombre reconociéndose algún defecto.

Luego pasó lo que ya le conté. Cuando mamá levantó la vista, el abuelo se estaba muriendo. O casi, porque el viejo logró recuperarse de ese ataque.

Llamaron a un médico que no demoró mucho; el hospital Maciel estaba allí cerca. El viejo quedó internado y recuperándose, pero el barco no lo esperó los cuatro días que le obligó el médico a reposar, y los dos se quedaron en Montevideo. Él en el cementerio Central, porque su corazón no resistió un segundo ataque, y ella con unas pesetas flacas en un hotel de la Ciudad Vieja. Y con los recuerdos del viaje, ya que mamá nunca olvidó esos treinta días de sus dieciocho años. Además, yo sé que después de enterrar a su padre, sola y mal acompañada por algunos funcionarios municipales que hablaban de fútbol mientras cargaban el cajón, volvió al puerto a esperar a su Jacobsen, romántico pensador o delirante enamorado.

-Sigue a tu padre. En Buenos Aires espera-mí en el puerto, a Saturday.

-Un sábado...

-Sí. Un sábado, cinco de la tarde, en el mismo lugar que tu baja.

-Pero, ¡cuál sábado! -dice Mabel, secándose las lágrimas.

-Un sábado, el primero sábado. O hasta que yo aparece.

Ahora ya nunca sabré qué pudo haber pasado por la cabeza de aquel hombre.

¿La volvió a buscar en el barco cuando salieron de Montevideo? ¿Prefirió alejarse del viejo y de la española? ¿Volvió alguna vez a Montevideo?

Toma aire, se detiene, siente una leve corriente de aire que le recuerda que hace calor y que no deben ser más de las ocho de la noche. Un leve tic de impaciencia le hace apretar varias veces el mamut, como un gato que se acomoda en una almohada mullida. Mira al viejo que continúa inmóvil en su silla de ruedas, mirando la acacia gigante sin poder decir palabra. Por momentos parece que se quedará dormido y luego respira como si estuviera excitado. Si se duerme, piensa ahora, no voy a poder subirlo a la cama. La

parálisis y probablemente la angustia de un cerebro todavía activo han disminuido sus músculos, pero aún sigue siendo un hombre grande, imposible de levantar sin la ayuda de la enfermera. Y la enfermera no volverá hasta las nueve, para llevarlo al baño o para cambiarle de pañales, repitiendo con seguridad profesional que a ese tipo no le queda mucho tiempo, porque los años en esto me han enseñado muchas cosas que ni los doctores saben. Cuando los cambio, les hablo y les toco los testículos con discreción, y si el tipo todavía entiende o siente algo, la guacha se les pone dura como una vara. Entonces se las acaricio un rato, no porque sea una pervertida, sino por piedad. Al fin y al cabo, también tienen derecho, ¿no? Seguro que no basta con darles de comer y tenerlos bien limpios, pero hay gente que nunca lo va a entender. Cuando le conté esto mismo a una amiga, que también es nurse en Devoto, se hizo la decente, escandalizada, y me dijo necrófila. Yo no sabía qué era eso de necrófila hasta que por casualidad (o nunca sabré por qué) lo leí ese mismo día en el diario: una mujer que cuidaba una morgue se acostaba con los muertos. Eso era necrofilia. La mina solo podía tener un orgasmo cuando el fiambre tenía olor de haber estado dos a tres días afuera de la heladera. Se los montaba y les hacía el favor que hubieran querido en vida. Entonces me acordé de otra historia que había escuchado en Radio Colonia, de otro tipo que se había robado una vieja del cementerio y la había violado. Entonces el juez que atendió el caso había solicitado la ayuda de un psiquiatra para determinar si el tipo estaba mal de la cabeza o se hacía no más. Pero eso sí que es horrible, y no se me puede comparar. Yo no lo hago por placer propio sino por piedad, como le dije. Si a un tipo todavía se le para es porque está vivo y pico. Y necesita tanto de unas caricias como del suero.

Jacobsen casi no hablaba español, pero las pocas palabras que sabía pronunciar con algún orden le fueron suficientes para transmitirle a mi madre una teoría ridícula, que ojalá sea cierta. Mabel repetía siempre que si había una vida más allá, y las almas pudieran lograr lo que deseaban, era lógico que dos almas que se habían amado en vida debían reunirse otra vez después de la muerte. De lo contrario el más allá sería tan absurdo, injusto y arbitrario como la vida misma. (Lo cual tampoco es difícil de imaginar: si esta vida es injusta y absurda, ¿por qué no habría de serlo también cualquier otra -de haber otra?) Era una teoría disparatada pero toda basada en un sentimiento común que le confería esa apariencia lógica o irrefutable. «¿Y qué pasa cuando una se vuelve a enamorar de otra persona?», le preguntaba yo, y ella respondía: «Entonces traiciona la eternidad de uno por la del otro». Claro, suponemos que no pueden haber eternidades paralelas. Yo muchas veces pensé en esta idea de Jacobsen y confieso que, aunque me parezca disparatada, nunca pude dejar de pensar en ella, como alguien que dice que Dios no existe pero tiene miedo del castigo divino. Por ejemplo, cuando me enamoré de un muchacho de Tres Cruces, pensaba que estaría toda mi vida con él, y que cuando uno de los dos muriese el otro esperaría su propia muerte para reunirse otra vez y para siempre.

Consuelo se detiene y lo mira un momento. Adivina que es un hombre inteligente o, mejor dicho, que había sido un hombre inteligente. Y como si se avergonzara de una idea tan simple, dice:

-¿No es algo muy original lo que le estoy diciendo, no? Estoy segura de

que esta noche no me encuentro muy lúcida, puedo notarlo, como un bebedor juicioso que ya siente el efecto narcótico del alcohol y, sin embargo, mantiene la postura. Como decía Abayubá, el único amigo o novio que tuve en el liceo, una siempre piensa en proporción inversa a lo que habla. Él era un tipo silencioso por demás y a veces me daba cuenta de que yo lo aturdí con mis cuestiones y entonces él hacía un esfuerzo inhumano por no bostezar. Pero ahora no quiero pensar (¿para qué?); solo quiero hablar. Y ya que usted no tiene más remedio que darme el gusto, hablo y no pienso. -Aunque, como dice la empleada, tal vez ni escuche ni entienda nada -piensa Consuelo, pero enseguida vuelve a mirar sus ojos perdidos en la acacia gigante y adivina alguna ansiedad. Es un hombre que escucha pero no puede preguntar más. Así que lo acompaña en su mirada y descubre un pequeño pájaro que ha llegado al árbol, ahora sumergido en sus propias sombras, y reflexiona, otra vez murmurando en voz alta, como si sus palabras se escaparan de su boca mientras ella continúa mirando algo que está muy lejos de ahí:

-Amar a un hombre, a una mujer, no es algo muy original, que digamos. Casarse, tener hijos, no casarse, no tener hijos, tenerle miedo a la muerte... -el pájaro nocturno revolotea entre las ramas, casi sin hacer ruido, y se pierde en la noche, más allá de la acacia y de los muros vecinos. Consuelo lo pierde de vista- tomar vino, escuchar música; nada de eso es original. Vivir no es algo muy original; eso ya lo hizo mucha gente antes y se murieron igual. Ahora, yo no me tomaría en serio una teoría tan encantadora, pero eso era lo lógico, según Jacobsen. Y así pensaba yo misma, cuando me enamoré temprano: imaginaba que me moría joven, en un accidente o por una enfermedad, y entonces comenzaba a sentir dolores en un ceno o en el vientre y pensaba en la muerte. Luego soñaba que estaba en mi cama, muriendo. Tenía la cabeza débil, apoyada en una almohada enorme y miraba al techo sin poder mirarlo a él. «Aún es demasiado joven -pensaba yo-, y tendrá que rehacer su vida al lado de otra mujer. No puedo pedirle que no lo haga; encontrará a otra mujer, se volverá a enamorar y volverá a decirle todas las mejores palabras que ya me dijo a mí. Le dirá que la amará de aquí a la eternidad, y yo me quedaré sola para siempre, solo porque no pude vivir más para conservar su promesa. Y no será su culpa sino la mía». Entonces, toda la Eternidad dependía de ese momento, confuso y fugaz, que es la vida. Y aunque aún me sigue pareciendo una idea disparatada, ya sé que nunca más podré liberarme de ella. (Ni siquiera pude cambiarla por una idea más razonable, o más simple, que una vez leí de Simone de Beauvoir, cuando murió Sartre: «Su muerte nos separa. Mi muerte no nos unirá»).

Desde que salió de la cárcel, recuerda las cosas con mayor claridad y sin que pueda evitarlo: los recuerdos le acontecen, como acontecen los hechos en la vida. Ahora sube por una calle de la Ciudad Vieja, en Montevideo, como si fuera contando las baldosas rotas. Alguien que se cruza con él le pregunta, «ché, flaco, ¿me podés decir la hora?» y Jacobsen se da cuenta de que había mirado varias veces el reloj sin saber qué decía, como es costumbre en él. Mira de nuevo y contesta, al pasar, «cinco para las siete».

No es tan tarde como parecía cuando dejó el puerto. El cielo se ha oscurecido de repente. Está a punto de llover.

Llueve.

Ahora intensamente. Jacobsen apura el paso, se refugia en un zaguán y se queda parado sobre el escalón de mármol, sobre una de las huellas que por años fueron gastando los zapatos que entraron y salieron por allí. Pero enseguida, sin contener cierta impaciencia que lo lleva a ninguna parte, vuelve a salir, tal vez en busca de un café. Esas mismas casas -piensa o siente Jacobsen mientras camina-, esa misma calle, esas puertas viejas y ese letrero que dice «zapatería Domingo E. Tolosa» fueron alguna vez las primeras cosas que rodearon a Mabel cuando llegó de España. Y fueron después parte de todos sus días. Por aquí habrá pasado ella varias veces hasta aprender de memoria los nombres de las calles: Rincón, Juan Carlos Gómez, Plaza...

Y como si viera a un fantasma la ve a ella, bajando apurada de un Ford Falcon rojo y entrando acompañada a un bar con azulejos en las paredes. Desaparece y vuelve a aparecer sobre una ventana. El hombre que la acompaña le retira la silla para que se siente y luego se quita el sobretodo. Ella parece feliz o simplemente se sonríe. Es ella, es Mabel, aunque por momentos no lo parece porque la lluvia es intensa y no le permite verla bien. Pero, ¿es ella?

Jacobsen no advierte que el viaje y los días sin dormir lo han agotado. Tampoco advierte que ha dado un paso adelante y se ha parado debajo de la lluvia, hasta que alguien pasa corriendo y le grita: «¿está linda el agua?».

Eso fue todo lo que heredé de Jacobsen a través de una mujer que puedo imaginármela esperando de pie y con frío al borde de una dársena vacía del puerto, esperando que su hombre no traicione su eternidad y vuelva para buscarla. Puedo imaginármela y puedo sentir el mismo frío, porque yo también tenía la rara costumbre de ir a mirar los barcos y a quedarme dos horas contemplando el agua a lo lejos, hasta que se ponía el sol, rojo y blando como una yema de huevo. Iba a mirar el agua a lo lejos, a soñar y a recordar cosas que nunca me habían ocurrido, hasta que comencé a sentir que los hombres me miraban o volvían para preguntarme la hora. También dejé de ir porque advertí que había un tipo que hacía lo mismo. No digo que fuera a buscarme a mí. No, nada de eso. Pero me incomodaba: se sentaba en el único banco que había con vista a la bahía y ahí se quedaba durante horas. O se plantaba de pie al borde de la dársena si yo lo estaba ocupando. Era un tipo de buen aspecto y no había en él nada que me hiciera pensar que estaba loco. Además, ¿no hacía yo lo mismo cada atardecer? Por entonces mi cuerpo no cambiaba solo por fuera y sentí miedo cuando me di cuenta que aquel tipo me atraía. De noche pensaba en él y soñaba que se acercaba a mi banco y me pedía permiso para besarme. Y yo no me negaba. Entonces, de día, al regresar al puerto y encontrarlo otra vez allí, sentía ganas de que se acercara y lo hiciera. Y cuando caminaba dos pasos hacia el banco yo me ponía a temblar. Pero apenas me veía, daba media vuelta y volvía a caminar lento, hacia el otro lado, como si estuviese esperando a otra persona. Eso fue hasta que terminó febrero. Luego dejé de ir, porque por ese tiempo los senos se me habían hinchado demasiado y más de un marido inocente me confundía con una prostituta. Pude irme a tiempo porque tenía una casa y una madre que hacía ese trabajo por mí. En cambio, mamá tuvo que quedarse, esperando a su Jacobsen y, finalmente, aceptando

el dinero de la buena gente que nunca falta. Y así aprendió su oficio, o mejor dicho se acostumbró a él, porque sabemos que una vez adentro no se sale; y si se sale se deja una parte o casi todo. Profesión: Mujer de la Vida, graduada en la Universidad de la Calle, como decía el personaje de una novela que ahora no recuerdo.

Es de noche, o anochece. Jacobsen se ha sentado, como cada día a las 19:00, en su sillón de la biblioteca, con un vaso de whisky lleno hasta la mitad, sin hielo, y mira el televisor nuevo que le entregó un viajero a cambio de una cuenta incobrable. Lo mira sin entusiasmo; no le atrae la novedad. Una mujer sonríe, sale del mar y entra a un auto descapotable. Bebe un sorbo largo y vuelve a sentir ese calor que en pocos minutos más lo dejarán del todo relajado, fugazmente feliz, como si su tristeza hubiese sido solo un error, un estado injustificado del ánimo. Un hombre saca un revólver y apunta al espectador, o a la pantalla, o a una cámara que tal vez ahora está descompuesta y archivada en algún sótano de Londres. James Bond, agente 007, con licencia para matar. A Jacobsen le gusta esa música, porque no suena ahora; está sonando en algún tiempo indescifrable. Túru-túrun-túru. La mujer es hermosa y no se preocupa en vano. Todo termina bien. Ahora la música viene del Caribe o desde una isla griega. Jacobsen no alcanza a descubrirlo; pero no importa. La imagen de esas olas es hermosa, eterna. Tal vez el alcohol ya hizo efecto. Se sonríe, se relaja otra vez y luego baja las cejas preocupado: alguien golpea con la mano de bronce que cuelga de la puerta de entrada. De inmediato recuerda la carta que le dejaron la otra noche por debajo de la puerta:

Desde el mismo momento que reciba este único aviso, empiece a temblar. No a rezar porque sabemos que es usted un ateo hijo de puta que no cree en nada.

No son golpes amables, se da cuenta. Ha sido una orden.

Ahora sabemos bien dónde vive y dónde está la madriguera en la que se esconden tus amigos, los intelectuales que pretenden arruinar este país que no les pertenece. Sabemos muy bien donde trabajan para difundir mentiras sobre la gente honrada que, aunque les pese, defenderá a la Patria de los comunistas, de montoneros, de los judíos y homosexuales. Por haber enfrentado a Dios y a la Patria, los exterminaremos como a ratas. Entonces Jacobsen se levanta, ya relajado pero todavía triste, atraviesa la sala con esculturas, abre y los ve a los tres, uniformados de autoridad, de prepotencia.

-Señor J. Jacobsen -oye que dice el primero, el que ordena, el que no pide, el que está por encima de los cuatro y entra sin esperar.

Jacobsen no responde. Tampoco fue una pregunta. El coronel entra con los dedos cruzados detrás de la espalda, como gustan hacer los que admiran a Napoleón o a algún otro genio militar cuando está pensando en la Historia. Gira sobre su talón izquierdo y lo mira.

-Perdón, buenas noches -dice el coronel, casi amable, sonriendo- ¿Podemos pasar?

Así es, está relajado, pero todavía triste.

-Qué se les ofrece -dice Jacobsen, al tiempo que piensa que esa frase la debió escuchar anoche en la televisión. Era un hombre alto y oscuro que había asesinado a otro y lo perseguía la policía.

-Venimos a hacerle una visita. Rutina, en realidad. Nos gusta ir de casa en casa, aunque le confieso que prefiero ir al cine -el coronel habla alto, como si estuviese acostumbrado a hablar en un colegio de sordos, mientras camina de un lado para el otro, por la misma senda-, pero cuando la patria llama no podemos negarnos -termina y toma un bloc de hojas que Jacobsen tiene siempre al lado del teléfono.

-Sargento -dice, entregándole el bloc- guárdelo, que nos puede servir.

-Sí, mi coronel.

Al lado, debajo de la guía telefónica, queda la carta de advertencia:

Limpiaremos este país de las ratas, especialmente de aquellas ratas que, como usted, bajaron de las bodegas de los barcos. Y seguiremos cumpliendo con nuestro deber patriótico, mandando al infierno a los que pretenden acabar con la Libertad de nuestra Nación, sin esperar a que leyes mariconas le dejen tiempo para reproducirse.

Abra bien los ojos, no duerma, porque lo estaremos vigilando día y noche para cumplir con nuestro irrenunciable mandato.

Libertad, Patria y Honor

Mi padre murió, como todos los padres que no quieren saber de obligaciones. Había sido comunista o tupamaro, según mi madre. Pero, ¿cómo se comprende que una mujer que prefería a los milicos y a Franco, por tradición familiar, se fuera a meter con un bolche? Según ella, el bolche la había engañado; o la había enamorado, que es casi lo mismo cuando el amor no dura. Mi padre desapareció y nunca más se supo de él. Lo llevaron preso, lo mataron... Eso nunca voy a saberlo. Y tal vez sea mejor así, porque sospecho que esa historia no es cierta y mi padre no fue un héroe mentiroso sino simplemente un irresponsable, y por eso llevo un solo apellido (y un solo nombre, para hacer juego) por seña particular, como quien lleva un enorme lunar negro en una mejilla o renguea de una pierna. De cualquier forma, al principio yo me creí la historia y al mismo tiempo que mi madre defendía la dictadura yo comenzaba a odiarla cada vez más: ellos me habían quitado a mi padre. También me daba cuenta que ella nunca hablaba por convicción política sino por miedo o por conveniencia. Hablaba con respeto de los milicos para que yo no fuese a repetir otra cosa en la calle o en la escuela. Más tarde dejé de creer en esta historia del desaparecido, pero no dejé de odiar a los milicos.

Muchas veces, caminando por la calle, me crucé con un hombre que yo imaginaba podía ser mi padre, porque lo había visto pasar dos o tres veces por la puerta de mi casa, mirando para adentro, o simplemente porque tenía una mirada parecida a la mía. Otras veces me sentaba delante del espejo y estudiaba mi cara. Tratava de adivinar en estos labios, en estos ojos y en esta nariz la cara de mi padre, el país de donde había venido. Estudiaba enciclopedias tratando de distinguir la otra mitad de mi raza. Volvía al espejo y veía en mis ojos los ojos de una mujer vikinga, mirando el mar frío, esperando a su hombre; en mis labios, un poco gruesos y apretados, veía a otra mujer, pronta para gritar en una batalla que comenzaba a deformarse en un bajo, entre dos montañas azules. Otras veces me peinaba y pensaba que ese mismo había sido el pelo de una joven polaca y comenzaba a pensar que mi padre era aquel tipo llamado Mikowski, que vivía al lado del cuarto de mi madre, en la pensión. Ahora, si la historia del desaparecido que me contó mamá no es cierta, por lo menos era buena, casi perfecta: de

esa forma no necesitaba una tumba para mostrarle a su hija. Digo casi perfecta, porque aún no entiendo cómo no conservó de él ni una foto ni una carta ni nada. Puede ser, por rencor. Podía haberlas quemado todas, podía haber borrado todo rastro de su historia, como quisieron los egipcios para Akenatón. Lo cierto es que, sola y con una hija, mamá tuvo que volver al trabajo y hacer horas extras. Debió pensar que nunca nadie la reconocería, que aunque hubiese llegado al puerto Isabel, su mejor amiga de la juventud, y la hubiese visto en una esquina oscura, uniformada de prostituta, habría pensado en buscarla al regreso para contarle que había visto al doble que, dicen, todos tenemos en alguna parte del mundo. Pero mamá había cometido un error: cuando murió su padre y se quedó sola en una pensión de la Ciudad Vieja, escribió una carta a la familia en España, seguramente desesperada, pidiendo ayuda. Les pidió perdón por seguir a su padre y pidió perdón para él también que estaba muerto y que antes no había pensado que dejaba a su familia en la ruina para irse a hacer fortuna al otro lado del mar. Pero la familia era una buena familia, el peor enemigo de los miembros que desertan, y nadie le respondió una sola palabra. Mamá decía que las cosas en España habían empeorado mucho, y que tal vez su madre no tenía una sola peseta para enviarle. Pero esa era una triste excusa, porque una peseta para enviar una carta cualquiera tiene, antes o después. Por lo menos unas palabras.

Claro, se podría pensar que la carta se perdió en el camino. Pero la carta de mamá llegó a destino, porque alguien guardó la dirección del remitente y un día se apareció por aquellas costas. Era el tío Vicente, tío de nadie pero primo de mamá, casi de su misma edad que, al cumplir la mayoría de edad, aprovechó para pedirle cuentas a lo que quedaba de la familia, de la fortuna de la familia y de la propia España que lo despreciaba, más porque era aristócrata y pobre que porque haya sido alguna vez, muy en secreto, comunista, republicano y franquista. El tío Vicente era el preferido de mamá, compañero de juegos cuando aún eran niños de la clase alta. Hasta no hace mucho yo conservé fotografías de los dos, de cada uno con su familia, comiendo o tirados en el césped de una casa enorme, probablemente en las afueras de Madrid, que era donde vivían los Zubizarreta. También tenía una caja llena de cartas que le escribían sus amigas y los tíos de Marsella. Cuando yo era niña, mamá se llevaba bien conmigo y me contaba todas las tardes una historia de España o de un viaje a Nápoles. Ese era su mayor placer: contarle a alguien que le podía creer todo lo que decía.

«Esta, con el sombrero, es tu abuela», me decía, mostrándome una foto de tonos sepia. «Ese otro, mi profesor de piano, y esa ¿ves aquí? soy yo en la sala de casa antes de mi fiesta de quince años».

Consuelo lo mira y, de repente, siente ese rostro pálido en la noche, suave, bajo una poderosa luz de luna que continúa subiendo. Por momentos habla como si estuviese sola. Hubiese querido dibujar ese perfil con una sola línea dolorosa, comenzando por la frente y bajando después por la nariz y los labios. Lo contempla de pies a cabeza primero y después solo los labios que se le ocurren suaves y húmedos, el pelo rubio y escaso que parece oscuro bajo la luz de la luna. Consuelo gira la cabeza, como respondiendo a un llamado y encuentra una luna casi llena. La luna de los enamorados, piensa, podría ser como esa; no como aquellas otras lunas que pasan desapercibidas entre los brillos de las nuevas ciudades. Aquella,

sobre el perfil casi inmóvil del jardín sin lámparas, era una luna menos cursi, porque estaba en el cielo y estaba en la tierra, llenando de misterio el camino y los árboles, el mar o el río, la calle y los techos inclinados, la plaza, el campo y la entrada de algún pueblo, el centro del burgo con sus torres quietas. ¿Por qué los hombres se han prohibido para siempre ese misterioso espectáculo? solo de vez en cuando un accidente, un raro error de la rutina y de los controles nos devuelve por un instante una ciudad silenciosa (o casi silenciosa porque aún quedan los autos) bajo una luna sorprendida. Pero también en esos raros momentos, cuando más debería asombrarnos el olvidado espectáculo de la noche milenaria, ya no puede. Porque ya no sabemos mirar, y porque estamos demasiado ocupados en reclamar el interrumpido Servicio Público de Energía Eléctrica.

Lo mira otra vez. Él está recostado en su silla de ruedas, probablemente mirando la acacia gigante o quién sabe qué. Por momentos fugaces, como golpes de una brisa que pone la piel de gallina en otoño, a Consuelo se le ocurre un fantasma que le da miedo, como si fuese uno de aquellos muertos seductores de los que hablaba la enfermera. Pero no puede abandonarlo ahora; tendrá que atravesar la noche invocando fantasmas conocidos para ahuyentar otros por conocer, hasta que amanezca o hasta que se duerma sentado y entonces deba llevarlo a su habitación. Se imagina empujando su silla de ruedas y tratando de que se ponga de pie para subirse a la cama. Tiene las piernas largas y delgadas. De repente se le ocurre que debió ser un hombre muy atractivo y un temblor desconocido le recorre los senos. Él está ahí nomás, muy cerca, y continúa mirando las estrellas, recordando sin parar. De repente, quiere decirle lo hermoso que es, que es solo de estricta justicia, y se detiene. Se levanta, deja el opalino sobre la mesa del jardín y camina hacia la ventana de la biblioteca. Adentro, el gato de la casa la observa en silencio, acurrucado en un sillón al lado de una estufa que desde hace dos meses no se enciende. Mira el mamut con pelos de camello y dice:

En otras fotos aparecía en diferentes edades, recogiendo uvas o colgada de un barril de vino. Había nacido y crecido entre la viña y la bodega Moreno, y podía adivinar la historia de un buen vino. «Este Cabernet es redondo», decía y yo no sabía qué locuras estaba diciendo. ¿Cómo un vino puede tener forma propia? «¿Y si estuviera en una copa cuadrada?», le preguntaba yo, primero inocente, más tarde con ironía. En Navidad y el 21 de agosto se compraba los mejores vinos de Manzanares y brindaba sola, porque yo me reía de sus ocurrencias: «Cereza, profundo y equilibrado. Madera y gusto alargado». A veces parecía una rima de niños, como quien dice «cuernos al Oriente, cuarto creciente; cuernos Adelante, cuarto menguante», o algo por el estilo. Otras veces esperaba a que yo me fuera a acostar y se quedaba con su colección de copas y una vela encendida. Mabel no era de emborracharse, pero a veces me hacía pensar que no estaba muy bien de la cabeza. Abayubá, un novio que tuve en Montevideo, me decía que nadie es del todo normal, que somos lo que no tenemos de normal, que todos vivimos en algún tipo de locura estimulada por la realidad. Yo también soñaba con España sin haber ido nunca. Pensaba que allá no habían pobres tan pobres y que todos tenían una casa tan grande como la que tenía mi madre, a pesar de que ella me decía que ya no tenían esa casa ni esos amigos ni nada de lo que se veía en las fotos. Entonces yo volvía a

preguntarle:

«Y cuándo vamos a ir a España?».

«Algún día, Consuelo. Pero todavía falta mucho».

«Cuánto falta».

«Mucho».

«¿Voy a conocer algún día a la abuela?».

«Si Dios quiere, aunque ella estará muy viejita ahora», decía y guardaba todas la fotos para terminar la conversación.

Pero lo cierto es que mamá no quería volver a España. Mamá era católica, no-practicante (obviamente) y muy supersticiosa. Para ella, toda su mala suerte se debía a una maldición que le había echado Paquita, su propia madre, cuando supo que pensaba fugarse en secreto con su padre. Pero yo pienso que aquella mujer, tan dura, había perdido la razón cuando supo que estaba en la ruina, ya que es sabido que es más importante dejar de ser rico que hacerse millonario con la lotería; y que, ante una desgracia, nos desmayamos cuando estamos despiertos o nos despertamos cuando estamos soñando. Y entonces la desgracia de mi madre comenzó con la locura de la abuela, que es una forma de desmayarse o de despertar.

Tal vez te has pensado que haréis fortuna en América, y que volveréis hecha una reina, en un carruaje tirado por caballos blancos. Pues te diré que te equivocas, hija de mala leche. En América solo serás desgraciada. Con dolor te acostarás y con dolor deberás levantarte. Con dolor y desgracia contagiarás a quien te toque, para que sigas siendo siempre desgraciada.

El coronel recorre la casa y prueba las castañas sobre la mesada de la cocina. Finalmente se detiene en la biblioteca, un lugar interesante, siempre interesante, ¿no le parece? Yo amo las bibliotecas, créame, porque es el lugar en donde agarro siempre a los hijos de puta. No lo digo por usted. ¿Se sorprende? ¿No? Lo noto tranquilo, y eso que no tiene motivos. Le decía que es en lugares como estos, en las bibliotecas, en donde los más vivos

los que se creen sabios

inteligentes

van a caer en mis manos

como palomitas. Y todavía se creen listos, dice el coronel y acerca la cara al lomo de un libro; la inclina para leer: Crír-ti-ca delarazónpu-ra.

Eso me suena a materialismo dialéctico. Precisamente la semana pasada hice un curso sobre técnicas antsubversivas. Materialismo dialéctico es la teoría comunista. ¿Vio que no soy tan inculto? Incluso puedo hablarle de Sócrates: «solo sé que no sé nada», escribió el filósofo griego.

Jacobsen ya no siente ese leve sueño que traía el alcohol. El calor se ha ido, está frío y hay un hombre uniformado en su sillón, frente al televisor. La mujer de James Bond también le sonríe a él. En un momento el coronel le ordena que baje los pies de la mesita.

-¿No te das cuenta de que es una falta de respeto? -le dice- ¿o pensás que estás en tu casa? Por favor, señor, sepa disculparlo. Es un ser inculto.

No sabe comportarse cuando está entre la gente fina.

Cuando el tío llegó a Montevideo tenía veintiún años y nada más. Casi no puedo imaginármelo; para mí, el tío y mi madre siempre fueron adultos, siempre tuvieron cuarenta años. Cuando mamá me contaba algo de su juventud

española, para mí eso quedaba en el siglo XIX y para ella había sido ayer. Porque cuando una es niña la vida parece tan larga y después nos damos cuenta del engaño. Todo es más pequeño y más pasajero.

El tío Vicente había invertido todos sus ahorros en ese viaje, pensando que mamá vivía en un apartamento del Palacio Salvo, y que el Palacio Salvo era un palacio, porque esa era la única imagen que tenía del Río de la Plata, culpa de una postal que mi madre le envió a mi abuela, y porque no podía imaginar a Mabel de otra forma que no fuera como la recordaba de años atrás: culta, aristócrata y siempre bien vestida. Tampoco podía imaginarse que en un país donde todos hacían plata alguien de su familia, bien educada y de buena cepa europea, no tuviera el oro y el moro. Y cuando llegó a la pensión-casi-conventillo de la calle Piedras tuvo el primer disgusto. El segundo disgusto fue cuando la vio llegar, pintada y mal vestida, compartiendo saludos y conversaciones con otros gallegos que en España limpian calles, viviendo en un cuarto oscuro al lado de un polaco que cuando iba al baño debía pasar por delante de su puerta con una palangana y una toalla y que debía mirar hacia adentro con indiscreción y celos, ya que no descartó que fuera uno de sus mejores clientes. Según mamá, las diferencias con el tío eran políticas, ya que él seguía siendo un aristócrata a pesar de su pobreza y ella, en cambio, había evolucionado al socialismo. Claro que era mentira. Mamá no sabía nada de política ni le interesaba, y que yo sepa odiaba a los rojos y a los rosados, menos a los laicos del Partido Colorado. «Porque yo antes era anarquista -me contaba-, por la mala influencia del polaco Mikowski que vivía al lado». Casi una frase del abuelo. Pero yo creo que el tercer y último disgusto del tío Vicente fue cuando descubrió la profesión de su querida prima, princesa de España y reina de América. A esto hay que sumarle la historia reciente de la familia. Muchas veces me acordé de algo que dijo mamá, un día que estaba fregando el piso de la entrada, quemándose las rodillas con su bienamado hipoclorito:

«El abuelo no solo arruinó a los Moreno; también dejó en la calle a los Zubizarreta, que salieron en su ayuda cuando el banco nos iba a rematar la bodega...»

Rodrigo Moreno había querido disimular su ruina mintiéndole a todos de que solo estaba pasando por un mal momento financiero. También le había mentado a su mujer, y cuando esta lo supo comenzaron las discusiones que terminaron en la huida de Rodrigo para América, arrastrando a su única hija para no quedarse solo los últimos días de su vida, si la aventura no funcionaba. El tío Vicente nunca perdonó a los Moreno, porque habían dejado a la familia en la ruina, lo habían arrastrado a América para que se ganara la vida cargando bolsas y cajones en el puerto, y su mejor prima lo había deshonrado dedicándose a la prostitución callejera en lugar de trabajar como él. Claro, tal vez ahora mamá hubiese podido trabajar en una gasolinera, pero en aquella época las cosas eran diferentes. O tal vez no eran tan diferentes, porque en el fondo lo que cambian son siempre las apariencias.

Consuelo se detiene como si estuviese hablando con otra persona que pretende refutarla. Pasa varias veces el peine sobre el mamut, de arriba abajo, de la frente hacia la trompa, del lomo hasta el rabo.

Claro, sí. Hubiese podido trabajar en una estación de servicio. No es

poco. Abayubá decía que antes el socialmachismo impedía el acceso de las mujeres a determinados trabajos considerados masculinos, como el de las gasolineras. Hasta que descubrieron que estaban equivocados: entonces comenzaron a preferirlas a ellas para despachar combustible, no porque nuestras sociedades hubiesen dejado de ser machistas sino porque seguían siéndolo.

El coronel le pide los lentes. Jacobsen duda, luego se los da. Con un ademán barroco, el coronel se los prueba, mira a sus subordinados y pregunta qué tal se ve. Los dos aprueban con una mueca exagerada. Luego trata de leer otro lomo de libro evitando tocarlo.

-Caramba -dice- así se ve todo distinto.

Esta vez se anima y toma un libro, lo abre y hace que lee para una fotografía.

-A ver, soldado, ¿no parezco un intelectual?

-Sí mi coronel, parece un intelectual.

-Yo diría, un hombre inteligente.

-Eso es, mi coronel. Debería quedarse con los lentes de Cuatro Ojos.

-Soldado, ¿no le dije que tuviera respeto cuando se está en casa ajena?

-le reprocha el coronel. Y luego, fingiendo que intenta olvidarlo, vuelve a mirar el libro que tiene en sus manos y pregunta:

-Dígame, doctor...

-No soy doctor, usted lo sabe.

-Bueno, digamos que no tuvo una educación formal, pero para mí es doctor. Con tanto libro amontonado, ¿cómo podría llamarlo? Además, no da usted clases en la Universidad?

El coronel abre un cuaderno de apuntes y lee:

-«a) El mundo no es más doloroso porque nosotros no lo dejamos, o; b) el mundo es doloroso porque nosotros lo corrompimos». Muy bonito, ¿no? ¿Usted qué opina, soldado?

-¿Yo? -pregunta el soldado, sorprendido. Luego piensa que debe elegir una de las dos opciones y arriesga una interpretación-: El mundo no es más doloroso por que hay médicos y hay soldados, mi Coronel.

-¿Y si no? ¿A quiénes se refiere el autor cuando dice «nosotros lo corrompimos»? ¿Quiénes son «nosotros», soldado?

-Los comunistas, mi Coronel.

-Mmh... -murmura el coronel-. No está mal. Aprobado, soldado.

Deja el cuaderno de apuntes sobre el escritorio y se dirige otra vez a Jacobsen, con una expresión de preocupación:

-¿Qué es lo que enseña, doctor?

-Literatura anglosajona... -dice Jacobsen, casi disculpándose.

-Qué bien suena. Pero, dígame, profesor, ¿para qué sirve eso? -dice el coronel y lo mira, victorioso. Siempre que hace preguntas de ese tipo sale bien parado.

-¿Para qué sirve la literatura, profesor?

Jacobsen ha estado pensando la respuesta. Una pregunta obvia. Por eso, tal vez, nunca se la planteó seriamente y ahora el señor coronel viene a poner el dedo en la llaga. Sin mirarlo y sin salir de ese ligero ensimismamiento producido por la tristeza o por el alcohol, Jacobsen murmura:

-¿Para qué sirve la literatura...? Bueno, para muchas cosas. Pero si usted está preocupado por las utilidades y los beneficios, como lo sospecho en

su pregunta, le diré que difícilmente un espíritu estrecho albergue una gran inteligencia. Una gran inteligencia en un espíritu estrecho tarde o temprano termina ahogándose. O se vuelve rencorosa y perversa...

Jacobsen se detiene; probablemente ha cometido un error, en todo caso intrascendente: ha querido responder con una idea en un momento en que cualquier idea o cualquier razonamiento es apenas el marco escenográfico de una acción cuyo desenlace ya está resuelto de antemano.

Baja las cejas hasta tapar casi totalmente los ojos, mientras se pregunta qué tiene él de aquellos vikingos que cruzaron el Atlántico norte hace mil años. Desde niño se los imaginaba como dioses que solo conocían el miedo ajeno. Recorría los caminos húmedos de Fyn, donde vivía el abuelo Sune, rodeado de los campos de los Jørgensen, y no se imaginaba el dolor de la barbarie, el sudor agitado de la guerra, la tristeza del abandono. Ahí estaba delante de él ese hombre uniformado, de pelo negro y de hablar deliberadamente pausado, que en esencia no era otra cosa que uno de aquellos bárbaros que hundían barcos en Nydam mose. Ese hombre tenía más de vikingo que él, que solo tenía la sangre y que soñaba cada noche que un grupo de romanos invencibles habían decidido matarlo. Jacobsen levantaba una espada con mango de oro, como si con ese gesto estuviese formulando una acción mágica de sus antepasados que pondría en fuga a sus enemigos. Pero la espada se volvía tan pesada que sus dos brazos no podían sostenerla, y se caía con la punta contra el piso, momento en que los hombres de pelo muy negro aprovechaban para acercarse a él y lo rodeaban con espadas más livianas y más filosas. Y así lo mataban. Es decir, así despertaba con el corazón golpeándole la garganta y los oídos, como si fuese a reventar por el esfuerzo. Más de una vez Jacobsen pensó que moriría de esa forma, y que la gente diría, al día siguiente: «pasó de un sueño al otro», porque la gente tiene la idea que morir en la cama es una de las mejores formas de cumplir con lo inevitable, cuando en realidad puede ser una de las formas más violentas de morir, una forma irreal, víctima de una ficción que termina con un golpe en la puerta o un estruendo accidental en la calle, poniendo fin a la madre de todas las ficciones que es la vida.

*En la televisión un hombre habla de frente a la cámara y con un micrófono que le tapa toda la boca y parte de la nariz. Parece preocupado. Se da vuelta y pregunta algo a otro que está al lado:

-¿Cómo te sentís en el equipo?

-Bueno, la verdad que bien. Llegar hasta aquí es lo más grande que le puede pasar a un jugador de fútbol, porque un equipo Grande como Peñarol es lo más grande que hay, la verdad.

Jacobsen se dirige a su botella de whisky. No está nervioso. Solo está triste y quisiera emborracharse, definitivamente.

-¿Cómo es la relación con los demás compañeros de equipo? ¿Te sentís cómodo, te llevás bien con todos ellos?

-¿Cómo, no nos sirve? -le reprocha el coronel, cambiando de tono.

-Sí, claro.

-Ve que usted no es muy amable con sus visitas. ¿Para qué me gasto yo en enseñarles a mis muchachos buenos modales si estamos en casa de un mal educado? Como siempre, mucha cultura y poca educación, como dice el General.

-La verdad que sí, el compañerismo es muy bueno y pienso que todos nos estamos preparando muy bien para sacar al equipo adelante, como es que la gente quiere.

Jacobsen sirve whisky para tres más. Le acerca uno a cada uno, menos al que se entretiene dando vueltas por la biblioteca. Tiene una mandíbula cuadrada que se destaca del resto de la cara. Mira con atención y saca un libro de un estante que está contra el piso y pregunta, mi Coronel, ¿qué idioma es este con una o atravesada por un palito? El Coronel lee: Søren Kierkegaard, Frygt og Bæven. Ha leído con dificultad. No comprende y se fastidia. Tira el libro sobre el escritorio y sentencia: -es ruso, soldado, alguna mierda de esas que leen los bolches.

-Es danés -dice Jacobsen.

-Es ruso -ordena el Coronel-. Si yo te digo que es ruso, es ruso, ¿escuchaste, mierda?

-Es ruso -repite Jacobsen. Está pensando en el segundo cajón de su escritorio. Por un momento lo mira. Cuando esté totalmente borracho podrá hacerlo. No debe ser tan difícil: solo hay que poner el caño en la cien y apretar el gatillo. Tal vez duela menos que el dentista. Nadie va a lamentarlo, a excepción de Gutiérrez, al que todavía le debe un cheque que no pudo cubrir el viernes pasado. Solo tiene que esperar el momento adecuado, porque ellos no permitirán que se mate así nomás. Primero tiene que sufrir, mi coronel, hay que hacerlo comer la mierda de su madre, qué tanto joder, al fin y al cabo usted bien sabe por qué estamos aquí, ¿o no? No, exactamente.

-Hay un rumor de que el técnico es muy exigente con el plantel y que el Pato Lima sería dejado de lado a consecuencia del tiro penal marrado en el último encuentro -una imagen en cámara lenta muestra a un jugador de Peñarol con las manos en la cintura, acomodando el cuerpo a la espera de la orden del juez. Mastica chicle, lo que no se corresponde con la imagen serena que intenta dejar-. ¿Qué piensa un centrojad como vos que fue dirigido por tantos técnicos anteriormente?

-Bueno, yo creo que el Pato es un gran jugador y excelente persona y que algunas cosas que se dicen en la cancha son producto de la calentura del momento. Pero con la cabeza más fría pienso que se va a arreglar todo y el Pato volverá al equipo -Toma carrera, flotando en el aire de aquella noche, se aproxima a la pelota y pateo. La pelota demora en despegarse de su pie y, cuando lo hace, se transforma en una especie deformada de pelota de rugby blanca, hasta que el arquero la detiene, casi sin esfuerzo.

-En momentos en que estamos viendo las imágenes de aquel momento fatal para el Pato, quisiéramos saber, desde estudios, cuál es, para Almeida, la posición del técnico respecto a todo lo que se ha dicho del caso Pato Lima-Pastoriza.

-Comprendido, comprendido. Te traslado la pregunta: ¿Pastoriza López?

-Con el técnico no llevamos muy bien. Precisamente, el otro día estábamos comentando con el Cabeza y decíamos que era increíble lo claro que es el técnico en las charlas y lo bien que deja la idea en claro de lo que quiere.

El coronel se acerca a Jacobsen, despacio y con las manos colgando detrás.

-¿Cuál es la idea del técnico para esta difícil prueba que se les avecina?

Lo mira un instante, entre irónico y a punto de estallar.

-Bueno, él nos pide siempre que juguemos al fútbol, que metamos para adelante y que cuando la perdamos la pelota la tratemos de recuperar.

-¿A qué está jugando?

-No lo sé -dice Jacobsen, casi borracho, totalmente triste- pero estoy acostumbrándome. Llegan tres señores, rompen el cielorraso de mi habitación buscando armas o dinero, me insultan. A veces me escupen en la cara y luego se van. Al final siempre vuelven.

-Uy, el señorito está molesto porque la institución, Salvaguardia de la Patria, le escupe en la cara. Y usted, ¿no nos escupe en la bandera?

Jacobsen no responde. Se sirve más whisky y procura acercarse al segundo cajón del escritorio. Pero el coronel le ordena que se siente en el sillón que acaba de quedar libre. La bandera. Jacobsen se recuesta y siente el calor que acaba de dejar el soldado. Es un calor de cuerpo, como cualquier otro. Jacobsen solo piensa en el segundo cajón. No le importa lo que pueda estar diciendo el coronel acerca de los derechos y los deberes a la

patria.

-En cada Institución del Estado -reflexiona el coronel- deberían poner a la entrada un cartel con la Ley Primera: Cuando la Patria está en peligro no hay derechos para nadie. Solo obligaciones. Eso tenía que haberlo dicho Sócrates, que murió por su patria.

-¿Pero Sócrates no era un filósofo? -pregunta uno de los soldados.

-Claro, pero murió por su patria. También hay filósofos que defienden la patria. El Sócrates era un subversivo y se liquidó tomando el veneno. Así deberían hacer todos los vendepatrias.

-Gracias Jaime. Mucha suerte a los muchachos de Peñarol y que sean bienvenidos a la Argentina. Suerte también a nuestro Independiente, Pepe.

-Por supuesto, esperamos que los Diablos Rojos sean agraciados con mayor fortuna en el próximo partido y que nos sepan representar como Nación.

-Estoy seguro que sí, Pepe, dados los antecedentes de la institución roja...

-Por supuesto. No debemos olvidar además que por algún misterio del Destino le ha tocado ser a Independiente precisamente el club que más veces ha ganado la copa Libertadores de América.

-Para reflexionar, realmente. Te mandamos un saludo. Chau.

Jacobsen intenta levantarse, pero el coronel le pone una mano en un hombro y lo vuelve a hundir en el sillón.

-Del deporte ahora nos vamos a la escena internacional...

-Vayamos al grano -dice-. Le voy a contar, ya que dice no saber, por qué estamos de visita. Nos enteramos de que usted viajó a Montevideo, el día 14. No se puede uno confiar de una limpiadora; debería despedirla... ¿Es así o no?

-Debería despedirla -dice Jacobsen, mientras mira que en alguna parte del mundo un edificio de diez pisos se derrumba y un río se desborda arrastrando en su corriente una vaca muerta.

-Viajó a Montevideo, sí o no.

-Sí -dice Jacobsen, y luego confirma, sin necesidad-: Me fui a Montevideo. Detrás de la vaca flota un hombre que todavía está vivo, porque intenta agarrarse a un cable de corriente eléctrica. La mano se desprende del cable y el cuerpo desaparece.

-Ya, ya. Sabemos que se fue a Montevideo. Chocolate por la noticia. Pero

lo que queremos saber es otra cosa -dice el coronel, volviendo a caminar de un lado para el otro con los dedos cruzados sobre las nalgas-. ¿Acaso usted no sabía que no puede viajar a Montevideo sin un permiso especial?

-Sí.

-Pero usted no tenía ningún permiso especial y de todas formas se dio una vuelta por la tacita del Plata.

-Sí. Solicité ante su Superioridad ese permiso especial y me lo negaron.

-«En Mar del Plata soy feliz», dice la canción... Estamos en contacto directo con Mar del Plata. Atento Luisito, atento. ¿Me escucha?

-Bien, el cómo ya lo sabemos: usted falsificó documentos. Queda por saber lo más importante: el para qué. ¿Qué fue a hacer a Montevideo?

-Fui a buscar a una mujer.

-Carajo, qué romántico resultó el judío -dice el coronel, fingiendo sorpresa. Jacobsen no corrige esa confusión de razas-. Por favor, señor Jacobsen, recién tomé una merienda, un capuchino con medialunas en el bar de la esquina, mientras esperábamos que el señor llegara. Hágame el favor, no me corte la digestión. Dentro de tres años me jubilo, pero ni piense que voy a esperar tres años para pasar a mejor vida. Le voy a ser sincero: yo tengo por principio no hacerme mala sangre. Pienso que hay que llevar las cosas con la mayor tranquilidad posible, con calma, no hay que gritar para ordenar algo. En eso me parezco a usted; no me gusta levantar la voz. Si yo cumplo bien o mal mi trabajo, igual recibo el mismo sueldo. Así que no pienso complicarme mucho en el trabajo ni voy a hacer horas extras con un judío de mierda que se las toma de avivado. Le sugiero que no nos retenga hasta las nueve de la noche, que es cuando termina mi turno, porque puedo comenzar a ponerme de mal humor.

Jacobsen no escucha, ha perdido el hilo del pensamiento militar. Logra ponerse de pie y se acerca a la botella de whisky, que ahora pone encima del segundo cajón. Sabe que si no lo agarra a tiempo ellos la descubrirán. Y será pronto, porque el soldado de la mandíbula de pelícano continúa hurgando detrás de los libros. Seguirá por el escritorio hasta abrir el segundo cajón. Jacobsen recuerda un hombre que conoció en Zárate, con una mandíbula como esa. Lo habían operado y le habían limado el hueso varias veces, pero la mandíbula le seguía creciendo. Era mozo en un bar.

-Así es -dice, como para sí mismo-. Fui a buscar a una mujer, a Montevideo.

-Oíme, hijo de puta -lo interrumpe el coronel hundiéndole el índice en la mejilla-, dejate de estupideces. Nadie se arriesga así por una mujer. Estamos en el siglo XX, ¿me entendiste?

-Sí, lo entiendo, perfectamente -dice Jacobsen, subrayando para sí la última palabra. En el siglo XX no se mata ni se muere por esas cosas. En el siglo XX la gente es juzgada por sus ideas políticas; no por sus sentimientos. Los delincuentes de mi partido se protegen mientras que cualquier honesto hombre del partido de enfrente puede ser objeto de la tortura, el incendio o la cárcel. ¿Cómo semejantes abstracciones pueden desencadenar tantas pasiones?

-Entonces cantá. ¿Qué fuiste a hacer a Montevideo?

-Fui a buscar a una mujer.

-Azul, Analía

-¿Azul?

-Efectivamente, Analía, ese es el color de la temporada que se avecina en la Ciudad Feliz. Y te adelanto una novedad.

-Adelante, adelante.

-Puntitos rojos y cortes muy pero muy por encima de lo habitual. Aquí estamos con una chica, monísima ella, que nos confirma que los bikinis este verano dejarán ver algo más de lo que estamos acostumbrados. ¿Qué tal?

II. Noche

El Anticristo

A la tercer noche sin su hombre, apedreado por un grupo de muchachos y rengo de una pata o sentido de la cadera, Voltaire se anima a traspasar los límites habituales de su barrio, que no son Palermo ni la Recoleta, sino un pedazo de cada uno, no limitado por calles ni por avenidas importantes, sino por árboles y azoteas, por ladridos y maullidos de hembras ajenas. La cuarta noche, ya cansado y con hambre, se pasea nervioso por una orilla del Riachuelo, en donde descubre más movimiento que en el resto de la ciudad. Evita acercarse a las ratas, mejor alimentadas que él, numerosas, moviéndose seguras en su propio terreno, y se decide por dos tachos de basura, en uno de los cuales descubre su cena: un trozo de pescado podrido. Después de comer, vuelve a salir a la superficie, se lame las patas y el lomo para quitarse los restos de naranja y de grasa, y emprende el regreso a casa, evitando los charcos de agua sucia, con su delicadeza de gato, cuidando, de repente, que la mano de hombre sin uñas que sale de una bolsa de nylon sea la mano de un hombre muerto y no la de un vagabundo dormido, amigo de los perros con sarna y enemigo de los gatos ladrones. Rodea el bulto y emprende la fuga con tres o cuatro enormes saltos silenciosos que lo ponen enseguida en una zona alta donde crece el pasto y comienzan las calles oscuras de La Boca. Por fin, se dirige a su barrio, su barrio, sí, reconociendo los olores en la noche, como una planta que se alegra de haber encontrado un hilo de luz e inclina sus hojas y todo su ser hacia ese maravilloso puntito, como un niño que ha debido soportar todo el día la soledad multitudinaria de una guardería y ahora regresa a su casa de la mano de su madre. Creo que nunca antes había dado tantos detalles de mi vida. ¿Por qué esa cautela? Como le dije, mi madre me hizo inocente y el fantasma de mi casa me hizo cerrada, tal vez mentirosa, porque ocultar es una forma de mentir. Y porque además pertenezco a la Generación del Silencio, como creo que llamaba Conde Abercrombie a todos aquellos que jugábamos en la calle

cuando a los milicos se les ocurrió un día salvar a la Patria. Yo recuerdo perfectamente cuando tenía cinco años y estaba una tarde jugando con una amiga en la verdea de enfrente y llegaron los milicos a mi casa. Mi amiga era algunos años mayor que yo y debía saber lo que significaba un jeep del ejército estacionando frente a una casa, porque subió corriendo la calle y no la volví a ver más. Los milicos bajaron con esa urgencia vocacional que se ve en las películas de guerra, y entraron a mi casa apuntando con sus ametralladoras. Yo no me asusté; simplemente no comprendía nada. Cuando entré vi a mi madre que estaba en un rincón, asustada y tratando de ser amable mientras uno de ellos se colgaba del cielo raso y otro le hacía pie, con tanta torpeza que se vinieron los dos abajo y con ellos varias tablas que debían estar podridas. Putearon hasta que mi madre les ofreció un taburete de la cocina para que pudieran subirse de nuevo sin lastimarse. Buscaban algo escondido en el cielo raso y cualquier pequeño bulto era motivo suficiente para que cambiaran de lugar y rompieran donde les parecía técnicamente más conveniente. Los agujeros quedaron de recuerdo hasta el día que nos mudamos para la Aguada. Y aunque mi madre me repetía que aquellos señores en realidad no eran malos, que eran los «soldados de la patria», con la sola intención de que yo no hablara mal de ellos en la escuela, ya no pude dejar de odiar todo lo viniera uniformado. «Donde hay milicos -decía el pobre Abayubá, mi compañero- hay mucho verde pero no crece el pasto». En eso estábamos de acuerdo. Para mí todo hombre que cargara una ametralladora era un monstruo. Porque hay armas para cazar pájaros y hay armas para cazar jabalíes o elefantes, pero la mayoría de las armas están pensadas y diseñadas para matar hombres, de a uno o por montones. Nadie sale a cazar patos con una ametralladora. La ametralladora es una monstruosidad que solo sirve para matar hombres y para jugar a matarlos cuando son de plástico y el asesino todavía es un niño. Consuelo está sentada en el umbral de la puerta, en el primer escalón de mármol viejo que da a la calle. El escalón tiene las proporciones de un banco de plaza para el cuerpito pequeño y blanco de la niña que sostiene una muñeca entre sus brazos. La muñeca la mira con sus ojos azules y le sonríe, pero ella la acuna lentamente porque a la muñeca le duele la barriga y no se quiere dormir.

Arroró mi niña
arroró mi sol
arroró pedazo
de mi corazón

Unos zapatos grandes y oscuros se detienen delante suyo y una voz la saluda:

-Hola, Consuelito -dice la voz y una mano le acaricia la cabeza. Consuelo mira hacia arriba pero no alcanza a ver el rostro del hombre que enseguida entra a la casa. La niña más pequeña tiene hambre y no se quiere dormir, pero su madre la acuna con ternura y le canta otra vez:

duérmete mi niña
duérmete mi sol

duérmete pedazo
de mi corazón.

Entonces la niña cierra los ojos y ya no siente ese dolor en la barriga. Está dormida. Ya no llora. Cuando abra los ojos otra vez se sentirá mejor; la niña le promete que le comprará vestidos nuevos. Y si no llora más no irá al hospital para que el doctor le dé una vacuna en la cola, porque las vacunas duelen mucho y no curan el dolor de barriga.

Primero fue una niña y después solo una muñeca. ¿Dónde estarán ahora esos pedazos de plástico y cerda de caballo? Consuelo acaricia el opalino y recuerda cierto tiempo en que no era infeliz, cuando un lápiz de madera era un objeto preciado, rojo o azul, lleno de olores a pintura, cuando un lápiz tenía olor a lápiz y una goma tenía olor a goma y era suave y ella la apretaba con los dedos y con los labios. Y los zapatos nuevos tenían letras en el fondo que decían made in Uruguay, y los libros tenían olor a tinta fresca y ella metía su nariz entre las páginas para sentir mejor los techos del pueblo antiguo que veía desde lo alto el Príncipe Feliz de Wilde. Y la Edad Media existía, aunque entonces no la llamara así; era aquel Tiempo de los Castillos, representado en los grabados de aquellos libros antiguos que le prestaba Inés y que ella devoraba en el silencio de su cuarto, grabados impresos en alguna prensa rudimentaria pero infinitamente más valiosos que esas otras fotografías de ahora, a todo lujo y con la más alta definición de imagen, porque le permitían soñar con un mundo verdadero pero no real, ya que en los castillos de sus sueños leídos los vasallos no eran esclavos y los reyes no eran déspotas sino sabios y tolerantes, y no existía la urgencia del hoy y del mañana, porque los pastores que cuidaban las cabras tocaban la flauta y no pensaban en el alquiler ni se enfermaban porque no habían hospitales, ni tenían dolores de muelas porque de eso nunca se hablaba, ni habían prostitutas porque la gente creía en Dios. Un herrero levantaba su martillo para moldear una herradura y al fondo se veía el fuego y un muchacho moviendo el fuelle, y ninguno parecía agotado, sufriendo el frío o el calor, tal vez el hambre o un dolor de muelas. Afuera llovía y era el siglo XIV, o podía ser el siglo XVIII, eso no importaba, porque el hombre terminaría de forjar la herradura y se sentaría al lado del muchacho, a ver la lluvia con su olor a tierra mojada y sus historias de brujas y princesas que habitaban el bosque donde por la mañana, antes de salir el sol, iban en busca de leña. Y en un viejo volumen que trajo Mabel de España, las Mil y una noches recopiladas por S. Callejas, también estaban los grabados donde se mostraban algunas escenas de Aladino en un país de cielos difusos, neblinosos, que era la China, con sus gentes escondidas en sombreros cónicos, yendo y viniendo del mercado como si fueran a descubrir ese mismo mundo misterioso y antiguo que ella estaba descubriendo a través del rectángulo en el papel, oliendo a libro viejo, y no como si fueran chinos aburridos de la China o agobiados por el frío y por las deudas. Sabía por su inteligencia, que no era escasa, que la historia de Aladino era exagerada y caprichosa, porque el genio no tenía límites y sin embargo Aladino prefería pedirle todos los tesoros, todos los esclavos del mundo y otros mil-un milagros más, para impresionar a la hija del Emperador o para

evitar su casamiento con el hijo del ministro, en lugar de pedirle un único y simple deseo: que la hija del emperador se enamorase de él, o que el Emperador se empeñara en casarla con el hijo de la pobre viuda, que sería casi lo mismo. Y, con todo, la magia sobrevivía al razonamiento, como si nada. Y todo era parte de un sueño despierto, de un mundo imaginario de quinientos años en la mente de quinientos pueblos, de un mundo sin tiempo en su breve tiempo de adolescente, sin clientes y sin compañeros de liceo, que aunque no haya sido real no importaba ya, porque tal vez había sido todo lo mejor que la vida le había dado, o le había prometido, en algún lugar que no podía estar en el futuro, que ella no sabía dónde podía estar, pero lo buscaba en los libros y en la feria de Tristán Narvaja, los domingos de mañana, no tanto en los puestos de antigüedades que también la atraían con sus carteles de 1920 anunciando Aspirina o Aceite Óptimo, sino, sobre todo, en los carritos donde se vendían pescado o quesos Colonia. El vendedor tenía un bigote grande y torneado como solo se veían en los retratos antiguos, una túnica blanca y sucia con tiradores, y pesaba los quesos en una balanza de lata. Consuelo se paraba debajo del toldo, un día nublado de otoño, como si fuese a comprar algo, leyendo los carteles amarillentos que anunciaban que todos los productos eran de Granja La Canaria, establecida en 1902 por Teodora Cabrera, con letras rojas pintadas hacía ya cincuenta años. El puestero, detrás de los quesos y fiambres de cerdo anunciaba que todos los productos eran frescos y de la mejor calidad, y no lo decía en ese momento sino en 1931, cuando Gardel todavía estaba vivo y no había frío ni deudas ni compañeros de liceo ni hoy ni mañana, y las cosas existían y se sentían, como la cartera de mamá, cuando era un pequeño refugio de lápices de labios y alicates, antes de que se convirtieran en útiles necesarios y poco queridos. Todo era más interesante, más simple; todo era más intenso y más valioso. Porque primero comenzamos por sentir las cosas y luego las usamos. Ahora el lápiz sirve para escribir y la goma sirve para borrar; ahora estamos apurados y nos interesan las ganancias o los resultados. Ahora somos demasiado útiles, demasiado responsables y ya no podemos soñar.

De repente la luz del zaguán se enciende y Consuelo se da cuenta de que ya es de noche. Enseguida escucha los zapatos que vienen desde adentro, primero atravesando el zaguán y luego bajando los escalones de la entrada. Son los mismos zapatos de cuero sin lustrar. Un perfume a hombre que ha viajado la rodea.

-Eh, Consuelito -dice la voz de los zapatos de cuero-, ¿cómo está la niña?

-Ella sigue enferma -dice Consuelo, como si le hablara a la sombra que proyecta el hombre hasta el otro lado de la calle. Ya no siente el perfume; el silencio que sigue a su voz la distrae.

-¿Pero, qué tiene?

-Le duele le barriga -dice Consuelo y levanta la cabeza para mirar la cara del hombre que se preocupa por su muñeca. Pero no alcanza a verlo bien, porque está parado justo delante de la luz de entrada y porque su mano enorme y bondadosa baja con algunas monedas y las deja caer en la manito diminuta de la niña, que casi no puede contenerlas todas.

-Tomá, Consuelito -dice el hombre-, para que le compres remedios a la niña.

La niña se queda mirando las monedas y dice:

-Gracias, señor -mientras el hombre desaparece por la calle que va al puerto. Es el mismo hombre que vino ayer con otros dos. Es el más amable porque es el coronel y no viene armado.

Aserrín, aserrán
Los maderos de San Juan.
Piden pan, no le dan
Piden queso, le dan hueso
Y la retuercen el pescuezo.

Hasta que tuve dieciséis vivimos en la Ciudad Vieja. Alquilábamos una de esas casas de principio de siglo, con una puerta y dos ventanas altas que parecían hechas para gigantes, con dobles hojas de madera pesada, rayadas por el tiempo y sin pintar. La sala de estar tenía una hermosa claraboya con vidrios de colores y al fondo había un patio que separaba la casa del taller de mamá. En ninguna parte había adornos, cuadros o cualquier otro detalle que hiciera pensar que sus ocupantes estaban a gusto allí, porque mamá decía siempre que estábamos de paso y que yo no debía pensar que íbamos a vivir siempre igual. A la entrada nunca hubo ninguna luz roja ni otra señal que anunciaran el negocio y que yo hubiese podido reconocer con el tiempo. Los clientes eran casi todos conocidos de la casa, de confianza y de buenas costumbres. Mi dormitorio daba a la calle y dos puertas lo comunicaban al zaguán y a la cocina; esos eran los dos lugares de la casa donde yo podía estar más tranquila. Estábamos a dos cuadras del puerto, por lo que mamá tenía los clientes cerca. Yo me había acostumbrado tanto, desde niña, a ver pasar los hombres al patio del fondo donde había una habitación, que no me llamaban la atención. Hasta creo que supe que los hombres iban a buscar a mi madre para acostarse con ella y me parecía tan normal como si fueran a que le lavaran la ropa, porque una toma por normal todo lo que ve desde niña. Yo estaba encantada de que los hombres fueran a visitar a mi madre; tal vez presentía que las cosas andaban bien cuando había clientes. El humor de mi madre, que nunca era bueno, empeoraba cuando no había dinero en casa.

Pero la inocencia no dura, y mucho menos en una casa como la mía. En algún momento comencé a sentir vergüenza de mi madre. Primero porque era pobre y me había contagiado el orgullo aristocrático de los Moreno, que pasó por ella sin quedarse, porque tenía una naturaleza especial, porque era inmune al orgullo o lo había perdido en un depósito de la Ciudad Vieja. Ella me había transmitido toda esa peste de la clase alta menos el dinero y el poder que debía acompañarla. Tal vez lo había hecho sin querer, tal vez solo había repetido lo que le había enseñado su madre y no sabía darle a su hija otra cosa. O tal vez porque imaginaba que mi destino sería casarme con un Moreno culto y bien arreglado en algún puesto de la Administración. Las rejas se abren con estrépito y Jacobsen es conducido hasta una sala oscura, con olor a humedad, a cenicero y con una lámpara sobre una mesa de acero inoxidable. Lo está esperando el coronel, sonriente, recién afeitado y con un bigote prolijo, fino y bien recortado. A Jacobsen ya no le parece tan delgado.

-Siéntese, tengo buenas noticias. Lo dejaremos en libertad, ya que pudimos comprobar que no estaba mintiendo. Efectivamente, la mujer que usted estaba buscando existe. Se llama Mabel Moreno... -dice el coronel, poniéndose los lentes para leer un informe-. Mabel Moreno Zubizarreta. Jacobsen levanta por primera vez la vista y la dirige hacia el coronel que está leyendo un papel. Casi no alcanza a verlo bien por la lámpara que se interpone.

-¿Contento? No se puede quejar, hicimos el trabajo por usted. Deberíamos cobrarle.

-Mabel -dice Jacobsen, con una voz muy débil y se da cuenta de que casi no puede hablar. Pero insiste-: Mabel... ¿Dónde vive? En Montevideo, ¿no?

-A ver, déjeme ver... -el coronel vuelve a leer con esfuerzo, acercándose a la luz de la lámpara-. Calle Rincón y Piedras. Barrio: Ciudad Vieja. Jacobsen quiere saber más, pero se calla. Sabe que de todas formas se lo dirán.

-¿No pregunta más detalles? Pensé que estaba muy interesado en esa mujer. De otra forma no se hubieras jugado el pellejo cruzando el charco. Y no nos hubieras jodido a nosotros, teniendo que ir personalmente a verificar de que nos estabas diciendo la verdad. Cosa que me calentó un poquito, porque yo sé que estás metido con los bolches grandes y también sé que un día te voy a agarrar.

El coronel camina tratando de pensar y continúa:

-Como le decía, hicimos el trabajo por usted, porque la inteligencia militar es superior a la inteligencia culta. Lo felicito, señor Jacobsen, su mujer es hermosa, un hermosísima prostituta.

Los otros cuatro que estaban en la sala esperaban este momento. Fijaron sus miradas en el rostro abatido de Jacobsen. Alguno dirá que ni se inmutó. Otros dirán que se le notó que se le venía el mundo abajo. Nunca se pondrán de acuerdo.

-Una hermosa prostituta que trabaja cerca del puerto -insiste el coronel, por si la frase anterior no hubiese llegado muy profundo-. ¿Sabía usted que su amada, la mujer por la cual usted arriesgó su vida, se acuesta con otros hombres por dinero?

El coronel lo mira más de cerca. Jacobsen casi no reacciona y el coronel se pone furioso. Le grita:

-¡No le importa!

-No... -responde débilmente, Jacobsen.

-Ah, no le importa -dice el coronel, volviendo a su posición vertical, desilusionado-. Tal vez le importe saber cuánto me cobró por media hora. ¿No calcula? Trescientos pesos uruguayos, que en moneda nacional... no sé cuánto es. Pero no importa, porque eso lo pagó el Estado, digamos los contribuyentes como usted.

Definitivamente, ya no hay expresiones vivas en el rostro de Jacobsen. Los demás renuncian a observarlo. Uno se retira diciendo que no vale la pena. Los otros se quedan porque saben que hay más.

-Trescientos pesos... -reflexiona el coronel-. Trescientos pesos por media hora que estuvo gritando como loca, porque por algo me decían Cabo Largo, siendo que nunca fui cabo. Tal vez al señor no le moleste que su amada sea una prostituta porque no nos cree. Claro, pero por algo pertenecemos al ejército argentino: lo prevemos todo -dice el coronel, tomando de la mesa

un sobre de papel manila. Adentro hay unas fotografías ampliadas, en blanco y negro. Las saca y las estudia un momento.

-Hemos sacado algunas instantáneas, porque el gobierno nos paga pero debemos rendirle cuentas de nuestras actividades y gastos. ¿Qué le parece? Yo le muestro una foto de medio cuerpo y usted me dice si es ella o no. Elige y finalmente pone una de frente a Jacobsen. Es Mabel que aparece casi de perfil, mirando a la cámara un poco asustada.

-¿Es ella, su Julieta, sí o no?

Jacobsen no responde.

-Bueno, tal vez esa fotografía no la represente bien -dice el coronel-. A veces ocurre. Hay fotos que no se parecen al modelo. A ver, si le muestro otras tal vez la termine por reconocer.

Jacobsen no responde; solo mueve los ojos, de vez en cuando, para comprobar que es Mabel que aparece en todas las fotos.

-Bueno, en fin, tal vez no sea su Mabel. Así que podré mostrarle todas sin que se escandalice demasiado. Esta es mi favorita -dice el coronel como si la admirara un momento antes de exponerla a cincuenta centímetros de la cara de Jacobsen-. El que aparece arriba, de espaldas, es el agente Fabiolo. Nadie diría que es el agente Fabiolo, porque nadie lo conoce por las nalgas y el muy vergonzoso escondió la cabeza. Qué muchacho. Bueno, en realidad, todos los hombres somos vergonzosos. ¿No se ha fijado usted que en las revistas pornográficas la mujer es siempre la que da la cara, mientras que el macho que las está cogiendo la esconde? La mujer siempre tiene menos vergüenza. Bueno, aunque tal vez usted nunca haya visto una revista pornográfica. Aproveche ahora y disfrute con nosotros de estas tomas de película.

Jacobsen no quiere que lo vean con los ojos húmedos; inclina la cabeza procurando mirar para otro lado, pero atrás se encuentra con la cara sonriente de un soldado. El coronel ha ganado otra vez, piensa el soldado.

-No vaya a pensar que obligamos a esta pobre mujer a hacer lo que parece que está haciendo aquí -sigue diciendo el coronel-. No, no, señor. Eso no es de hombres. Además no quisiéramos tener problemas con nuestros hermanos uruguayos. En realidad le pagamos por el servicio, que es un trabajo como cualquier otro, y ningún trabajo es vergonzoso. El trabajo honra a la gente. Y le dimos unos pesos más por las fotografías, que fue lo único que no le gustó.

Inclina la cabeza tratando de escuchar algún ruido extraño en el interior de la casa, pero lo distraen un murciélago que pasa como una sombra ruidosa y el freno seco de un taxi, cien veces más violento y escandaloso, que se detiene un segundo para no atropellar a un muchacho que cruza la calle corriendo, y enseguida vuelve a acelerar. Después de dos horas en esa posición inmóvil sobre el muro del fondo, salta hasta una rama de la acacia gigante y, verificando que no quedan pájaros inquietos revoloteando, o que si los hay seguramente esperan inmóviles en alguna de las mil y una ramas en forma de laberinto, baja por el tronco dando un salto invertido y se aproxima a la puerta de la biblioteca. El mismo silencio de la noche anterior. Su hombre no ha vuelto. Ni volverá esa noche tampoco. Pero igualmente se queda en esa posición de espera, más propia de un perro que de un gato. Hasta que amanece y decide ir a la búsqueda de alguno de esos pájaros ruidosos que revolotean en el vasto

globo de la acacia gigante, porque puede sentir el peso de sus cuerpiños rozando las ramas como si estuvieran entre sus garras.

Hay una especie de gran basurero que debió ver alguna vez en algún barrio del Norte. Es ondulante y extenso como un desierto africano, lleno de símbolos y desperdicios en descomposición o ya definitivamente descompuestos. Una colección de ratoncitos recién paridos se arrastran casi transparentes dentro de una caja de cartón llena con algodones manchados de sangre, tal vez de algún hospital cercano donde uno o dos días antes una mujer había dado a luz a un niño. La caja dice, interrumpida por una mancha de humedad: «CIGARRILLOS GO...»- De diferentes puntos de ese gran campo de basura salen columnas de humo que expanden un fuerte olor a cadáver cremado. Está a punto de darse vuelta para irse cuando una rata enorme cruza corriendo entre sus pies y se mete en la caja de hospital. Levanta la vista y ve que un grupo de muchachos entran al basurero y se dirigen hacia él, con cierta sociedad amenazante, como si en ese momento estuviese invadiendo un territorio privado.

-Esta basura es nuestra -dice uno de los muchachos que parece ser el jefe. Tiene el pelo color bronce opaco, los ojos achinados por cierto esfuerzo permanente de la cara y lleva una musculosa sucia que deja ver una piel quemada por el sol.

Jacobsen piensa por qué no va armado. Ni siquiera una navaja.

-Así que borrate de aquí, ¿entendiste?

Por un instante, siente que pronto formará parte de esos mismos desperdicios, y lentamente comenzará a sumergirse en pedazos dispersos, hasta confundirse con la demolición de Aníbal, muerto de una forma mucho más interesante, aunque también más dolorosa, víctima de la conocida y esperada limpieza social que cada tanto hacen las Sociedades Higiénicas. Entonces, sin decir palabra, Jacobsen comienza a caminar entre la basura, rumbo a la entrada, mientras descubre que los otros muchachos esperaban algún incidente con cuchillos envainados en la cintura. Prestando atención al ruido de posibles pasos detrás suyo, escucha que le gritan «si volvés por aquí te fletamos», y después de salir del basurero, unas cuadras más arriba, entre casas con paredes de chapa y cartón, piensa en la exclusividad del barrio, que en las clases altas y en las clases bajas se da el mismo fenómeno: están cerradas a los miembros de otras clases; muros impenetrables rodean las castas modernas que se rigen por sus propias leyes. Toma un metro hacia Retiro y se baja en la Estación San Martín. Al salir, siente el agobio de una tarde de enero, bajando vertical sobre el asfalto caliente. Camina por Esmeralda y, al llegar a Alvear, repite: esta basura es nuestra.

-Señor -escucha que dice Augusta-, la semana pasada vine a hacer la limpieza y no había nadie en la casa. La puerta de entrada estaba abierta. Después, antes de irme, lo estuve esperando una hora y como no llegaba me fui.

La mujer mira a Jacobsen que parece no escucharla. Observa que hay polvo acumulado en la pantalla del televisor y lo quita con un paño que saca del bolsillo de su uniforme.

-Usted no eeestaba y la puerta estaba aaabierta -insiste Augusta, ahora con su verdadero acento cordobés. Porque cuando se ponía nerviosa o su atención estaba toda puesta en otra cosa, se olvidaba de hablar bajo y

pausado y la gente descubría que era una pajuerana-. Yo se la cerré antes de irme y ahora que vuelvo la encuentro sin llave. ¿No tiene miedo de los laadrones, seeñor? Hay muchas cosas de valor, aquí aaadentro.

-Sí, disculpe -dice Jacobsen. Augusta sabe que estuvo preso y no quiere darse por informada, piensa mirando un girasol solitario que, por accidente, nació en el jardín.

-¿Disculpe? No, señor, ¿cómo me pide disculpas? Yo se lo digo por su bien. Un día de éstos entran y lo roban. O lo matan, porque hoy en día está tan peligroso que una nunca sabe...

No lo sabe. Pobre Augusta; ni siquiera se ha dado cuenta de nada. Pero cuando lo sepa no volverá a trabajar para él.

Augusta camina por la biblioteca, inquieta, hasta que se decide y se lo dice:

-Señor, tengo que hacerle una preegunta.

Jacobsen no responde. Mueve un poco la cabeza, como autorizándola, pero este gesto austero del señor la hace dudar.

-Bueno, pregunte, Augusta -debe decir Jacobsen para que se decida de una buena vez.

-No lo sé, señor -dice Augusta, y Jacobsen advierte que se ha puesto nerviosa-. En realidad no era nada importante.

Jacobsen se da vuelta para mirarla y le ordena:

-Por favor, Augusta. Le dije que preguntara nomás.

-Este, señor, es que... No se lo vaya a tomar como un atrevimiento de mi parte -dice retorciendo el paño que todavía tiene en sus manos-. Usted sabe que allá en el pueblo somos muy pobres y ignoorantes.

-No es un pecado -se adelanta a decir Jacobsen, temiendo que la conversación de muchas vueltas sobre un punto desconocido.

-Bueno, señor. Le voy a confesar que cuando usted no estaba yo entré a la biblioteca para lliimpiar.

-¿Y?

-Entré para limpiar y casi tuve el atrevimiento de prender la televisión, señor, pero no sabía cómo se hacía y tuve miedo de romperla. Entonces, señor, yo quería pedirle a usted si me permitiría mirar la televisión un momento, para ver algo, cualquier cosa, seeñor.

Jacobsen la mira fijamente a los ojos y ve que Augusta se ha paralizado de miedo. Una especie de ligera descarga eléctrica la sacudió desde los hombros hasta la cabeza.

-Hágame el favor, Agustina -le ordenó Jacobsen, equivocándose de nombre-. Llévese ese televisor para su casa.

-¿Cómo señor?

-Se lo regalo.

-No diga eso, señor. Yo no quise ser impruuudente...

-Es un regalo, Agustina. No se preocupe. Además, aquí me está ocupando demasiado espacio.

-¡Santo Dios! -exclama Augusta, acercándose al televisor. Se agacha un poco y lo toca con sus dos manos-. Dios mío, muchas gracias señor.

Luego se detiene, duda y finalmente se resuelve:

-Sí. No puedo llevarlo a la pensión, pero se lo voy a mandar a la mama que se quedó solita, allá en Río Cuarto.

Después sentí vergüenza cuando supe que mi madre era una puta y qué

significaba ser puta de la calle. Lo supe de una vez, de golpe y para siempre, sin remedio. Fue una noche cuando estaba atendiendo a un tipo en el fondo. Yo no tenía acceso a esa parte de la casa porque la separaba una puerta con llave. Esa puerta daba al patio con claraboya y, como le decía, más allá estaba el taller de mamá, con una cama antigua y una maquina de coser. Mamá cosía durante el día para una pequeña boutique del Centro. Era habilidosa. Toda mi ropa había sido hecha por ella y se esmeraba para que yo estuviese siempre bien vestida. La dueña de la boutique tenía una hija de mi misma edad y con ella íbamos a las fiestas de cumpleaños. Yo siempre tenía un vestido nuevo y llamaba la atención, lo que llenaba de orgullo a mi madre. Me creía muy bonita, porque me habían acostumbrado a oír que me lo repitieran cada vez que se hablaba de las niñas en una casa. Hasta pensé que cuando mi amiga dejó de acompañarme a las fiestas lo había hecho por celos, ya que, si bien no era fea, los elogios siempre se desviaban hacia mí y solo de vez en cuando alguien agregaba el inevitable: «pero Isabelita también es muy bonita». Después, con el tiempo, comprendí que se había alejado de mí no por celos sino por vergüenza de su madre. De un día para el otro perdimos dos amigas y una buena cliente. Así que, de a poco, mi madre se fue quedando sin ropa para coser y sin el poco dinero limpio que entraba en la casa. Mamá también perdió una buena excusa para justificar de dónde sacaba el dinero pero, quién sabe por qué o cómo, no se esforzó en corregir aquella situación incómoda y la verdad quedó separada de mí por una única puerta y por la costumbre o el temor de no pasarla.

-¿La señora? -pregunta el mozo al terminar de apuntar al dente.

-Para mí un beef rending con una seasonal salad.

-Sísonal sálad -escribe el mozo, con la mano tensa, procurando que no se note que es nuevo y está nervioso.

-¿Para tomar?

-Red wine, por favor.

Martín le arranca el menú de las manos a su hermana y esta le grita en voz baja:

-¡Si vos no sabés leer! Dámelo... -forcejea con su hermano y luego dice:- Papá, Cholito no me deja... leer.

-No le digas «Cholito» a tu hermano -la corrige el padre-. Es una expresión racista. Y vos, Martín, devolvele la carpeta a tu hermana.

¿Acaso no te enseñé nunca cómo debe comportarse un hombrecito en un restaurante? ¿Querés que la próxima te deje solo en casa?

Martín le devuelve la carpeta a su hermana, de mala gana.

-Ahora pídale disculpas a su hermana.

-Disculpas.

-Así no. De buena gana.

-Disculpas -dice Martín, pronunciando la palabra con resignación.

-Muy bien. Ahora quita los codos de la mesa y no te tapes la cara.

Y dirigiéndose a Leonor y a su marido, dice:

-Estos chicos solo saben hacerme pasar vergüenza.

-Bueno, coronel -comenta Leonor-; son solo eso: chicos.

-Chicos. Pero deben aprender a ser educados desde ahora -se queja el coronel-. Si no, ¿cuándo? Árbol que crece torcido no se endereza. Y este país está lleno de árboles torcidos.

-Más precisamente, de sauces llorones -agrega Leonor, con sorna.
El coronel aprueba con un gesto mientras Jacobsen encuentra, finalmente, en la oscuridad llena de luces encandilantes, su auto, estacionado a un lado de la costanera. Estaciona media cuadra más adelante y baja para verificarlo. Es otro Ford Falcon con patente del ejército y con un osito de peluche contra el vidrio trasero. El coronel prefiere usar el auto oficial porque puede estacionar en cualquier parte y, sobre todo, porque se siente orgulloso de pertenecer a la Institución.

Atraviesa el río de autos, esquivando uno y otro, hasta donde están los restaurantes más lujosos de Buenos Aires.

-Cuénteme, Coronel, ¿cómo está su hija mayor? -pregunta Leonor, tratando de ser amable pero sin poder recordar el nombre de la hija en cuestión-.

La última vez que la vi estaba muy preocupada por sus exámenes.

-Ya no le quedan materias pendientes. Patricia se recibió hace un año

-dice el coronel, recordándole su nombre para ayudar a la amabilidad de Leonor.

-Paty siempre me pareció muy inteligente -dice Leonor, pero no recuerda qué estaba estudiando.

-Estaba por recibirse de abogada, ¿no? -agrega el esposo de Leonor, yendo en su ayuda.

-Sí, de abogada -dice el coronel, con resignación.

-Lo dice como si hubiera esperado algo mejor. ¿O me equivoco, coronel?

-No, no se equivoca. Hubiese preferido que estudiara cualquier cosa menos abogacía. No sé, ¿qué quiere que le diga? A mí los abogados...

-Entiendo, coronel -dice el esposo de Leonor, dándose cuenta que el coronel no sabía cómo terminar su última frase.

LOS PATITOS RESTAURANTE, lee Jacobsen y se acerca a una ventana desde donde puede ver a la mayoría de la gente que está sentada. ¿Y si está arriba? Tendría que subir.

-No, no es que me queje. Ella es una mujer moderna. Es libre de hacer lo que quiera. Yo le di toda la educación que pude para que en el futuro pudiera defenderse sola.

-Le dimos -lo corrige su esposa al tiempo que el mozo le sirve el beef rendang-. Eso fue lo que te faltó enseñarle: hablar en plural; que lo que ha logrado en la vida no lo hizo ella sola.

HAPPENING RESTORANT. Sí, es él. Está sentado en la cabecera de una mesa larga.

Jacobsen entra presuroso pero se detiene a tiempo: el coronel no está solo. Está con sus hijos. Esos deben ser sus hijos y una de esas mujeres debe ser su mujer.

-Estás enojada con Clara porque es una muchacha independiente, ¿no?

-Más que independiente: rebelde. No me mires así. ¿No fuiste tú el que la llamó así cuando se juntó con ese abogaducho comunista?

-Ese abogaducho -la corrige el coronel, sin perder la postura y sonriéndole con esfuerzo- ahora es su marido, querida, y no es comunista sino peronista.

-Bueno, eso no lo sé. Ni siquiera alcanzo a reconocer la diferencia entre el comunismo internacional y el comunismo criollo. Si lo digo es porque tú mismo me lo habías comentado una vez que salió de casa sin despedirse.

-Suele ocurrir en las mejores familias- dice Leonor y hace el mismo

esfuerzo por reírse que su marido. Todos parecen reírse, menos los niños que discuten por una ensalada que ninguno quiere comer.

La conversación gira en torno a la política, Onganía, el posible regreso de Perón, el sindicalismo argentino y el peligro que significa para la Patria la influencia extranjera. Leonor comienza con los agitadores franceses de 1968, sigue con los drogadictos y homosexuales de California para ir a su tema preferido: la falta de moral en Chile, el crecimiento de la izquierda, la necesidad de un golpe de estado que salve a la nación y lo delicioso que están los camarones en su tinta.

-Yo prefiero los mejillones españoles.

-En una buena paella.

-No, así no más; una picadita con algún aperitivo.

El mozo los interrumpe:

-Teléfono para el señor Coronel.

-¿Quién es?

-No quiso decir, señor.

-Dígale que el coronel no atenderá hasta que no se anuncie. Y cuando vuelva tráigame más vino de este mismo.

-Inmediatamente, señor.

El mozo se va y vuelve un minuto después, con una botella de vino tinto:

-Su vino, señor -dice el mozo y le entrega un papel diminuto con algo escrito-. ¿Le sirvo, o atiende el teléfono primero?

-Sirva. El vino está primero.

-Ya has bebido demasiado -le reprocha su mujer, con un tono de voz afectado-. ¿Vas a atender al General con la lengua trabada?

-El general nunca me llama a esta hora -dice el coronel y bebe con ganas una copa entera-. Además...

Se detiene curioso:

-Además, ¿quién sabía que hoy venía al Happening?

Toma el papelito y lee con dificultad: Lo espera afuera. La Galleguita de Montevideo.

-¿Quién es, querido?

-Nadie -dice el coronel, arrugando el papelito-. Un tipo fastidioso que me debe dinero.

Se levanta y dice que en un momento vuelve.

-Sírvanse el postre, que ya vuelvo, apenas lo despache.

Tira el papelito en una pecera y baja deprisa. En el pasillo se cruza con el mozo que le indica el tubo descolgado.

-Sí, la escucho -dice el coronel, pero Mabel ha colgado. Tal vez pensó que no lo atendería. Mabel Moreno, la galleguita de Montevideo, repite el coronel. ¿Cómo olvidar esa putita, si estaba buenísima? ¿Qué estará haciendo en Buenos Aires? ¿Vendrá en busca de más? Deberían darme más seguido misiones de ese tipo.

El coronel duda. Arriba están su mujer y sus hijos. ¿Y si le arma un escándalo? No, imposible. ¿Qué le debe él? Nada. ¿Y cómo sabía que estaba aquí? Es seguro que lo vio comiendo y lo llamó desde afuera.

-Yo me la juego -piensa el coronel-. Le meto un dedo en la concha y me vuelvo. Y si intenta seguirme la mando arrestar.

El coronel sale a la vereda primero, pero no ve a nadie. Se anima un poco más y cruza hasta el parque, hasta las sombras de los árboles, porque la

imagina a Mabel esperándolo en algún lugar apartado.

-Este hombre es capaz de perderse en el baño -dice su mujer, pensando que el coronel está orinando todo el vino que tomó y que cuando termine irá a tirarse de cabeza en la fuente, pensando que es su cama.

-¿Mabel? -pregunta, en voz baja primero y después más fuerte-: ¿Mabelcita?

-¿A dónde fue papá? -pregunta Martín poniéndose impaciente-. Estoy aburrido, mamá. Vamos a casa.

-Pobre muchacho -se compadece Leonor-. Nuestra conversación no es de lo más entretenida que digamos. Además ya es tarde. ¿Qué hora es, querido?

-Las once. No es tan tarde.

-Para los niños es tarde.

-¿Por qué demora papito?

-Aquí está papito -dice el coronel y enseguida oye que alguien le contesta.

-Buenas noches, coronel.

-Buenas noches...

El coronel se acerca para ver bien. Hay alguien contra el tronco de un árbol y no parece mujer.

-Ah, es usted -dice el coronel, deteniéndose-. ¿Qué mierda está haciendo aquí?

-Vengo de parte de Mabel Moreno. Tengo algo para usted.

El coronel adivina que Jacobsen está armado y acomoda el cuerpo para responder, porque un amateur no puede nunca competir con un profesional de tu estatura. Pero necesita tiempo.

-Así no vale, Señor Jacobsen -dice el coronel, sonriendo-. Me doy cuenta de que usted viene armado, y mire yo: tengo las manos vacías. Si realmente es usted un hombre, aceptará una pelea más justa, ¿no?

-Si yo pretendiera enfrentarme a un hombre más fuerte que yo -contesta Jacobsen, sin perder la calma- con las manos vacías, sería un estúpido, coronel. Y como me considero un hombre inteligente, aunque no tanto como usted, he tomado las medidas del caso. En realidad nunca comprendí la utilidad de las artes marciales, cuando la carne es siempre más blanda que un metal cualquiera.

-¡Se puede ir a la mierda, usted y su querida prostituta! -grita el coronel y se desabrocha el saco para sacar su pistola.

Pero Jacobsen no le da tanto tiempo. Sin moverse, dispara el revolver que trae en un bolsillo de la gabardina. Las balas rompen la tela y perforan el estómago del coronel, caliente de vino y carne asada, haciéndolo caer de rodillas en el pasto, entreabriendo la boca como si fuese a decir algo, sorprendido, casi sin sentir dolor y recordando de repente cuando todavía no era Alférez y el Coronel de Fátima lo obligaba a arrodillarse, para desplomarse luego sobre un brazo, muerto.

Los disparos se escuchan desde lejos y poco después llegan dos policías que lo detienen. Jacobsen se queda de pie, mirándolo fijamente, tratando de saber si esa mirada silenciosa significaba que el coronel llegó a saber, al menos por un momento, que había sido derrotado, que no era invencible.

-Lástima que estaba borracho -piensa Jacobsen-. Lástima que no había hecho nada ilegal.

Cuando mi madre fue a la feria aquel domingo, yo me animé a revisarle las

cartas y las fotos que tenía en su cuarto, pero (ahora lo pienso) no se me ocurrió probar alguna llave en la cerradura de la puerta prohibida. Ese descubrimiento me estaba esperando con paciencia, como un gato que espera en una esquina a su ratón. Porque con el tiempo de la adolescencia todo comenzaba a llamarme la atención, mucho más que cuando era niña, y no descubría nada de forma gradual, como un niño puede descubrir poco a poco la escritura o sus habilidades para andar en bicicleta. A mí todo se me revelaba de golpe, en un abrir y cerrar de ojos, del día para la noche, como quien avanza dando enormes saltos en lugar de caminar. Un día descubría que sabía leer la hora, y me maravillaba de poder hacerlo cuando quisiera; otro día descubría que sabía cocinar varias comidas y lo hacía. Un día descubrí que era mujer, otro día descubrí que mis pechos se habían desarrollado y que de perfil en el espejo parecía una mujer de verdad. Y otro día descubrí que si ponía los dedos en mi vagina después no los podía sacar hasta que me moría de placer. Y otro día descubrí que eso era un pecado muy malo y supe, en una iglesia moderna del Cerro, que había sido condenada al Infierno sin saberlo. Y otro día descubrí qué había del otro lado de la puerta prohibida. Nunca me había imaginado nada del otro lado de la puerta, a excepción del patio con claraboya y el tallercito de mamá, aunque tampoco sabía de dónde venía esa imagen que no era del todo irreal, salvo por las proporciones del patio que yo suponía mucho más grande de lo que era realmente. A veces oía una radio a alto volumen, pero otras veces nada, porque al cliente de turno le debía molestar la música y mucho más las palabras, porque para acostarse con una prostituta es necesaria mucha concentración, ya que esos tipos querían imaginársela virgen, con otro rostro y con algún nombre, con una historia. Pero una vez mamá olvidó poner llave, o no le dieron tiempo, y dio la casualidad de que yo pasaba por allí y tanteé el picaporte. La puerta estaba abierta y cuando lo advertí me quedé petrificada de miedo. Tenía miedo porque sabía que en el taller había un hombre con mamá, que yo tenía secretamente prohibido traspasar aquella puerta y que apenas tuviese la oportunidad intentaría hacerlo. Y eso fue lo que hice. Después de titubear y temblar con la mano en el picaporte, empujé y entré. Entré al patio con claraboya, sin hacer ruido. Al principio sentí tanto silencio que pensé que no había nadie en el taller de mamá. Pero cuando estuve cerca de la puerta comencé a sentir los correspondientes quejidos de un orgasmo. El hombre comenzaba a sentir placer y mi madre debía estar fingiéndolos, pero yo no lo entendí así y pensé que alguien la estaba maltratando. Entonces comencé a golpear la puerta, nerviosa, gritando «mamá, ¿estás ahí?». Al rato salió mi madre mal vestida y me dio una paliza que me duró varios días. Mientras lloraba y mi madre me arrastraba adentro de la casa, pude ver al tipo que espiaba por la ventanita del taller. Era una cara blanca, con bigotes espesos y pelo negro y parecía furioso. No pude olvidar aquellos ojos fijos sobre mí, el resto de la cara inexpresiva. Después de varios días lo volví a ver en la puerta de mi casa. Entró sin llamar, justo después que había entrado otro hombre, un tipo mayor que casi no podía caminar. Mi madre estaba atendiendo al viejo, y el tipo de bigotes, que debería conocer alguna señal que decía cuándo mi madre estaba ocupada y cuándo estaba libre, se sentó en un banquito de la entrada. Yo podía verlo por el orificio de la cerradura. Con frecuencia miraba por allí, para asegurarme que no había

nadie esperando a mamá y así poder salir tranquila. Me había acostumbrado tanto a este ejercicio que lo hacía de forma automática y no se me ocurría pensar que alguien pudiera hacer lo mismo conmigo, mirando desde el otro lado por el orificio de la cerradura. Cuando veía gente esperando, me quedaba encerrada en mi cuarto, estudiando o imaginándome deliciosos romances con algún muchacho que había visto en la plaza, la tarde anterior, porque bastaba que fuera vestido de traje y pasara apurado, mirándome a los ojos, para que yo no pudiera olvidarlo por un mes. O me quedaba leyendo en mi cama, disfrutando del silencio abstracto de una tarde de otoño, sin romances ni madres ni profesores, imaginándome, como solía hacerlo, que ese cuarto no era mi cuarto ni esa ciudad era Montevideo. Me tomaba una enorme taza de té y me sentaba en la cama, con la espalda apoyada en la pared y rodeada de un montón de novelas baratas que conseguía los sábados en un puesto de libros usados de la calle Sarandí. Hasta recuerdo con nostalgia esos tiempos. Mejor dicho, esos escasos momentos en que sabía cómo volar con una taza de té y un poco de silencio. De repente, la persiana del balcón que comunicaba a la calle, siempre cerrada porque por allí pasaba mucha gente los días de semana, se transformaba en un arco moro o hindú, con sus entramados de madera para filtrar la luz, y yo me descubría en algún rincón silencioso y abstracto de Córdoba o de Granada, en algún momento olvidado de 1952 ó 1929. Hasta que me asustaba de esa incomprensible belleza y me levantaba de un salto, para verificar que afuera seguía siendo la misma Ciudad Vieja de siempre, y que ese solo era mi cuarto, lamentablemente solo era mi cuarto en la Ciudad Vieja, un día feriado y rodeado de otros días llenos de clases con profesores y compañeros estúpidos de liceo.

Esa tarde de primero de mayo me había quedado leyendo una de las cinco mil y una noches de Corín Tellado, que lo único bueno que me dejó fue el hábito por la lectura (como decía Abayubá, el único amigo que tuve en el liceo), porque la lectura, aunque comience siendo de superficie, tarde o temprano terminará por hundirse en las profundidades del alma humana, aunque el alma humana no exista. Por otra parte, yo me imaginaba todo ese mundo de damas y caballeros españoles que debió conocer mamá en su juventud, historias invariablemente románticas de primera hora de las que yo hubiese sido parte si al abuelo no se le hubiera ocurrido la estúpida idea de cruzar el Atlántico.

Debía estar tan absorta en alguna de esas infidelidades de novios y amantes que olvidé poner llave en la puerta, igual que mamá, y el tipo de bigotes entró en mi cuarto como a su casa. Me quedé muerta de miedo y quise gritar, pero no pude: estaba muda, como afónica. Se me cayó el libro de las manos y apenas pude moverme cuando el tipo ya estaba desnudo, avanzando hacia mí, mientras yo me concentraba inútilmente en gritar debajo del agua. Nunca había visto un hombre desnudo y me impresionó el tamaño de su pene, porque siempre me había imaginado que lo que tenían los hombres entre sus piernas era tan pequeño como parecía cuando estaban de pantalones, sentados en alguna silla y con las piernas un poco abiertas porque parece que siempre les incomoda la panza; o como el pene del David que está en la Intendencia, o como esos otros penes minúsculos que aparecen en las fotos de arte griego o romano. No entendía lo que estaba viendo, casi me parecía un miembro ortopédico, enorme y duro, como uno de

madera que una vez vi en un carnaval y que el bailarín se lo sacaba para usarlo de bastón.

Un recuerdo cruza por su cabeza y se detiene. Se queda pensando en un muchacho, el amigo de Amelia, cuyo nombre ahora no puede recordar. Con él se escapaban de la escuela para poner monedas de bronce debajo de las ruedas del tren. John, como todo hombre, o destino de hombre, lo hacía porque lo llamaba el peligro; a ella solo le interesaban, al principio, los resultados: había que lograr una deformación perfecta en las monedas, preferentemente un óvalo que luego pulía para hacer medallas. Pero Consuelo recuerda que las últimas veces fue sola, porque a John no lo estimulaba más el peligro o porque había terminado por acobardarse, cuando Consuelo le propuso acercarse a las ruedas del tren para observar cómo se estiraban las monedas.

-Mi madre me dijo que las ruedas del tren chupan a la gente cuando pasa cerca -decía John.

-Tu madre es una mentirosa -fue lo último que le dijo Consuelo-; como todas las madres.

Pero eso fue mucho antes -piensa Consuelo y sus manos se pierden entre los pelos del mamut.

Así que yo, como toda mujer, conservo en mi memoria el día y el mes en que dejé de ser virgen: el 1º de mayo, el día de los trabajadores. Una psicóloga amiga, con la cual tuve la supersticiosa idea de contarle mi vida para curar mis males, me dijo que entonces yo me había sentido obligada a cumplir con el derecho animal de aquel hombre que había entrado para vaciar todo su semen en mi vientre (y no sé qué más). Tuve que recordar para ella y para su tesis de graduación, que cuando tenía trece años me gustaba provocar a mis profesores, porque era inconsciente o porque la inocencia me protegía. Al de matemáticas le hablaba tan cerca que podía sentir mi aliento, hasta que el tipo se incomodaba y tomaba distancia, porque por suerte era un tontito. Todavía no me daba cuenta de lo que hacía y lo disfrutaba. Después ya no. Algo pasó conmigo de un día para el otro. Comprendí que aquel juego podía convertirse en realidad y la sola presencia de un hombre me ponía nerviosa. Pero por entonces los hombres ya no se alejaban de mí; me buscaban. O por lo menos eso era lo que yo me imaginaba. Para mi desgracia, había logrado lo que tanto quería: ahora los hombres me miraban y apenas me daba cuenta me quedaba congelada. Nunca tuve reacción cuando algo me sorprendía de golpe. Creo que yo no soy de esas personas que cuando cruzan una calle distraídas y un auto les toca bocina saltan o se ponen a correr. Yo podía estar cruzando las vías del tren y quedarme parada en el medio al oír sonar el pito. Como si pensara: «no sé cómo se sale de esto; veré cuán fuerte es el golpe y luego trataré de sobrevivir». Algo parecido me ocurrió cuando aquel hombre entró en mi cuarto. Cuando se fue, quedé aturdida; creo que perdí el conocimiento hasta que mi madre golpeó en la puerta para preguntarme si había hecho algo de cenar.

«No, mamá, todavía no hice nada», le dije, apenas volviendo en mí.

«Consuelito, ¿te sentís bien?» preguntó entrando. Hizo un silencio y volvió a preguntar: «¿Qué pasa, Consuelo, no te sentís bien? ¿Querés que llame a un médico?».

«Claro que estoy bien, mamá, ¿no te dije que estaba bien? Entonces no

insistas».

Arriba de la mesa había un dinero que el hombre había dejado sin que yo me diera cuenta, suponiendo tal vez que de esa forma iba a poder volver cuando quisiera.

«¿De dónde sacaste esta plata?», terminó por preguntarme. Cuando lo vi allí, me llené de miedo y le dije que no era mío, que era de Amelia, una miga del liceo, que me lo había dado para que le comprase una Tabla de Logaritmos en un puesto de libros usados que había por la calle Sarandí. Pero mamá no se lo creyó. Era mucho dinero para un librito usado, y no podía creer que en esa habitación no hubiese habido sexo un momento antes, porque ese era su oficio.

A las pocas semanas de mi primera experiencia supe que estaba preñada. No sentí nunca que ahí adentro se estaba formando una persona; era una cosa, una enfermedad, algo sucio y nauseabundo. Era la semilla del Diablo, como decía el pastor Menéndez, un bombero jubilado y resongón que se había nombrado a sí mismo en una despensa vacía del Cerro que luego llamó Templo de Cristo Verdadero, y a la que yo visitaba por voluntad de mi amiga Inesita. Una nunca sabe por qué Dios elige a unos y deja a otros en manos del Diablo. A mí me había tocado cargar con el semen fértil del Diablo y por días enteros estuve obsesionada con liberarme del Anticristo. Empecé comiendo pasta de diente y café sin agua, con la inocente esperanza de abortar, y solo lograba que me temblaran las piernas y se me diera vuelta el estómago que luego despedía en un vómito ese menú para locos. Después me iba al Parque Rodó y me subía al Tren Fantasma y a la montaña rusa. Pero comparados con mi desgracia, aquellos eran juegos de niños y no producían el menor efecto en mí. Alguna vez me mareaba un poco, pero era solo consecuencia del fracaso de no sentirme mal de verdad. Después llegaba la noche y yo me quedaba sentada en la rambla, mirando el río, tratando de tentarme con esa superficie blanda y oscura: si el Anticristo no se quiere morir solo, yo me muero con él. Trataba de pensar que sería algo así como un sacrificio en beneficio de la humanidad. Pero cuando parecía que iba a bajar a la playa, me acobardaba y buscaba otra solución. Una noche, en ese mismo parque, me subí a un árbol alejado de las luces y me tiré de costado, pero solo logré romperme una pierna y llamar la atención de una pareja de viejos que pasaba por ahí. Podía haberme quedado tirada toda la noche, con mejores posibilidades de abortar, si no fuera porque nunca falta la gente buena que no entiende que cuando una dice que la dejen en paz significa que-la-dejen-en-Paz.

-Pobre muchacha -se compadecía la anciana-. Debe estar drogada.

-Vaya uno a ver estas cosas en mi tiempo...

-Pero no pensarás dejarla así tirada. Hací algo, llamá a un policía.

El viejo llamó a alguien, con su vocecita de tengo-novedades, y Alguien llamó un taxi. Mientras llegaba el taxi, los viejos le explicaban a Alguien cómo habían hecho el descubrimiento, con la voz quebrada porque los emocionaba hasta las lágrimas su propia sensibilidad de gente correcta, repitiendo cien veces lo mismo, la sorpresa que habían sentido al ver ese bulto que se movía, la decisión que habían tomado de auxiliar a la pobre joven, la necesidad de recuperar los Valores Perdidos por la juventud, y la celeridad con la que actuaban siempre para socorrer al prójimo caído, lo que no ocurría en Nueva York donde vivía su único hijo

que era Abogado y Politólogo. Cuando me subieron al taxi, y para evitar que Alguien me acompañara a mi casa o al hospital, fingí que me sentía mejor. Después ya no recuerdo más nada hasta cuando desperté por la mañana y vi a mi madre al costado de mi cama, mirándome con preocupación.

-Voy a llamar a un médico -dijo, pero más bien era una pregunta.

-¡No! -le grité con rabia.

-¿Cómo que no? Mira ese pie cómo está...

-Ya estoy mejor. Por favor, mamá, déjame en paz.

Me daba vuelta. Ella me acariciaba la espalda y me pedía que le contara qué me había pasado.

-Me torcí el tobillo -le decía yo-. ¿Nunca te torciste el tobillo?

-Sí...

-Bueno, ¿entonces? ¿Fuiste al médico?

Yo pensaba que el médico se daría cuenta de que estaba preñada y mamá tenía miedo de descubrirlo.

-Déjame dormir, mamá, por favor -insistía yo, con ese tono hostil del que luego me arrepentí tantas veces y lo volví a sentir rebotando en mi conciencia cuando ella se murió, y que por esos tiempos solía ser el comienzo de una discusión.

Entonces ella se retiraba en puntas de pie, como si se sintiera culpable de todo lo que me ocurría. Yo me quedaba sola con el Anticristo y pensaba «¿ahora sí? ¿voy a abortar o me recupero? ¿Y si maté al Anticristo, adónde lo voy a tirar?». Me imaginaba pariendo y gritando por ayuda o sin poder evitarlo, la veía a Mamá entrando para sacar de entre mis piernas esa cosa bañada en sangre y gelatina. Hasta que me volvía a dormir agotada por los nervios.

Resiste boca arriba, mirando una grieta en el techo que se agranda y amenaza con tragarla. Toda la habitación gira y ella cae hacia arriba. Consuelo mira su vientre que sigue creciendo sin poder moverse. Debajo de la piel, tensa y sudorosa, algo se mueve, como una criatura huesuda que clava sus codos y sus rodillas en el vientre inocente, tratando de romper la piel para salir, como si la piel fuera la cáscara flexible de un gran huevo maldito. Consuelo está inmóvil y siente que ya no puede hacer nada para evitar el nacimiento del monstruo. Por un momento se relaja y algo se derrama por el útero, corre por la vagina y se pierde entre las sábanas. Siente que el horror se transforma en placer, como si el demonio la hubiera conquistado, como si se hubiera dejado conquistar por la oscuridad para no sufrir más, como si hubiese hecho un pacto secreto con él a cambio de alivio. Y enseguida el placer vuelve a transformarse en horror: levanta un poco la cabeza y lo ve a él que ha salido y comienza a trepar por el abdomen, moviendo sus ojos enormes y bañados en sangre, sonriéndole perverso con una risa de ser humano.

Me las arreglé para faltar al liceo una semana. Yo salía todas las tardes a las cuatro y caminaba por la calle Sarandí hasta que oscurecía. Entonces volvía a casa y ya no estaba. Ella no se preocupaba mucho de mis estudios porque yo tenía casi todas las notas altas. Las pocas palabras de inglés que me enseñó mamá me sobaban para pronunciar mejor que nadie may I go now?; I enjoyed the party very much; thank you for your help; Oh, don't mention it. Así que podía tomarme una licencia, digamos. A veces me quedaba tomando té y leyendo hasta los últimos rincones de un diario

viejo; y hasta lograba sentirme bien. Sobre todo cuando abría las persianas y descubría que afuera llovía a baldes, como si la conciencia de un afuera desfavorable hiciera más valiosa mi situación de refugiada. Miraba por entre las persianas y a cada relámpago deseaba un trueno más fuerte. Creo que hasta me hubiese sentido feliz con alguna catástrofe de esas que se leen en los diarios: algún tornado que destruyera la mitad de Montevideo, un viento que levantase el Río de la Plata cinco metros, un rayo que incendiara algún edificio de la Ciudad Vieja, algo que significara borrón y cuenta nueva. No sé; el viento que levanta hojas en otoño y asusta a la gente siempre me gustó. Y me pregunto siempre si en realidad soy un ser despreciable, sobre todo cuando pienso que hay gente que vive en ranchos de lata.

En fin, no me resultaba nada difícil hacerme la rata, hasta que un día mandaron un adscrito a casa. Cuando lo vi por una hendidura que tenía la puerta me quedé helada. El tipo estuvo golpeando media hora, con rabia, como si supiera que yo me escondía adentro, hasta que se aburrió y dejó la carta que traía para mi madre por debajo de la puerta. La citaban a una reunión especial con motivo de las inasistencias de su hija, la alumna N° 21 del 4°B que concurre a esta institución. La sola idea de que mamá podía ir al liceo me daba pánico. Me la imaginaba entrando a mi salón de clases, con el paño atado a la cabeza y un profundo olor a hipoclorito, y dirigiéndose al profesor de Educación Moral: Buenas tardes. Yo soy la mamá de la alumna Consuelo Moreno... Así que rompí la nota en pedacitos, la tiré por el water y fui al otro día a clases. Me temblaban las piernas y un vértigo me revolvía el estómago al oír otra vez a la misma gente amontonada, hablando y riéndose a carcajadas, porque para mis llamados compañeros de clase, todo era motivo de burla y carcajada. Daba igual que alguien se fuera a sentar en un banco roto y terminara con el traste en el sueño o que alguien se equivocara refiriéndose a la selva erótica en lugar de exótica. Tenían la fuerza propia que tienen los imbéciles que disfrutan de sus carencias más que sufrirlas. Yo quería salir corriendo de allí y me encontraba caminando lenta e irreversiblemente hacia el salón número 13. A cada paso que daba me iba desnudando: en la forma de caminar, en la forma de pararme o de hablar, en el color de mis mejillas ardientes, en el temblor de mis manos se advertía a gritos lo que yo había hecho. Yo lo hice, me lo hicieron, sé cómo se hace, dejé que me lo hicieran. Yo lo hice, tú no lo hiciste, él no lo hizo, nosotros lo hicimos, vosotros no lo hicisteis, ellos no lo hicieron. ¡Reventada! Todos lo saben y ¿qué tenemos a primera? Moral, ojalá que falte el viejo hoy, el profesor de Moral lo sabrá también, claro, para eso es profesor, esposo, fiscal del gobierno y profundo psicólogo que puede penetrar a sus alumnas y alumnos con su sabia mirada: nadie escapa de su darse cuenta. Él es el que es. Él no interroga para saber. Lo hace para demostrar que ya lo sabe.

-Alumna, ¿por qué ha faltado tanto a clase?

-Estaba enferma.

-¿Trajo un certificado médico?

-No.

-¿No fue a un médico?

-No.

-Estuvo una semana enferma y no fue a un médico, ¿por qué?

-Mi madre no tenía plata.

-¿Por qué su madre no la llevó entonces a un hospital público? ¿Qué enfermedad tenía? ¿Por qué no vino su madre hoy? Tengo entendido que fue citada para hoy.

-La carta se perdió.

-¿Cómo sabe que la carta se perdió? ¿Vive muy lejos de aquí? ¿Dónde vive? ¿Vive sola con su madre? ¿Dónde está su padre? ¿Adónde fue? ¿En qué trabaja? ¿Y su madre, qué hace? ¿En qué trabaja su madre, alumna? ¿Se siente mal? Entonces, ¿por qué no contesta?

Su mirada eran dos cuchillos que caían desde una altura de dos metros.

Tenía las uñas bien recortadas y el olor del perfume que una hora antes se había llevado a la cara después de la segunda afeitada del día.

-¡Yo soy su profesor y me debe respeto! No toleraré que mire para afuera cuando le estoy formulando una pregunta, por más buena alumna que se crea.

-Whada fuck

Cerró el puño y lo apoyó sobre mi banco. Luego lo retiró, como si hubiese querido representar apenas un golpe furioso que no llamara demasiado la atención y que no le produjera ningún dolor.

-¡Aprenda a pronunciar bien el castellano antes de hablar en inglés!

-¡Sí, juro!

Soporté los cuarenta y cinco minutos de Moral, tocó el timbre, el recreo, soporté los diez minutos del recreo y de nuevo el timbre y de nuevo a clase de matemáticas. En la puerta del salón la Grosskopf, que a parte de cabezona tenía unos hermosos ojos celestes y la cara salpicada de granos como cagada de lechuza, le dijo a su barrita de alcahuetas que parece que la que te dije ya debutó. No sé cómo se había dado cuenta, pero estaba feliz de hacérmelo ver; vi por un segundo su boca fruncida a modo de desprecio, alcanzada por el último rayo de sol del día, y todo mi odio contra la humanidad se concentró en ese pedazo de ser humano.

-Quién le habrá hecho el favor -terminó por decirle a Moreira, su mano derecha, mientras se acomodaba la pollera para sentarse. Y ahora mi odio tenía forma de cola de mujer tapada con una tela gris. Hablaba como si se estuviese refiriendo a cualquier otra cosa, menos a mí, de forma que no me dejaba posibilidad alguna para responderle. Si lo hacía, me saldría con la previsible ¿y a vos quién te dijo algooo?, arrastrando la última vocal, costumbre que había copiado de un viaje a Punta del Este el año anterior, de quién sabe qué turista provinciano que se hacía pasar a su vez por estanciero acomodado en Carrasco. ¿Te volviste locaaa? Perfecta excusa para un nuevo insulto y una nueva burla de la Grosskopf. Así que me mantuve en el molde hasta que el profe de matemáticas me llamó al frente para resolver una ecuación de segundo grado (no me voy a olvidar nunca) y al pasar le pisé de refilón el tobillo y le bajé la media con piel y todo. El grito de la víctima fue el doble en proporción al daño causado, tan fuerte que el pobre viejo de matemáticas se dio vuelta de un salto y se quedó paralizado, buscando el origen de tan mortal lamento.

-¡Profesor! -gritaba la Grosskopf, mientras el profe se acercaba con una tiza en la mano para verificar que aquel tobillo tomaba el color correspondiente a una buena pisada-. ¡Mire lo que me hizo esta! Mire, ay, pro-fe-sor, mi-re...

-¿Pero qué le ha pasado alumna? -decía el profesor, con cero de carácter,

sin saber qué hacer porque no se animaba a tomar las medidas correspondientes a semejante acto de terrorismo juvenil.

-¡Fue ella!

-¿Ella quién?

-¿Quién más? ¡La hija de puta!

-Alumna, cuide su vocabulario...

-Pero si fue sin querer -decía yo-. No pensarás que lo hice por gusto, ¿no?

La Grosskopf se puso a llorar, víctima de su propio veneno, y eso que los hombres no lloran, le dije, y se puso furiosa pero sin el suficiente valor como para levantarse y devolverme la pisada. De sus hermosos ojos celestes comenzaron a brotar verdaderas lágrimas alemanas y sus granos se hincharon de forma que parecía que en cualquier momento iban a reventar salpicándonos al profesor y a mí con todo ese pus podrido del día anterior, ese pus que su madre no dejaba reventar con las uñas para que luego no quedaran marcas en la piel. La vieja de Grosskopf prefería decir que el acné eruptivo de su niña se debía a la fuerza de la sangre y no a la mierda que circulaba por sus venas, porque ella también había tenido granos allá en Berlín, aún antes de la guerra.

-Yo también la vi -dijo la Negra, otra de las alcahuetas del kaiser que no fueron invitadas a su cumpleaños a fin de año.

No sé cómo la miré, pero nunca olvidaré la cara de terror que puso al verme directamente a los ojos. Era evidente que el Anticristo se dejaba ver de vez en cuando y me daba esas pequeñas satisfacciones después de tanto dolor.

Esos son los recuerdos que tengo del liceo: fragmentos de recuerdos desgraciados. Podría decir que nunca aprendí nada en serio allí. Yo iba porque tenía que ir, para que no me molestaran en mi casa, para no llamar la atención, para no pasarme del límite de faltas. Pero mi cabeza estaba siempre afuera, en la lluvia o en el sol del atardecer que daba en los robles sin hojas, en contar los minutos que faltaban para el segundo recreo. (Quince minutos) coseno es igual al cateto adyacente sobre la hipotenusa; (cinco minutos) seno de $52^\circ = 0,78...$ apunten, por favor. Y mientras apuntaba lo que ya estaba escrito en el pizarrón, pensaba que nunca iba a sacar de mis tripas esa cosa que seguía creciendo. Nadie sabía que el Anticristo se paseaba por la ciudad y luego se metía en el liceo, en medio de la clase de Educación Moral.

Era ingenuo de mi parte pensar que una muchacha pudiera torcer ella sola la voluntad del demonio. Sabía que aunque me ahogara en el río, el Anticristo saldría de las aguas con su risa de muñeco. Así que, si quería abortar de una vez, no tenía más remedio que ir a un profesional. Pero ¿dónde podía conseguir yo un médico que hiciera lo que la ley prohibía? Yo era demasiado pobre para hacer cosas ilegales; necesitaba ayuda. No se me ocurría nadie que me pudiera ayudar, hasta que un día me cayó la solución del cielo.

Entró y enseguida comprendió que Consuelo ya no dejaba abierta su puerta. Tanteó el picaporte y verificó que estaba cerrado con llave. Del otro lado, Consuelo levanta la vista y se fija en el picaporte que no se vuelva a mover. Con cuidado, va hacia la puerta y apoya el oído: unos pasos se alejan hacia la habitación del fondo.

Al verlo entrar, Mabel se sorprende y, titubeando, dice su nombre:

-Tito...

-Sí, Tito -repite el hombre de los bigotes gruesos-. ¿Te sorprende? ¿Desde cuándo te sorprende que venga a visitarte, mamita?

-No, es que estaba... Estaba concentrada en esto y...

Mabel deja en la mesa una camisa a la que le había dando vuelta el cuello para que la parte menos gastada quedase para adentro. Tartamudea nerviosa. Tito se saca la camisa y suspira, agobiado de calor.

-Qué calor, carajo. Y aquí no está mejor que afuera. Abrime la ventana que me deshidrato vivo.

-No sé si hoy pueda... -vuelve a titubear Mabel, abriendo un poco la ventana.

-Sí podés, pajarita. Apenas veas aquello que te gusta, te vas a poner bien.

-No sé, es que...

Tito se extiende en la cama y vuelve a suspirar, esta vez de alivio. Abre los pantalones y deja salir el pene que comienza a crecer. Mabel piensa que es grande, demasiado grande para una niña de quince años. Entonces se levanta de un salto y vigila por la ventana. Afuera está oscuro, pero se asegura que no hay nadie y que la puerta está cerrada.

-¿Pero qué te pasa? Te noto nerviosa.

-¿Qué me pasa? -dice Mabel, ahora fortalecida por la rabia-. Tú bien sabes qué me pasa.

-¿Me podés ayudar un poquito? -pregunta Tito, como si realmente no entendiese nada.

Por un momento Mabel duda. Piensa que es una locura, que a nadie se le puede imaginar que sea cierto. Al fin y al cabo, el Tito siempre se ha portado bien con ella, la ha ayudado con dinero extra cuando Mabel necesitó. No está segura, pero continúa para averiguarlo.

-No precisas ninguna ayuda para recordar. Termina de hacerte el idiota y reconoce que sois una basura.

-No sé si te das cuenta que estás jugando con fuego, gallega -la increpa el Tito, siguiéndola con sus ojos duros cuando ella cierra la ventana. «Ya logró desinflarme la pija», piensa con fastidio y la mira: termina por recostarse contra el muslo derecho, mucho más chica ahora. Le avergüenza que le puedan ver el pene con ese tamaño de invierno. Trata de excitarse de nuevo para recuperar forma, esa forma que lo llena de orgullo: erguida, poderosa y tal vez desproporcionada, un poco más ancha y venosa en el medio y con la cabeza brillante y redondeada.

Mabel se da vuelta y le grita:

-¡Me vais a negar que el otro día entraste en el cuarto de Consuelito!

Por un momento, Mabel piensa que él lo negará; entonces ella le pedirá perdón y le rogará que encuentre al monstruo y haga justicia.

-Ah, era eso -dice el Tito, como si hubiese esperado algo peor.

-¡Sois un desgraciado!

-Un desgraciado pero la chica no me devolvió la plata.

-¡Miserable, sois un miserable!

-¿Y sabés por qué no me devolvió la plata? Porque quiere más, porque es una hija de puta. A que no te imaginás la carita de contenta que tenía cuando la dejé suspirando. La hice saltar como a un pajarito. Es que yo

nunca dejo una mujer insatisfecha.

-¡Os voy a denunciar, miserable!

-Oh, sí, sí. Muchas cosas se van a saber de su madre -dice el sereno, mientras la prostituta llora nerviosa en un rincón-. La van a llevar al Instituto del Menor y te van a quitar la tutela. Andá despidiéndote de tu bebé.

Mabel se lanza sobre él con una tijera en la mano, pero el Tito la toma de los brazos, sin dificultad.

-Os voy a matar, desgraciado -dice Mabel, llorando, mientras el Tito le aprieta las muñecas, cada vez más fuerte y riéndose de los esfuerzos inútiles de la prostituta.

-¿Sabés que no me esperaba esta escena? -dice, arrojándola en la cama y sosteniéndola de los brazos-. Pero me gusta. Tenía ganas de acostarme un día con una mujer que no me cobrara nada y encima se resistiera. Ya me estaba cansando de que me mintieran y de hacer que me creía esos gritos de placer. No pensás gritar, ¿no? La nena podría escuchar.

Mabel logra liberarse un momento y le arroja el costurero de lata, pero el Tito lo esquiva y termina estrellándose contra la pared de la ventana.

-Te digo que la nena puede escuchar. ¿O querés que la llame? Nunca le hice el amor a una mujer mientras la miraba la hija. Uy, cómo me calienta eso, mamita.

Consuelo escucha el ruido que hace la lata del costurero contra la pared y después cuando cae en el piso. Tiene miedo porque esta vez sabe lo que puede estar pasando en el taller. Ayudada por las sombras más profundas de la noche, se anima a atravesar la puerta y se aproxima a la ventana para espiar. Del otro lado está el hombre de los bigotes gruesos con sus nalgas blancas hacia arriba. Debajo, su madre se retuerce como si tratara de complacerlo.

-Así me gusta -escucha que dice el hombre.

Luego la separa un poco y vuelve a penetrarla desde atrás. Mabel emite unos quejidos dolorosos que intenta ahogar en la almohada.

-Muy bien, mamita -dice el hombre varias veces-. Ya te cogí como a vos te gusta.

Esperé a que el Tito saliera de casa y lo seguí con cuidado, aunque no sé hasta qué punto no se dio cuenta. Por la calle Misiones entró a un bar y estuvo media hora. Después bajó hasta la Estación del tren y tomó por Paraguay, cuando ya comenzaba a oscurecer. Esa cuadra de trescientos metros me pareció interminable; con su murallón de ladrillo de un lado de la vereda y los plátanos apretados del otro, hacían un túnel ruidoso y solitario.

No fue a su casa; cruzó la calle y entró en un galpón. Creo que era un depósito de lanas y cuero, porque entraban y salían camiones cargados con fardos. En la puerta siempre había tres o cuatro tipos conversando, así que seguí de largo sin saber si me había descubierto o no. Pero, a esas alturas, eso era lo que menos me importaba, solo que no quería hablarle con tanta gente husmeando. No cambié de idea y al otro día volví al depósito. Un camión cargado intentaba entrar marcha atrás, interrumpiendo el tránsito, mientras el Tito lo guiaba desde abajo.

Me quedé en la vereda de enfrente, haciendo que esperaba un ómnibus, aunque allí no había ninguna parada. Yo esperaba que el Tito se quedara

solo para ir a hablarle, pero cuanto más esperaba más tipos se iban amontonando en la entrada. Era evidente: en el medio estaba el Tito, contándoles que me había partido en dos y que ahora yo volvía en busca de más. Podía adivinar la conversación, rodeada de risitas cómplices. Las cosas no salían como yo las había previsto (nunca nada me salía como lo preveía), pero no me fui porque me di cuenta de que harían una apuesta o algo parecido. Si era verdad que yo era hembra del Tito, lo desafiarían a que me hablara. Muy bien, esa era la mejor oportunidad de vengarme: le iba a reventar una cachetada y lo dejaría en ridículo ante sus amigos. Siguieron cuchicheando, levantando la voz para descargar de vez en cuando tanta represión que les imponía la sociedad, hasta que el de la apuesta se animó y cruzó la calle. Se acercó riéndose, aunque más bien debía estar preocupado de quedar en ridículo. Eso era lo más probable, al fin y al cabo.

-Hola, Consuelito, ¿cómo estás?

Lo miré a la cara. Por un momento sentí terror, pero no era momento de aflojar. Era esa la misma cara que recordaba a cada momento, ahora ablandada un poco por la imbecilidad y el miedo de perder la apuesta. Del otro lado de la calle los hombres esperaban ansiosos, mirando sin cuidado, procurando avergonzarme aún más para que el otro, el macho más atrevido, perdiera la apuesta de una buena vez. De cualquier forma, el resultado los excitaba.

-Estoy bien -dije.

Se le iluminó la cara. Quiso decir varias cosas a la vez, mientras acomodaba el cuerpo para que los perdedores pudiesen apreciar correctamente la escena.

-Necesitas que te ayude en algo -se ofreció amablemente, para asegurarse que había ganado.

-Sí...

-¿Dinero?

-No. Tengo que hablarle.

-¿Quieres caminar?

-Sí.

Caminamos hacia la Estación, por el costado del muro, en silencio, hasta que me decidí y le dije, tratando de evitar cualquier tono de odio o de reproche:

-Estoy embarazada...

Había logrado una voz entre tierna y preocupada. Vaya qué romántico, ¿no? Una joven de dieciséis años caminando por una alameda con su amante y confesándole, al fin, que Dios había decidido darles un hijo.

-¿Embarazada?

-Sí -contesté, y enseguida le tiré con una frase que ya tenía pensada de antes-. Voy a tener un hijo.

Sin duda esta frase sonaba más comprometedor que la primera.

-Pero, no puede ser... -balbuceaba él, no del todo preocupado.

-¿Por qué no puede ser?

-Mirá, Consuelito, para decirte verdad, me encantaría que tuvieras un pibe mío, pero llega en mal momento.

-¡No pensaste eso cuando te metiste en mi cuarto! -le grité, con una rabia repentina que no desentonaba del todo.

-Tenés razón, Consuelito. No pensé en eso. No me imaginé que te iba a dejar... embarazada. Es que a veces los hombres hacemos cosas que...

-Fantástico, ¡ahora está hecho!

-¿Tu madre lo sabe?

-No.

-No pensarás decírselo, ¿no?

-¡Claro que no! Al menos que nadie se haga cargo de ese niño.

-Bueno, niño -dijo, con una sonrisa nerviosa-, lo que se dice niño todavía no es...

Estaba a punto de caer. Se sonreía, se ponía serio, tartamudeaba. Con un pie alisaba la arena que había en el lugar de dos baldosas. Yo miraba la superficie y pensaba que no iba a llegar a alisar los ángulos también, al menos que se rellenara el rectángulo con más arena.

-Entonces, ¿qué es?

-Bueno, digamos que recién es una tripita, algo así como un cuajito que uno se hace cuando se golpea fuerte. ¿Entendés?

-¡No!

Definitivamente, me trataba como a la niña que yo era hasta ayer. Y yo fingía seguir siéndolo. Solo me faltaba poner trompita y cantar el arroz con leche. Finalmente terminó por destruir el trabajo anterior: golpeó la superficie con la punta del zapato y desparramó la arena. Luego se empeñó en sacarla toda del rectángulo, hasta que desistió y dio unos pasos al rededor. Cerca de un banco, en la Estación, quiso sentarse un momento, pero yo me negué, como si estuviese decepcionada por su actitud evasiva.

-Mirá, Consuelito -dijo finalmente, persiguiéndome hasta la puerta de entrada-. Te voy a decir las cosas como son. Si pasó lo que pasó fue porque me gustabas mucho. Y me seguís gustando. Por eso no quiero verte sufrir así.

-Dejame...

-No, dejame vos terminar. Yo te voy a ayudar para que nadie se entere de lo que pasó, ¿entendés? Que tengas ese cuajito adentro no quiere decir que vayas a ser mamá tan temprano. Hay otras soluciones que vos no conocés todavía.

-¿Soluciones?

-Sí, soluciones. Quiero decir que no es inevitable que tengas ese hijo ahora. Podés tenerlo después...

Encendía un cigarrillo y no lo fumaba. Tan machito que son algunos hombres para hacer lo que no deben y tan cobardes para decir las cosas por su nombre.

-¿Que puedo tenerlo después?

-Sí.

-¿Cuándo?

-Cuando vos quieras. Digamos, cuando tengas unos añitos más y hayas terminado el liceo. ¿Te imaginás yendo al liceo con una panza así de grande?

-No, no quiero -decía yo y hacía que iba a llorar.

-Entonces, te voy a decir cómo arreglamos esto.

Me explicó que me iba a conseguir un médico conocido de un amigo suyo que podía hacerme el «trabajo». Claro que no iba a desembolsar el dinero sin algo más a cambio. No me lo dijo, pero pude adivinarlo cuando comenzó a

hablar en plural cuando se refería a nuestro problema. Qué afortunada, por fin un hombre que me dejaba preñada y luego se hacía responsable.

-¿Andás renguita o me parece?

-Me torcí el tobillo.

-Va a ver que ver eso...

Era un desgraciado y no tenía dos dedos de frente. Una tardecita que yo entraba a la Ciudad Vieja por la puerta de Sarandí, se me acercó con una rosa en la mano. Cuando lo vi no podía creerlo. O creía que yo era estúpida de nacimiento o él se había vuelto estúpido con el reencuentro. Pero no podía decirle nada. Necesitaba tenerlo contento a cualquier precio hasta que me sacaran el demonio del cuerpo. Después podía empujarlo delante de un camión.

Acepté la rosa y hasta hice que la olía con cuidado. Yo hacía mi juego y él hacía el suyo: un día me decía que había ubicado al amigo del doctor; otro día había conseguido una cita y otro día me pedía que tuviera paciencia, porque el profesional estaba muy ocupado y, con suerte, me daría hora para la semana próxima.

No creo que haga falta decir que fueron los peores días de mi vida, pero me las arreglé para resistir. Tenía el monstruo adentro mío y al Diablo tratando de seducirme con su repentina caballerosidad de hombre maduro. Tan amable se hacía, que ni siquiera me pidió para acostarse conmigo. Eso ya lo había hecho antes y ahora quería algo más. En ese tiempo yo descubrí que todo se puede fingir, que cuando una llora en realidad está feliz, y que reírse no significa alegría sino angustia y dolor.

-Te veo muy contenta -decía él.

-Sí, estoy mejor.

-Me gusta verte así. Además, sos tan bonita...

Miraba su rostro y me daba asco darme cuenta que me estaba familiarizando con la forma angulosa y diminuta de su nariz, con su pelo crecido y enrulado, con las mínimas arrugas de sus ojos y con su labio inferior, siempre sobresaliendo debajo del espeso bigote que seguramente escondía una dentadura defectuosa. Más tarde, creo que antes de la visita al médico, se quitó el bigote, estrategia sin duda inútil para borrar la imagen que yo tenía desde que lo conocí, y de paso sacarse algunos años para que los demás no lo confundan con mi padre.

-¿En serio?

-De cajón, creeme que sos lindísima. Sos una reina...

-No hay reinas en América.

Y otra vez, en la mesa de un bar de mala muerte, creyéndome a punto de entregarme a sus brazos, decía:

-Tenés que creerme. Yo sé que te hice mucho mal. Por eso quiero reparar ese error...

«Reparar ese error», pensaba yo mientras hacía que lo escuchaba con sentimiento. Aprendí a tomar cerveza en grandes cantidades que él mismo me servía. Tomar largos tragos era una forma de evadir respuestas, y no eran pocas las veces que me imaginaba partiéndole la botella en la cabeza, sobre todo cuando tomaba directamente del pico y él me decía que eso quedaba feo. Se supone que yo debía hacer el papel de princesita desvirgada, para la envidia de sus amigos y enemigos que pasaban por allí, para esos tipos con barba de dos días que comían casuela de mondongo en

las otras mesas y aprovechaban que el Tito estaba de espaldas para mirarme con insistencia, para ofrecerme ese favor de demostrarme que estaba buena, para que yo me imaginase otra relación infiel, tal vez colectiva, pero sobre todo infiel, porque a los hombres los calienta mucho la infidelidad, aunque después le claven un cuchillo en la panza de sus esposas por el mismo motivo. Y yo seguí tomando del pico hasta que me di cuenta que también eso le calentaba las pelotas a mi pareja. Cuando empujaba la botella lo podía ver a través de los vapores del alcohol fresco, mirándome con su natural cara de baboso, con los ojitos entornados y una sonrisa a medio hacer, imaginándose, seguramente, su hermoso pene en mis labios húmedos. Además yo le daba motivos, porque tomaba así en un arranque de rebeldía cuando tenía un vaso libre sobre la mesa, y eso no se explicaba sino como una provocación. Con él descubrí ese tipo de cosas; descubrí que todo lo que haga o diga una mujer es material para las películas que se hacen los hombres, largometrajes que solo terminan con una descarga inevitable de semen. Triste aprendizaje, como el del liceo, que solo me daba un respiro cuando nos despedíamos en la esquina del Cabildo y yo me volvía a casa, ya no a tomar té ni a leer Corín Tellado, sino con una botella de cerveza y una caja de cigarrillos La Paz que compraba en un bar de 25 de Mayo y Misiones, con el dinero dulce de mi benefactor. ¿Por qué no habría de emborracharme alguna vez? Podía hacer cualquier cosa, lo que se me cantara, sobre todo ahora que tenía al demonio adentro mío. Al fin y al cabo, ¿no era una hija de puta? Hasta llegué a pensar que estaba totalmente pirada, que en realidad yo odiaba a la gente que me rodeaba porque estaba llena de prejuicios y resentimientos, como Abayubá, y ¿qué pasaría si continuó con el Tito y me doy la vida fácil? El tipo no ganaba mal en el depósito de cueros, y solo era cuestión de acostumbrarme a hacer lo que ya me había hecho antes. Ocho horas al día estaría libre para hacer lo que quisiera, ya que él tampoco me dejaría trabajar para que no tuviese que exponerme a los otros hombres. Tal vez me acostumbraría a su nariz pequeña y a su pelo enrulado, a su aliento a cerveza; disfrutaría de los solitarios domingos de fútbol, encontraría excusas para salir a tomar un café con mis amigas, que aún no las tenía pero que las iba a tener para estar más tiempo sola. Tal vez hasta lo llegaría a querer un poco; no sé si a olvidar, pero tal vez llegaría a quererlo; o terminaría por envenenarlo, sin remordimientos, para quedarme con una pensión suya. Podría casarme con él, como tanta mujer que se casa sin más remedio. Mamá se pondría furiosa, claro, pero no podría decirme nada, porque ya era hora de que yo hiciera mi vida, y porque ella no era nadie para darme sermones morales. ¿Y qué te pensabas? ¿que me iba a casar con aquel doctor del Hospital de Clínicas que me atendió tan bien cuando pensaste que tenía apendicitis y estaba por menstruar por primera vez? El doctor me dijo que estaba muy sanita, que ya era toda una mujercita con los ojos más bonitos que había visto en su vida, y vos lo tomaste como un piropo. Todo un honor, of course. Hay cosas que vas a ir descubriendo de a poco, Consuelito (recuerdo que me decía por el parque Batlle, camino a casa), de a poco. Como ¿qué cosas, mamá? Como que los hombres van a comenzar a mirarte diferente. ¿Diferente? Sí, tontita, diferente. Ya no sos la niña que eras ayer. Ella parecía entre pícara y contenta, y yo, de un día para la noche, me había vuelto interesante; yo misma me sentía que valía algo.

Era una mujer y ahora sabía por qué. Pero tienes que cuidarte mucho, Consuelito. Los hombres son malos. Tienes que ver bien con quién te relacionas. Gente educada. ¿Educada? Tienes que conocer gente educada, y por eso te voy a poner en algún club para que practiques algún deporte. Me gustaría natación, me gustaría nadar en una piscina grande. Te hace falta roce social, ya es hora de conocer gente. Como... (no quería decirlo así nomás), como el señor, por ejemplo. ¿El doctor? Ya ves, como el doctor Arzuaga. No digo exactamente el doctor Arzuaga, que es un muchacho mucho mayor que tú, y que está casado, pero... ¿Cómo sabés que está casado? Por la alianza, tontita, por la alianza. ¿Ves lo que te digo? Todavía tienes que aprender muchas cosas, decía y se reía con ganas. De repente yo me sentía importante y feliz, atravesando apurada bulevar Artigas hacia 18 de Julio, esquivando los autos que se detenían para dejarnos pasar, aunque estábamos cruzando con la roja. Iba del brazo de Mabel y estaba feliz, porque de repente me daba cuenta de que los elegantes hombres de corbatas, que siempre me parecieron terriblemente más importantes que yo y que mi madre, detenían sus miles de dólares marca Mercedes Benz, nos dejaban pasar y me miraban con admiración. O por lo menos con insistencia. Entonces era verdad lo que decía ella: los hombres me miraban, ahora yo los veía que me miraban y no les importaba que los descubrieran haciéndolo. Probablemente lo hacían para ser descubiertos, para que una se diera cuenta. Y también estaba feliz porque esas eran las pocas veces que podía hablar con ella de algo importante.

Fue por esa época que comencé a leer novelas de Corín Tellado. Comencé con un librito viejo y destartalado que había en el recibidor de casa, desde hacía años, y que se llamaba «Eres una pecadora», o algo así, y después seguí con una serie interminable que conseguía cambiar por tres pesos en un puesto de libros usados de la calle Sarandí. Mientras leía, pensaba que en ese mismo momento mi futuro esposo estaba en el Elbio Fernández, con su uniforme de camisa blanca y pantalón azul, estudiando leyes y recitando de memoria la Constitución. Luego nos cruzábamos en la piscina del club y yo entraba al agua porque me daba vergüenza que me viera en traje de baño. Él era muy amable y me invitaba con un refresco. Así nos conocíamos y después yo me iba a vivir a una casa muy linda del Parque Rodó que había visto de chica y me había encantado. Otras veces, al cruzarnos por primera vez en la piscina, chocábamos sin querer y él me sostenía para que yo no me cayera. Y me quedaba mirando un momento, con la misma cara del doctor Arzuaga, con la nariz filosa y la cara recién afeitada, con una ternura que hasta me hacía lagrimear y después no podía volver a la lectura. Lo último que leí de Corín Tellado fue «No soy nadie para ti». No recuerdo muy bien de qué trataba; creo que era una muchachita hermosa y huérfana, adoptada por una rica familia madrileña, que se enamoraba de un joven educado en el extranjero. De cualquier forma lo dejé inconcluso, el primero de mayo de 1977, así que nunca me enteré si finalmente la pobrecita se casaba con el notario o no.

¿Qué estás diciendo?, me la imaginaba con sus ojos desorbitados, más por el miedo que por la rabia de mi locura. Que me voy a casar con ese tipo. ¿Estás loca? ¿Sabés la clase de tipo que es el Tito? No debe ser tan malo; es amigo tuyo. No es amigo mío, ¡claro que no! Bueno, mamá, yo también hubiera preferido que me violara el doctorcito, pero una no siempre elige

lo que más le gusta. Hay que conformarse con lo que hay, ¿no? Tomaba media botella de cerveza de un solo golpe, porque así es como hace más efecto, y trataba de imaginar cómo sería mi vida en el futuro. Ya no tendré que pensar que fui violada, porque él sería mi marido, me decía, y creo que hasta me lo creía. Trataba de recordar cómo había sido la primera vez, lo que me había dolido al principio, sobre todo al principio, cuando parecía que no me iba a entrar, y después cuando se resbaló adentro mojándose de sangre. Pero la próxima no iba a ser igual, ya no habría sangre ni tanto dolor porque ahora yo era una mujer completa. Y para comprobarlo, buscaba alguna cosa con el tamaño y la forma del suyo, y lo que encontraba no me entraba: un frasco de perfume, un envase de desodorante en barra. ¿Cómo pude hacerlo antes? ¿Cómo voy a hacer después? ¿Será que es más difícil ahora que estoy preñada? Entonces me emborrachaba en la oscuridad de mi cuarto hasta caerme de la cama, con Anticristo y todo. Cuando despertaba, a media noche o de madrugada, no sabía bien en qué lugar del cuarto estaba. Todo me parecía más grande; la mesa de estudio, la cama, el espejo estaban a diez metros de distancia, girando en la oscuridad llena de gente como en un teatro. De alguna forma yo sabía que no eran reales aunque me parecía estar escuchándolos respirar en la oscuridad, como si estuvieran maniatados y excitados de placer o por el dolor de una sesión de tortura. Me daba vuelta en el suelo y chocaba con una pata de la cama. Tanteaba a ciegas y encontraba la botella de cerveza que no había terminado todavía. La apretaba con fuerza, metía mi nariz en el orificio del pico tratando de recuperar el olor estimulante de la cerveza, y me la incrustaba de a poco en la vagina. Había comenzado haciéndolo para demostrarme que podía; y después, no sé si era por placer o porque no podía evitarlo. El Anticristo saciaba su sed y me pedía que vaciara la botella en mi vientre, justo cuando alcanzaba por fin el esperado orgasmo. El placer y el pecado eran una forma de no tenerle miedo a la noche. Entonces, con la espalda en el suelo y los pies en la cama, esperaba que el Anticristo acabara con su sed del diablo, como un ser insignificante y temeroso le rinde culto de sacrificio a un dios terrible, para conformarlo y para ponerse así a salvo de peores castigos. Hasta que lo sentía satisfecho y me incorporaba de rodillas. Podía sentirlo saborear su triunfo, su deliciosa borrachera que luego despedía en un vómito de espuma que corría caliente por mis piernas. Cuando amanecía, tenía la certeza de haber estado en el infierno. Y sabía que cada noche iba a penetrar más y más en ese territorio negro y tembloroso, salpicado de cuerpos torturados y orgasmos de violaciones. No resistiría; iba a morirme antes de hacerme el aborto, para que el Anticristo pudiera nacer como corresponde, de una madre muerta, cuidado por la abuela que le toleraría todos los caprichos correspondientes a su naturaleza demoníaca, alimentándolo con remordimiento, para que terminara de pudrir el resto del mundo que todavía no se había podrido del todo.

Pero no siempre fui tan débil; la mayoría de las veces supe cómo actuar hasta el final. Enseguida abandoné la idea de vivir con el Tito (ni siquiera era una idea; había sido una pesadilla); ni le di una cachetada cuando pude dejarlo en ridículo ante sus amigotes, ni le iba a dar el gusto de probar de nuevo mi carne. Lo iba a usar y listo, ni más ni menos. Así que seguí actuando como debía; hice mis mejores representaciones de

pendeja ingenua en un restaurante muy bonito de 18 y Minas. Creo que hasta llegué a hacerle creer que pensaba en él como un marido y noble padre de familia. Las tortuosas noches de cigarrillos y cerveza me habían dado suficiente material para mentirle. Y para hacer más creíble mi inocencia, un día le pregunté si creía en Dios. Un hombre que cree en Dios siempre es digno de confianza, no importa lo que haya hecho.

-Sí... Claro que creo en Dios. Un día te voy a presentar a don Pepe, un vecino mío. Con él salíamos a predicar de puerta en puerta, los sábados de tarde.

Yo le decía que también creía en Dios y que por eso estaba dispuesta a perdonarlo. Pero él me sacaba de las casillas insistiendo sobre lo mismo:

-En verdad, no sé si un día vas a llegar a perdonarme.

Tenía razón, pero no era necesario que lo repitiera tantas veces.

-Bueno, ya está -tenía que insistir yo, revolviendo hasta enfriar el café, mientras él ponía cara de santo pecador-. No quiero que te persigas toda la vida con lo mismo.

Le dije «no quiero que te persigas toda la vida» y casi le paso la mano por la mejilla. Me di cuenta que actuar era el arte que mejor hacían las prostitutas y, por lo tanto, un hombre como el Tito, que conocía bien a mi madre, debía estar alerta. ¿Cómo podía una muchacha de quince años engañar a un hombre experimentado como él? Al menos que el hombre experimentado estuviese enamorado. En ese caso sería todo más fácil.

-No quiero que te persigas toda la vida -le dije finalmente y le pasé apenas la mano por la mejilla. Y luego, para cuidarme del límite que había traspasado, fingí ponerme nerviosa y agregué-: Claro que te perdono. Si salgo viva de esto...

-Qué -se apresuraba a decir, ansioso, aspirando con fuerza todo el humo del cigarrillo para expulsarlo un rato después, ya casi sin forma de humo.

-Si salgo viva de esto te lo voy a demostrar.

«Te lo voy a demostrar» sonaba demasiado vulgar y poco creíble, pero en el momento no se me ocurrió nada mejor para salir del paso. Además, vaya una a saber qué es algo vulgar para un tipo de esa especie.

Mabel arroja contra la ducha del baño un balde de agua lleno de hipoclorito. El olor le inunda los pulmones, pero igualmente se agacha sobre las rodillas y refriega con un paño lleno de detergente. Sobre el cuadriculado imperfecto de los azulejos blancos, dibuja círculos, con fuerza, hasta quedar exhausta. El hipoclorito impregna sus manos y sus rodillas que ahora le duelen. Se esfuerza por cantar algo y le viene a la mente una letra cualquiera, sin su música, o con trozos de su música:

Un día de verano en Santa Fe
no le hace mal a nadie, ya lo sé...

Escurre el paño en el balde y seca los azulejos. No parecen más ni menos limpios. Entonces vuelve a poner pulidor y más hipoclorito y dibuja otra vez los círculos contra esa maldita pared.

De pantalones anchos y de bincha
de camisa bordada color té.

Pero no terminé de perder el sentido del todo. Sabía que a mí solo me importaba que me sacaran ese monstruo del cuerpo que se resistía a salir, a cualquier precio. Tal vez por eso mismo no me cuidaba de quién podía verme en un bar, sentada con un tipo mayor. A excepción de mi madre, claro, que era la única capaz de echarlo todo a perder. Nos citábamos en alguna esquina de Pocitos o de Tres Cruces, para evitar cruzarnos con ella. Es decir que tampoco había posibilidades aparentes de que en el liceo alguien más se enterase de lo que me pasaba; y sin embargo, también aparentemente, alguien o todos lo sabían. O yo creía que todos lo sabían porque vivía pensando en lo mismo. Entonces tenía que sufrir cada minuto que pasaba allí adentro. Sobre todo tenía que sufrir esa materia que se llamaba Educación Moral y Cívica, cuando nuestro gobierno no era ni cívico ni educado. El profesor era un tipo asquerosamente elegante y pulcro, con un bigote grueso y bien recortado, con un corte de pelo dibujado con regla. Se paraba en un pupitre, que había hecho construir veinte centímetros por encima del suelo, y solo de vez en cuando bajaba hasta sus alumnos para redondear su pensamiento ético, con un estilo antiguo, casi un español de España, porque esa era la única forma que tenía de suplir todo el latín que le faltaba.

Ahora que los ve más de cerca, descubre que los grifos tienen pequeñas gotitas de jabón seco que, al pasar el paño con detergente y luego otro más seco, desaparecen, dejando ver por un momento cierto brillo sobre las partes que todavía conservan el niquelado. Lo mismo el espejo. Lo lava varias veces, pero los espejos son imposibles de limpiar. Es como si duplicaran la mugre que se les pega. Y cuando una se lava los dientes, aunque cierre bien la boca, algunas minúsculas gotitas de pasta van a dar contra él. Con un trapo apenas húmedo, trata de borrar los rayos de luz amarilla que se reflejan en el vidrio, lo que quiere decir, según Mabel, que todavía está sucio. Y, para peor, el trapo comienza a soltar felpas que van a pegarse justo en la superficie. Finalmente pasa una bola de papel higiénico y el espejo se transforma en aire transparente. Volverá a secarlo más tarde. Pero el espejo nunca quedará limpio, así que deberá ir pensando en comprar uno nuevo. Lo mira otra vez, y luego mira su imagen como un familiar que regresa después de muchos años. Ha estado mucho tiempo ocupada con el espejo, demasiado ocupada con la realidad, alejada de esa fantasía que es ella misma: Mabel Moreno, hija de Rodrigo Moreno, el bodeguero, la del camarote 206, la que nunca estaba sola porque la acompañaban otras mujeres en el espejo. Está más vieja, envejecida, y no puede creer que ella, Mabel, ya sea una mujer adulta, madura, cuando no hace mucho decía mamá no te enojés conmigo, cuando parece que fue ayer que le tomaba la mano huesuda a su padre y tenía miedo de que se muriese y la dejase sola, cuando la impresionaban los olores de las islas Canarias y más todavía los olores desconocidos de los bares de Montevideo, los recientes olores de la América. Y bien o mal ahí está, sin saber exactamente cómo. Ha sabido sobrevivir y hasta es madre de una mujercita que va al liceo. Se da cuenta de que es una mujer adulta, realista, porque ya no mira la imagen que se refleja en el espejo sino el espejo mismo. Se murió el de la flauta mágica, ya no hay príncipes en los palacios ni la

conmueve la muerte de Madame Bovary, ya no hay cabañas en una isla con palmeras, sin espejos y sin baños para limpiar, ya no quiere ser pintora de sueños tropicales como su enloquecido Gauguín, ya no hay tiempo que perder ni hay tiempo recuperado, ya no hay América para imaginar, sin vergüenza y sin alquileres vencidos hace meses, ya la vida no es tan larga ni los sueños son tan fuertes, ya no hay un Oscar Wilde vestido de mariposa y disfrutando de un paseo, sino un tipo enfermo y muriéndose de a poco en una cárcel, ya no hay noches calurosas en los olores de los pinceles con pintura de óleo.

-Es muy importante el respeto que todos vosotros debéis tener por vuestros Símbolos Patrios. Jamás toquéis con vuestros dedos los olivos que están representados en nuestro Escudo Nacional, el que precede la entrada de todas nuestras mejores instituciones. Nunca permitáis que nuestro Pabellón Nacional se arrastre un centímetro por el suelo. Nunca jamás debe estar el Mismo flameando después de la caída del Astro Rey, y cuando cantéis frente a Él, hacedlo con orgullo.

No ambiciono otra fortuna
Otra fortuna
Ni reclamo más honor
Más honor
Que morir por mi bandera
La bandera bi-color

-Poneros de pie cuando escuchéis las estrofas del Himno Nacional y cantad con respeto. Honrad a la Patria y a las Autoridades Nacionales. Ofreced la vida por vuestra bandera.

Tiranos temblad
Tiranos temblad

-Porque un escritor como Juan Carlos Onetti, al que la Patria dio educación gratuita y lo formó para ser un hombre de bien, y él la traicionó huyendo a otras tierras para hablar mal de ella, no merece que se lo recuerde. Es por eso, mi querido alumno, que nuestro Gobierno ha proscrito la lectura de sus libros. ¿Comprendéis ahora?

-Sí, profesor.

Orientales la Patria o la Tumba
Libertad o con gloria morir
Es el voto que el alma pronuncia
Y que heroicos sabremos cumplir.

-¡De pie, todos!

Fabrizio, que acababa de acostarse y el sueño había perdido el camino recorrido hasta su cama, oye las estrofas del Himno Nacional y despierta sobresaltado. Se pone de pie y canta o murmura:

Tirarnos temblar
Tirarnos temblar
Ah...

Mira por la ventana y verifica que es un buen día: ha vuelto a salir el sol y el río sigue tranquilo, como si fuera una mañana de verano en medio de pleno invierno. Afuera está todo pronto para el 18 de Julio. Los escolares de blanco, los soldados de verde y las viudas de negro, recordarán mañana otro aniversario de la Jura de la Constitución. Consuelo se despierta sobresaltada. No pudo dormir de corrido durante toda la noche, y luego el cansancio la trajo dormida hasta las ocho. Hoy llegará tarde al liceo, pero irá igual, como si nada, y mañana matará al Anticristo.

-A ver, alumno número 25, ¿me puede decir qué se recuerda mañana? Lo he dicho mil veces, pero usted siempre está mirando para afuera. Espero que sepa la respuesta.

-Sí, profesor -contesta Abayubá-. Mañana recordamos un nuevo aniversario de la Jura de la Constitución.

Varelita, que no es muy buen alumno pero sí voluntarioso y aplicado, se da vuelta para mirarlo a través de sus lentes gruesos y sucios. Le llama la atención el tono de voz de su compañero, repentinamente respetuoso, cuando su estilo era más propio de Batman que de Robin.

-Muy bien, pero muy bien alumno, me deja impresionado -dice con ironía el profesor de Moral. Le da la espalda, camina pensativo hacia el escritorio y se da vuelta para continuar-. ¿Y me puede decir de qué año es la constitución que la Patria recuerda con tanto orgullo?

-Sí, profesor -la voz de Abayubá es solemne, respetuosa. Para sospechar, siente el profesor-. Mañana recordamos la Jura de la Constitución del año 1830...

-Bueno, bueno. Me deja anonadado, alumno. Ahora, si responde correctamente la última pregunta, le pondré un seis, para que vea que en esta materia se premia con justicia. A ver, dígame, ¿sabe usted por qué recordamos con tanto orgullo la Constitución de 1830?

-Es muy fácil, profesor. Porque fue la primer constitución que tuvimos...

-dice, y Carlitos asiente con la cabeza, mirando alternativamente a Batman y al Guazón.

-Exacto... Pero muy bien, excelente... -quiere concluir de una vez el profesor, pensando que Luther King se ha recuperado finalmente para la sociedad, renunciando a esa inútil rebeldía de adolescente, y toma su libreta para calificarlo con un seis, como un entrenador que recompensa a su foca con pescado fresco después de sostener el globo por más de un minuto sobre su nariz.

Pero Abayubá tenía que echarlo todo a perder, como siempre, porque su verdadero padre le había puesto ese nombre de indio insumiso, porque había escuchado en alguna parte que Abayubá significaba «cacique» y se lo atribuyó a un charrúa sin saber que se trataba de una voz guaraní, para que fuera lo que es -había bromeado Consuelo-, cónsul de un pueblo que no conoció nunca la esclavitud ni la verdad eterna, y se comportaba como lo

que era, como lo que tal vez hubiera querido su padre que fuera antes de morir, antes de que su madre se volviera a casar y le diera otro padre sin consultárselo a él.

-No podríamos recordar la última constitución que tuvimos, por motivos obvios -dice Abayubá, y el profesor se queda mirándolo con ojos de fuego, acomodando la corbata como si acomodara el lazo que sostiene la carabina a la espalda, inclinándose sobre la libreta de calificaciones para decretar el exterminio del último de los charrúa.

Cerca del puerto, las bandas de músicos ensayan por última vez y cincuenta soldados corren por la rambla, golpeando los pies en el pavimento como bailarines irlandeses, mientras repiten al unísono las estrofas del poeta que los guía adelante. «Ahí va nuestro parlamento», dice Abayubá cuando los ve pasar, no del todo furioso con el profesor de Moral que lo expulsó de su clase, ni con la directora que lo mandó esperar debajo del busto de Artigas a la próxima materia, con una carta de citación para los padres, porque de esa forma pudo salir a tomar aire y luego siguió camino hacia el puerto, donde la gente sin posibilidades de viajar va a volar, mirando el agua que viene de lejos y no se sabe a dónde va, los barcos con sus colores y con sus olores de países lejanos, lejanos de todo, se repetía Abayubá, sentado en el borde de una dársena y escuchando los pasos de un marinero en el piso de metal del Queen Elizabeth II, todo lo que confirma que no hay mal que por bien no venga, que nadie se muere hasta que le llegue la hora, y que no amanece hasta que sale el sol.

Mañana por la tarde sale partido, recuerda Fabricio de repente, mientras en una playa de Rocha un pescador empuja su chalana al mar. «Vamos, Dorada -le dice el pescador tratando de deslizarla sobre la arena húmeda-. ¿Qué te pasa, no querés entrar al agua hoy?». Y cuando la Dorada se desliza finalmente, el pescador siente que cambia el viento y lo invade un fuerte olor nauseabundo, que no es el olor del mar cuando los pescados se pudren. Ya sale el sol, pero un banco de niebla le impide ver muy lejos. Igual, qué le puede pasar a este viejo lobo de mar que ya no le haya pasado antes -piensa el viejo mientras sube a la chalana- dentro de un ratito despeja.

Rema un trecho y, mientras acomoda la red del trasmallo, siente que algo blando golpea contra un costado. Parece una garopa o un lobo blanco, pero es un cuerpo humano que flota boca abajo, desnudo y con las manos cortadas. Podría ser alguien que se ahogó en la madrugada y los peces le comieron las manos, pero a pocos metros otro cadáver acompañante se aproxima sin sus manos y, de a poco, el pescador se encuentra atrapado sin saber para dónde remar: otros cadáveres desnudos, sin manos y sin ojos, lo rodean con sus espaldas blancas y su olor nauseabundo. Entonces el pescador, aturdido, se levanta y cae al agua enredado en el viejo trasmallo que su esposa ayudó a anudar, una tarde de diciembre, en vísperas de la última navidad. Ahora el inodoro, porque una siempre ve al inodoro desde arriba y no se da cuenta de que las infecciones se van acumulando en la superficie curva de abajo. Vuelve a apoyarse sobre las rodillas, que están rojas pero ya no le duelen, y mira con cuidado. No alcanza a ver señales de infecciones, pero sabe que los microbios están ahí. ¿A dónde más? Entonces lava el inodoro, como quien lava el torso de otra persona. Hay que racionar el hipoclorito.

Marinero. Sí, quería ser marinero, aunque tuviera que masticarse todo el

odio que le tenía a los milicos, a sus uniformes y a su maldita y buena para nada disciplina, porque los marineros también son milicos, ¿o no? ¿Qué otra forma podría tener de irse lejos?, pero lejos bien lejos, tan lejos como para no oír nunca más hablar del Uruguay, país de mierda, al fin y al cabo, o por lo menos ese país dentro o debajo de los otros países que también se llamaban Uruguay, que tenían los mismos límites geográficos pero que no tenían nada que ver con ese país que le había tocado a él en el reparto, cuando tuvo que nacer donde nació y con la conciencia que sin querer se le había formado o le habían formado sus padres y la mierda de sus profesores. País de mierda -vuelve a repetir, sintiendo que le está faltando el respeto a alguien, a tres millones de habitantes, a la conciencia Moral y Patriótica de una nación-. Eso mismo, País de Mierda, República Oriental de la Mierda.

Desfilad en silencio y con todo respeto amad y respetad a vuestra bandera jurad honrarla al pasar por la plaza ofreced a vuestras Autoridades la mirada respetuosa izad la bandera mantened el paso firme lucid los símbolos patrios en vuestra túnica en vuestro uniforme en la pupila de vuestros ojos que van detrás. Cantad con pasión y decoro, las dos piernas firmes sobre el suelo, la mirada al frente, la mano derecha en el corazón que late por sus Símbolos Patrios.

Es hermosa mi bandera
Mi bandera
Nada iguala su lucir
Su lucir
Y es su sombra la que buscan
Los valientes al morir

-¡Arrepiéntete, hijo de Satanás! -grita el pastor, con el micrófono en una mano y apuntando con la otra a alguien que puede estar entre el público que llena la vieja sala del Metro City.

-Señor, me arrepiento...

El público grita al mismo tiempo, como un coro que ha ensayado con prolijidad la locura. Consuelo mueve los labios y balbucea «me arrepient...». No está segura de lo que hace pero siente miedo ¿o son sus ojos que parecen fijarse en ella?

-Vendrá el Señor con Su gloria... -grita, y luego se toma un respiro-.

Vendrá... con toda... Su gloria, sí, y ya no habrá tiempo para los pecadores que no quisieron escuchar Su palabra y pecaron con su carne y ensuciaron su alma como Judas por treinta monedas de plata... Porque el final está próximo -la agitación del pastor comienza a crecer y su público se impacienta-, ¡el Anticristo ha sido engendrado en el vientre de una joven prostituta y ya vive entre nosotros! ¡No cerremos los ojos cuando estamos en vísperas del Armagedón! ¡De verdad os digo que no quedará piedra sobre piedra! Por eso, por eso... Es por eso...

El pastor se apoya un momento sobre la mesa donde tiene una enorme Biblia, cuidadosamente encuadernada con dos tapas de madera forradas en cuero, pero con las evidencias de un uso intenso en sus bordes. Respira con esfuerzo y unas gotas de sudor le caen de los labios. Parece que sonrío.

Sus labios se deforman siguiendo una lucha interior que va de la risa al llanto.

-Es por eso... -vuelve a insistir-. Es por eso, hermanos, que debemos dar gracias al Señor por abrirnos las puertas a Su palabra y, por lo tanto, a Su Gloria. Seremos Testigos de Su Victoria Final, porque el final se acerca y porque nos arrepentimos de nuestros pecados... ¿De qué nos arrepentimos?

-¡De nuestros pecados!

-¡No escucho!

-¡De nuestros pecados! -grita con fuerza la multitud y el cine parece venirse abajo.

-¡No escucho! -grita más fuerte el pastor y pasa delante de una columna de parlantes que lo multiplican y luego lo aturden con un poderoso sonido de acople.

-¡De nuestros pecados!

-¿De nuestros pecados? ¿Entendí bien?

-Sí -grita una mujer anciana y cae de rodillas, llorando y con las manos en alto-. ¡Nos arrepentimos de nuestros pecados!

-¡Somos soldados del Señor!

«Somos soldados del Señor...».

-¡Somos el Respeto y el Honor!

«Somos el Respeto y el Honor...».

-¡Por cada bolche que limpié!

«Por cada bolche que limpié...».

-¡Una viudita me levanté!

«Una viudita me levanté...».

-¡Altooo! ¡Flanco derechooo...!

-¡Aleluya, Aleluya! Gloria a Dios, Gloria a Dios! Gloria al Señor, entonces -concluye con satisfacción el pastor, temblando y bañado en sudor. Bebe un trago largo de agua y observa con alegría su obra.

-Por la Patria, la Justicia, por la Libertad, la Tradición y el Honor de la Familia; por la vida y por el respeto a las Instituciones; por Dios, por la Virgen María y contra la influencia extranjera.

Es hermosa tanta mierda

tanta mierda

Nada iguala su olor

su olor

Y es su gusto lo que buscan

las mosquitas al mo-rir.

Abayubá siente que se le enfrían los pies. Le pregunta la hora a un marinero que pasa, pero el marinero no lo entiende. «Don't speak Spanish», dice, encendiendo un cigarrillo, para luego continuar camino. Hasta que finalmente un señor con una valija de ejecutivo, casi sin tiempo que perder, le dice que son las seis, y Abayubá piensa que la Mierda Mayor estará en ese momento dando las últimas instrucciones para al Acto Patrio. «Quince minutos para el timbre». Volverá a casa un poco antes o un poco después que su hermano, y no dará explicaciones ni dirá que lo expulsaron

de clase. Él tampoco lo hará, porque no es un soplón. Solo entregará a su madre la carta de citación. No será tan grave, porque a ella le gusta ir a llorarle penas a los profesores, a quejarse de lo confundido que está su hijo y a pedir consejo sobre la orientación que debe darle a la educación civil de su hijo mayor. Cuando regrese, desatará de nuevo la vieja bolsa roída de consejos, porque Anastasia no es una mala mujer, ni una madre demasiado dura. Todo lo contrario, pero sus consejos y sus buenas ondas comienzan a no hacer efecto en su hijo de pelo largo en el verano. Mira las ondas verdes del agua debajo de sus pies y ve su imagen deformada, casi inexistente. Un poco más allá, el gigante de acero, necesitando otra mano de pintura blanca en su casco un poco oxidado con la sal de los mares del Norte. «Somos un pueblo culto», recuerda que dice su madre, con la torpeza de una persona que no es culta y mucho menos inteligente, porque sus juicios nunca son verdaderamente sus juicios, fruto de alguna reflexión o de una intuición propia, sino la simple transmisión de una frase que alguien o el pueblo se había encargado de acuñar en beneficio propio, y entonces es pasada de boca en boca, como una moneda vieja y ya sin valor económico es pasada de mano en mano por su último valor de símbolo histórico. Anastasia no es una mujer mala, piensa Abayubá, pero le revienta ese orgullo ciego y estúpido de un pueblo que tal vez fue culto, o mejor dicho afrancesado primero y Aliado después, y que ahora solo conserva el valor simbólico de las monedas, como un conde que se dice de sangre azul pero que pide limosnas en la puerta de una iglesia. Oh, pues sí, somos un pueblo culto y nuestra Universidad es la envidia de los demás países; somos la Suiza de América, por lo pequeño que somos y por lo tranquilos de nuestra democracia, aunque solo conservemos la pequeñez de nuestro territorio ya que no más la democracia; somos los campeones de América y del Mundo, porque en los años de la entre guerra le dábamos una paliza a cualquiera, aquí o en Colombes y Ámsterdam, solo que ya hace varios mundiales no figuramos ni entre los eliminados. Pero no importa, los pibes del barrio seguirán pateando la globa de trapo mientras cantan aquello que cantaban sus abuelos: uruguayos campeones, de América y del Mundo... Oh, sí, sí, contesta para sí mismo Abayubá, como si le estuviera contestando a su madre, un pueblo muy culto, sí, hecho y derecho en la cultura del machismo y la corrupción, aunque después se diga, con el viejo y ya-me-tiene-las-pelotas-por-el-piso argumento, que la corrupción aquí no es tanta como allá, porque, claro, en Argentina y en Brasil todo es igual pero más grande, así que no estamos tan mal después de todo. Pero «después de todo» hay que soportarlos quejarse todo el tiempo de que este pueblo culto y educado no tiene las oportunidades que se merece y por eso la juventud se va, que todo está mal aunque en otro lado está peor, que esto ya no lo arregla ni Mandrake, que el uruguayo es cómodo, que el uruguayo es el culpable de la chatura en la que vivimos y que (se le ocurre a Abayubá) habría que buscar de una buena vez por todas a «el uruguayo» y meterlo preso, a ver si cambian las cosas en este país. Entonces somos un pueblo educado y orgulloso y es por ese mismo orgullo disimulado que nadie quiere hacerse cargo de la situación calamitosa del país, por lo cual le echan la culpa al «uruguayo», como si hubiera un solo tipo en todo el país con todas las características nacionales juntas, redimiendo así a los otros tres millones que son seres particulares y no estereotipados,

educados y sin los defectos del uruguayo. Parece que lo estuviera viendo a su padrastro, tomando mate y hablando mal del uruguayo, para luego contradecirse, sin pudor, confiando siempre en la mala memoria de la gente charlatana. Y no piensa nada de esto porque odie a su padrastro, ya que en realidad, si lo mira objetivamente, es otro uruguayo, ni muy malo ni muy bueno. Sí, no lo trata mal, porque él tampoco odia a su hijastro o porque necesita ganarse la confianza de su madre. Y por esto mismo, quizá, se vanagloriaba de que en nuestro país no tenemos el problema de los indígenas, como haciéndose el que no sabe que «Abayubá» es un nombre indígena, o como dando por sentado de que solo era eso, un nombre, puesto por el capricho de un padre equivocado, y por lo tanto no podía tener una sola gota de sangre indígena. Y que si la tenía, peor para él. ¿Pero qué problema se llama «indígena»? Bueno, Abayubá tampoco esperaba un rigor intelectual, pero por lo menos le pedía que razonara para él. En Uruguay no hay terremotos ni grandes miserias, porque no tenemos indios como en otros países, ¿entendé? No, no entiendo. Orgullo estúpido y malintencionado (descubría ahora, mirando otro grupo de marineros rubios que bajaban del barco a buscar mujeres, por disciplina profesional), porque su padrastro sabía muy bien que el marido anterior de su mujer, su padre, se creía descendiente de charrúas, cuando todo el mundo sabe que los charrúas no eran más de mil quinientos y nunca aceptaron el Evangelio y la Civilización, como el resto de los indígenas americanos, hecho mítico que avergonzaba y enorgullecía al uruguayo: un pueblo con la cultura europea y la rebeldía charrúa. Y digo cultura para no decir raza, ya que en el fondo debe ser lo que más nos enorgullece cuando juegan Uruguay y Bolivia, o Uruguay y Perú: tantos O'Neils, Máspolis, Schiafinos, Krasowskis, Popelcas y Mazurkiewichs de pelo rubio, apenas condimentados con dos o tres negritos que de paso le dan un aire de team norteamericano a nuestro «representativo». Y encima de todo eso el espíritu incoloro de la Garra Charrúa. ¿Pero en qué quedamos? ¿No era que esos indios de mierda no habían dejado descendientes ni cultura alguna? Tal vez algo dejaron (insistía su padrastro, y Abayubá entendía que no había posibilidades de que de ese hombre salieran argumentos ordenados con alguna lógica de no-contradicción), pero se negaron siempre al progreso y al trabajo constante, y fueron muertos todos en el campo de batalla, allá en Tacuarembó. Menos cuatro, decía Abayubá, que todavía no sabía que más que una batalla habían sido sucesivas matanzas, como ahora los estancieros mandan matar los jabalís para que no les coman las ovejas, amparados por un decreto del gobierno que los declaró Plaga Nacional. ¿Menos cuatro? Sí, menos cuatro que murieron de tristeza en un zoológico de París. Ah, bué, tanto no sé, gurí, pero cuatro son cuatro. Más se perdió en la guerra. Eso es, un pueblo culto, mezcla de cuanta orgullosa raza europea andaba desconforme por allá, y se vino a un país sin terremotos y sin indios. O por equivocación, porque no fueron pocos los europeos cultos que confundieron América del Sur con América de Henry Ford y bajaron aquí por error, según decían después que alguien les preguntaba por qué se habían venido si allá en Europa todo era mejor. Un pueblo inteligente que se la pasa recordando cuando le ganamos a Brasil 2 a 1 en su propio estadio, allá por 1950, lavando sus espadas sucias de sangre para el día del desfile, con sus cárceles legales y sus cárceles clandestinas, oliendo a

vómito inocente, a semen militar, con sus ideologías redentoras de igualdad socialista y sus prácticas realistas de explotación del uruguayo inculto, con su viejo verso de pueblo pacífico y honesto, de centenaria tradición democrática, apenas empañada por algún que otro crimen por encargo, por coimas, por acomodos, por venganzas políticas, por sermones radiales y masivos del buen pastor del pueblo, por repetidas mentiras oficiales y populares. Un pueblo hecho y derecho en la cultura del aquí-no-pasó-nada, tosiendo y mirando para el otro lado, exigiendo sin por favor que no se meta el dedo en la llaga, que lo hecho hecho está y no es bueno mirar para atrás, más preocupados de la imagen que puedan dejar en el extranjero que en llamar las cosas por su nombre.

«Bueno, ya está por tocar el timbre», se dice y se levanta, prometiéndose que volverá a descansar su rabia entre los barcos, mañana sábado o cuando pueda. Algún día se irá a uno de esos países que nos llenaron de soluciones, cuando allá había guerra y hambre. Aunque seguramente no será tan fácil: déjalos que se recuperen de tantos tropezones y nosotros seremos el problema.

...cuando te dejen tirado
después de cinchar
lo mismo que a mí

El profesor de Educación Moral detiene su inapelable e irreversible paso para mirar a esa muchacha que baja la cabeza, esa muchacha que se llama... ¿Que se llama? Consuelo, número 21: Moreno, Consuelo, eso es. Está sentada en su banco y escribe o dibuja algo en una hoja para no mirarlo. El profesor de Moral continúa mirándola un tiempo innecesario, le da la espalda y recita:

-Escuchad: cada día y cada noche debéis estar alerta, porque hay semillas que caen en suelo fértil pero hay otras que caen sobre la piedra. Hay ciudadanos que nacen para cumplir con la Patria y hay otros que nacen para venderla por treinta monedas de plata.

Por esos días conocí a Abayubá. Quiero decir que me di cuenta de que existía, que hasta entonces había pasado para mí como uno más del montón. Era un muchacho callado que se sentaba en el último lugar, único privilegio que agradecía al Instituto y que le permitía mirar para afuera con más frecuencia que la recomendada por los docentes. A esa edad, los varones y las mujeres (por llamarlos de alguna forma) se juntaban por separado y, como tanto Abayubá como yo andábamos más bien solos, no fue extraño que llegáramos a entendernos. Sin duda, era distinto. No tenía una risa fácil, y eso lo hacía confiable, vaya una a saber por qué. Caminaba agachando la cabeza y cuando hablaba no la levantaba demasiado, como si no necesitase mirar a la otra persona o a su alrededor, como si ya los conociera de toda la vida o si se dijera «no vale la pena». Se anudaba la corbata del uniforme en la puerta del liceo y se la sacaba apenas salía, gesto que todos los profesores y adscriptos conocían y repudiaban, pero que no pudieron penar en el momento, después de un seguro repaso por las Reglas de funcionamiento interno, que no aclaraba que el uniforme debía llevarse afuera de la institución. Así que se agarraban al Reglamento por

otro lado: estaba prohibido que el pelo tocara el cuello celeste de la camisa, y dado que la cabeza humana tiene algún movimiento, no era difícil lograr que los dos elementos incompatibles llegaran en algún momento a juntarse, por lo que Abayubá era detenido con frecuencia en la puerta y mandado de vuelta para atrás, al peluquero o a la tijera de la madre que le recomendaba raparse la cabeza estilo milico, dado que su primer hijo tenía un crecimiento capilar de una rapidez muy curiosa, producto tal vez de que fuera muy bien alimentado de chico. Y si no lo castigaron aún más con las notas exiguas que recogía en sus andanzas curriculares, era porque tenía un hermano modelo y una madre que se preocupaba por sus hijos concurriendo periódicamente a las reuniones de padres y ofreciéndose siempre para integrar alguna comisión de recuperación de la canilla robada el día 24 de mayo.

-Yo no sé qué le pasa a mi hijo -se quejaba la madre ante el profesor consejero-; es tan diferente al hermano.

Por supuesto, tampoco el profesor consejero se lo podía explicar, ya que el solo hecho de que el hermano fuera un excelente alumno lo invalidaba para lanzar la única posibilidad psicológica que conocen algunos profesores: «¿tiene problemas en las casa? ¿los padres se llevan mal?», lo que también su madre, que no era para nada una mujer culta pero que sabía algo de la misma psicología de manuales y revistas, se apoyaba sobre una pierna, miraba hacia arriba donde estaba el profesor y, sin escucharlo ni dejarlo terminar una sola frase, abría el paraguas y decía:

-¡Y lo bien que nos entendemos su padre y yo! A m'ijito Abayubá no le falta amor, a pesar de nuestra pobreza. Ni siquiera le falta el cariño del padre que, bien, no es su padre biológico pero es como si lo fuera, porque el Toto lo quiso siempre, desde que era así y yo quedé embarazada de Huguito.

Ni culta ni estúpida, la vieja no llegaba a rebajarse con la frase soberbia, solitaria y fría de «lo tiene todo», como es la costumbre cuando los padres no quieren tener la culpa de un mal hijo. Y, sin embargo, Abayubá era la oveja negra de la clase. Creo que se sentía más cómodo diciendo que no; para decir sí, se abstenía. En eso se parecía mucho a mí hasta no hace mucho: prefería ocultarlo todo y había hecho de esa postura toda una ideología. Yo, cuando tengo un problema, ¿qué hago? Me lo guardo -decía en sus últimos tiempos, cuando ya se había desencantado de las cinco mil páginas de Freud-. Por lo menos hasta que alguien me demuestre que eso que vienen haciendo los psicólogos hace cien años sirve para algo más que para esclavizarlo a uno. Y si bien no era para nada afecto a la cultura de los refranes, sí había uno que lo repetía casi tantas veces como lo ponía en práctica: «Un hombre es esclavo de lo que dice y dueño de lo que se calla». Pero yo sé que tanta dureza tenía un origen no muy lejano, cuando el primer día del primer año de liceo nos hicieron un cuestionario evaluatorio. La pregunta catorce decía: «¿Qué cosas lo harían feliz?», y en lugar de poner un televisor o un tocadiscos, como todo el mundo, o en lugar de mentir cualquier cosa (porque en un cuestionario o en una encuesta no hay ninguna razón para decir la verdad), no pensó demasiado dónde estaba y desnudó por un momento su corazón dolorido: «Que mi padre estaría vivo», puso el muy animal. Recién entraba al liceo y todavía no sabía que de nada podía servir una confesión como esa, que

había que endurecerse, como se endureció cuando la profesora de idioma español se escandalizó por la sintaxis con la que venían los chicos de la escuela y le escribió arriba, con tinta roja, el tiempo verbal correcto: «Si mi padre estuviese vivo...». La pregunta quince, en cambio, se podía pasar sin demasiadas observaciones («¿Cree usted en Dios?»), ya que de una forma o de la otra a la profe le daba lo mismo («No, porque resé por mi padre y se fue nomás»), solo que ya se veía que el muchachito tenía un estilo rebelde. A la profe no le importaba que creyera o no creyera en Dios, porque tampoco ella creía un corno, pero la incomodaba, la ponía nerviosa que el muchacho hubiera argumentado por la negativa, que era una forma solapada de irreverencia ante la autoridad.

-¿Sabés que hoy escuché a tu madre hablando con el profe? -le decía yo, a la salida, y él se encogía de hombros-. Parece que está muy preocupada por tu bajo rendimiento... ¿Vos no?

Abayubá era una válvula de escape para mí. Yo me daba cuenta de que una puede hablar con mayor responsabilidad de los problemas ajenos, cuando una ni siquiera se cuida a sí misma. Tal vez sea pura formalidad, tal vez una se deja llevar por cierta lógica verbal: esto se dice, esto no...

-No debería estar tan preocupada -murmuraba él-. Huguito va a ser doctor o ingeniero. Con uno es suficiente para una familia de albañiles y costureras.

-No hablés así. Vos sabés bien que ellos te quieren tanto como a tu hermano. ¿O no es así?

-Mi medio hermano. Su padre no es mi padre.

-Bueno, bueno. Ya lo sé. Es tu padrastro. Pero no es un mal tipo. Mejor dicho, es todo lo mejor que se le podría pedir, ¿o no?

-Creo que sí.

-¿Y entonces?

-¿Entonces qué?

Lo que tal vez Consuelo no comprendía es que hay personas para las cuales el mundo comienza en la nariz y termina en el ombligo; hay otro tipo para las cuales el ámbito familiar basta, mientras que para una tercer categoría el mundo sigue todavía más allá. Y ese mundo de Abayubá, con un más allá modesto en sus proporciones, abarcaba también la ciudad, tal vez el país entero que lo despreciaba, o él se sentía despreciado por ese conjunto de extraños anónimos y famosos que son una sociedad moderna. Y así como un empresario se suicida cuando sus Asuntos Personales fracasan (no se suicida por su familia y mucho menos por su país; se suicida por su derrota personal, porque si pensara en su familia no se suicidaba), otros se hacen matar en la guerra o en la revuelta por una pasión colectiva, abstracta, encarnada, justa o insensata. Porque esta famosa sociedad moderna, Sociedad Anónima u Occidente S. A., es todo lo contrario de aquella tribu africana que conoció Jacobsen, donde cada hombre tenía muchas madres y casi ningún desconocido. Esta Nueva Sociedad suele ser, para muchachos, como Abayubá, apenas un conjunto ilimitado de seres desconocidos que con suerte incluye una pequeña familia de cuatro o cinco integrantes dispersos. Una sociedad de seres desconocidos idolatrando a aquellos pocos que logran exponer sus intimidades en los poderosos medios de comunicación, para completar una nueva paradoja, de las cuales ya estamos tan acostumbrados que ni nos sorprende. Jacobsen sabe que la fama

sucede en cualquier sociedad, pero la idolatría de un hombre sin contenido solo es comprensible en una sociedad de seres anónimos como la nuestra, en la llamada Aldea Global (ese nombre con ínfulas que no es más que un perfecto oxímoron, una especie de antónimo de aldea), donde basta con que cualquiera de sus miembros, por estúpido e insignificante que sea, se exponga cinco minutos a la radiación de un micrófono o de una cámara de televisión mostrando y confesando todas sus intimidades, por banales y prescindibles que sean, para convertirse en un ser especial, ungido de un aura divina que el resto de los anónimos desean experimentar con la proximidad de dicho ser radiactivo. En una aldea, en cambio, todos son accesibles y los dioses están en el cielo.

Entonces nos quedábamos tirando piedritas para la calle, dando vuelta sobre un asunto que nunca terminábamos por aclarar y cambiando de tema casi sin darnos cuenta. A veces se quedaba pensativo y después de un rato decía cosas como «¿por qué la gente que ama a la Patria gana tanto dinero?», y yo no sabía si eso era exactamente ironía o rencor. Entonces se abría otro pozo de silencio, grande y oscuro como un senote por el cual yo no me atrevía a asomarme para mirar, hasta que se ponía a cantar, casi murmurando y con una semisonrisa arrabalera, ese tango que tanto le llamaba la atención:

... cuando estén secas las pilas
de todos los timbres
que vos apretás
buscando un pecho fraterno
donde morir abrasao...

-Solo te falta el sombrero y un pañuelo atado al cuello. Mejor cantate algo de Palito Ortega, que no me deprime tanto. O de los Rolling Stones. ¿Te gustan los Rollings...?

la indiferencia del mundo
que es sordo y es mudo
recién sentirás...

A veces me decía que iba a incendiar el liceo y yo lo apoyaba, como si no estuviera hablando en serio. A mí no me gustaban esas cosas, pero me desahogaba imaginándolas. Él, en cambio, las planeaba, hasta el punto de llegar a darme miedo. «Hay que entrar de noche -decía, mordiendo la tapa de la lapicera-, por la ventanita del baño de mujeres. Bedelía queda cerrada, pero la cerradura es ordinaria. Además, si no la pudiera abrir, se podría arrojar por la banderola un globo lleno de nafta, con una mecha. Una especie silenciosa de bomba Molotov, ¿no te parece? Además, no dejaría rastros». Yo al principio no me lo tomaba muy en serio. Solo lo escuchaba y de vez en cuando le decía que iba a terminar preso y visitado por el profesor de Moral. Todo eso me servía para sobrevivir, porque no sé cómo hubiera hecho para soportar cada minuto que me separaba del consultorio del médico, tiempo que el monstruo se tomaba para seguir creciendo.

Solo cuando por fin me recibió el médico que me iba a raspar el feto, sentí por primera vez que aquello que llevaba adentro no era una cosa sino un ser indefenso. Creo que hasta la pulcritud y la luz abundante del consultorio me sacaron por un momento del sueño oscuro en la que había estado sumergida las últimas semanas. En la sala de espera había un enorme mural con un paisaje de montañas suizas, que supongo debía ser hermoso y sedante: por un momento pensé que las cosas podían arreglarse de alguna otra forma. Pero el doctor no se detuvo un minuto a conversar conmigo. Creo que ni siquiera me miró una sola vez a los ojos. Sabía de antemano qué me iba a hacer y parecía apurado para hacerlo de una vez, como quien corta cabezas de pollo todos los días en una fábrica, y al mismo tiempo piensa que el próximo fin de semana tiene que cortar el pasto del frente de su casa. Mientras me recostaba en un sillón mecánico, blanco y frío, escuchaba que dos hombres hablaban del otro lado del tabique divisorio que cerraba el consultorio, y después se les sumaba el médico. Darme cuenta de que para él hacer una aborto era como cortar cabezas de pollos todos los días en una fábrica debía ponerme tranquila, al fin y al cabo, ya que eso demostraba seguridad profesional. Pero, por el contrario, mis nervios iban en aumento a cada minuto.

-Te aseguro que ese puesto es tuyo -dice una de las voces. Consuelo está tensa, con la cabeza tirada hacia atrás como si se fuera a curar una muela, y con las piernas abiertas y un poco levantadas. Siente su sexo desnudo y seco debajo de una sábana blanca, esperando que vuelva el médico que acaba de salir.

-No vendas la piel del oso antes de cazarlo -dice otra voz, probablemente la voz del médico-. Si se van Estos se te acaba el negocio.

-Estos y Aquellos, ¿cuál es la diferencia? ¿O te pensás que fueron Estos los que me pusieron Aquí? Me extraña, Miguelito -dice el primero y se ríe. Parece que se interrumpe al beber su café, pero continúa enseguida- ¡mmh!

-como si tuviera algo importante que decir y no quisiera ser interrumpido-: No tiene nada de absurdo. En el Ministerio no existe ningún cargo como el de Director de Higiene y Prevención. ¿Quién me va a decir que no podemos crearlo? No existe, pues bien, entonces lo creamos, que para eso estamos, ¿no? Y tú, mi querido Miguelito, serías el hombre indicado.

-No lo sé. Lo que tengo ahora en el Hospital de Clínicas no está mal. Consuelo cree escuchar que hablan del Hospital de Clínicas y le viene a la mente el doctor Arzuaga, con su cara de treinta años y su hermosa túnica blanca, con sus dedos fríos hundiéndose en su barriga y después en el vientre, para decirle después que no tenía nada, que estaba muy sanita con sus nunca vi tan hermosos ojos azules. Ella tenía vergüenza de su cuerpito y todavía no sabía que en verdad era muy bonita, que aquello que le estaba diciendo el doctor Arzuaga era mucho más importante de lo que ella se imaginaba, porque, como decía su madre que se había fijado en la alianza del doctor, en una mujer es más importante la belleza que la inteligencia, y no pongas esa cara, porque aunque suene feo te lo tengo que decir, para que entiendas cómo es la vida, que conozco más que vos, y para que no tengas que sufrir inútilmente.

-Claro que no, pues claro que no -insiste la primera voz-. Pero con este cambio saldrías ganando tú y el Doctor Abdala Sánchez, con el cual también

tenemos una deuda importante. ¿O te olvidás que fue él el que nos hizo ganar la licitación para el Plan de Saneamiento Urbano, cuando ni siquiera había Plan y la Constructora de Caruzzo estaba en la quiebra?

-Y ni siquiera hay saneamiento, por lo menos hasta la fecha.

-Bueno, bueno. Ya lo haremos. Por lo menos la Etapa I. Pero eso no viene al caso. Yo te estoy ofreciendo un puesto muy superior al que ya tenés.

¿Cuánto estás ganando ahora, Miguelito?

-Tengo una paciente en el consultorio -se queja el médico, con ese pudor que le afecta a la gente cuando alguien le pregunta por sus ingresos y no sabe si contestar de más o de menos.

-Bueno, bueno, doctor. ¿Qué es eso de una paciente un día feriado? ¿Seguro que es una paciente?

-Es una paciente...

-Digamos, «otra» de tus pacientes, ¿no?

-En el Clínicas gano tres mil, incluyendo beneficios, que son muy variables.

-Sí, «Beneficios Sociales». No me expliqués más, Miguelito. No te olvides que el contacto fue el Coronel Garmendia, pero fui yo el que te metió allí. Y para que veas cómo somos los del Partido de Gobierno, siempre dispuestos a ayudar a los amigos en momentos tan difíciles en que estamos sin actividad pública, ahora te estoy ofreciendo el doble...

-¿El doble?

-Sí, el doble. Seis mil dólares mensuales, sin contar los Beneficios Sociales, que nunca se sabe a cuánto pueden ascender. Y no te olvides que hay otra gente que está dispuesta a poner alguna colaboración a cambio de ese puesto, solo que no es gente de confianza, digamos, como tú.

-¿Y si vuelven los políticos?

Se escucha una carcajada y enseguida la voz del médico. Consuelo no puede escuchar con claridad. Le parece que alguien se ríe y dice «nosotros seremos los políticos», frase incomprensible de cualquier forma. Y a ella no le importa; los nervios la consumen al tiempo que siente al Anticristo moviéndose dentro de ella, cada vez más vivo e inquieto. Pero resiste, resiste un poquito más que ya vuelve el doctor.

-Estos y Aquellos, ¿cuál es la diferencia, Miguelito? Ellos y Nosotros...

Un país solo puede ser gobernado por aquellos que saben cómo se gobierna. Si no, afuera, querido. Hace mucho que dejé la cátedra de Historia en la facultad de Derecho, pero si querés te cuento algunas anécdotas jugosas de Épocas pretéritas, de cómo se acunó el Uruguay Moderno y el Gobierno de Bienestar de don Pepe Batlle, del padre, del hijo y del espíritu del nieto, que tampoco se va a morir sin ser presidente.

Eso fue el 18 de julio, porque era feriado y el doctor prefería hacer horas extras en días que no interfiriesen con sus ocupaciones legales.

Afuera sonaban las bandas militares, que era lo único que se oía después que la visita del médico terminó su café y se despidieron con un ruidoso abrazo. De vez en cuando algún que otro cañonazo y el Himno Nacional en los altavoces, con aquella grabación de barítono, mezcla de opera italiana y fanfarria militar. Sabía que a pocas cuerdas de allí estarían mis llamados compañeros de liceo, desfilando con sus uniformes planchados la noche anterior, con sus corbatas en vela de Quijote, colgadas sobre el respaldo de una silla a la espera de ese gran momento. Todos desfilando

duritos con el profesor de Moral y comentando (luego de la natural emoción de caminar detrás de la bandera y ante tanto público y tanta gente importante) que la alumna número veintiuno había hecho caso omiso al llamado de la Patria. Y como premio al cumplimiento de su deber, cada 19 de junio los alumnos tenían el derecho de amontonarse en grupos de a cien en el patio del liceo para escuchar al Señor Director, cargo que por entonces servía para sustituir a alguien que luego tenía que elegir entre uno de los dos posibles ascensos: dictar cátedra en alguna universidad del extranjero o retirarse a reflexionar sobre la existencia humana en la cárcel de Libertad, en San José.

-¿Jurad honrad, amar y respetar esta bandera, y defenderla con vuestra vida propia?

A lo que el Futuro de la Patria debía contestar, según instrucciones del profesor de Moral, «SÍ JURO», bien fuerte, porque de lo contrario no se le expedía el famoso Certificado que acreditaba que el susodicho había jurado defender el Símbolo Patrio con su propia vida, impidiéndole de esa forma iniciar en el futuro cualquier trámite burocrático, como por ejemplo sacar pasaporte y abrir una cuenta en un banco de Suiza para invertir, en beneficio de la Patria, el dinero recibido por sucesivas donaciones públicas y privadas, ni ocupar ningún cargo público, como el de Director de Casinos del Estado o el de Director de Higiene y Prevención.

-Atención, señoras y señores. A continuación, por cadena de radio y televisión, el Jefe General de las Fuerzas Conjuntas, General Inocencio Suárez, leerá un mensaje dirigido a la Ciudadanía.

La cadena de radio y televisión ha sido conectada a los altavoces en la Plaza Independencia, momento y lugar en que el público y las Fuerzas Conjuntas detienen su inapelable marcha para escuchar respetuosos. Huguito sostiene el Pabellón Nacional. Es el abanderado, pero aún conserva su modestia; agacha la cabeza, como se debe, imaginando que alguna autoridad lo está mirando desde el palco oficial. En algún momento mira con discreción y descubre a una señora joven y bien vestida que, pegada a un oficial, lo estaba observando, tal vez con ternura. Al lado suyo, también erguido y silencioso, está su compañero, sosteniendo la segunda bandera, la bandera de Artigas. Y del otro lado, Fabricio, con la de los Treinta y Tres Orientales. Fabricio resiste debajo de un sol que comienza a calentar hasta arrancarle unas gotas de sudor de la frente, inmóvil, con su uniforme planchado y los zapatos brillantes de pomada negra. Apoya el mástil en la calle y la bandera se sacude un poco, rozándole la cara. Por un momento, el aire y la sombra inestable que le arroja el Pabellón Nacional lo alivian. Entonces se imagina que toda esa multitud se ha reunido para recibir a los Campeones del Mundo. Y mientras la voz militar del presidente suena en los altavoces, se recrea imaginándose en el balcón de la Casa de Gobierno, saludando a la multitud que luego estallará en un solo grito: Dale Campeón, dale Campeón, dale Campeón-da-le-Cam-peón. -...cuando salvamos la Patria (...vamos la patria). Pero hoy la Patria y el mundo continúan bajo amenaza. El enemigo de la Libertad no ha muerto y trabaja (...baja) en las sombras, tramando (...amando) el terror y la violencia que no desean nuestros pueblos. Y es por eso que hoy, ante un nuevo aniversario de la Jura de la Constitución, renovamos (...vamos) nuestros votos y juramos defenderla con nuestras vidas (...idas), así sea

lo último que hagamos para legar a nuestros hijos un mundo de Paz y Libertad, para regocijo de nuestra memoria (...moría memoria).

Me di cuenta otra vez que algo malo había hecho, cuando el doctor me puso una cucharita fría y con dos o tres movimientos me lo sacó. Un monstruo no ofrece tan poca resistencia: aquello tenía que ser un ser humano, entonces. Yo había matado a un ser humano (como dicen los médicos que es un feto antes de nacer), más precisamente, había matado a mi hijo. Y aunque me reprochaba que nunca nada me venía bien, no podía otra cosa que sentir un enorme vacío, allí donde antes había estado el demonio.

Permanece un rato más, tirada en la camilla, sin fuerzas y sin ganas de levantarse, repitiendo sin poder evitarlo una palabra que debió haberla leído en algún cuadro del consultorio: cianocobalamina. El médico había actuado con precisión. Hizo un buen trabajo, como un buen mecánico repara un Mercedes Benz (piensa Consuelo, ahora con los ojos llenos de lágrimas). Volvía a sentir la insignificancia de ser Consuelo antes de la primera menstruación, antes de que su madre le dijera que los hombres perderían la cabeza por ella, antes de que los autos encerrados se detuvieran en bulevar Artigas y 18 para dejarla cruzar con la roja. ¡Y enseguida se imaginó siendo atropellada por un auto negro, escuchando moribunda que alguien grita esta tarada que se me cruzó con la roja! Cianocobalamina.

-¿Te sentís bien? -la pregunta inevitable del Tito, cuando salí de la salita.

-No sé...

-¿No era lo que querías?

-No sé si me siento bien o me siento horrible...

-Te vas a sentir bien.

-Por favor, basta. No me siento bien.

-Bueno, no te pongas nerviosa. Y no me contestes así. Al fin y al cabo me saliste bastante carita.

-¡Y cómo querés que esté!

-¡Bueno, tá! -terminó por decirme, agarrándome de un brazo-. Terminá de vestirme y vamos a tomar aire fresco.

Subimos hasta la plaza donde todavía no habían terminado los actos conmemorativos.

-Compatriotas

-Compatriotas... Compatriotas...

-Estamos reunidos hoy...

-...reunidos hoy ...reunidos hoy...

-Para recordar (...recordar) un nuevo aniversario de la Jura de la Constitución.

-...Constitución ...titución.

-Por favor, no quiero estar aquí.

-Yo sí quiero -decía él, mirando con entusiasmo-. Quiero ver un poco la mierda que hacen estos milicos.

Consuelo siente que está al límite de sus fuerzas y se marea. Los parlantes la aturden y el aire no puede entrar en sus pulmones.

Cianocobalamina. Un hombre de camisa a cuadros que está delante suyo come garrapiñada mientras levanta el mentón para ver mejor. Descarga el resto de los maníes dulces en la mano y arroja el envase en la calle. El viento arrastra un poco la bolsita de celofán hasta los pies de Consuelo, en el

momento en que los parlantes dicen «... muchas gracias -chas gracias» y el público aplaude con tanta fuerza que a Consuelo le parece que el suelo se mueve debajo del papel de celofán.

-A continuación

-...continuación

-escucharemos las palabras del Señor presidente de la República,

-...pública,

-Doctor (tor... doctor) Aparicio Méndez.

Está a punto de desplomarse hacia adelante cuando el Tito la sostiene. La saca de la multitud y le hace señales a un taxista que espera estacionado por Juncal.

Suben y el Tito le acaricia la cara, que está pálida pero exquisitamente suave.

-¿Rondeau y qué, me dijo? -Consuelo escucha la pregunta del taxista. El aire que entra por la ventanilla la alivia. Del espejo retrovisor cuelga un payasito diminuto que se mueve como si se burlara de los movimientos bruscos del auto.

-Rondeau y General Pacheco -dice el Tito.

-¿Cómo? -pregunta Consuelo, saliendo de la confusión-. ¿Cómo? No, no, a la calle Piedras...

-¿Piedras? -el taxista aminora la marcha- ¿Vamos por Rondeau o por Piedras? Ya pasamos calle Piedras.

-¡Quiero irme a casa! -se queja Consuelo.

-¿Cómo vas a ir a tu casa en ese estado? -le dice el Tito, apretándole la mano y tratando de bajar el tono-. Vamos un momento a casa y después...

-No quiero...

El taxista detiene el auto y, dándose vuelta, pregunta molesto:

-En fin, ¿a dónde vamos?

-A Rondeau y General Pacheco -dice el Tito, sintiendo los ojos del taxista clavados en los suyos.

-¡No! -dice ahora Consuelo, casi rogando y arrinconándose contra la puerta-. Quiero ir a mi casa.

-Hágame el favor usted -insiste el Tito, dirigiéndose al taxista que no deja de mirar para atrás, con desconfianza-. El que tiene la plata para pagarte soy yo, ¿entendés?

-Claro que entiendo -dice el taxista-. Estás tratando de levantarte esa chica que podría ser tu hija.

-¡Pero, y bo qué te metés!

-Tengo años arriba del taxi, ¿o te pensás que vengo del monte?

-Vamos -le dice el Tito a Consuelo, abriendo la puerta y tratando de arrastrarla de un brazo.

Pero el taxista se baja antes y, anteponiendo su enorme barriga a la cara de el Tito, dice:

-Te bajás de este taxi y te parto la jeta.

El payasito deja de balancearse y Consuelo alcanza a leer el cartelito que lleva entre las manos: TE QUIERO. Ahora su sonrisa es seria.

-¿Y a vos quién te dio vela en este entierro?

-¡Adentro!

-¿Pero y vos qué te metés?

-¡Dejame salir, te digo!

-¡Adentro, dije! -vuelve a decir el taxista, empujándolo de la cabeza hacia abajo-. Te parto la jeta y después te denuncio.

El Tito siente la fuerza de aquella mano que no debía ser más grande que la suya, y no vuelve a abrir la puerta. Tartamudea, hace que se enoja, pero no se le alcanza a entender nada. Entonces el taxista vuelve a subir a su asiento.

-Ahora vamos a la dirección que dice la chica -ordena el taxista, con voz de fumador-. Y por supuesto que me vas a pagar vos.

-Buen día, señoras y Señores. Las siete de la mañana en toda la República. Estamos comenzando el boletín noticioso de Buenos Días Libertad. Y tenemos que hacerlo con una lamentable noticia. En las costas de Rocha, ayer murió ahogado un pescador de nombre Carlos Guzmán Rodríguez Porto... -lee Larrea y se detiene un instante, aún no del todo despierto y sin decidirse a tomar el café que humea debajo del micrófono-, cuando intentaba hacerse al mar por la mañana en condiciones climáticas adversas. El cuerpo del infortunado pescador fue recogido por Prefectura, a instancias de Meteorología, que informó de presuntas irregularidades en los vientos, los que a la postre resultaron en un cambio brusco de temperatura seguido de tormentas eléctricas. En otro orden de cosas... -finalmente se anima a beber un sorbo de café- informamos que en la Escuela General Rivera se concluyeron los Festejos Celebratorios haciendo entrega de una Medalla de Honor al alumno HP, quien encontró, camino a dicho centro de estudios, un billete de mil pesos y decidió entregarlo enseguida a su educadora la que, con emoción suya (según comentó más tarde) y con la sorpresa de sus compañeros, lo elevó al ámbito de la dirección la que, a su vez, comunicó y entregó el dinero a la Seccional Más Próxima -según El Día, en su edición del 19 de julio-. En premio a este gesto de honradez, la Dirección General de Instrucción Cívica (DGIC) y el consejo en pleno de Educación Primaria, resolvieron, por unanimidad, la entrega de la mencionada distinción, que terminó por consolar y hasta llegó a poner orgullosos a los padres del niño, que estuvieron de acuerdo en que es preferible continuar con el servicio eléctrico interrumpido a cancelar la deuda con el Estado con un dinero mal habido y, en su lugar, recibir semejante Distinción que ahora exhiben con orgullo delante de todos sus vecinos de La Aguada, hecho que, sin dudas, ni ellos ni su hijo olvidarán jamás. Pero Abayubá, el hermano mayor, que nunca estaba de acuerdo con nada, según palabras de su padre, se negó a concurrir al Acto Patriótico, aduciendo que el billete de mil pesos solo podía pertenecer a un señor que poseía billetes de mil pesos y que, por lo tanto, aquella Farsa Oficial no era más que otro acto de la clase dirigente, destinada a moralizar las clases trabajadoras, en beneficio y tranquilidad de los primeros. Hecho y reflexiones incomprensibles que repudiaron sus propios padres, tachándolo de mal hijo y de peor hermano, egoísta y rebelde, como Caín. De cualquier forma, el Premio a la Honradez colgó por mucho tiempo en una pared del cuarto de los hermanos, arriba de la cama de Huguito y enfrente a la ventana, (de forma que su dueño podía verla cada amanecer) significando el recuerdo permanente de la primera separación, tierna e irreversible, de los dos hermanos.

-¿No te parece que fuiste muy duro con tu hermano? -le preguntó más tarde Consuelo, sentados una mañana fría y soleada sobre un murete de la plaza

de deportes.

-Sí -contestó Abayubá, triste, fatalmente triste pero sin

arrepentimiento-. Hoy no sé qué hubiera hecho. Tal vez lo mismo...

Porque hay gestos morales en la infancia -Pensó alguna vez Jacobsen- que nos conmueven porque los suponemos propios de esa pretendida naturaleza, pura e inocente, destinada a perderse con los años, cuando en realidad no son más que el reflejo de toda la chatarra que nosotros mismos vamos amontonando alrededor de hijos y educandos. Entonces premiamos nuestro propio logro, no la naturaleza pura e inocente, que suele tener más de egoísmo y de pragmatismo empresarial que de renuncia moral.

Por un tiempo me las arreglé para esconderme del Tito, que andaba desesperado por cobrar mi promesa. Cuando se dio cuenta de que le estaba sacando el cuerpo y que no podía encontrarme en la calle, terminó yendo a mi casa y se las agarró con mi madre, a la que solo alcancé a oír varias veces que le decía «basura, basura». Andaba hecho una fiera y yo casi no salía de casa, de miedo a encontrármelo. Pero era inevitable: tenía que ir al liceo algún día. Y cuando pensé que había desistido finalmente, me lo encontré en una esquina de Bartolomé Mitre. Me agarró de un brazo y me dijo adónde iba tan apuradita.

-¿Así que me querías tomar el pelo, eh?

-¡Soltame! -le dice Consuelo, sintiendo que aquella mano era como una tenaza hidráulica en su brazo.

-¿Sabés cuánto me costó el doctor, eh? ¿Sabés o no sabés? Me costó una fortuna, hija de puta. Con la mitad de ese dinero me hubiera cogido diez minitas como vos. Pero al Tito no le toman el pelo así nomás. ¿Sabés? ¿Sabés lo que voy a hacer, no?

-Por favor, soltame...

-¿Ah, no sabé lo que voy a hacer?

-¡Policía! Polic...

-Te voy a hacer otro cuajito, para que no seas tan malagradecida. Un día de estos, cuando menos te imagines, te cojo como a vos te gusta y te quedás preñada otra vez.

-¡Soltame, te digo!

-Dale, hacete la difícil. ¿Te pensás que me lo voy a creer de nuevo? A la minas como vos no se les puede creer ni medio. Estoy seguro que ahora debés estar toda mojadita aquí abajo, y con todo te seguís haciendo la difícil...

El Tito está a dos centímetros de su cara. El aliento a cerveza le baja espeso, como si se hubiese vuelto más ácido al recorrer sus pulmones llenos de nicotina. Sin mucho esfuerzo, logra chuparle la oreja y un mechón de pelos, hasta que alguien lo agarra de la camisa y, sin decir palabra, le aplasta el puño sobre la cara. El desconocido se pone en posición de boxeador que espera el ataque de su adversario, pero el Tito se acobarda y no se levanta. De su nariz sale un hilo de sangre aguada. Consuelo mira la sangre y la palabra «cuajito» le cruza un instante por la cabeza.

-Bueno, besame a mí ahora -le dice el otro, un moreno que a Consuelo le parece recién salido de una obra en construcción, porque tiene la ropa toda sucia de cal y las manos curtidas por el trabajo-. Dale, papito, vamos a ver si sos tan guapo conmigo.

-Esperá loco, ¿vos qué te metés...?- dice el Tito, con voz suplicante-
Esto no es asunto tuyo.

-Me meto de atrevido que soy, ¿viste? Y como tengo ganas de pelear te voy a reventar esa naricita que tenés... No me gustan los hombres con naricita de paloma.

Otro grupito de hombres se acerca, atraídos por la pelea. Entonces Consuelo advierte que una cuadra más arriba hay una obra en construcción, y no sabe si los obreros se sumarán al agresor o simplemente los atrae el espectáculo. Entonces, aterrada, baja corriendo por Mitre y dobla por Cerrito. Cuando está lo suficientemente lejos de la escena, todavía asustada y sudando en el pecho, piensa que tal vez los otros obreros en ese momento estarían defendiendo a la víctima. Y recuerda (o cree recordar) que el moreno de las manos curtidas le resultaba en cierta forma familiar, o que tal vez lo había visto antes en alguna parte. «Es un cliente de mamá», se dice. Entonces se sienta en el umbral de una casa y se pone a llorar.

Al poco tiempo nos mudamos para el Cordón. Mamá alquiló dos piezas en el cuarto piso de un hotel viejo, casi pensión, haciendo cruz con la plaza de los bomberos, en 18 y Minas. Era una buena oportunidad para que el Tito me perdiera el rastro y mejor aún para inventar una vida nueva. Me teñí el pelo de negro bien negro, en un intento inútil por dejar de ser rubia y visible a la distancia. Digo inútil, porque todavía me quedaban los ojos azules y la piel blanca, tal vez más blanca que antes. A Mabel no le gustó nada, se veía, pero no dijo mucho y a mí eso me pareció como el reconocimiento de mi independencia y de su ya menguada autoridad, que nunca fue mucha. Incluso me pasó el dato de que en un supermercado pedían cajeras y yo me presenté al otro día. Fui por disciplina, porque estaba segura de que no podían elegirme a mí, que era la hija de una prostituta, en el mejor de los casos la hija de una limpiadora que nunca había visto un billete grande y ahora pretendía manejar miles de ese tipo. Cuando me tocó el turno de entrar para hablar con el gerente, se me cortó la respiración y el corazón comenzó a golpearme debajo de la garganta. Hice lo que pude por disimular aquello, pero el veterano se dio cuenta enseguida y me dijo que me relajara, amabilidad que me hizo un pobre favor. Fui un desastre respondiendo a las preguntas y a la mirada filosa de ese tipo: en qué había trabajado antes, con quién vivía, por qué quería trabajar en Híper-Súper-Macro, a lo que yo iba respondiendo con la verdad más deshonestas, evitando detalles que le dieran una imagen de mi vida que yo despreciaba. Había una cola de cien candidatas y me eligieron a mí. Me sentía tan feliz de haber ganado, que no me importaba que mamá tuviera razón cuando me decía que me presentara de minifalda, con el argumento de que las minifaldas estaban de moda. Después el manager me dio un uniforme más corto que la minifalda que llevaba y me dijo que debía ponérmelo siempre, incluso en invierno, y que me pintara los labios de rojo para que hiciera juego, igual que las otras chicas más veteranas. El sueldo de la ganadora apenas daba para pagar los boletos del ómnibus y el surtido de una semana, pero me servía para distraerme, para sentirme importante manejando tanto dinero, apretando las teclas con rapidez para demostrarle a la gente que sabía lo que hacía, contando con aparente desgano los billetes más grandes que se iban acumulando en el fondo de la caja, para

que la gente que esperaba el cambio pensara que no me impresionaba aquello, en lo más mínimo. Mientras, mamá trabajaba de día limpiando en casa ajena y de noche desaparecía. Yo no quería saber más nada de sus ingresos especiales, pero igual me daba cuenta de que estaba trabajando en la calle. Después, el dinero comenzó a rendir cada vez menos. El alquiler subió al mes de instalarnos allí, llegó el invierno, los clientes de Constituyente comenzaron a escasear y los vecinos del edificio dejaron de saludarnos cuando nos cruzábamos en el pasillo, camino al baño. Yo pensaba que alguno de ellos la había descubierto esperando clientes en la calle, o había pagado sus servicios antes de pasar el dato, porque el edificio estaba lleno de hombres y mujeres solas, viudas, divorciados y estudiantes de pecho y de derecho, gente que se odiaba y se deseaba en secreto, entre las paredes laboratorio del baño, masturbándose como yo lo hacía cuando perdía la cabeza y pensaba que el tipo más asqueroso del edificio lograría un día conquistarme por un momento, el tiempo suficiente para que en un orgasmo solitario yo le dijera que era divino, que me encantaba esa porquería que me estaba haciendo. Y cuando terminaba de hacerlo, me sentía el ser más despreciable de esta tierra, algo mucho peor que mi madre, porque ella lo hacía por dinero, por necesidad, y no por un deseo incontrolable. Y era un peligro compartir el baño con una mujer que quién sabe qué peste lleva adentro, vecina, como si compartir el baño con una prostituta fuera más contagioso que acostarse directamente con ella. Por el contrario, en ese tiempo mamá se había vuelto una maniática del hipoclorito, y esto también debió llamar la atención de los otros vecinos del edificio, cuando entraban al baño y los abrazaba ese olor penetrante, o cuando no podían entrar porque adentro estaba la misma loca de siempre (como los escuché decir una vez, con el oído pegado a la puerta que daba al pasillo), fregando y fregando con su botella de Lavandina, repasando otra vez los aparatos y los pisos, quemándose las manos con ese maldito veneno. Pero no nos echaban porque mamá tenía muy buenas relaciones con la administradora del hotel, un vieja charlatana que decía que yo era como una hija para ella; y yo nunca la había visto antes. Yo, literalmente, odiaba todas esas viejas y viejos desahuciados, ocupados todo el día en esperar la hora del almuerzo en sus cuartos o en el recibidor, delante del viejo ascensor, y después la merienda del café con leche y pan arriba, matizando el día, para que no sea exactamente igual al anterior, con algún nuevo chisme sobre la loca de la Lavandina. Y la hija, con esa pollerita hasta aquí, ¿vio? Y qué quiere, doña Sofía, de tal palo tal astilla. Hijo de tigre rayado sale, dirá usted. Todas estas frases célebres las escuchaba yo en el momento exacto, porque era invariable que cuando bajaban la voz del cuchicheo era para emitir algún juicio y respectivo comentario sobre la vida privada de alguno de los inquilinos, y no lo digo por hablar mal de la gente, doña, pero hay cosas que no se comprenden. Claro que cada uno es libre de vivir como se le cante, pero la libertad de una comienza cuando termina la libertad del otro, le gustaba decir a doña María Elisa, y yo me representaba la frase favorita del profesor de Moral, invertida en sus factores sin alterar el producto. Entonces yo dejaba en la cama mi recién descubierto Zoroastro y me iba a la puerta que daba al pasillo para pegarle la oreja. Recuerdo que un fin de semana tuve la alegría de que se incendiara el restaurante que estaba abajo. Yo estaba

sola en mi cuarto y cuando vi el humo por el balcón recién me di cuenta de que abajo estaba lleno de gente y los bomberos comenzaban a subir las escaleras para desalojar el edificio. Salí al pasillo, puse llave en la puerta y bajé como si fuera al mercado. Aquello era como un espectáculo del cielo: viejas y viejos interrumpidos en su merienda y amontonados contra la puerta del ascensor, mientras un bombero les gritaba que desalojaran por las escaleras para no quedar atrapados en la jaula. Pero el viejerío no se animaba a tirarse por el hueco de la escalera, que aún conservaba la majestuosidad de un pasado marmolado y ornamentado, pero que ahora parecía un túnel ahumado al infierno.

Y, por si fuera poco (o a causa de todo eso), comenzamos a discutir entre nosotras, por tonterías, hasta que ella me dijo que no podía más con mi vida y me mandó a vivir con un tío mío que yo no veía desde niña.

III. Madrugada

El eclipse de la razón

El funcionario Rodríguez Rodríguez es enviado a la justicia tras recibir una coima, mientras que al empresario John Diez Mill se lo condena por intentar sobornar a un juez ofreciéndole quince mil dólares, cifra que resultó exigua, producto de un mal cálculo propio de algunos inversores, ya que el no mencionado juez ganaba una suma aproximada cada mes, lo que de paso demuestra la utilidad de sueldos exorbitantes en un país arruinado. El día 19 de marzo, ambos ciudadanos fueron dejados en libertad condicional tras el pago de una fianza de diez y quince mil dólares, lo que también significa (por lo menos para Jacobsen, que los conoció en la cárcel), que también la Justicia se puede comprar, siempre y cuando se proceda legalmente. La fianza no es otra cosa que una coima legalizada y se paga con las ganancias del mismo delito que se pretende castigar -reflexionaba Jacobsen en el silencio de la madrugada, en su celda, mirando siempre el mismo techo con las mismas fisuras y las mismas manchas de una pintura mal aplicada-. Había imaginado, por mucho tiempo, que debía haber algún tipo de escritura natural o espontánea que, así como se pueden ver cuerpos y rostros en las nubes, ciertas palabras en los números chinos, se podría leer alguna frase en una serie de manchas de humedad, en esas líneas arábicas que se forman al rasgar un papel.

En la cárcel, Jacobsen había conocido otro tipo de gente. Curiosamente, no había sido condenado por montonero o por anarquista sino por simple homicidio, lo que en realidad era más justo y otra forma de no permitirle ni siquiera el consuelo de ser un preso político. Pero lo había salvado de

peores torturas. Allí volvía a sentirse completamente solo, rodeado de simples rateros y delincuentes profesionales. Se sentaba en el water de su celda y, mientras escuchaba y recordaba los negocios que se tramaban en el patio y en los pasillos, volvía a pensar en la institución paradójica: la Justicia civil no castiga la injusticia general. Para una persona común, ir a la cárcel es toda una desgracia, mientras que para un delincuente profesional no tiene ninguna importancia. Resulta como tomarse unas vacaciones pagas, de vez en cuando, las que de paso aprovecha para relacionarse con viejos y nuevos colegas, socios de futuras empresas financieras al margen de la ley. Eso no es castigo. Los delincuentes siempre se sentirán más seguros que cualquier pobre diablo que se gane la vida cargando y descargando camiones a las cinco de la mañana. Por otro lado, la justicia penal nada puede hacer contra la injusticia social; por el contrario, en muchos aspectos, se convierte en su principal defensora. Castigando el delito común se protege un determinado Orden, que bien puede ser un orden de injusticia social, un orden de leyes financieras, un orden de castas económicas. Pero todavía no estamos preparados para vivir sin ese mal necesario -se dice Jacobsen mientras tira el agua de la cisterna-. Probablemente en el 3016...

Mamá le decía «el tío Vicente», pero en realidad era un primo suyo que había venido de España, apenas alcanzó la mayoría de edad, sin fortuna pero con mucha fuerza en los brazos. Y, sobre todo, con mucho orgullo, como el resto de la familia. Cuando llegó y descubrió que mamá no era la Reina de América, le retiró el saludo y se fue al puerto a iniciar su fortuna. Allí cargó camiones y probablemente usó alguna colega de mamá, de esas que están en oferta los sábados en la rambla Roosevelt y la calle Colón, y no pagan IVA. O tal vez ya frecuentaba algún travesti de buena familia, porque el tío Vicente nunca se casó para no disminuir su fortuna, ganada «con sacrificio y en buena ley», o porque las mujeres no le interesaban, según sospeché alguna vez conviviendo con él.

Cuando mamá me llevó a su apartamento, en Pocitos, me dejó en el hall de entrada y me dijo: «Subí hasta el 908, donde dice Zubizarreta, y decí que sos la hija de Mabel. Él ya sabe lo que tiene que hacer». Yo temblé; no solo por el lujo del edificio, a lo que no estaba acostumbrada, sino porque pensé que ese tipo se iba a acostar conmigo. Pero subí y toqué timbre. Era un apartamento enorme, o por lo menos eso me pareció la primera vez que lo vi. Tenía una terraza que daba a la rambla y una vista fantástica: la ciudad se metía en el río con sus luces recién encendidas. De una de las habitaciones salió un muchacho de pelo rubio muy corto, con la mirada confundida como si se hubiese levantado de una siesta. Me saludó sin mirarme y desapareció. El tío me indicó mi habitación. Entré y me quedé sentada en la cama, sin saber qué hacer y cuándo salir. Me daba cuenta de que era una intrusa. Cuando el tío me decía que abriera la heladera cuando quisiera, aquí tenés la leche, la manteca en esta fuente con tapa, lo que quieras lo tomás sin pedir permiso, me daba cuenta de que nunca iba a poder familiarizarme lo suficiente, y que todo eso me sería siempre ajeno, un servicio inevitable de la caridad del tío.

Tampoco llegué nunca a entenderme con él, aunque los dos cuidábamos las apariencias de una buena convivencia. Yo porque dependía de él para vivir; y él vaya a saber por qué razón.

Nadie podía sentirse a gusto conociéndolo. Todos eran inferiores al señor Vicente Zubizarreta, dueño de Zubizarreta Demoliciones. Seguramente por esta razón no tenía amigos intelectuales o evitaba que alguno de esos entrara a su casa. Prefería rodearse de pobres, no por su declarado catolicismo sino porque necesitaba gente que soportara sus insultos a cambio de un salario de hambre. Me aburrí de presenciar siempre el mismo espectáculo: obreros o pequeños clientes que se enorgullecían de estrechar la mano del señor Zubizarreta, dueño y director de Zubizarreta Demoliciones, presidente del club Merengue y sospechoso pero improbable benefactor de Miserables Unidos. Todos futuros votantes y defensores de la Dirigencia Hereditaria, según la cual nuestro país fue construido por ellos; y a ellos y a sus padres debemos el pan, la vida y el progreso de la Patria, palabrita que aprendí a odiar, no solo porque es machista ya desde el arranque, sino porque es la preferida de los monstruos que le ponen precio y propiedad a todo. Paradójicamente apoyados por sus propios vasallos, como esos pobres diablos que no se lavaban la mano derecha por un mes después de que el Señor feudal se hubiera dignado a estrechársela desde el otro lado de su gran escritorio-barrera-contra-chusmas. Porque una clase social siempre teme más a las clases que están por debajo que a las clases dominantes que están por arriba; y porque los oprimidos muchas veces son conservadores, ya que mantienen la demasiado inconsciente esperanza de que un día lograrán el tan ansiado ascenso social, y para eso necesitarán una clase de oprimidos; no solo por una razón práctica sino también por una razón lógica: nada existe sin su opuesto. En el castigo propio se realiza la primera y, por lo general, única etapa del futuro éxito.

Para el creador de Zubizarreta Demoliciones, la pobreza de un hombre era el resultado de su propia pereza, aunque nunca nadie haya hecho fortuna solo con su trabajo. La prueba está que cuando uno quiere decir que don Duarte-Pérez vive en una casita modesta y no tiene posibilidades de darse muchos lujos, dice que «es de gente trabajadora», lo que a todas voces significa una clase de gente honesta (algo hay que concederle a esa pobre gente) pero apenas superior a la clase de reos y delincuentes comunes, con los cuales deben convivir heroicamente sin ser asaltados y sin caer en la tentación. Mientras que a los otros, bostezantes herederos de inexplicables fortunas amasadas por sus padres, nunca serán llamados trabajadores. No solo por una razón obvia, sino porque además puede sonar a desprecio. Pero, ¿cómo es eso de inexplicables fortunas? Acaso usted no conoce el caso de Romanelli, ese mismo, el de los zapatos Romanelli Shoes, que cuando vino de Italia se bajó del barco con cinco liras y un pedazo de queso en la valija y ahora se acaba de construir una mansión en Punta del Este de dos millones de dólares. Inexplicable porque usted no conoce la historia de Romanelli, que trabajaba en un atilillo de Mitre y Rincón, de las seis de la mañana hasta las dos de la madrugada, mientras estos criollos de mierda se la pasaban sentados en la puerta del conventillo tomando mate. Historias que luego seguían con una larga lista de sufridas anécdotas, cuyo autor y protagonista había sido el propio Romanelli, siendo luego tomadas como propias por el pueblo, siempre necesitado de mitos y sueños redentores, lista de historias no más larga que la de aquellos otros tanos, rusos y gallegos que habían persistido en el mismo

sacrificio sin jamás levantar cabeza en la Tierra Prometida, debiendo soportar, más tarde, derrotados y encorvados sobre el mate, símbolo de la discordia laboral, la historia fabulosa de los Romanelli que demostraba que con trabajo honesto y mucha imaginación, sobre todo imaginación (ya que siempre resulta más difícil de medir que el trabajo), uno puede alcanzar lo que se propone, aunque estemos hablando de cuantiosas fortunas. La historia de un vivo entre un millón de necesarios tontos, está de más decirlo. El tío decía que aquí la gente tenía vergüenza de reconocer cuando las cosas le iban bien, y por eso, porque a él las cosas le iban realmente bien, lo proclamaba a viva voz. Producto evidente de esa filosofía de Rico McPato, según la cual el dinero atrae más dinero, se mandó construir una puerta de oro a la entrada de Z-Demoliciones. Bueno, no era una puerta de oro macizo, como hubiera sido si en lugar de América esto fuera Bagdad o el Pekín de Aladino, sino enchapada con láminas de oro, que a los efectos es lo mismo. Una sola vez pasé por esa puerta, y mientras esperaba al tío Vicente y una muchacha de minifalda verde me ofrecía el inevitable café, me quedé pensando en esa famosa puerta, en la cara afeitada del tío, en el oro del Vaticano, en el lujo ostentoso de tantos palacios y residencias modernas. Y fíjese usted que, por un inevitable encadenamiento, se me vino a la mente la imagen de un bichicome de barba amarilla que en pleno invierno dormía en el umbral del Banco República, envuelto como un cadáver en una frazada llena de agujeros, hasta que un día lo encontraron muerto y dijeron que había muerto de cirrosis, que junto con la pobreza era el destino inevitable de todo borracho. Borracho y fumador, otro vicio que tampoco le perdonaban sus críticos, ya que alguien que no tiene un peso para comer tampoco puede darse el lujo de fumar un cigarro hecho con puchos desarmados. Pero yo creo que en un mundo doloroso el placer no es un lujo sino una necesidad. También me acordé de un tal Gervasio, que en verano se bañaba en los chorros de la fuente del obelisco y hacía dar vuelta la cara a los pasajeros del 121, cuando el ómnibus daba la vuelta allí para tomar 18 de Julio, mientras una vieja pintarrajeada protestaba que aquello era un Atentado Violento al Pudor, solo porque al infeliz se le veían las nalgas debajo de un calzoncillo sucio y escaso. No es que me esté yendo por las ramas; todo viene al caso de lo que le contaba del tío Vicente, porque mire que yo no soy un modelo de sensibilidad, ni mucho menos de moral, pero me chupa que se diga que un infeliz desnudo en una fuente es un atentado violento al pudor, que deberían meterlo preso, sí señora, y que de hecho es lo que se hace en nuestro mundo civilizado, mientras se festeja, se admira o se tolera la ostentación, el lujo de los gobernantes, de los papas, de los exitosos hombres y mujeres de negocio que en una cena de representación son capaces de gastarse el presupuesto mensual de un comedor escolar; estrellas del cine y del fútbol que exhiben ante el pueblo cifras y costumbres exuberantes, mientras cien obreros de una fábrica son despedidos y encargados a su buena suerte, a vender velas y trastos usados en la feria de Tristan Narvaja. ¿Acaso no debería meterse a toda esa gente ostentosa en la cárcel, por Atentado Violento al Pudor? Pero según el tío, todos eran inútiles, buenos para nada, y por lo tanto recibían un salario acorde con el laudo. Y el que no estaba de acuerdo recibía el título que más les gusta expedir a las clases acomodadas: el

conocido título de Resentido Social. «Tengo que estar en todo», le gustaba gritar por teléfono y que todos los que estaban cerca lo escucharan.

«¿Usted es tonto, Fernández? ¿Cómo me manda una grúa de diez metros para bajar un tanque que está a quince? Razone, Fernández, razone. No, no, no me importa si está descompuesta o no. Esas son excusas, Fernández, ex-cu-sas. Para hoy, Fernández, quiero esa grúa lista para hoy. ¿Cómo? ¿Qué repuesto? ¿Qué? Basta, no me diga más. No quiero escuchar que no puede conseguirlo. Consígalo y punto. Y sí, eso es: si tiene que ir a la China, vallase a la China y tráigalo. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Me entendió?: no mañana, hoy. ¿Sabe cuánto me cuesta por cada hora que pierdo con ese tanque allá arriba, mientras usted espera ahí a que Dios le arregle ese hidráulico?». Y sin despedirse colgaba y continuaba sus comentarios para la gente que lo había estado escuchando y luego le daba invariablemente la razón, aunque después, por detrás, le decían gallego hijo de puta. «Por algo están donde están. No razonan ni hacen el esfuerzo porque se cansan. Por favor; una grúa de diez metros para bajar un tanque que está en el quinto piso. Cada vez que esta gente tiene un problema, se sienta sobre el talón a tomar mate. Después me llaman para que les diga cómo se prepara el biberón del nene».

Tal vez le parezca que exagero, pero el señor Zubizarreta era así. Si una le mostraba un cuadrado con los cuatro lados iguales, él le cambiaba uno para que quedase más cuadrado. ¿Nunca conoció usted en la realidad, quiero decir debajo de las tablas, un personaje semejante? Los personajes ridículos son los más comunes. Observándolo hablar, actuar y moverse en su medio, más de una vez pensé que sus amigos y sus empleados lo tomaban como una persona real porque no estaba sobre un escenario de teatro. Muchas personas, si repitieran su conducta sobre un escenario, serían tachadas de «sobreactuación», de malos actores, de exagerados, de inverosímiles.

Como su primita Angélica, cuando le preguntaba, recién venida de España: -¿Cómo, entonces los pobres existen?

-Sí, claro -contestaba Vicente.

-Ay, querido, creo que te estás volviendo comunista -le decía Angélica, aunque ni McCarthy hubiese podido encontrarle un pelo que lo

comprometiera.

Y cuando se encontraba un fin de semana con Angélica, en Punta del Este, volvía sobre su tema favorito: las pocas ganas de trabajar que hay en este país, lo que explicaba por qué un extranjero pobre como él había hecho tanta fortuna de la nada, fortuna que estaba sobrevalorada por su autoestima. Y Angélica, que era de la familia y estaba bien acomodada, no tenía problemas en darle la razón; porque de paso le tranquilizaba el alma, ya que nadie puede disfrutar completamente de su dinero sin una razón justa que lo justifique (creo que no hay en el mundo injusticia mejor institucionalizada que la pobreza; cuando no es por una religión como la hindú es por una ideología como la nuestra).

Angélica Moreno Perdomo fue la única de los tres primos que no supo cómo era ser pobre, porque la familia Perdomo fue la única que no cayó en la tontería de hipotecarse con el abuelo Rodrigo. Disfrutó de sus propiedades en Málaga y en Mallorca, hasta que se aburrió con el ocio de una fortuna mal llevada y decidió conocer el exótico sur que se había imaginado leyendo las cartas del tío Vicente. Estoy segura de que el tío la quería

en Montevideo más para duplicar sus posibilidades de inversión que por los sentimientos filiales que creyó encontrar Angélica en las cartas de su primo, héroe de la resistencia contra la mala suerte y la injusticia, prueba encarnada del valor de la familia Moreno que hacía innecesaria cualquier otra prueba de sacrificio y valor de su parte. Así que la prima Angélica se animó un día a repasar el camino que habían hecho Mabel y el tío Vicente. Alquiló un chalet en Punta del Este, cuando el balneario era todavía virgen pero ya pintaba para Miami. Yo la conocí allí, un verano que el tío me llevó para verse libre de mí por un mes de enero. Me recibió con la voz afectada, como la que tienen las personas que se sienten diferentes al resto. En principio me impresionó muy bien. Demasiado, diría yo. Angélica era fina y por demás amable. Estaba decidida a hacerse querer o a que la admiraran. Sin duda a mí me impresionaban los ricos como si fueran de otra raza. En parte son de otra raza, la raza azul, que es más que la raza blanca y ni que hablar más que la amarilla o la negra. Abayubá decía que a los príncipes se los identificaba con la sangre azul porque sus pieles pálidas y transparentes, a causa de una vida inútil en las sombras de los palacios, dejaba trasparentar el color azulado de las venas. Pero en esos momentos de deslumbramiento yo no podía darme cuenta de nada de esto. En cierta forma yo era una niña de raza azul venida en desgracia y mi madre había sido la primera en dejármelo en claro. Ella me había hablado mucho de ese mundo, de esa familia orgullosa que era la mía, aunque no me había podido dar ni siquiera una mínima muestra de esos placeres prometidos. Yo miraba y escuchaba a Angélica totalmente embelesada. Me parecía un ser de otro mundo. Me impresionaba la forma cómo se recostaba al sillón con las dos piernas hacia atrás y una copa de vino blanco en una mano. A cada comentario del tío Vicente, se reía con estilo. Debía tener la misma edad que mi madre, pero parecía mucho más joven con su piel estirada y con los dientes perfectos y bien arreglados. En ningún momento hablamos de mi madre, claro. Ellos evitaban nombrarla y yo temblaba cuando la conversación se acercaba a su nombre.

-¿Así que esta hermosa niña es una Moreno? -dice Angélica, sonriendo con un estilo que impresiona a Consuelo. Habla lento, deslizado cada palabra como si estuviese frente al mar componiendo un poema-. Realmente que es hermosa, tal vez la Moreno más bonita que yo haya conocido en mi vida. Es verdad, tiene el pelo renegrido de la tía Azucena, la sonrisa de Leonor, la hija de Clara Moreno, una tía abuela tuya que no conociste. Pero los ojos... Válgame Dios, que ojos tan bonitos no tengo visto en toda España.

-Lo más importante es la belleza interior -dice Vicente, temiendo que la conversación se centre en los atributos físicos de su protegida-. Es una muy buena alumna. Si mal no recuerdo, tiene diez en inglés y nueve en matemáticas.

-¿Te gustan las matemáticas? Ay, qué horror -exclama en voz baja Angélica-. ¡Qué horror! Cuando moza tenía horror a las matemáticas. Recuerdo muy bien que Vicente me quería explicar el Binomio de Newton y yo me enojaba con él porque no entendía nada. Pero vale.

-Al fin y al cabo -pregunta Vicente, ya satisfecho por la anécdota que demostraba su probable inteligencia, pero decidido a descalificar un área que ya no domina o no podía recordar- ¿para qué nos sirvió el Binomio de Newton?

-Venga, para nada, primito. Para nada. ¿Veis lo que os decía? En la vida hay cosas más importantes que jugar con símbolos. Algún día te darás cuenta, Consuelito.

-¿Cómo qué cosas? -pregunta con respeto Consuelo, tratando de no negar la afirmación de Angélica y aprovechando la oportunidad para decir algo porque se siente incómoda en esa posición tímida y silenciosa.

-Como saber cómo se pone una buena mesa para disfrutarla o para agasajar a un cliente importante. Más importante que el Binomio de Newton es saber dónde se hacen las mejores baguettes de París. ¿Conoces París?

-No..., no.

-Ay, mi corazón, tienes que conocer París antes de... -iba a decir «antes de morir» y se detuvo-. Antes de comprender el Binomio de Newton.

Los tres se ríen. Consuelo con menos ganas, aunque se esfuerza por comprender el mensaje de una mujer que conoce el mundo y el lujo. Por un momento le viene a la mente una frese de Abayubá, que ella censuró por disciplina: «las mujeres no dialogan; ellas se cuentan cosas. A ustedes les preocupa más lo que van a decir que lo que pueden escuchar». La mira a Angélica y le da gracias a Dios por permitirle conocer a su verdadera familia. Ahora debe aprender lo que es un Moreno. Deberá aprender a ponerse furiosa por alguna tontería.

-Oye, primita -interrumpe Vicente- te la voy a dejar a Consuelito unos días, para que descanse de tanto estudio en la capital. Para que tome sol y se divierta un poco de noche, que me dicen que Gorlero es una fiesta después del atardecer.

Consuelo piensa que Vicente se irá y Angélica aprovechará el momento para preguntar por su prima Mabel, porque Mabel solía contarle lo amigas que eran, las travesuras que las hicieron famosas en Madrid y en las casas de campo. Y a Consuelo se le cae el alma, le tiemblan las manos y se le va la sangre del rostro. Así que cuando se fue el tío Vicente y se quedó sola con Angélica, fingió que le dolía terriblemente la cabeza.

-Es el vino blanco -dice Angélica-. El vino blanco cuando no es bueno es cabezón, y por aquí no he encontrado vinos buenos. Te recomiendo que subas a tu habitación y te recuestes un poco hasta que se te pase.

Angélica la toma del brazo y la mira con ternura.

-Mi niña, de verdad que eres muy bonita. No exageraba nada el tío Vicente cuando me confesaba que no hay dos niñas tan hermosas en Montevideo. Y creo que se equivocaba, porque yo tampoco vi algo igual en España. Y pensar que sois una Moreno. Qué alegría. Pero, pues, anda pequeña, que os estoy demorando demasiado. Vamos a tu habitación para que descanse.

Consuelo, que no se había sentido del todo mareada hasta el momento, siente que el alma le regresa al cuerpo con un calor agradable que le viene de esas palabras de Angélica. Es una Moreno, como decía Mabel. Ella sabe lo que es vivir.

-Así es, mi niña -dice Angélica, abriendo la puerta-. Allí tienes una pequeña nevera donde encontrarás algún refresco. Ponte cómoda, porque debes estar bien para ir mañana a la playa.

Consuelo se recuesta en la cama y ve por la ventana unas nubes con forma de olas que pasan y dejan el cielo limpio. Siente que por primera vez el calor es un lujo y se sonríe. Mañana irá a la playa con el bikini rojo que se compró en Montevideo. El rojo le quedará bien; a la gente le gusta y la

tía Angélica explotará de orgullo.

El tío Vicente me cuidó hasta que pude hacer facultad. Yo no lo molestaba, porque seguramente él tenía otros apartamentos donde cuidaba otros muchachos sin fortuna pero con buenos músculos. Ese año me puso en el St. Catherine's, para que aprendiera idiomas y me acostumbrara a vestirme bien, para encontrar un día un candidato acomodado en la clase alta, que es lo mismo que hubiera hecho mi madre en su lugar.

De mi madre aprendí que a los hombres no había que amarlos, que eran nuestro sustento o nuestra maldición. Yo tuve un hombre, mejor dicho, un muchacho (Abayubá) que me quiso como yo no pude querer nunca a nadie. Después que abandonó el liceo para trabajar en una barraca, me iba a buscar a la salida del liceo; y cuando me mudé con el tío Vicente, viajaba una hora para esperarme en la puerta del colegio. Se paraba contra un árbol, tímido o vergonzoso, con sus pantalones viejos en medio de los nenes de la clase alta que vivían riéndose de todo el mundo y mucho más de él. Yo salía con mi uniforme de adolescente rica y me lo encontraba ahí, siempre en el mismo lugar, delgado y pálido, un poco encorvado por la timidez. Y no sabía cómo pedirle que no fuera a esperarme más, de forma de que después mis amigas comentaban «¿y ese es tu novio?», como si yo estuviese caliente con algún obrero de la construcción. Yo no lo quería a Abayubá. Hasta me daba vergüenza, pero no podía decirle que no volviera más, ahora que yo era una niña bien, del día para la noche. Empezaba a caminar a mi lado, cada vez con más miedo de tocarme, como si sus manos de peón de barraca fueran a ensuciarme el uniforme escocés del colegio. Era un muchacho noble, sin duda. Su mayor defecto era que me amaba. Y yo no podía quererlo igual. Nunca lo había querido, a pesar de haberle dicho lo contrario varias veces, fingiendo estar muy enamorada. Quería probar, quería querer y no podía. Quería apasionarme y solo sentía indiferencia y compasión por alguien que me amaba de verdad.

En cambio él, intentó hasta lo imposible para retenerme. El trabajo de la barraca lo había logrado disfrazándose de otra persona. Se había vestido y peinado como el señor Gomensoro y su primer gerente hubiera querido que se vistiese y se peinase; había explicado en la primer entrevista con los dueños, con lujo de detalles, por qué quería trabajar en la barraca, con ese espíritu de sacrificio que ya no se encuentra entre la juventud, pensando antes en el progreso de la Empresa para así verse beneficiado en un futuro próximo, aumentando las ventas y la calidad del servicio, poniendo lo que hay que poner, haciendo horas extras si fuera necesario, no por obligación o por el dinero que pudiera sacar, sino pensando en que estamos en el mismo barco y si no salimos todos a flote no sale ninguno, llamándolo después a la casa del señor gerente, realmente preocupado, a las diez de la noche, porque uno de los clientes más importantes, el arquitecto Pintos Mota, le había comunicado su urgente necesidad de contar con esos diez litros de aditivo acelerante para hormigón, mañana a las once horas, momento preciso en que se terminará de colocar las armaduras, siendo que ni en Siba Ltda. ni en Pan S. A. había sido posible encontrar el mencionado compuesto, por lo cual resultaba necesario comunicar directamente al señor gerente de Bolt, ya que usted lo conoce personalmente, el envío urgente del aditivo acelerante a primeras horas de la mañana, descontando, claro está, que él mismo, Abayubá, se encargaría

de ir hasta la planta industrial de Bolt para retirar el pedido y luego llevárselo directamente a la obra del arquitecto Mota, en Rambla República de México, porque el profesional ya comienza a fastidiarse por la incompetencia de los proveedores, por la inestabilidad del tiempo y por la próxima certificación del 15% ante el Ministerio.

Pero Abayubá no tardó mucho tiempo en avergonzarse de este violento cambio de su personalidad y renunció a formar su carácter a gusto y semejanza de los señores gerentes, lo que a la postre terminó con su antes logrado lugar-en-la-sociedad, procediéndose, como corresponde en tales casos, a su marginación espiritual, primero, y física, después. «Mi lugar en la sociedad -decía, mordiendo la cabeza de un lápiz, para escupirla después del otro lado del murete-. Si alguna vez tuve algún lugar en esta sociedad, seguramente debió ser el lugar de un socio sin acciones».

«Sabés que estoy leyendo a Sartre?», me decía, después de uno de sus largos silencios, porque no tenía más nada que decirme o porque quería alejarme de mis nuevas amistades. Y nada mejor que un filósofo bohemio para ayudarlo a reírse de mis amigos de la clase alta. Porque un burgués que lee a Sartre siempre será un lector incompleto de Sartre. Y él sí poseía ese tesoro.

«¿Sartre?», le preguntaba yo, «quién es Sartre?».

Abayubá tartamudeaba, miraba el suelo o la raíz negra de un árbol y decía:

«Tenés que leerlo». Y así se quedaba, sin decir más nada, encorvado, escondiéndose detrás de los lentes con la mirada en el suelo y las manos en los bolsillos. Y otra vez ese silencio que era peor que mi verbosidad. Por supuesto que Abayubá, como todo buen lector de Sartre, no podía dejarse seducir por el psicoanálisis. Él decía que ese monólogo terapéutico no era más que una estafa, que ese tipo de Viena le había hecho tanto bien a la medicina oral como mal le había hecho al resto de la humanidad, embaucándola con costosos monólogos que podían durar veinte o treinta años hasta que el paciente no tenía más remedio que curarse o pegarse un tiro. Por eso decía que hacía tanto bien hablar como callarse, aunque él prefería no abrir la boca, ya que había descubierto que cuando la gente hablaba un poco más de lo necesario, alguien era inevitablemente destruido. Claro que afirmar lo contrario (decía), que la comunicación se basa en el silencio, si bien no era del todo equivocado resultaba una exageración. ¿Pero qué hace una persona cuando habla de más? -se preguntaba, más movido por algún oculto rencor familiar que por un convencimiento teórico-. Por cierto que no resuelve ningún problema. Seguro que si uno escucha murmurar a una persona por más de media hora puede saber que algo terrible ocurrirá; alguien oír algo que no debía haber oído, algo nuevo habrá acontecido en el mundo sin que uno llegue nunca a saber si era verdad o no. En parte los psicoanalistas deben saberlo. De otro modo, no se comprendería que se queden casi todo el tiempo callados mientras su benefactor se desgasta hablando al cuete. Yo lo miraba y me parecía un tonto. O más bien un chico inocente que ignoraba el mundo exterior, y a la mente se me venía la frase de Angélica: «En la vida hay cosas más importantes que jugar con símbolos». Y la prueba de ello era que Abayubá había perdido el trabajo que tenía en la barraca Flores Gomensoro, porque en los ratos libres se escondía en un rincón a leer estupideces. Recuerdo que unos días antes se había aparecido de

lentes y yo le pregunté si no veía bien y él me dijo, un poco sin querer hablar del tema, que en realidad los usaba para descansar la vista, porque no quería que yo pensara que era miope, y porque en realidad no lo era: se había mandado reconstruir los lentes en desuso de un amigo para disfrazarse de intelectual, porque el pobre no podía aspirar a otra riqueza que no sea la del espíritu, y quería que los demás supieran que se había convertido a esa religión atea que consideraba inferiores al resto. Cosa que es la norma en todo el mundo ¿o no? ya que, a su manera, la gente siempre anda buscando acomodarse por encima de los demás, y para eso da lo mismo acumular millones de dólares o vestirse de pobre franciscano al servicio de Dios. Pero a Abayubá sus lentitos no le hacían el efecto esperado sino todo lo contrario: parecía uno de esos hijos que nadie quiere tener. Tenía el pelo demasiado negro y liso, al punto que un día José Menéndez, que era hijo de gallegos pero se confundía con un ario perdido en diferentes emigraciones (y por lo tanto con más derecho sobre mí que el otro), se le rio en la cara y le dijo que nunca había visto un indio con lentes, a lo que Abayubá preguntó si los teutones de Wotan lo usaban con asiduidad.

Jacobsen recuerda a un muchacho, con un pequeño bolso negro cruzado como una carabina al pecho y apoyado en las nalgas, que mira una de las puertas corredizas del supermercado por la que entran y salen los compradores cargados de bolsas de nylon con la inscripción SUPER. Espera pacientemente a Rovira y se distrae en aquel muchacho que observa nervioso a un hombre calvo que lleva dos paquetes en cada mano. Lo sigue con la mirada hasta que el hombre deposita los paquetes en el baúl del auto, al tiempo que advierte que está siendo observado. Cierra el baúl con cuidado, como si no se hubiese dado cuenta de nada, y sube rápidamente al auto. Dos mujeres entienden la escena y se alejan del lugar, pero el muchacho permanece en su posición de espera, nervioso y con su cara de antepasados negros o por lo menos indígenas. Espera, tenso, hasta que finalmente sale otro hombre por la misma puerta. Es un hombre canoso que pasa empujando un carrito lleno de cajas vacías. Entonces el pardito se anima y se le aproxima, primero con decisión y luego casi arrepentido. El hombre del carrito hace que no lo ve, pero el muchacho lo sigue despacio, en silencio.

-Bueno, decime qué querés -lo increpa el viejo.

El muchacho duda, acomoda el bolso y murmura:

-¿Se acuerda de mí?

El viejo lo mira un instante y continúa su marcha.

-¿Por qué habría de acordarme de vos?

-Usted me habría prometido ayer...

-¿Prometido? ¿Qué te había prometido yo?

-Una changa, ¿se acuerda?

-¿Una changa? No, de veras que no me acuerdo. Y haceme el favor que ando ocupado.

El muchacho insiste y lo sigue para donde va el viejo que intenta escaparse empujando el carrito. Choca con otros que están amontonados contra una pared y rezonga algo que Jacobsen no alcanza a descifrar. El muchacho se apresura a ayudarlo, acomodando el carrito que está adelante para que los dos se ensamblen correctamente. El viejo, por un momento, parece débil y se fastidia aún más.

-Dejá quieto eso, que no necesito ayuda.
-Ya lo sé, señor. Pero allá adentro deben precisar gente.
-¿De dónde sacaste eso? Si entra uno y sale otro.
-Pero usted ayer me prometió...
-¡Nada! -grita el viejo-. Yo no te prometí nada.
-Me dijo que viniera mañana, que usted sabía reconocer un muchacho de provincia.
-Te dije que volvieras otro día. No mañana.
-Está bien, señor, no se enoje. Pero yo solo necesito una changa, estoy sin comer.
-Andá a pedirle a tus viejos y no jodas acá.
-Mi viejo no puede.
-Y vos tampoco podés.
-Pero, ¿por qué?
-Porque no servís.

El viejo se escapa y el muchacho lo sigue sin advertir que otras personas lo están mirando.

-¿Por qué no sirvo? -insiste, casi rogando, como si de repente se hubiera dado cuenta de su inutilidad, de su insignificancia y de su insensata pretensión de trabajar en el SUPER.

-¿Por qué no sirvo? -vuelve a preguntar, esta vez esperando una revelación que justifique su mala suerte.

-Porque no servís -concluye el viejo y logra escaparse.

«También estoy leyendo el diario del Che», se animó un día a decirme y yo casi le grité:

«Qué asco!».

No porque me cayera mal el Che Guevara, sino porque había visto en esa confesión una buena excusa para enojarme con él. Pero él no contestaba a mis señales hostiles y después nos despedíamos con un beso cada vez más flácido. Yo sufría porque no lo quería y él sufría por quererme igual. Me daba lástima, pero no amor. Pensé que era algo que podía llegar a aprender con el tiempo, y me equivoqué: solo aprendí a complacer, a mentir. Y a sentir lástima, porque algo bueno tenía que tener.

De Corín Tellado pasé a unos libros pesados (en el doble sentido de la palabra) que me imponía Abayubá, con esa sutileza moral suya y tan propia de los intelectuales comprometidos, que no viven ni dejan vivir, porque si no te imponen su visión del mundo con una revolución, te dejan con el remordimiento de que en el mundo existan pobres mientras el país está en vilo por un partido de fútbol o a las muñequitas nos gustan más los chismes de la farándula que los grandes problemas Universales de la Condición Humana. Así que tras ese gracias a Dios breve pasaje por el teatro de Albert Camus y Tennessee Williams, que para él eran algo así como la eternidad hecha palabra, me dediqué a la compra y consumición de revistas para mi sexo, tipo CARAS o GENTE, que compraba cada siete días. Me daba cuenta de que en la frivolidad también podía haber profundidad y misterio. Creo que tal vez todo dependa de cuánta conciencia insatisfecha una pueda tener de una determinada realidad para calificarla de profunda o misteriosa. Marlon Brando rechazando el Óscar, Cristina Onassis tomando Coca-cola en alguna playa del Mediterráneo, Nadia Comaneci con su mirada de gata, John Travolta con su camisa brillante y sus pantalones ajustados

de mujer, los políticos con lentes de armazones gruesos. Yo quería aprender a ser una de esas mujeres superiores y despreocupadas de la farándula porteña, de esas minas que saben lo que hacen y no les importa que las vean aquí o allá, vistiendo así o asá, con este o aquel hombre: en una palabra, yo quería ser una de esas mujeres que saben vivir, sin pasado y sin futuro. Porque cuando una es joven siempre representa a algún personaje que quisiera ser y todavía no es. Así, todo lo que hace o piensa una tiene que ver con ese personaje, con ese modelo de ser, y entonces la vida tiene algún sentido. Todavía, cuando reviso alguna de esas viejas revistas de espectáculos, me quedo pensando en lo misteriosa que es la belleza efímera, que más misteriosa es la conciencia que el inconsciente, y que más misterio hay en la belleza que en la fealdad, en la alegría que en el dolor. Es más misteriosa la felicidad que el dolor y que la tristeza: el dolor es algo animal, a ras de tierra; la felicidad es una experiencia celeste. ¡Y cuánto de esto puede haber en la frivolidad, cuando se la vive a conciencia! No digo tanto, pero entre esas revistas podía volar, como en otro tiempo volaba con *Las mil y una noches*, en la soledad de mi cuarto de la Ciudad Vieja.

Después me di cuenta que en realidad no había tomado esa costumbre por rebeldía contra Abayubá y su mundillo de pobres iluminados, sino para cultivar mi gusto por los hombres. Pero fue del todo inútil. Creo que debía sentir que no solo la cultura era un reducto de hombres, sino también la bien estudiada frivolidad femenina de las revistas. Pero, con todo, antes de una iluminación de ese tipo, yo quería pasar por la necesaria oscuridad del deseo hacia los machos, aunque sea de esa forma. Y no lo lograba. Incluso llegué a pensar que era media rarita; lesbiana, en una palabra. Y me dejé atormentar un largo tiempo por esa idea, hasta que realmente tuve la oportunidad de tener algo con una compañera del colegio y tampoco me gustó nada. La chica era Dorita García Campos, la misma que ahora está trabajando en Nueva York y que me invitó a compartir su apartamento para escapar de Montevideo. Dorita era muy femenina, por lo menos al grado de no levantar sospecha alguna sobre sus gustos de entrepiernas. Cosa que, estoy segura, la tenía sin cuidado. Ella vivía en Pocitos, con sus padres («con sus padres» es un decir), en un apartamento espacioso y un poco exótico de Guayaquí casi la rambla. La suya era una de esas familias que me hubiera gustado tener: sin preocupaciones económicas, porque no les faltaba el dinero ni se inventaban grandes necesidades, más allá del culto al arte y a la cultura oriental. Y casi nunca estaban en casa. Sobre todo por eso. El padre tocaba el violín en el SODRE y la madre se dedicaba a la danza, único posible inconveniente con el gobierno, ya que si el arte era subversivo, más lo debía ser la danza donde descollaban siempre los rusos. Y como casi nunca estaban en el país, Dorita se tomaba ciertas libertades, como organizar reuniones íntimas de a tres o de a cuatro, para escuchar discos de Lennon y de Cohen y fumar marihuana en la alfombra del living. Tenía toda una defensa teórica de la cannabis, porque, según ella, era menos perjudicial que el tabaco y más espirituosa que el vino. No sé cómo la conseguía ni cómo entraba en contacto, por correspondencia, con un montón de europeos que formaban parte de un club de fumadores de marihuana, como quien forma parte de una organización clandestina por la libertad y la democracia. En aquel apartamento siempre

había olor a incienso en el living y en los dormitorios, curry y ajeno en la cocina, estatuillas africanas hasta en el baño (un shetani o demonio bondadoso de la lluvia de una tribu maconde, tallado en páo preto; el otro opuesto, el shetani de la sequía y del hambre, con las orejas puntiagudas y los hombros esqueléticos), todo tipo de trapo hindú, de capulanas, de campanas budistas que resonaban con solo frotarlas un poco, y las correspondientes fotos de músicos y bailarines conocidos personalmente por los padres de Dorita. Yo nunca los llegué a conocer, aparte de alguna foto en la que aparecían en Broadway, comiendo después de una función. Él tenía bigotes, pelo blanco y también fumaba, aunque hubiese sido difícil, sino imprudente, averiguar si aquello que tenía en la mano era marihuana o un Marlboro sin filtro. De cualquier forma, los imaginaba altos a los dos, tal vez porque Dorita era alta. Ella tenía un cuerpecito frágil y esbelto de bailarina sin entrenamiento, y una sonrisa de Gioconda vergonzosa que la hacía más niña de lo que era realmente. Llevaba siempre el pelo recogido y atado en la nuca con un hueso de rinoceronte, hasta que un día se lo cortó de un saque, sin asco, y le quedó un look de reclusa que espantaba, lo que fue visto de forma sospechosa por las adscriptas del colegio y por los vecinos del edificio que día a día veían decaer el nivel del barrio por culpa de esos bichos, porque son bichitos que no tienen la culpa de que los padres no se encargan de ellos, ¿vio usted? El gobierno nos dejaba llevar el pelo largo, pero no había previsto casos como el suyo: no estaba escrito en ninguna parte que debíamos mantenerlo así. Tal vez porque no se esperaba de nosotras algún gesto revolucionario, ya que no podíamos dejarnos crecer la barba como el Che, ni el pelo tipo Lennon. ¿Estás loca, qué te hiciste en el pelo?, le pregunté sorprendida, cuando me abrió esa noche la puerta. ¿En el pelo?, repitió ella, como si no se hubiese dado cuenta. Nada; solo que ayer me estaba preguntando por qué las mujeres llevamos siempre el pelo largo, mientras a los hombres se los obliga a cortárselo. Entre frase y frase hacía silencio y se ocupaba de alguna cosa, como tirarse en el almohadón rojo del piso a limpiar su pasto seco que guardaba en un papel de aluminio. ¿Y? Y bueno, pensé que... -otro silencio; creí que los fumadores de marihuana tenían algún problema para hablar fluido, pero en realidad el problema era que Dorita se tomaba su tiempo para pensar lo que iba a decir; demasiado- a los hombres no se los deja usar el pelo largo para que no se parezcan a nosotras. ¿Y nosotras? Otro silencio. Ya no me impacientaba esperando las respuestas. Sabía que llegarían tarde o temprano y que no era tiempo lo que me faltaba cada vez que iba a ese apartamento. Así que aprendí a distraerme con otra cosa, mientras esperaba las explicaciones de Dorita. A nosotras nos impusieron el pelo largo para tapar el cuello, ¿entendés? Ni un pomo. Mirá, razón tienen los musulmanes cuando dicen que el cuello es la parte más erótica de las mujeres. Ellos las tapan toda, para no despertar el deseo del macho ajeno. Oí por ahí que los hombres desean los senos de la mujer porque les recuerda su época de lactancia. Bueno, bueno, ¿por qué también no dicen que a ellos les gusta nuestras entrepiernas porque salieron de ahí, donde estaban de lo más felices? ¿Y los huérfanos destetados, qué? ¿Y qué dejan para nosotras esos doctores, que siempre se olvidan de las mujeres en sus teorías? Ya que estamos, ¿no? Digan lo que digan. Una tapa aquello que provoca deseo, para que de esa forma no cunda el caos. Pudor y

Civilización son sinónimos. Ahá... ¿De dónde sacás todo eso? Lo traigo de allí afuera, del 121. ¿Y será verdad, che? -Otro silencio, esta vez no tan largo-. No sé si es verdad, pero funciona, viste. Los nazis decían que una mentira repetida varias veces se convertía en verdad. Yo creo que es verdad toda mentira que funcione, que sea coherente con el resto de las mentiras que conforman nuestro mundo. Solo que un pensador original usa esa coherencia como un australiano usa un bumerang. Pará un poquito, Dorita, pará que hoy tuve un día bastante pesado. La realidad no es otra cosa que una mentira muy bien pensada; las otras son invenciones de segunda clase, incoherentes y contradictorias. Tomá, este lo hice para vos. No tiene semillas como los tuyos. Gracias; un día me va a hacer efecto esta porquería tuya. Y como no voy a necesitar más el hueso de rinoceronte, te lo regalo. Es para el pelo, obviamente. Deberías dejar de teñirte de negro; el azul es más original; iría con tus ojos. ¿En serio? ¿De qué parte del rinoceronte es? Del cuerno de adelante. El de acá no: el de acá. En África matan a los rinocerontes para quitarles el cuerno; dicen que es afrodisíaco. ¿Afro-qué? Afrodisíaco, nena: a-fro-di-sí-a-co, para calentar las hormonas, como la carne de paloma. Pero es siempre para los blancos, porque los negros no lo necesitan, supongo. A los negros les interesa más la carne. La carne del rinoceronte, digo. Lo que no sé es cómo usan el cuerno, si en polvo o así no más, entero.

Yo me dejé seducir por ese ambiente despreocupado de los García Campos y me hice habitué a sus reuniones clandestinas, me acostumbré al no puedo hacer vida sana porque me enfermo, al se debe ser moderado con los venenos, todas frases personalísimas de Dorita, aunque con una pizca de paradójal judía, como aquel a mí inclúyanme afuera, de Goldwin. Entre ella y yo había una relación desapasionada, de forma que nunca la amé ni llegué a enemistarme por desacuerdos. Ni siquiera perdí su amistad cuando una tardecita nos tumbamos en la alfombra a fumar porros y a tocarnos los pechos con los pies primero y con la lengua después. Algo bastante asqueroso, por lo menos para mí. Recuerdo su ropa interior desparramada por el piso y la risa permanente de la marihuana, el olor de los porros encendidos y su voz sorprendida que preguntaba cuándo había perdido la virginidad. Y yo, más bien indiferente que asqueada, le dije que me había violado un tipo que tenía una vara así de grande. ¿No me digas? ¿Y cómo es eso que te lo hagan de a prepo? Después nos quedamos hablando de hombres y de todas las experiencias que ella hubiera querido tener con tipos que conocía y que nunca se había atrevido, a pesar de que era así de liberal, una hippie tardía de los setenta, feminista pero no lesbiana, che, que no es para confundirse. Revisábamos revistas de moda y calculábamos el tamaño del pene de cada tipo según el bultito que se les veía. ¡Bah! -decía ella, pasando las hojas con ansiedad disimulada en indiferencia-, la mayoría de estos modelos se agregan trapos para impresionar, porque aunque hagan fierros para inflar los músculos de arriba, no pueden hacerla crecer a la de abajo levantando pesas, y debe ser por eso que no me calientan del todo los tipos que van a mostrar sus lomos de ropero a la playa, porque la desproporción entre lo que tienen de más y lo que siguen teniendo de menos, aumenta. Cosa que les incomoda cuando salen del agua y el short se les pega al bultito, y por eso hacen toda una ceremonia previa de despegue.

No eran malos tiempos. También recuerdo que íbamos al cine y a la salida entrábamos en alguna librería de 18 para robar. Como no nos interesaban los libros sino la sola hazaña de hacer algún daño (que a mí se me ocurría también como otro de los ocultos juegos sexuales de Dorita), nos traíamos algún manual inútil sobre hormigas o un hermoso libro para colorear que luego terminábamos tirando a la basura por Constituyente o por 21 de Setiembre, ya que no teníamos pendejos conocidos para regalárselos y era preferible eliminar las huellas del delito. Nunca nos pescaron in fraganti, lo que significó, en el fondo, una forma de frustración para Dorita. Estoy segura que alguna vez hizo lo posible para que nos descubriesen, pero los empleados nunca se atrevieron a sospechar de dos nenas de la clase alta, sin dudas grandes clientas en el futuro, como esas señoras bien que se gastan un sueldo de obrero en un libro con ilustraciones de Punta del Este, donde pueden reconocer los jardines floridos de sus propias casas o de alguna conocida del ambiente high, o en alguna edición de lujo del Martín Fierro.

Entra mirando con ojos inquietos y tarda en ubicarlo, hasta que su mirada se posa un segundo largo como de fotografía, como si sus pupilas, venidas del sol intenso de la tarde, aún no terminasen de dilatarse lo suficiente para poder verlo en la oscuridad, sentado del otro lado de una mesa muy larga, como de fiesta, pero sin vasos ni manteles ni risas ni nada.

Jacobsen espera resignado a que termine de descubrirlo y se le acerque. Siente frío, pero no es por la visita de Augusta sino porque está mal abrigado. Por una ventana estrecha contra el techo corre un aire frío de marzo, y por la puerta de enfrente ella que se acerca con una cajita azul y su sonrisa que aún no sabe lo que expresa.

-Señor -dice la empleada-, usted está muy desabrigado. No puede estar así. La semana que viene le traigo ropa de invierno, que se la dejó toda en el ropero. Solo espero que no haiga tanto frío como el de hoy. ¿Vio que se vino de repente el invierno? Tiempo loco...

Jacobsen asiente con la cabeza y piensa que Augusta es más inteligente de lo que parece, que en realidad había sido un desperdicio tenerla lavando pisos en su casa. Ni siquiera le había preguntado por qué estaba preso y qué pensaba hacer. Sería una buena novelista.

-Es lo único que me han dejado pasar -dice Augusta, al tiempo que lo mira abrir el paquete, ansiosa por ver su cara cuando vea los alfajores-. Los hice yo misma.

-Gracias, Augusta... De verdad, gracias. Adivino que están buenos.

Ella espera el momento en que Jacobsen pruebe uno, entre curiosa y obligándose a no mirarlo comer con esas manos temblorosas de héroe derrotado.

-Sí, están buenos... Con la manía de comprar comida hecha afuera, nunca le di la oportunidad de usar la cocina.

-Yo le hacía café todas las mañanas.

-Pero podía haber hecho alfajores, también.

-¡No solo alfajores! Sin ir más lejos, hoy le traje una pascualina y un pastel de jamón, y me lo quitaron a la entrada nomás. Dicen que no traiga cosas tan grandes, dicen.

-Bueno, disfrútelas usted por mí.

-Ya no se puede. Se las dejé a las que me manoseaban. Siempre es mejor

quedar bien con esa gente.

-Usted es muy práctica.

-Y realista, como toda buena mujer.

-¿Por qué lo dice?

-Los hombres solemos morir estúpidamente con nuestros principios. Por los principios no llegamos nunca al final.

Jacobsen se sonríe sin mostrar los dientes; agacha la cabeza y elige otro alfajor. «Generalmente -reflexiona, aunque no termina de formularse totalmente-, uno piensa mejor de lo que actúa». Toma uno y lo estudia con cuidado: en el borde tiene coco rallado pegado al dulce de leche. Imagina los dedos de Augusta tomando el alfajor como una ruedita para hacerlo rodar sobre un campo nevado de coco rallado.

-Con todo, no estoy segura de haber hecho bien. Ahora que lo pienso, hubiera sido mejor quedarme con el pastel de jamón y llevármelo a casa para compartirlo con Voltaire.

-Voltaire... -dice Jacobsen, con un repentino gesto de ternura olvidada-.

¿Cómo está Voltaire?

-Oh, señor, muy bien. Cuando llegué el viernes pasado me estaba esperando en la puerta. Y después, cuando entré, no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Ayer, se pasó toda la tarde sentado en el pasaplato, mirándome preparar el pastel y la pasucalina, y eso que nunca lo dejé subirse ahí arriba.

Pero como estaba tan solo, el pobre, me dio pena y no le dije nada. Hasta le di todas las puntas de jamón y de queso que fueron sobrando.

Finalmente, Jacobsen termina por darse cuenta: Augusta no solo es joven e inteligente; también es bonita (no lo había notado antes) y se ha arreglado especialmente para ir a verlo. Se ha peinado el pelo, negro y espeso, de forma que le sube por la nuca un remolino cónico y dos delgados mechones le bajan por las sienas. Hay algo de maquillaje en sus mejillas y un casi imperceptible brillo de pintura en los labios que apenas dejan ver el rostro avergonzado y silencioso de la muchacha de Río Cuarto. De repente se siente incómodo pensando que Augusta se había enamorado mucho antes de que él se diera cuenta, y ahora venía a probárselo. Luego, en su celda, Jacobsen pensará que la gente cuando se enamora no se da cuenta de lo que hace y toma todas las medidas para emprender ese largo viaje sin regreso a la felicidad y al dolor, ya que de ninguna forma puede evitarlo. Y por ese camino comenzaba a entrar Augusta, soñando fantasías sobre él, tal vez admirándolo por lo que él mismo se despreciaba.

Entonces baja los ojos y busca otro alfajor, porque en ese silencio de los dos había dejado escuchar su pensamiento y había visto sus ojos negros fijos en los de él.

-Usted no está comiendo bien aquí -le dice ella-; está más flaco, más...

-No es la comida -la interrumpe, deseando que la entrevista termine de una buena vez. Y cuando Augusta se va, con sus tareas por hacer y sus visitas por volver, Jacobsen murmura para adentro: «Pobre Augusta».

Cuando Abayubá comenzó a darse cuenta de que me incomodaba, supo que yo lo dejaría. Entonces quiso saber cómo era hacerme el amor. Me lo pidió por primera vez, sin romanticismo y sin nervios. Y como yo sabía que de alguna forma era una forma de despedida, le dije que me llevara a un hotel con vista al mar. No sé por qué agregué esa condición panorámica, más razonada que sentida. Tal vez pensaba que una mujer que no fuera indiferente a un

momento como ese debía poner alguna condición inútil. Abayubá dijo, está bien, sí, ya veré dónde consigo algo así, tan triste que me dio ganas de llorar. No por mi indiferencia sino por su noble resignación, ya que sabía que me tendría ese día y nunca más. No lo vi sonreír, nunca. Estaba triste. Una noche me llamó para decirme que tenía el hotel que le había pedido. Había reservado una habitación con vista al mar, en Piriápolis, porque Piriápolis le sonaba a irreal, a ciudad concebida en una borrachera, a algo que comienza o termina en una catástrofe. Y así fue para él.

Atardece y el sol se hunde en el mar. Ya no queda nada para ver ni para recordar: la experiencia del atardecer no ha sido la mejor. Abayubá la invita a tomar algo en un bar que está unas cuadras arriba de la playa. Se sientan en un rincón donde hay plantas y se puede ver para afuera, pero el bar no es lo suficientemente grande como para no escuchar el diálogo que mantienen dos hombres acodados en el mostrador con tres más sentados en una mesa próxima.

-Este no es el mejor lugar -dice Abayubá, mirando a su alrededor, incómodo.

-¿Mejor para qué? -pregunta Consuelo, llamando al mozo.

-Para conversar, claro. No me gusta. No sé, hay demasiado ruido aquí.

-No, está bien -insiste Consuelo-. Además la caminata de la tarde me dejó cansada y prefiero quedarme aquí, sentada. ¿Qué vas a tomar?

-Elegí vos -dice Abayubá.

-Yo voy a tomar una cerveza, pero vos pedí lo que te guste.

-Está bien, una cerveza -le pide Abayubá al mozo que pregunta si quieren algo más- no -y luego se retira.

-Lo pasado, pasado -dice uno de los hombres que está acodado en el mostrador y alguien le contesta que hay que aprender de la historia.

-¿De qué historia me vas a hablar a mí? Mirá -dice uno de los que está sentado, sacándose la gorra vasca-, mirá estas canas. Sesenta y dos pirulos. Si habré visto yo jugadores como Arturito, que en los momentos decisivos aflojan y echan todo a perder.

-Vos sabés, Consuelo, que no he estado muy bien en los últimas semanas.

-Lo sé.

-Vos tampoco. Y por eso te pido perdón, si en algún momento me comporté con impaciencia. A veces soy un poco duro y no me doy cuenta -dice, y hace un gesto que pretende ser una sonrisa.

Consuelo no responde. Mira por la ventana el atardecer que a esa altura del año comienza a persistir, mientras que las luces de la ciudad aún no se encienden, ahorrar energía, prolongando de ese modo un estado de media luz que la impacienta. Se siente sola.

-Yo tengo la culpa de que a veces no nos entendamos como antes -insiste Abayubá, controlando un posible temblor que le impide beber su cerveza.

-No, Abayubá, vos no tenés la culpa de nada -le dice Consuelo, mirándolo por un momento a los ojos-. Las cosas se han ido dando así.

-Pero yo se que van a cambiar.

-No lo sé.

-¿Por qué tantas dudas? ¿Qué es lo que no sabés?

-Perdoname, pero el Beto Aguirre no es lo mismo que el Pato. ¡Es otra clase de jugador! Lo que pasa es que lo tienen en la punta izquierda,

cuando todo el mundo sabe lo que puede rendir de volante central.

-Bueno, muchachos, empezamos a decir tonterías. ¿Cuántos partidos jugó el Beto de volante central? ¿Cuántos!

-Está bien...

-¡Un partido!

-No, pará, dejame que te diga...

-Un partido contra Defensor y lo mejor que hizo fue...

-Contra Danubio, fue contra Danubio en la Primera Rueda que casi lo lesionan y el juez no dijo nada.

-Pará, te digo que pará si no...

-No es que «se fueron dando» -dice Abayubá, evitando levantar la voz pero sintiendo que Consuelo no lo escucha o no lo entiende-. Te digo que la culpa la tengo yo, porque cuando entraste en ese colegio a mí me empezaron a carcomer los celos.

-¿Celos? ¿Celos de qué? -lo increpa Consuelo.

-Sí, ya sé que no tenía razones para estar celoso... Pero, bueno, esas cosas se sienten y punto. Te imaginaba conversando con todos esos pintas bien vestidos y con estilo -reconoce Abayubá, buscando inútilmente mejorar la situación. Y ahora que lo dice, se da cuenta de que es verdad: ha vivido acosado por los celos, no siempre injustificados, como cuando iban por la calle o entraban a un bar y los hombres la miraban a ella, descaradamente, y él comenzaba a pensar que un día se agarraría a las trompadas con alguno de esos imbéciles. O se daría vuelta y, con la navaja que siempre llevaba en el bolsillo del vaquero, le pediría que repitiera eso que había dicho al pasar. Ahora, sin embargo, en ese bar de Piriápolis, no ocurría nada de eso. No porque los hombres del interior sean mucho más respetuosos que los patoteros de la Capital, sino porque estaba a punto de comenzar un partido de fútbol en el televisor que colgaba sobre la puerta de entrada, y Abayubá sabía muy bien que en este país de hombres cultos solo las piernas de un jugador de fútbol son más interesantes que las piernas de una mujer ajena. Así que era en esos momentos, cuando en el estadio se pateaba la de cuero y en las vidrieras de las tiendas y en los bares se amontonaban los hombres, nerviosos y profundamente críticos, cuando las mujeres podían caminar tranquilas por la ciudad, a salvo de la baba de sus amantes verbales, que siempre salpica cuando abren la boca para ejercer sus derechos.

-Pensabas que debían impresionarme -dice Consuelo, mirando por la ventana la calle vacía.

-No...

-No pero sí. Tenés que saber que no me impresiona ninguno de toda esa manada de imbéciles. No le busqué la quinta pata al gato.

-El que se tiene que ir es el técnico y no el Beto.

-¡No digas estupideces! ¿Por qué creés que estamos en las semifinales?

-Por el Beto, por qué más.

-¡Por Olarticoechea! Porque ese sí que tiene bien puestos los pantalones en Nacional. A ese te aseguro que no le va a temblar la mano si tiene que sacarlo al Beto o ponerlo de lateral izquierdo. A las estrellas hay que sacarlas y mandarlas al banco de suplentes.

-Perdoname, Abayubá, pero no me siento bien.

-¿Qué es lo que te pasa, Consuelo?

-No lo sé.

-¿Todavía me querés?

-Te digo que no lo sé. No hagas ese tipo de preguntas cuando no me siento bien, por favor, Abayubá.

Abayubá se arriesga a tener una respuesta grave:

-¿Hay otro muchacho? Podés decírmelo, sin problemas.

-¡No! -dice Consuelo, al límite de sus nervios-. ¿Por qué tiene que haber alguien más? Por favor, hablemos de otra cosa.

-Con estrellas como esas salimos campeones en el 70. ¿O te pensás que es el técnico el que entra a hacer los goles en un partido?

-Este se cree que se las sabe todas -grita el hombre canoso y se levanta.

-Y eso que todavía no tengo sesenta y dos pirulos ni peino canas.

-Lo que sos es un mocoso -le dice el hombre canoso, casi respirándole las palabras en la cara-, eso es lo que sos. Porque cuando ganás endás chichoneando y cuando perdés le echás la culpa a juez que estaba vendido. Nunca supiste perder, cagón.

-Tu madre -le grita el de la copa de caña y lo empuja. El hombre de las canas se balancea pesado sobre la mesa donde antes estaba sentado y cae al piso. Alguien le responde al agresor con un puñetazo en la oreja y comienzan a romperse copas.

Recorrimos el balneario hasta que oscureció y me dijo que ya era suficiente. Me compró flores y no supe sentir si ese momento era ridículo o era genial. Pagó la cena y todos los gastos, como si al otro día no fuera a necesitar un solo peso. Descubrió que yo no era virgen y ahora pienso que eso debió dolerle una barbaridad. No porque fuera un puritano (un lector de Sartre no se ofende por esas cosas), sino porque yo le había jurado una y mil veces que nunca había amado a nadie.

Hicieron el amor varias veces
Y en alguna casi le gustó
Lo dejó a las diez de la mañana
Meditando en sus palabras de amor
Y al día siguiente supo
Que se había ahogado en el mar

Acomodado en el cajón, como un faraón egipcio, su rostro pálido de muerto ya no es su rostro. La gente lo mira de reojo y no alcanza a ver el rostro de Abayubá; es solo la imagen de su fantasma, una especie de copia mediocre del verdadero rostro de Abayubá, hecha por un pésimo artista (reflexión que apenas se asomaba en el umbral de la conciencia de Consuelo, mostrándole la diferencia entre el arte profundo y la copia vulgar de eso que llamamos realidad). Más que dolor o ternura, el rostro de Abayubá refleja cierto asco que obliga a la gente a volver la mirada hacia los otros rostros que todavía están vivos. Las miradas casi no se detienen en su nariz blanca de muerto. Y cuando lo hacen, lo hacen más atraídos por una suerte de curiosidad morbosa que por el cariño a esa cosa que ya no es Abayubá. Es decir, que casi no hubieron lágrimas durante las horas en que el cansancio no dejó recordar al verdadero Abayubá y solo ofrecía a los ojos ese rostro de plástico. Pero cuando a las nueve y media

de la mañana llegaron los empleados de la empresa fúnebre y le pusieron la tapa y luego comenzaron a moverlo de ahí hasta el Último Remise, la madre, el hermano y hasta su padrastro comenzaron recién a sentir ese dolor que no había aparecido tan fuerte en toda la noche, la verdadera conciencia de lo que había ocurrido. Era como si el cajón cerrado hubiese terminado con aquella falsa imagen que no se parecía a Abayubá, y de golpe comenzara a portarlo dentro de su interior invisible, por primera vez, lo que dejaba a las claras todo lo superior que puede ser un símbolo al lado de la realidad visible. Ahora el ataúd cargaba el nombre Abayubá, su memoria. Sí, aquello que no se veía era el verdadero Abayubá que iba siendo cargado por su madre y su hermano, uno de cada lado y detrás de otros cuatro hombres más fuertes que también se tambaleaban a paso lento. Se toma las manos detrás de la espalda y camina mirando al suelo. Un río lento de gente como lava recorre el cementerio detrás del muerto. Son esos pasos aún vivos que van como si no quisieran que marchara solo. Consuelo no piensa en nada de esto; solo sigue esos pasos que se repiten en las primeras sombras de una tarde muy fría. Los talones de una mujer vieja se demoran hasta que aparecen a pocos centímetros unos pantalones negros con rayas grises. Más abajo van unos zapatos que adivina lustrosos pero que apenas brillan en las sombras difusas que proyectan los cuerpos amontonados, un día húmedo de invierno. Mientras camina mira sus propios pies que aparecen y desaparecen, casi arrastrándose, inseguros y demorados por la cantidad de gente y por el muerto que tampoco puede ir más rápido. Los zapatos y los pantalones se repiten y luego cambian. Siguen avanzando hacia alguna parte. No hay voces, ya no hay gemidos ni hay estornudos ni toses de invierno. Los zapatos hacen un ruido humilde pero persistente, por momentos ensordecedor cuando entran por un pavimento de piedras gastadas. Después cruzan una callecita de hormigón y después un corredor negro de asfalto. Pasan unos zapatos marrones con arcilla roja en el borde de los talones. Antes de entrar a su casa los limpiará con cuidado, piensa Consuelo mientras los zapatos con arcilla se colocan justo delante de ella y comienzan a titubear un instante. Cuatro o seis piernas más adelante procuran desviar un obstáculo. Mira sin cuidado los restos de arcilla roja y reconoce en esos zapatos al padre de Abayubá, que es albañil. Seguramente se limpiará con cuidado antes de entrar de nuevo. Y el obstáculo aparece de repente: es un enorme jarrón de piedra, con flores talladas en la cara cóncava donde Consuelo imagina un líquido oscuro que puede ser vino o puede ser sangre. Aunque lo había visto un segundo antes, Consuelo tropieza con él y luego lo desvía. Otros hacen lo mismo más atrás. Mira por primera vez para atrás: un hombre y una mujer vienen caminando tomados del brazo y chocan con el jarrón. El hombre se inclina sobre una pierna de ella para ver que no se ha golpeado. La pierna de la mujer se levanta un poco y una mano acaricia la parte más dolorida. El camino continúa, pero ahora el sol es más débil y las nubes son más espesas y los pasos comienzan a perderse en una superficie negra que no es tan despareja pero que hace tambalear los cuerpos vivos sobre las piernas. Consuelo no siente pena ni mucho menos alegría. Sigue mirando y camina. Los pies que van adelante arrastran de golpe, como si le hubieran subido un poco el nivel del piso, como si el que camina hubiese esperado un escalón y se hubiese encontrado con la misma superficie lisa del asfalto.

Un clavel casi seco pasa por debajo. Tiene todo el aspecto de haber sido pisoteado varias veces, pero Consuelo evita pisarlo. Cambia de paso. Enfrente ya no ve a la mujer que parecía su madre. ¿De qué lado irá caminando ahora? Tal vez se ha retrasado un poco. Ahora que lo recuerda, la mujer se quedó atrás cuando tropezaron con el jarrón de piedra. A un costado camina una mujer con tacos altos, seguramente es Natalia, la telefonista de la barraca, porque su voz es como sus piernas, joven y sensual. Tiene una pollera muy corta y medias color piel. Consuelo levanta un poco la vista y le ve la punta de los pelos que le llegan hasta los hombros. Es castaño. No mira de nuevo, pero le pareció que llevaba lentes negros. Los pasos atraviesan el centro de algo, tal vez el centro del cementerio, porque hay un círculo rodeado de baldosas blancas y negras. Sin cambiar de rumbo, camina en diagonal, como un alfil, y después se detiene para evitar chocar con una mujer anciana que ya no puede seguir caminando. Es la abuela de Abayubá. Está cansada y procura salirse de la fila para sentarse en algún lugar. Avanza cuatro casillas más y comprende que ya ha pasado el centro, porque nuevamente los zapatos entran en una superficie oscura, ahora más oscura pero que no está tan desapareja como para dar tantos pasos distintos, inseguros, cautelosos.

Cuando leas estas palabras, mi amor, ya no estaré en este mundo. Quién sabe qué estaré haciendo ahora, en qué pensaré cuando mire desde tan alto, sin vértigo de caerme otra vez, como un idiota hindú, y mire eso que pasó al lado mío, como un perro con traje o un elefante con patines. Ese momento confuso y fugaz que es la vida (como te gustaba repetir, de no sé qué escritor) del cual depende toda la Eternidad. Aunque tal vez en mi nueva vida Dios me confiera esa gota extra de comprensión que me estuvo faltando siempre en mi pasado destino de reptil devenido hombre. No pienses que soy cruel o que estoy jugando otra vez con la ironía. Todavía soy un ser humano y también necesito descargar mis angustias, o mi rencor, antes del Último Viaje. Miro por la ventana del hotel, otra vez sentado en la cómoda del espejo, después que la house keeper me golpeará la puerta para hacer la limpieza (que en realidad fue una advertencia por haberme pasado en el horario del check out), y todavía no sé si realmente emprenderé el tan ansiado tour o me demoraré unas horas escribiéndote o escribiéndome a mí mismo, a ese que abandonaré en algunas horas; todavía no sé si tendré tiempo de pasar por el correo para dejar esta carta con tu dirección, o si la arrojaré en pedacitos al water. Mientras tanto, sigo experimentando, sin entusiasmo, esa vocación de escritor que tenemos todos los come libros. Yo creo que hasta hubiese llegado a ser feliz leyendo y escribiendo toda la vida. Pero ¿cómo puede ser escritor un tipo que trabaja nueve horas descargando bolsas de pórtland? Estoy seguro que aunque fuera tan bueno como Hemingway no podría dedicarme a eso. Al menos que se me cayera un fierro en la cabeza y quedase medio tarado, porque en nuestro país, como en cualquier país medianamente solidario, se le otorgan pensiones de por vida a toda persona que demuestre deficiencias mentales; a los artistas y a los científicos que demuestren lo contrario se los condena a la miseria o al trabajo bruto.

Tal vez me estoy sintiendo Gauguin, tratando de darle una forma romántica a mi proyectada muerte. ¿Sabías que también Borges calculó su muerte en un hotel, como su amado poeta, y se llevó una espantosa novela policial para

no flaquear en su intento? Claro que el viejo burgués todavía sigue vivo, tal vez porque no pudo dejar de leer aquel libro tan malo y se le pasó la hora del tren. En realidad yo nunca le creí una palabra a Borges. Es decir, que fui uno de sus lectores ideales... Sin embargo, no es por eso que me demoro escribiéndote ahora.

Esta mañana, cuando supe que lo haría, lo primero que pensé fue en vos. Otras veces me había pasado lo mismo, solo que ahora imaginar tu rostro cruzado de lágrimas ya no me detiene. ¡Lo que no quiere decir que ya no me importe! Solo que no me detienes más; es inútil seguir intentándolo. Pero tampoco quiero que seas más desgraciada de lo que has sido hasta ahora. Eres demasiado joven y demasiado hermosa. Y ahora hasta eres rica. Tarde o temprano reconstruirás tu vida (caramba, esto lo estoy escribiendo yo, ¡precisamente yo! Pero ahora no tengo tiempo para pensar mejor las palabras). Quiero decir, carajo, que me reventaría que perdieras más de un día llorando por mí. No es necesario. Ni sería justo. Vos no tenés la culpa de que me haya tocado en suerte este mundo de mierda. Entonces, te pido, te exijo, que me olvides. Nuestra relación ya estaba terminada; eso no significa que me hayas dejado de querer: todavía siento que me querías, pero fantasmas oscuros y desconocidos te fueron alejando, te fueron perdiendo en una tristeza indescifrable. Mi tristeza, en cambio, no era una tristeza de mujer; era una tristeza de hombre, sin vueltas, sin misterios, sin no sé por qué, sin lágrimas de repente: yo sabía lo que me hacía desgraciado (todo, o casi todo, digamos), pero no podía cambiarlo: eran mis padres, mi pobre madre con su optimismo de mujer sin más posibilidades, el profesor de Moral, el negro Alonso, Silvana la tetona, mi patrón y mis compañeros de la barraca, las noches en un calabozo por tomar cerveza en el puerto, mis años perdidos en el liceo y la puta madre. Y no me olvido de este pequeño país, hecho de mentira tras mentira, ahora llevadas al último de sus extremos, de forma que estoy seguro de que ya en nada ni en nadie hubiera podido confiar de seguir viviendo. Seguramente los tupamaros y los milicos, que se odiaron de grande y a lo grande, terminarán cerrando sus heridas antes de morir; tal vez hasta terminen abrazándose en el parlamento o en alguna Comisión del Olvido o de Reconstrucción Nacional, justificándose con discursos de buen corte cristiano. Pero nosotros, yo por lo menos, fuimos engañados desde la infancia y luego lo supimos; nuestra impronta está marcada con el rencor y la desconfianza, lo que quiere decir que este país necesitará por lo menos medio siglo para superar sus verdaderos traumas nacionales, que sería el tiempo necesario para que nuestra generación se reúna naturalmente en los cementerios, para continuar su silencio. Como te decía, mi tristeza no era una tristeza de mujer. Yo no necesitaba un psicólogo; necesitaba un fusil. Resumiendo, lo que te quiero decir es que un día encontrarás a un hombre bueno que te quiera y que te cuide como yo quise hacerlo y no pude. Olvidarás esa idea caprichosa de que dos almas que se amaron profundamente volverán un día a encontrarse en la Eternidad. Yo, por lo menos, si creo en el amor, no creo en el alma ni en la eternidad. Tal vez nunca supiste expresar muy bien esa idea tuya, que a mí siempre me sonó a romanticismo de bolero. Y si la eternidad y las almas existen, y si es cierto que al morir vuelven a donde querían estar, juntos, yo te puedo decir que ya tengo mi parte contigo. No me traicionarás ni me dejarás solo el día que

te vuelvas a enamorar y le digas a ese hombre, a ese hombre, que lo amas y que no podrías vivir sin él, como me lo dijiste alguna vez a mí. Nada de eso. Decíselo y punto. Yo sé que no necesitas de mi permiso para eso; tarde o temprano terminarás por olvidarme y yo seré apenas otro fantasma en tu vida, aunque el más pequeño e inofensivo de todos tus fantasmas. Pero cuanto antes mejor. ¿Para qué perder tiempo si uno ha elegido vivir? Uno se prepara toda a vida para vivir y cuando está listo ya es tiempo de morir. Por eso yo nunca hubiera sido capaz de ser doctor en algo, como mi hermano Hugo.

Yo no quería enamorarme, pero no pude evitarlo. No puedo llamar a eso libertad, como un alcohólico que disfruta del vino no puede decir que es libre cuando bebe. Entonces, ¿qué salida tiene? ¿Dejar de beber? Difícil. Al borracho no le queda otra que seguir bebiendo de su placer hasta morir. Yo también apuré mi botella hasta el fondo cuando vi que no quedaba mucho. Y ahora, cuando ya no queda más nada, ¿qué se supone que debo hacer?

Consuelo se mira al espejo
Pensando que está por llorar
Pero una risa horrible le asoma en la boca
Y comienza a sentirse re-mal.

La vida es demasiado terrible como para que encima no queramos vivirla. Ese Abayubá, que yo pensaba que me quería en serio, terminó matándose dos veces. Digo dos veces porque se intoxicó con hachís y alcohol, como hicieron los suicidas sumerios que quisieron acompañar a la reina Shub-Ad, y se dejó dormir en unas piedras de Punta del Diablo, hasta que subió la marea y se lo llevó, todavía vivo pero en el mejor de los sueños. Hermoso paisaje eligió el muy canalla. Un romántico de pura cepa, lástima la carta de reproche que se supone haría su muerte más romántica y mi dolor más profundo. Se mató por mí, aunque en la carta dijera lo contrario. Se mató por mi desamor y, que de paso, por una lista de otras razones históricas y nacionales. Pero bueno, ninguna de esas eran razones suficientes para matarse. Si fuera así el mundo no tendría el problema de sobrepoblación que tiene ahora, porque sospecho que la mayoría de la gente se enamora y, tarde o temprano, tiene un disgusto. Sería injusto culparme por eso, y para lo único que serviría sería para hacer efectiva la maldición de Paquita, la manchega. No, querida abuelita, no me culpo por la muerte de Abayubá. Tendrás que seguir tratando, no sé si desde España o desde abajo de Castilla.

Consuelo se recuesta e inclina la cabeza hacia atrás. Mira el cielo y, levantando una voz ya cansada, canta:

Mañana me voy a Palma
Con mi tía Mariquita
La que me compró un vestido
De la seda más bonita

Luego continúa su canción infantil en voz baja, mientras peina con más

fuerza el mamut hasta arrancarle un mechón de pelos de un costado del lomo.

¿Enamorada? -repite Consuelo, como queriendo responder a una acusación. Luego, trata de recordar-: No sé, yo creo que una vez sí estuve enamorada. O era algo muy parecido. Me enamoré o simplemente admiré demasiado al padre Roberto.

Iba a terminar allí. ¿Enamorada de un cura? Podía no continuar, pero no estaba dispuesta a sentir vergüenza ante ninguna persona; antes que pudor, Consuelo sentía orgullo de su desprejuicio.

Lo conocí el día que fue al colegio a dar una charla sobre los valores prácticos y espirituales del cristianismo. Quedé alucinada con su estilo. Era joven y muy inteligente, todo lo contrario de lo que yo pensaba en un sacerdote. Me gustó desde el primer día que lo vi y no tuve miedo de acercarme a él porque me tranquilizaba la sola idea de que fuera un sacerdote, una especie de alma pura, de encantador encucos, abnegado colaborador de los pobres y confesor de confianza.

Cuando terminó su charla aquel sábado, pasó a su tema favorito: los aspectos prácticos de la fe. Pidió nuevos voluntarios para su comunidad de los hermanos Dominicos y yo me ofrecí, después de que dos compañeros de clase levantaran la mano (para no dejar en evidencia mi interés). Desde entonces, todos los sábados de tarde comenzamos a ir a su casa del Prado. Nos sentábamos a una mesa redonda o sobre la alfombra del living y lo escuchábamos con religiosa atención, durante horas, hasta que oscurecía y nos invitaba con sidra, dátiles secos y pasas de higo. En un ropero antiguo, rústico como hecho a golpes de hacha, guardaba una colección de los sabores que pudieron experimentar aquellos hebreos, fieles e infieles del año treinta; y que eran también, decía, los mismos sabores que se podían encontrar en la Ciudad Vieja de Jerusalén, en alguna tienda encapotada de algún musulmán, cerca de la vía dolorosa que lleva al Gólgota o al Monte de los Olivos. Era brillante, debo reconocerlo: era doctor en teología y había estado en Jerusalén; se sabía de memoria todos los Evangelios y un centenar de versos paganos en un latín incomprensible para mí y que luego traducía al español.

Y así, poquito a poco, me fui enamorando del padre Roberto. O como te digo, solo era admiración. Yo no faltaba ni un solo sábado a sus reuniones y él me recibía con una sonrisa cómplice: «aquí llegó mi favorita, temprano como siempre...».

Con el tiempo dejé de llamarlo «padre Roberto»; era solo «Roberto», el que no usaba túnica y bebía sidra, codo a codo conmigo en una mesa que estaba junto a un vitreux antiguo, como de iglesia gótica, mientras simulábamos leer una canción medieval, aquella canción que luego fue Carmina Burana (¿o era Tristan und Isolde?) Para él yo también había dejado de ser la hermana Moreno para ser Consuelo primero y Consuelito después, cuando aún no habían llegado o ya se habían ido aquellos ridículos voluntarios que nunca tenían muy claro qué estaban haciendo allí, hablando de Dios todo el tiempo como si se tratara de otra materia que debían salvar en el colegio. Incluso, uno de ellos llevaba con mucha paciencia un cuaderno donde tomaba nota de casi todo lo que decía Roberto.

Una vez le comenté que había oído que en Inglaterra un sacerdote se había casado con una mujer, y él enseguida agregó: «en fin, si es con una

mujer...».

-¿Por qué los curas no pueden casarse, entonces?

-No es que no puedan -contestó él-. No nos casamos para no distraer nuestra atención que debe estar concentrada en servir a Dios y a nuestros semejantes.

La respuesta me hacía recordar a los masones cuando dicen que su religión no es secreta. «No, la masonería no es secreta (dicen); lo que pasa es que sus miembros son discretos, nada más». Obviamente, la respuesta era fácil de rebatir, pero a mí no me interesaba razonar; yo solo quería que me dijera que no había nada de malo en que un sacerdote sintiera algo por una mujer.

-En realidad -agregó después-, en ninguna parte de la Biblia dice que no nos podemos casar... Pero es mejor hacer votos de castidad.

-¿La castidad purifica el alma, padre?

-Sí, claro que sí, Consuelito, la purifica... y a veces la enferma -decía y se quedaba pensativo, mirando el vitreaux que a esa hora apenas filtraba el sol.

Yo aprovechaba para mirar su frente, armoniosa y pálida; y sus labios, dibujados con delicadeza por la mano del Señor. Era divino: un hombre que me gustaba y que no estaba interesada en mi sexo. Luego dejaba de mirar los vidrios de colores y se volvía hacia mí y me descubría admirándolo. Entonces se sonreía y me acariciaba la cabeza, casi como a una niña.

-No hay nada de malo en que un hombre y una mujer se gusten -decía, ahora más racional y distante-. Dios los hizo así. Lo que no debemos aceptar es ir contra la naturaleza. Un día te voy a contar cómo un seminarista que conocí en la Iglesia del Sagrado Sepulcro, en Jerusalén, quiso seducirme invitándome a tomar café en el altillo en el que vivía.

Yo no sabía si «ir contra la naturaleza» era la homosexualidad del seminarista o la castidad de los sacerdotes. Para el padre Roberto, la homosexualidad era contra natura. Creo que odiaba a los maricas y a las lesbianas, aunque en la naturaleza es más común la homosexualidad que la castidad. ¿Algún día usted vio a un perrito que, estando sano, se haya abstenido de tener sexo por su propia voluntad? Y sin embargo, cualquier chacrero sabe que entre su ganado siempre hay alguno rarito. Como decía Dorita, nuestro mundo está hecho de mentiras fundamentales; como por ejemplo llamar enfermedad a la homosexualidad. En el mejor de los casos. Para este tipo de puritanos hipócritas, un hombre que se comporta como una mujer tiene una conducta desviada, solo porque su mirada superficial se detiene en sus genitales y en su barba, y no alcanza a ver que un hombre es algo más que eso, que tal vez dentro de ese cuerpo corre sangre, hormonas y sentimientos de mujer. ¿Y qué es más importante en la existencia humana? ¿Su apariencia exterior o sus sentimientos? Existir es sentir. ¿No es, acaso, una conducta desviada obligar a un homosexual que se comporte como un varón? ¿Quién es más enfermo, una lesbiana que reconoce que le gustan las mujeres o una sociedad que la obliga a acostarse con hombres? Una persona solo está enferma cuando sufre su propia condición; un homosexual cuando intenta matarse no lo hace porque le atraigan los hombres sino porque la sociedad lo rechaza, y entonces es la sociedad misma su enfermedad. Está bien que se argumente usando las anormalidades propias de la especie humana, como el pudor, el odio, el

miedo ejemplar o el respeto moral, pero dejen a la naturaleza tranquila, ¡por favor! Tal vez algún día se termine por reconocer cuatro tipos de sexos, ya desde el nacimiento, y en las credenciales se registre: color de ojos, castaño; sexo, lesbiana...

El padre Roberto nunca dejaba las cosas totalmente claras, de forma que yo me iba metiendo de a poco y luego me frenaba con algún inesperado discurso sobre los actos inmorales de los demás. Y yo nunca podía estar segura de lo que hacía o sentía; al fin y al cabo yo era una hija de puta, con un solo nombre y un solo apellido.

Consuelo mira hacia la biblioteca, como si hubiese entrado alguien. Mira un momento y se relaja. No hay nadie más en la casa ni afuera.

¿Le estaba contando del padre Roberto? Ah, sí, claro. Le estaba contando que era una desgracia de hombre -dice y continúa peinando el mamut- en realidad yo no estaba enamorada de él ni de nadie. Lo admiraba y no supe darme cuenta que me estaba envolviendo en su telaraña de convento, porque yo me sentía más limpia con él, perdonada por un juez que conocía las leyes divinas. Una vez me preguntó sobre mi madre y le dije que era una prostituta. Los cachetes me ardieron de vergüenza. Por un momento pensé que estaba diciendo un disparate, que esa historia era pura imaginación mía. Pero él me contó que Jesús no se avergonzaba de las prostitutas que tenía, y que habían sido estas las mujeres más fieles que lo habían acompañado en las peores horas.

Cada semana, todos los viernes, Augusta volvía con su cajita de masas que le duraban hasta el domingo de noche, cuando los comentarios radiales del último partido en la Bombonera ya se habían terminado, y con los libros que él le pedía con tanta insistencia. Ella siempre tardaba mucho en encontrarlos, pero lo hacía con paciencia y nunca se lo decía. Se subía a la escalerita, a veces con una linterna, o se arrodillaba en el piso para leer algo que parecía ser pero no era exactamente, siempre vigilada por la mirada atenta de Voltaire (nunca supo si ese gato la quería o solo se aprovechaba de ella). Cuando Jacobsen se quedaba solo en su celda y no se oían los goles o los casi goles en las radios, buscaba las cartas de Augusta entre las hojas de los libros, con algún saludo o alguna recomendación sobre el cuidado que debía tener con los fríos que se venían, primero, y con frases más emocionadas después, no porque esperase nuevas revelaciones de su creciente amor por él, sino porque prefería sacarse esa carga de imaginarse nuevas confirmaciones de lo que se venía venir con temor. Luego trataba de olvidarlo todo entregándose de lleno a Joice y Camus. Y así por largos meses, hasta que Jacobsen comenzó a responderle de la misma forma, pero con una evidente indiferencia que Augusta no advertía o no quería advertir.

-Las masas estaban muy buenas, Augusta. Como siempre. No se olvide de Voltaire y del libro de Martin Buber.

-Voltaire está mejor. Creo que pasó la época del celo porque ya no vuelve a las casa lastimado. Yo misma lei algo deste libro y creo que es muy bueno. Pero más bueno es usted cuando me hace caso y toma sus vitaminas. Si es que las toma. Tal ves me engaña.

Yo hubiera preferido reconciliarme con mamá, con su odiado trabajo, pero ella nunca lo iba a reconocer, por evidente que fuera. Por el contrario, se iba alejando más y más de esa posibilidad. Después que me dejó en casa

del tío, comencé a verla cada vez menos. Primero venía los domingos, me esperaba abajo y nos íbamos a la feria de Villa Biarritz. No hablábamos de muchas cosas y yo comenzaba a darme cuenta de las pocas cosas que tenía para contarme.

-¿Cómo estás, hijita? Se te ve muy bien...

-Estoy bien, mamá. ¿Y vos?

-Bien, bueno, mejorando. Ahora que estoy sola me resulta más fácil llegar a fin de mes. Y creo que el mes que viene dejo de fregar pisos. Una amiga me va a conseguir un trabajo en Primaria. De portera en una escuela.

-¡Qué bien mamá! -le decía yo, fingiendo alegría. Digo fingiendo porque me sonaba a engaño. Su amiga no le conseguiría ese trabajo o nadie se lo había prometido.

-Me voy a poner una túnica blanca -repetía, a cada momento, cuando el tema giraba en torno al trabajo o a los altos precios de la feria.

Tenía más temas para esconder que para compartir conmigo y para mí eso era como si yo no le importara. Después se hizo costumbre que faltara un domingo sin avisar, hasta que dejamos de vernos. Las pocas veces que intenté visitarla al apartamento de la Aguada no la encontré, y me quedé más bien con ganas de no volver más por aquellos barrios que me recordaban la infancia y la humillación, la escuela, el liceo y la miseria. La mentira.

Ya cerca de entrar a facultad me distraje de su recuerdo. Me mentía a mí misma; me decía que ella era una mala madre y que yo no le importaba. Hubo un tiempo en que me olvidé de ella y no volví a buscarla. Y pensé que ella tampoco lo hacía. Hasta llegué a pensar que había enganchado algún tipo y que había tenido otros hijos. Pero me equivocaba. Un día la vi en una esquina oscura, cerca de facultad. Yo iba con unos amigos que se rieron de ella porque tenía pintura de labios hasta las orejas y una enorme peluca rubia. Ella debió reconocerme, porque se quedó mirándome un momento. Reconocí sus ojos grandes y asustados que me miraban. La vi más gorda y más vieja, con menos clientes quizá, o con clientes más baratos, con una minifalda roja, espantosa, que le dejaba ver la punta de la bombacha. Pero yo comprendí, después, que ese maquillaje excesivo y de mal gusto no era otra cosa que un disfraz para que yo no la reconociera. Había ido a verme salir de facultad y parecía que tenía frío, aunque no hacía frío. Y Nacho, un muchacho que a mí me gustaba y que parecía serio, debió advertir que esa mujer se había fijado en mí, porque dijo:

-«Parece que le gustás».

No sé si yo era la culpable de haber provocado ese desencuentro, pero igual la estuve buscando días después, para pedirle perdón. Reflexioné y descubrí en mi memoria que mamá era «la rubia de la pollera roja», porque así la había llamado alguien que la veía casi todas las noches en aquella esquina de bulevar España. Y después de aquel desencuentro, la rubia de la pollera roja no volvió a la misma esquina, desilusionada de su hija o, más probablemente, para no avergonzarla otra vez.

Augusta: gracias de nuevo. Claro que he tomado las vitaminas. Yo no la engaño. Solo que no sé si sirvan para algo. De cualquier forma estoy preso.

Mabel se pierde por las calles oscuras del Parque Rodó, donde termina la ciudad y comienza ese espeso bosque que en verano van a buscar los

enamorados y en invierno abandonan hasta los marginados, más cerrado aún por una noche quieta en el suelo y tormentosa en el cielo, sin luces artificiales y sin una luna intermitente entre las nubes. Mabel entra y camina por una senda zigzageante, entre viejos árboles negros; baja por el costado de una barranca con olor a pescado y atraviesa una lengua negra del lago, por un puente que pasa al costado de un Neptuno que descansa medio sumergido. Los pasos suenan en las maderas crujientes del puente, mientras piensa que en algún momento deberá alcanzar el otro lado del parque. Pero las luces de la rambla no se filtran entre el verde ahora negro del bosque. Y el castillo, el castillo que era una biblioteca municipal o algo parecido, aparece de repente, enorme y con sus torres de cuarenta metros sobre un cerro desconocido de piedra. De repente, llegan olas de voces y risas; en alguna parte hay una fiesta. Es una fiesta de casamiento o es la fiesta de la sardina, la fiesta del tomate belloso, cruzado con un durazno de Galicia, porque las mejores fiestas son las que no tienen motivo alguno, como decían y hacían con Angélica en España cuando reunían a los primos y a los amigos para tomar chocolate y Orange juice primero y vino de bodegas Moreno y grappa italiana después. Por un momento Mabel piensa que la fiesta es en el castillo, pero luego se da cuenta de que no puede ser, que está todo oscuro y silencioso, que la única ventana con luz es una ventana diminuta en una de las estrechas torres y que las risas y las voces son del televisor que tiene el sereno que espera solitario que pase una noche más de frío. «Hace demasiado frío», piensa Mabel pasándose las manos por los brazos desnudos, como si tratase de cubrir toda la piel erizada con sus pequeñas manos; aprieta la peluca rubia que le cubre un poco los hombros y, al darse vuelta para continuar camino, tropieza y cae. Se ha lastimado un codo, algo de tierra se mezcla con la sangre pero no se anima a quitarla. Sacude la mano mientras descubre una estatua de algún santo de bronce que abre los brazos como si fuera a recibirla, como un padre que encuentra a su hija perdida. Pero esos brazos están más fríos que la noche.

Con dolor te acostarás y con dolor te levantarás. Con dolor y con desgracia llenarás a quien te toque, para que sigas siendo siempre desgraciada.

Comienza a soplar más viento y el frío se hace insoportable. Se levanta y, cuando piensa que está totalmente perdida, descubre un hilo de luz que le llega desde afuera y lo sigue hasta salir a Constituyente. No tiene suficiente dinero, pero debe tomar un taxi. Se para en una esquina, luego a media cuadra y hace señales, pero ninguno le para o le silban al pasar. Está fea y disfrazada; tiene frío y parece un hombre caminando con apuro, levantando un poco las rodillas porque los zapatos le quedan grandes. En una esquina hay un charco de sangre, que parece sangre pero que no puede ser, porque comienza a correr abundante por la calle hasta derramarse en una boca de desagüe. No es sangre (piensa Mabel), es bilis y siente que se desmaya. Un árbol la sostiene un momento hasta que parece recuperarse y continúa caminando. Cruza una luz roja y, al llegar a la placita triangular de Blanes, un Ford Falcon rojo o verde se detiene y un hombre calvo le hace señales desde adentro. Mabel duda, siente frío otra vez y finalmente entra.

-Lléveme a mi casa, por favor señor -dice Mabel, mirando hacia delante, y

la voz se le quiebra. Adentro siente un calor que no la alivia: el aire está espeso, la radio dice muy fuerte que los estudiantes universitarios, todavía dominados por ideologías extranjeras, se niegan a concurrir a sus clases. Esto le hace muy mal al país, pero sobre todo a ellos mismos, que no comprenden ciertas cosas porque no alcanzaron a vivirlas....

-Ya veremos adónde -dice el hombre, sonriéndole y mirando con atención por el espejo, para dejar pasar un auto que le venía haciendo señales con las luces.

-Lo siento, señor, no estoy trabajando hoy.

-¿A sí? ¿Y la ropa adónde está?

-Teniente General Bonino Pérez, muchas gracias por sus declaraciones para radio Libertad.

-No, no, por nada. El agradecido soy yo.

-Buenas noches.

-Ahora el estado del tiempo: inestable, desmejorando por el norte. Se prevén tormentas eléctricas... Hay restos de humo o aliento de cigarrillos y alcohol, y no olvide: Coca-Cola, la chispa de la vida.

Mabel siente que está en un sueño conocido; es un sueño que tenía desde niña: ella aparecía sin camisa en medio del patio de la escuela. Todas las niñas juegan a la ronda y ella está en el centro, vestida solo con un traje de baño, con el pecho desnudo y sin senos. Y el sueño se repetía luego en la adolescencia: ella sin camisa, como cuando era niña pero con los pechos algo insinuados, contándole al director del Colegio, en Madrid, sobre su viaje a Marsella, el verano pasado.

Noviembre, 1974.

Querido señor: claro que no he tenido tiempo de leer a TeNnesEE Wilian, así que se lo mando fresquito. Y no me diga que no me preocupe por usted, porque una se preocupa por la gente que quiere.

Estaba trabajando, pero ya no. Me siento mal. Lléveme a mi casa, señor. Tengo plata, le voy a pagar el viaje.

-Estamos en conexión directa con Buenos Aires. ¿Me escucha, Saporitti? Aló, ¿me escucha...? Estamos en el aire, Saporitti... -se escucha una interferencia y luego una fuerte descarga eléctrica que rompe la onda de radio-. Bueno, no hay retorno. El tiempo se mantiene amenazante sobre el Río de la Plata, con descargas eléctricas que cada tanto iluminan nuestros estudios de la calle 18 de Julio -Mabel mira al hombre que no le contesta, como si estuviera atento a lo que dice la radio. Debe tener más de sesenta, pero es infinitamente más fuerte que ella. Está a punto de llorar, por favor, que se siente horrible y no sabe por qué, que le jura que es la verdad, que no está mintiendo, que por favor ya basta-. Le decimos que apenas podemos... ¡Hola!, ¿sí? Ahora sí, Saporitti. Estamos en simultáneo con Radio Rivadavia, de Buenos Aires. Esto es Fútbol Verdad. ¿Cómo está el tiempo por ahí?

-Mal, Pepe, muy mal. En cualquier momento se descarga la tormenta.

-No digas estupideces -grita el hombre, como si recién acabara de comprender las últimas palabras de Mabel-. Claro que estás trabajando, pero cuando te subiste no pensabas encontrar a un viejo, ¿eh?

-No, no es por eso...

-¡Callate, ramera! ¿Te pensás que soy un viejo chocho que no se da cuenta de nada? Mirate en un espejo primero y decime si todavía podés darte el

lujo de elegir a tus clientes. ¿Pero qué te pensaste?

Mabel tiembla y mira el pestillo de la puerta. ¿Y si se tira? El auto entra en la rambla haciendo sonar las ruedas. Va hacia el este y no deja de hablar.

-¿Qué dicen las autoridades?

-Todavía nada, Pepe. Se está a la espera de alguna mejoría de la situación. Pero te adelanto que habría un comunicado de prensa mañana a las diez de la mañana, once horas antes del partido, que será transmitido por nuestras ondas a todo el Río de la Plata.

La voz diminuta de Saporitti se escucha en la oscuridad con atención, hasta que alguien comienza a cantar, en voz baja, como si estuviera en una tribuna, gritando:

-«Y dale Bo-ca, y dale Bo...».

Jacobsen abre los ojos y se queda mirando una especie de calidoscopio que se forma en la oscuridad de la celda, antes de darse cuenta dónde está y hacia qué lado queda la puerta. Por un momento se equivoca y confunde una pared con otra. Entonces estira la mano para tocar una de ellas y se encuentra con la que suponía más lejos. Razona que se había quedado dormido contra el lado derecho pero con los pies en la almohada. Estaba a punto de dormirse y ahora se siente mareado, mientras alguien responde, cantando más fuerte:

-«Soooy de Ri-ver. Soooy de River, de Ri-ver soy yooo...».

«Puta madre», se dice Jacobsen dándose vuelta, pensando que esas son pasiones de adolescentes, no de personas maduras. En la celda de al lado el Pelado chista y pide silencio, pero Saporitti recuerda que el año próximo se realizará el Campeonato Mundial de Fútbol en la Argentina, por primera vez, y debemos estar preparados para mostrar una buena imagen al mundo... A lo que casi todo el piso Segundo de la cárcel responde, sin hacer caso del Pelado:

¡Argentina va' salir Campeóón!

¡Argentina va' salir Campeóón!

Se lo dedicamo' a todos

La puta madre que los-pa-rió!

«Somos un pueblo adolescente, como el Griego», se dice, irónico. Sabe que ya no podrá dormirse y se sienta en la cama. La misma voz de la radio dice algo sobre una posible tormenta, y no alcanza a distinguir si se refiere al clima o al mal humor de los dirigentes de fútbol. ¿Pero, realmente, «somos»? Los defensores de la Patria siempre decían que él no pertenecía a ese pueblo; razón suficiente para pensar lo contrario, porque ese era un mecanismo muy útil y confiable: estudiar en profundidad el pensamiento fascista para darlo vuelta, como había hecho Nietzsche con los valores morales del cristianismo.

Alguien pregunta si se transmite el partido y una voz ronca grita por supuesto, che, o estamos todos locos. Jacobsen imagina cientos de miles de personas escuchando atentas el partido y enseguida piensa que si se suspendiera por lluvia no había ninguna razón para suspender la transmisión, lo que dejaría a tanta gente amargada y sin nada que hacer el

jueves por la noche. Luego imagina esas miles de personas siguiendo con impaciencia la transmisión de un partido de fútbol inexistente: un día un empresario astuto organiza un encuentro entre Boca y el Dinamo de Kiev, en Siberia; un triangular o parte de algún campeonato corto de verano. En lugar de tomarse un avión para Moscú y luego a Siberia, los jugadores se quedan en sus casas o se juntan en una estancia de Entre Ríos a comer un asado. Lo puede ver, es interesante: la transmisión comienza con gritos grabados de tribunas calientes, increíbles pases de cincuenta metros, terribles puntapiés de los adversarios, un off-side mal cobrado por el línea que debe ser comunista o lo compraron con tres rublos y medio, codazos imaginarios, emociones interrumpidas por la conocida voz del doctor Tico-tico que no está de acuerdo con la táctica defensiva del técnico argentino y mucho menos con la violencia de los jugadores adversarios, seguido por la voz vendedora de América que, con mucha prisa, recuerda las ventajas de volar por Aerolíneas Argentinas (más simpatía, mejor atención) y lo rico, riquísimo que son los alfajores Mar del Plata, lo que hace de la idea un negocio redondo. Y ni siquiera es ilegal, porque también en la radio se puede hacer ficción y bromas originales. Y porque en el fondo no hay ninguna diferencia entre un partido inexistente y otro real; si no, imaginemos toda esa masa de presos, de campesinos que nunca llegaron a Buenos Aires y no conocen la cara de los jugadores de Boca ni por el diario, de jefes y vasallos arrabaleros que sí los han visto en vivo pero no tienen forma de saber dónde están ahora, fanáticos que son capaces de sufrir y pelearse por esa ficción doble que es una transmisión de fútbol por radio, analizando y comentando hasta el hastío durante el tiempo que transcurre entre un partido y otro, el análisis del que pasó y la previa del que se viene, tiempo que suele ser de siete días sagrados para ese pueblo que calcula las posibilidades de su equipo, que hincha por un resultado o por el otro según la conveniencia, como si en ese acto de fe y voluntad existiera la posibilidad de cambiar o por lo menos incidir en el rumbo de los acontecimientos, como un brujo africano que golpea un tambor para sacudir las nubes en tiempos de sequía. Luego, avergonzados por la derrota o insoportables por el orgullo del triunfo, soportando las burlas de los adversarios o haciéndoselas a ellos mismos, como si hubieran tenido algo que ver con el resultado, como si fueran ellos mismos los responsables de los insultos, de las vergonzosas patadas contra el adversario, del excelente funcionamiento de la Máquina o del bajísimo nivel del equipo, aunque más no fuera en una billonésima parte.

-...dos millones de dólares, Larrea.

Siente sed. Hay una canilla que gotea; tal vez sea una cisterna.

-Por supuesto que estaremos atento a lo que pase con este jugador. El Gráfico de hoy... No sé si han leído el Graf...

En cierta forma -se dice, mientras mira la oscuridad- no es un preso común. Si hubiera sido condenado solo por homicidio, no se explicaría el hecho de que le prohibieran escribir en danés.

-Lo tenemos en nuestra mesa de trabajo, Saporitti, aquí en Montevideo.

Otra vez Montevideo. Hubiera preferido no volver a escuchar ese nombre. Sabe que la cabeza le trabajará, obsesivamente, todo lo que resta de la noche.

-Bien, entonces estarán al tanto de la Tabla de Cotizaciones de los

principales jugadores, la que está encabezada por este muchacho de dieciséis años, dice Saporitti, y Jacobsen piensa: «si hubiese tenido familia no habría sido tan valiente».

-¿Cuánto estás cobrando?

Mabel no contesta. Está a punto de llorar.

-¿Me escuchaste? ¿Cuánto estás cobrando?, dije.

-Trescientos... -dice Mabel, y una fuerte puntada le atraviesa los intestinos hasta los ovarios. Siente que las tripas se le retuercen y no se aflojan hasta después un momento más de intenso dolor. Pero Mabel no grita; trata de resistir, como es su costumbre. Otras veces le ha ocurrido, sobre todo cuando estaba por menstruar y tenía que esperar en una esquina de bulevar, medio desnuda, pero tal vez nunca de esa forma tan intensa.

-Casi no se la oye, Mabel, ma belle. Adónde vas, mi niña, tan apurada. Para ahí no se va a ninguna parte. Voy a mirar para afuera. Oye, chica, afuera se ve desde aquí. Quédate aquí, para acompañar a esta vieja.

-Es poco. Muy poco. Te voy a dar el doble. Mil pesos. ¿Qué te parece? ¿Contenta?

Mabel no responde. Aprieta su cartera como si fuese otra personita que lleva consigo y que quiere proteger. Una mano invisible entra por su útero y le exprime los ovarios.

-Hoy no estoy trabajando -dice, ahora muy bajito.

-¿Alguna vez alguien te pagó mil pesos? ¿Qué le hiciste?

-Sí te puedo confirmar que el técnico ha manifestado que si se suspende el partido, todo el equipo se vuelve a Montevideo para encarar los compromisos del torneo local.

-¿Ya adelantó el equipo a los medios de prensa?

Mabel adelanta la cabeza y, como si estuviese perdida, procura mirar por el parabrisas primero y por la ventana después. Balancea la cabeza, confundida.

-¿En qué estás pensando? -pregunta el hombre, ahora con preocupación-.

¿Estás mareada? No me vayas a vomitar aquí arriba, ¿eh?

-Fútbol Verdad

-Fútbol, pasión de multitudes

-No permanezca desinformado. Entienda los hechos, tal como ocurrieron. ¡En el análisis, el doctor Larrea Gómez y el doctor Luis Sanguinetti de Freitas!

Está mirando las luces de un barco en el momento en que dan un salto brusco, dejan la rambla y entran en un camino arenoso y más oscuro. El hombre no desacelera y el Ford Falcon coletea en la arena como una lancha que va muy rápido sobre un río revuelto.

-Me gusta este lugar -dice, tratando de dominar la máquina que se le niega como un potro sin domar-. Seguido vengo por aquí cuando salgo de la empresa y no tengo ganas de volver a casa.

Varios perros salen al cruce del auto y comienzan a perseguirlo, casi sin poder ladrar por el esfuerzo que hacen. Uno cae debajo de las ruedas y se escucha un débil quejido, seguido de un golpe que da la cabeza del animal con el tanque de nafta.

-Vamos a descubrir un hermoso lugar en este mundo -le dice el hombre, aparentemente tranquilo.

Mabel intenta mirarlo pero no puede. La distraen los perros; y aunque la luna ya está alta y le quema en el rostro, todavía siente frío.

-No tienes por qué tener miedo. Donde vamos crecen las flores en invierno y nos podemos echar a dormir sobre la arena sin que el frío y la gente nos moleste.

-América no es el Paraíso, Mabel.

-Pero papá dice que de Europa llegan sin nada y al poco tiempo hacen fortuna.

-Tu padre es... -dice Jacobsen, sin encontrar las palabras exactas-. Tu padre es huir de algo.

Tu padre está huyendo de algo, se dice.

-Tu padre... está huyendo de algo -repite, y señala con un dedo la cabeza-. América es aquí.

Mabel no comprende. Se apoya en la baranda y mira el mar profundo.

-No hace-nos Wahnsinn.

-«No hagamos locuras» -vuelve a corregir Mabel, dándose cuenta que su inglés es tan precario como su español.

Entonces Jacobsen la abraza y descubre sus ojos llenos de lágrimas.

-No sé qué hacer -dice Mabel, llorando.

-Sigue a tu padre. Warten Sie auf mich im Hafen, am Samstag...

Jacobsen no encuentra las palabras y ensaya una traducción nerviosa:

-En Buenos Aires espera-mí en el puerto, a Saturday.

-Un sábado...

-Sí. Un sábado, cinco de la tarde, en el mismo lugar que tú baja -trata de confirmar, agarrándola de los brazos y mirándola directamente a los ojos, para asegurarse que ha comprendido.

-¡Pero, cuál sábado! -dice Mabel, secándose las lágrimas.

-Un sábado, el primero sábado. O hasta que yo aparece.

Entonces Mabel quiere decir algo y se ahoga. Jacobsen le dice que respire, pero no puede.

Mira de nuevo para afuera y vuelve a ver los perros negros que corren exhaustos. Uno logra ponerse delante de los faroles: tiene una mancha blanca en la cabeza, igual que en las puntas de las patas y bien se podía haber llamado «Manchita». Manchita tropieza en la arena y cae delante del auto que lo embiste dando un salto. Mabel ahoga con su mano un grito de horror. La mirada instantánea del animal permanece en su retina como la mirada de una persona o como la mirada de un ser que comprende y sufre.

-¿Por qué vamos tan rápido? -se anima a preguntar.

-No vamos rápido -dice la voz-; vamos a una velocidad de crucero. Además, cuanto antes lleguemos, mejor. ¿No te parece?

Ahora los perros muestran sus dientes muy cerca del vidrio de Mabel, pero ella evita inclinarse hacia el otro lado. Aprieta las manos contra la cara para no mirar.

-¿No te gusta? -pregunta la voz, ahora ofuscada-. Si no te gusta no hubieras venido.

-No, no, doctor. Usted malinterpreta mis palabras. Yo lo que dije es que me parece una gravísima falta de respeto y, de hecho, una espeluznante incoherencia y producto de la infravaloración de un jugador, dejarlo en el banco de suplentes a instancias de un partido decisivo por las semifinales, solo porque marró un penal, siendo que...

-¡Y le parece poco!

-Siendo que el jugador había rendido en la medida de lo posiblemente humano, acorde con la categoría de jugador del Pato y que quedó demostrado con la baja de rendimiento del equipo cuando entró Almeida...

-¿Y le parece poca cosa, doctor, marrar un penal que le pudo costar la clasificación a las semifinales?

-No, doctor. No es que me parezca poca cosa: ¡lo que me parece es que es insuficiente razón!

Pronto dejan el camino de arena y entran en un arrollo que va a desembocar al mar. Mabel se consuela pensando que de esa forma los perros no la seguirán más, pero se equivoca. El agua no es muy profunda o los perros pueden nadar.

-Tal vez si se murieran todos dejarían de seguirnos -piensa Mabel en voz alta.

-Ojalá, pequeña. Pero de algún lado vuelven a salir más. Algunos se rinden y se los lleva la corriente; otros logran morder las ruedas que ahora giran más despacio.

-¿No podemos ir más rápido?

-Ya estamos llegando, mi niña.

Entonces decidí pedirle al tío la dirección de mamá y un día lo agarré en el desayunador de la cocina, una noche, horrible como todas. Apenas pude, le lancé una de esas preguntas que se adivinan inespontáneas, que fueron inútilmente ensayadas y difíciles de formular o de encontrarles el momento adecuado para hacerlo. Y el miedo o la vergüenza le habían dado un tono de reproche a mi voz.

«¿Cómo, no sabés dónde vive tu madre?», dijo el muy canalla, como si estuviera terriblemente sorprendido. Esa era una de sus características: se escandalizaba por todo lo que hacían los demás. No podía entender cómo una persona podía ser pobre si no tenía los pies inútiles por la polio.

Todos eran menos listos y menos sacrificados que él. Lo que me hacía pensar que si bien ese orgullo aristocrático le venía de la familia, había sido agravado por su heroico y breve descenso en la pobreza, como todo buen semidiós antiguo que desciende a los infiernos antes de levantarse por encima del resto de los mortales.

«¿Cómo es que no sabés dónde vive tu propia madre?», volvía a repetir, sin dejar de revolver el hielo de su whisky o moviendo el dial de la radio para cualquier lado. Sus bigotes de señorito, bien recortados y separados en dos por un eje de simetría que le bajaba de la nariz, y las líneas oscuras de las cejas se contraían como si apuntaran con fuerza hacia un punto ubicado en el centro de la cara. Yo odiaba esa expresión, pero esperaba, inútilmente, que fuese el gesto final de su representación.

-«No, no lo sé!».

-«Es insólito. Pero es tu madre. Yo cuido de vos, no de los dos. Nadie me dijo que también tenía que cuidar de tu madre».

Él siempre tenía razón en todo. Me vino a la mente una moneda de cinco pesetas que mi madre me había dado y que era el único recuerdo que yo tenía de su España: de un lado estaba la imagen de Franco y la rodeaba una humilde leyenda. «Caudillo de España por la gracia de Dios». El tío terminó su café en silencio, como si se hubiese ocupado del problema, y dijo:

-«Si no la encontrás en el trabajo vas a tener que ir a la policía».

-Le diré algo, doctor Sanguinetti, y quiero que toda la gente que nos está escuchando preste atención: lo que pasa es que en este país hay que entender, de una buena vez por todas, que un jugador profesional, de la categoría del Pato, cuando entra a la cancha tiene en sus pies las ilusiones de medio pueblo (la mitad más uno, como me dirán los hinchas de Peñarol) y eso no le da derecho a desconcentrarse...

-¿Desconcentrarse, dijo? ¿Y usted, doctor, cómo sabe que el Pato Lima estaba desconcentrado cuando marró aquel tiro penal?

-¡Son los años, doctor Sanguinetti de Freitas! ¡Son los años! Además, yo estuve en el Estadio de Avellaneda aquella tormentosa noche de 1972.

¿Usted estaba ahí?

-Era muy joven, en 1972; todavía estaba en la facultad de Derecho. Pero le puedo decir que estudié en detalle las imágenes en cámara lenta, una y mil veces, y...

-¡Imágenes! Había que haber estado ahí, para sentirlo y verlo al Pato con las manos en la cintura, masticando chicle y luego rematando como si más que fusilarlo hubiese querido pedirle perdón al golquiper.

Jamás decía las cosas por su nombre y sabía que yo tampoco tenía la fuerza suficiente para hacerlo. Decía «trabajo» y sabía que estaba diciendo

«calle». Durante casi una semana recorrí las peores calles de Montevideo, para no encontrarla. Pensé disfrazarme de prostituta y preguntar por ella a esas mujeres que en las noches de invierno esperan casi desnudas en las esquinas, un hombre que las viole por cinco pesos. No usé ningún disfraz: salí a preguntar por ella y ninguna sabía nada o no querían decírmelo.

Solo encontré en aquellos rostros de mujer golpes de hombres muy hombres, frío y miedo de hablar con una niña de clase alta. Y mi madre en ninguna parte. Sentí que aquella noche cuando fingí no verla había sido la última, y que nunca más olvidaría sus ojos grandes y llenos de miedo.

Finalmente detiene el auto en un camino arenoso de Solymar. Le dice que se baje y, como ella no obedece, sale del auto y la va a buscar del otro lado. Mabel siente que se le desprende el brazo.

-Por favor, no. Estoy enferma.

-Aunque estuvieras por parir, ¡desgraciada!- le grita el hombre y vuelve a tirarla del brazo.

De repente, Mabel siente el silencio profundo del bosque de pinos. Están cerca de la playa, se pueden oír las olas. ¿O son las hojas de los eucaliptos que se mueven con el viento? Mabel tropieza con una duna de arena y cae. El hombre la suelta y se echa a reír con ganas, abriendo la boca enorme al cielo y luego agachándose un poco como si fuera a defecar.

-Aquí podés gritar con fuerza, amor mío. Conozco el lugar. Estamos tranquilos.

Qué lindo lugar -dice Mabel, levantándose. Le duele la rodilla derecha-

¿Puedo agarrar la carterita que dejé en el auto?

-Andá a buscar tu carterita. Y si disparás, mejor. Me gusta que las minas se me resistan un poco. Dicen que a ellas también les gusta hacer que no quieren, pero al final siempre quieren.

Apagan la radio y un zumbido de silencio comienza a aturdirlo. Sabe que ya no podrá dormir en toda la noche y que en poco tiempo más estará envuelto en los mismos recuerdos de siempre, hasta que diga basta y se tome un

descanso para volver a comenzar de nuevo. Y, como quien entra en sueño sin advertirlo, regresa a los primeros días en Buenos Aires, bajando a puerto sin Mabel, caminando cuarenta cuadras hasta la casa de un argentino que conoció en París. En una esquina, deja la valija en el suelo y pregunta por Santos Dumont y Voltaire.

-Voltaire..., Voltaire -repite un viejo, sosteniendo con dificultad la cuerda de un perro inquieto-. Siga por esta hasta Ravignani, después cinco o seis cuadras a la izquierda... Pero Voltaire..., me parece que no se cuza con Santos Dumont, ¿eh?

-¿Ha entendido correctamente? -Empapado en sudor, llega hasta Voltaire, una calle que se extiende por dos cuadras, y pregunta por Santos Dumont.

-No, señor, es más allá. Voltaire y Santos Dumont no se cruzan. ¿De dónde viene?

-Yo viene de lejos. ¿Conoce al profesor Bartolomé Mitre?

-Sí, pero no sé si era profesor -dice el hombre, volviendo a pegar la radio al oído y echándose a reír con ganas-. Dicen que se cansó de esperarlo y murió hace como cincuenta años.

Mabel se acerca y ve que el hombre tiene el pantalón abierto.

-¿Adónde querés? -le pregunta Mabel.

-¿Cómo, ya no te resistís? ¿No tenés miedo de que estás solita, en medio del campo? -dice y la empuja.

Mabel cae y ruega, otra vez:

-Por favor, no lo hagas...

-Así me gusta, me gusta así.

Mabel siente el aliento pesado sobre su cara, la voz ronca que jadea antes de penetrarla. Entonces dispara, dos veces. Una vez más: tres. Los disparos se ahogan en el cuerpo pesado de aquel hombre que antes de morir le dice, como si quisiera gritar y no pudiese:

-Putá...

Larrea Gómez lee la última página del diario mientras espera su turno para salir al aire. Sobre la mesa redonda se amontonan las hojas con apuntes que va sacando de la prensa del día. Acerca la cabeza de golpe y lee las últimas declaraciones del técnico Olarticochea a la televisión argentina. Para el posible futuro conductor de la Selección Nacional, el «toque» es una técnica que debemos importar de Europa, porque así se juega el fútbol moderno. En cambio, el antiguo «empuje» uruguayo ya se ha demostrado obsoleto. Larrea Gómez no sale de su asombro y sigue leyendo, más abajo: «La famosa y tan mentada Garra Charrúa no existe, es un mito nacional. A los Charrúas los mataron todos en mi país, por iniciativa del gobierno nacional de la época, por decisión de algunos futuros héroes nacionales que hoy recordamos en cada esquina de alguna avenida o en los monumentos de bronce, blandiendo una espada genocida en la mano. Porque la memoria colectiva suele ser perezosa y demasiado cobarde; se niega a cambiar y a reconocer una verdad cuando le incomoda. Y todo eso fue mucho antes de que se inventara el fútbol, claro -el doctor Larrea Gómez bufa y golpea la mesa con rabia-. La única garra que podamos tener, o que tuvimos, es la garra vasca o la garra italiana...».

-Hijo de puta -dice Larrea Gómez-. Soñá nomás con ser el técnico de la selección. Soñá, vendepatria.

Subraya las palabras de Olarticochea, dobla el diario y lo deja al

alcance de su colega, que aún no llega. Toma el teléfono y disca un número. Pero la línea está ocupada y cuelga, abrumado. Entonces vuelve a leer el mismo párrafo que ahora envuelve en un círculo con una lapicera azul.

El operador le hace una señal del otro lado del vidrio y se dispone a comenzar su programa. Como cada noche, escucha atento la misma introducción:

Fútbol Verdad

¡Fútbol, pasión de multitudes!

Por el pasillo corren dos personas, una detrás de la otra, y luego entran a la sala de controles donde el operador se saca los auriculares para escuchar. Es el Cacho López, el cazador de noticias que le dice algo al operador y luego sale. Larrea Gómez ha visto su cara, con los habituales gestos exagerados del Cacho, para el cual cualquier acontecimiento, por trivial que fuera, merece una atención especial. Cada mínima novedad lo justifica en ese puesto que le inventó el director. Un poco más y entrará a su estudio.

Entra, agitado. Larrea Gómez levanta la mano para pedirle que lo que tenga que decir se lo diga con calma y de una buena vez por todas, porque está a punto de comenzar su programa. El Cacho le pone un papel en la mano y, antes que Larrea Gómez pueda leerlo, le dice:

-Malas nuevas -dice, todavía agitado-: mataron al contador.

-¿Qué contador?

-Al jefe, ¡mataron al contador Soto Lorenzo! Lo mataron.

Larrea hace un gesto mudo, abriendo los ojos y la boca, más porque lo sorprende la noticia que por lo poco que le podía afectar la muerte del contador. Lo mató una puta de la calle. Una meretriz, eso dicen en la Seccional de Canelones. Aquí tenés todo lo que pude saber recién. Pasalo enseguida.

-No -dice Larrea Gómez-, vamos por orden. Primero hay que analizar la información. No podemos pasar cualquier cosa.

-Pero te estoy cantando la justa. Hacé lo que te digo -le dice el doctor, con el tono propio de un padre-. Llévale este informe a Pauletti y en media hora nos reunimos para redactar la información.

-Pero las otras radios se van a adelantar.

Entra Sanguinetti y pregunta:

-¿Ya están enterados?

-Sí. Precisamente vamos a reunirnos en media hora con Pauletti y la gente de redacción para ver qué hacemos.

-¿Cómo qué hacemos? -pregunta confundido Sanguinetti.

-Querido -le reprocha su colega-. Se ve que sos nuevo en esto del periodismo. Antes del informativo de las nueve tendremos pronta la noticia.

Suena el teléfono y atiende Larrea Gómez, algo nervioso (le parece a Sanguinetti, porque le tiembla el tubo en la mano). Cuando cuelga dice:

-¿No ven lo que les digo? Un funcionario del Ministerio del Interior viene para aquí y nos ordena no dar la información del asesinato del contador hasta que sea aprobada por las autoridades.

Mabel tiene los codos apoyados sobre la mesa y entrecruza con fuerza los dedos de las manos. Hasta que finalmente aparece él por una puerta.

Respira un momento, con alivio: no es ella. Pero inmediatamente siente una tristeza que sabe irremediable: no es ella. Levanta el tubo negro del teléfono que tiene a su derecha y se queda esperando. Vicente hace lo mismo, hasta que decide decir algo:

-Era lo único que estaba faltando -dice, sin mirarla, cansado.

-¿Habéis visto? -contesta ella, con un inusual acento español.

-Y todavía te burlas.

Mabel no contesta. Baja el tubo de su oreja y mira a través del vidrio al guardia que parece una estatua inmóvil. Titubea y, finalmente, pregunta:

-¿Cómo está ella?

-Bien. ¿Cómo más va a estar?

-Tiene todo, no se puede quejar.

-No tiene a su madre. Esa deuda corre por tu cuenta -contesta Vicente, casi sin pausa, como si tuviera la respuesta desde mucho antes. Después, compadeciéndose de Mabel, agrega:

-A veces pregunta por ti.

-¿A veces?

-Seguido.

Mabel vuelve a sentir ese río de bilis que corre hacia alguna parte.

Siente que se desborda desde la mesa, cae al suelo y comienza a crecer, lentamente. Vicente la nota perturbada y le pregunta si se siente bien.

-Sí, estoy bien -responde Mabel, como si fuera obvio lo contrario. El líquido amarillento es viscoso y huele mal.

-¿Estás enferma?

-Tal vez, pero ya no importa. El médico dice que tengo un fibroma avanzado.

-¿Avanzado? ¿Qué quiere decir avanzado? Que no te cuidaste a tiempo.

-Quiere decir que ya no importa.

-Te voy a ayudar -sentencia Vicente y estira un poco la espalda, tratando de pensar algo-. Primero tienes que salir de aquí. Te voy a conseguir un buen abogado.

Ella lo mira casi sin fuerzas. Debajo de sus ojos hay dos profundas líneas negras que se hunden en la piel blanca. Lo había notado esta mañana al mirarse al espejo, pero en su cartera ya no quedaba anteojeras ni polvo de color. Y sería una frivolidad pedirle a Vicente que le comprara uno de esos frasquitos.

La bilis desaparece de la mesa y, más lúcida, dice:

-No quiero médicos ni abogados. Ya no quiero a nadie que me cuide. Si quieres hacer algo más por mí, cuídamela a ella. Nunca le digas que estuve presa por matar a un hombre. Eso es lo último que quiero que hagas por mí.

-Tu hija tiene que verte.

-¡No se te ocurra! -dice Mabel, agitada.

-Un día querrá saber...

Mabel se pone nerviosa y tartamudea. Vicente piensa que está a punto de un ataque de histeria y trata de tranquilizarla.

-No te preocupes. No haré nada que tú no quieras.

Pero Mabel parece no haberlo escuchado. Mira nerviosa para los costados, intentando ocultar que sus ojos están llenos de lágrimas y su rostro a punto de perder la compostura.

-Pues, ya te he dicho que... -ensaya otra vez Vicente.

-No se te ocurra traerla aquí... Llegaré a odiarme, como yo odié a mi madre.

-Bueno, bueno, ya está.

-¡Me odiará toda la vida! Me va a odiar toda la vida.

-Terminará por comprender...

-¿Comprender qué? ¿Qué tiene que comprender?

-Que fue en defensa propia... -Vicente no encuentra las palabras. Mira un nudo pulido de la mesa con forma de corazón y mueve la cabeza con frases inconclusas- y que...

-¡No! ¡Dije que no! Un día me darán permiso para ir a verla. Y entonces se conformará con eso. No necesita saber más.

-En tu vida fuiste rebelde pocas veces. Por lo general nunca supiste decir que no.

-Sí, claro...

-No me refiero a eso. Me refiero a lo duro que eran tus padres contigo. Tu casa era un cuartel y tú hacías lo que querían que ellos hicieran. Tal vez porque eras hija única, vaya uno a saber por qué.

-Hasta fui desgraciada como quería mamá. Cuando salí de España me dijo que sería desgraciada, que todo lo que haría sería para sufrir. Y yo cumplí, como dices tú.

-Y cuando dijiste que no ya era demasiado tarde. Tuviste que matar a ese desgraciado, que si hubiera estado ahí lo hubiera matado yo mismo.

-¿En serio?

Vicente la mira con timidez, y confirma: en serio.

Mabel se sonríe para ocultar un sentimiento de ahora ya no importa y, antes de colgar el teléfono, agregó, como la única forma de pago que

tenía:

-Tú has sido un tío muy bueno con mi hija; como un padre. Ojalá hubieras sido su padre, ojalá yo no te hubiera rechazado cuando todavía era joven y bonita.

-¿Algo más? -interrumpió Vicente, incómodo, al tiempo que pensaba, sin llegar a formularse totalmente en palabras, que en la vida hay éxitos y fracasos, pero nunca vuelta atrás.

-Sí -dijo Mabel, sintiendo que la bilis amenazaba con volver a la mesa-. Quiero que mandes a alguien a la pensión y me traiga una caja amarilla de cartón. En la tapa dice MABEL MORENO.

-Fútbol Verdad

-Fútbol, pasión de multitudes.

-No permanezca desinformado. Entienda los hechos, tal como ocurrieron. ¡En el análisis, el doctor Larrea Gómez y el doctor Luis Sanguinetti de Freitas!

Larrea Gómez está sentado con los codos apoyados sobre la mesa, mientras sostiene con fuerza un papel redactado a máquina y espera que termine la introducción musical de su programa. Intenta beber un sorbo más de café pero ya está demasiado frío.

LARREA: Buenas noches, amigos, aunque no son tan buenas. Lamentablemente, no podemos comenzar esta segunda edición diaria de las 23:30 de Fútbol Verdad, Fútbol Pasión de Multitudes, hablando de fútbol, que es de lo que deberíamos hablar siempre, sino de una mala noticia.

La voz de Larrea es grave y está afectada de dolor. Pero, al mismo tiempo,

se da cuenta de que está fingiendo esa voz para miles de personas que seguramente adoptarán una expresión semejante, aunque ni ellos ni Larrea hayan sentido nunca ningún afecto por el contador.

SANGUINETTI (con voz afectada, firme y pareja): Ampliando la información ya adelantada por nuestro Informativo Central de las nueve horas, estamos en condiciones de informarles que el contador Soto Lorenzo fue cobardemente asesinado de tres balazos a sangre fría.

LARREA: El contador Soto Lorenzo, que se había desempeñado hasta el momento como director de esta radio y como Consejero de Estado, fue ultimado de tres balazos a quemarropa en una zona próxima a Lomas de Solymar.

SANGUINETTI: Las autoridades arrestaron en las últimas horas a una mujer de iniciales M. M. Z, sobre la cual caen las principales sospechas. La mencionada mujer, estaría vinculada a movimientos subversivos que operaron hasta hace pocos años en ambas márgenes del Plata.

LARREA: M. M. Z., de nacionalidad española, había sido vinculada por los Servicios de Inteligencia de Argentina con el grupo maoísta ERRP, que operaba desde la ciudad porteña de Buenos Aires, más precisamente en el barrio de la Floresta. Fuentes no oficiales, dan cuenta de una posible relación de la misma mujer, M.M.Z., con el asesinato en la ciudad de Buenos Aires del coronel Máximo Otegui, consumado hace siete años, en 1972.

Liberación. Lamentablemente es eso lo que siente por la muerte de su jefe. Y mientras lee procura concentrarse en las aparentes virtudes de Soto Lorenzo, en el terrible destino que le tocó y que le pudo haber tocado a él mismo. Pero continúa sintiendo un alivio inexplicable.

SANGUINETTI: El contador Soto Lorenzo había sido secuestrado en su propio automóvil, cuando salía de su trabajo en el Ministerio y se disponía a regresar, como cada noche, a su casa. En un semáforo próximo al Parque Rodó, fue abordado por M.M.Z., quien lo encañonó obligándolo a ser conducida hasta la anteriormente mencionada zona de la costa de Canelones, y en donde, a la postre, fuera asesinado.

LARREA: Recordemos que el contador Soto Lorenzo se había constituido en una voz insobornable, en la conciencia moral de un pueblo que está harto de violencia. Desde su editorial, que cada día se difundía a las 13:30 por esta misma emisora CXD20-30, levantó su voz en defensa de las instituciones, constituyéndose en el transcurso del tiempo en un testimonio único de la lucha por la Libertad y la Democracia en nuestro país.

Por supuesto que ya no podía pedirle que no se preocupara por él. La necesitaba y además le debía muchos favores, porque Augusta estaba quemando los mejores años de su juventud empecinada en esperarlo. Solo faltan tres años, amor mío, y estarás en casa conmigo. No te imaginás lo linda que quedó la sala con los almohadones nuevos. A Voltaire le gustan tanto como a mí, aunque tengo que correrlo de ahí porque anda soltando pelo por aquí y por allá a esta altura del año. Y lo peor es que ha vuelto a sus andanzas callejeras y una nunca sabe qué peste se puede agarrar por ahí. ¡Está de mujeriego que ni te cuento! Un besito y siempre a tu lado, Augusta.

Augusta. No olvide hablar con mi abogado. Por las dudas le repito la

dirección: Avenida Corrientes 1244, piso 8-N. A Voltaire hay que perdonarlo. Hago cuentas y veo que es cronológicamente un anciano.

J. J.

El anciano ha vuelto esta madrugada todo arañado. Una amiga del Once dice que a los gatos machos los araña la hembra cuando hacen lo que tienen que hacer, porque así es la naturaleza. Así que su Voltaire debe ser un viejo verde.

Tu Augusta.

El abogado dice que su caso es muy difícil. Él es un tipo serio y está haciendo lo que puede por usted. Sobre todo, hay que considerar que no está cobrando ni un solo peso, porque no tenemos con qué pagarle.

Augusta.

Rompí todo lo que tenía en mi cuarto. Los apuntes, los libros de facultad, la lámpara de dibujo, los vestidos que se resistieron menos, dibujé bigotes, lentes y cuernos en los retratos del colegio. Esperaba que el tío Vicente volviera y viese todo aquello, solo para ver su cara enfurecida. Pero no volvió a la hora que yo pensaba. «Está con uno de sus amantes», pensé. Había perdido el control y un poco después continué la destrucción en el resto del apartamento. Pero con más estilo: no rompí ni pinté ningún cuadro; en el que estaba casi a la entrada cambié la foto del Papa por la del Che Guevara, dos elegidos de las paredes húmedas y despintadas, desubicados en el enduido fino de mi tío Vicente. Yo sabía que eso lo iba a poner furioso y me excitaba. Y por si no hacía efecto la sustitución, busqué en una revista la fotografía de un fisicoculturista que aparecía en una pose sospechosa y se la pegué en la cabecera de la cama. Arriba, en un globito, escribí algo así como «TE ESTOY ESPERANDO, GUAPO». Sí, estaba loca. Esperé a que llegara, porque el tío Vicente se acostaba con sus protegidos pero no quería que yo lo sospechara (cosa que era difícil, porque sus nenes tenían la mala costumbre de dejarles mensajes en el contestador del teléfono cuando se atacaban de celos). No quería que yo lo viera regresar con cara de mujer satisfecha. Esa noche llegó a las cuatro de la madrugada. Yo lo estaba esperando en el living, fingiendo que leía un libro como si no hubiese pasado nada. Cuando oí sonar las llaves en la cerradura sentí que un vértigo me bajaba del estómago hasta más abajo del vientre. Él entró sin saludar, porque lo primero que vio fue al Che Guevara que se le reía por mí en la cara con un habano a medio fumar. Fue a dejar la maleta, después a la cocina, tomó algo, apagó las luces y volvió a su cuarto sin decir nada. Me puse furiosa. Yo esperaba que me dijera algo. Pensaba contestarle lo que nunca le había dicho de su desprecio por mi madre, de que me había usado para fingir que era un buen tío de familia y no un primo desalmado, generoso homosexual. Casi todo lo que tenía para decirle era injusto, pero no podía contenerme. Y me puse más furiosa cuando no me dio la oportunidad de gritarle en la cara todo lo que quería. Yo le echaba toda mi desgracia encima: el tío Vicente era el responsable de que yo fuese una niña rica y educada, cuando mi madre esperaba en una esquina, muerta de frío, a un desconocido para que la maltratase; el tío Vicente tenía la culpa de mi propia vergüenza de tener una madre prostituta; el tío Vicente tenía la culpa de que yo tuviera los amigos imbéciles que tenía; y tenía la culpa de haberle retirado el saludo a mi madre cuando llegó a Montevideo y descubrió que no era la reina de

América, que era la vergüenza de la familia Zubizarreta. «Mamá llegó tan pobre como vos -pensaba decirle- y no se hizo la Reina de América porque no tenía tu fuerza en los brazos, ni era hombre como vos». Y recuerdo que este último argumento, que me parecía el mejor, me dio fuerzas para no arrepentirme de lo que había hecho con sus cuadros. Cuando uno cree que tiene razón tiene fuerza, aunque no tenga razón. Como en aquellas justas entre caballeros en la Edad Media y entre otros pueblos de la naturaleza: el vencedor decía la verdad.

Pasaron varios días de esa noche sin que me dirigiera la palabra, por rencor y por vergüenza, porque ahora quedaba claro que él tenía muchachos y no se había atrevido a negarlo. Y como le sobraba el dinero y no era capaz de dejarme sin comer, todos los sábados me dejaba en mi mesa de luz un sobre con el suficiente dinero como para alquilarme un apartamento y vivir con el resto. Yo me imaginaba pidiéndole a él una garantía para alquilar un apartamento, buscando un trabajo, inútilmente, porque sabía que cada día había menos trabajo en este país y, sobre todo, porque yo no sabía hacer nada más que estudiar. Y después me imaginaba lo que mejor conocía en el destino de una mujer adulta: conquistando a un exitoso hombre de negocios o, en el peor de los casos, vendiéndome a varios fracasados hombres de negocios. Salí otra vez a buscar a mi madre, pensando que si se enteraba de que yo precisaba su ayuda iba a aparecer. Estuve en la Aguada, preguntando a los vecinos del edificio de donde se había mudado hacía dos o tres años. Pregunté a la hija del portero que se iba al liceo y poco menos que huyó de mí cuando pronuncié su nombre y el número del apartamento. Volví a la Ciudad Vieja y al puerto y terminé la noche en el apartamento de Vicente, tomando sedantes con ron. El tío Vicente no estaba; seguramente estaba dando consejos a sus hijos porque volvió en su horario de las cuatro. Debía ser domingo de madrugada, porque en mi cama estaba el infaltable sobre con el dinero, seguramente desde la tarde del sábado.

Alguna vez hubo una reina en Roma que lo hacía por placer y alguna otra antigua sacerdote lo hacía porque era su deber sagrado. Pero, ¿por qué una joven aristócrata española, culta y bien educada, sin lujuria y sin soberbia religiosa, iba un día a dedicarse a la prostitución? ¿Por necesidad? ¿Por placer? No, por placer no. Las prostitutas no lo hacen por placer sino por dinero. Yo me preguntaba si esa forma de no vivir era una forma de cumplir con la maldición de su propia madre, cuando murió su padre de un ataque al corazón y ella se quedó sola y asustada en un país extraño. O qué. ¿Por qué una mujer se arriesga a vender su cuerpo, a que las violen por dinero, a perder lo que más valora una mujer: su pudor? No sé por qué, pero ahí están ellas, esperando en las esquinas de todas las ciudades, temblando de frío en el invierno, refutando la conocida sentencia de otras mujeres que dicen yo lavarían pisos antes de ganarme la vida de esa forma. ¿Resignación? ¿Locura? ¿Debilidad? O qué.

Por fin se casa la Reina de América y hasta en España están de fiesta. En sus manos enguantadas de ceda blanca sostiene nerviosa, pero feliz, un ramo de rosas blancas. Y su pelo, cuidadosamente arreglado por la nana, está atado por detrás con una cinta blanca y cubierto con gracia por un tul de fina trama. La tela del vestido fue traída de Francia, y su corte tan fino y elegante se debe a las manos cuidadosas de Mademoiselle Lillie.

La reina de América está hermosa y expectante, mientras espera el estallido de las trompetas nupciales para entrar al templo donde la espera el príncipe de Dinamarca, con su español lento y todavía escaso, con su traje negro y su ramo de azahares en la solapa.

Todos murmuran y luego callan, porque la ceremonia está por comenzar. Se hace un breve silencio y Marianela, la reclusa de la celda vecina, que tantas veces había jurado que, así como la veían, ella había cantado en el Colón (antes de que la pillaran haciéndole favores a un contratista que pasaba cocaína de Bolivia), llena sus pulmones de un Ave María profundo y oscuro, y lo deja salir llorando por su garganta, interminable, de una forma tan emocionante que los presentes, que conocían la historia del Colón pero que nunca la habían escuchado con tanta fuerza y con tanta convicción, terminan por convencerse de su verdad. Enseguida, Mabel entra a la sala principal, acompañada de una de las presas que se encarga de que no se caiga sobre la alfombra de alto tránsito que el comisario mandó sacar del pasillo que va del hall a su despacho para una ocasión tan especial. Mabel avanza con una sonrisa enorme y nerviosa; muestra todos sus dientes, de una forma inhibida que a Vicente le parece exagerada y fea hasta el punto de avergonzarlo. El ramo de rosas blancas amenaza con desprenderse de su mano, pero ella lo aprieta contra su vientre, mientras mantiene abierta su sonrisa que muestra a izquierda y a derecha. La música la conmueve y sus ojos se humedecen de alegría y enseguida una mujer gorda que espera al costado de la fila deja oír por un instante un llanto que ahoga con una mano. Se casa la Reina de América y todos deben estar felices.

En el altar espera el sacerdote con una túnica negra y una barba postiza que cedió amablemente el Departamento de Investigaciones para que Sofía, la reclusa compañera de celda de la novia, cumpliera también ella su sueño, aunque secretamente, de officiar de hombre ante un público numeroso y a la luz de los faroles artificiales.

El novio no está, pero aparentemente esto no importa a Mabel y tranquiliza al comisario y al señor Zubizarreta que a la entrada de la sala esperan preocupados el desenlace de la boda. A un costado del altar, mandado construir con urgencia pero con cuidado por parte del señor Zubizarreta, espera el sargento Martínez Pessoa, por orden del comisario y en previsión de las necesidades del caso, para reemplazar al novio imaginario.

Los novios imaginarios se detienen ante el altar, mirando fijamente hacia delante. De repente, el silencio da a los arreglos de flores y velas cierto aire de funeral, pero eso bien puede deberse a la angustia que experimentan los invitados, que no alcanzan a percibir que la novia está feliz y emocionada. Después de una tos reprimida e innecesaria, la reclusa-sacerdote comienza a leer las páginas improvisadas en la noche y corregidas por el comisario, y siente que debía haber abreviado, que mientras las escribía había sentido entusiasmo y ahora estaba tensa. Pero lee con voz sagrada.

-Mabel Moreno... Zubizarreta -recita finalmente Sofía, la reclusa-sacerdote-, acepta por esposo a... -dice y mira a la novia que continúa sonriendo con todos sus dientes.

La reclusa-sacerdote se pone nerviosa por primera vez e inclina el peso de su cuerpo sobre el otro pie. Aprieta la hoja que fue intercalada en un

libro grueso y continúa:

-¿Acepta por esposo -insiste- al Príncipe de Dinamarca?

-Sí, acepto -contesta Mabel sin esperar y mirando siempre hacia adelante, para no ver al novio directamente a la cara.

Vicente detiene su mirada en las caderas de Mabel, ahora demasiado gruesas y cubiertas por un ridículo vestido de seda blanca que le acentúa con sus brillos esas formas indeseadas por cualquier mujer, y comprende que probablemente ese sea el único vestido de novia que comprará en su vida, a la única mujer que había despertado en él algo parecido al amor o al deseo de un hombre que no fuera homosexual. Un amor que, aunque ya no quería reconocerlo, había resultado tibio pero inextinguible, frustrado doblemente por el rechazo de ella, por ese enfermizo amor por un hombre inexistente, con el cual terminaba casándose ahora. Había venido a América siguiendo sus pasos y ella lo había rechazado. Y de nada le sirvió hacer fortuna para conquistarla, o por lo menos para ayudarla a abandonar aquella vida de prostituta que, se le ocurría, la ejercía para lastimarlo a él, para volver a decirle que ella nunca podría sentir algo por él, no porque fuera su primo sino porque ya había amado a un hombre y no podía volver a amar a nadie más, y lo iba a esperar hasta que se muriese, para recorrer entonces el camino inverso del tiempo que la llevaría de nuevo a los brazos de su bien amado, como si la locura de los Moreno fuese hereditaria y se hubiese desencadenado toda junta con la pérdida de la bodega. Pero Vicente no se conformaba; le decía que ella misma lo había confundido, cuando llegó de España a la pensión de la Ciudad Vieja, recibiéndolo con una ternura exagerada, confirmando aquellas palabras tan dulces que había leído en sus cartas. Pero eso no era amor sino otra cosa, ¿comprendes? Muchas veces sentí que me iba a morir sola y aplastada en medio de una pelea de machos, con una gripe incurable o sencillamente de hambre. Y tú llegaste trayéndome todos los olores de mi casa en la solapa, aquellos recuerdos de cuando éramos niños o adolescentes y nunca nos habíamos imaginado que la desgracia existía de verdad. Y os ayudé con unos duros, decía Vicente y Mabel agachaba la cabeza. Sí, también me ayudaste con unos duros y me seguiste ayudando hasta que... Hasta que descubrí que te acostabas con hombres por dinero, le decía Vicente y Mabel se quedaba callada, alisando con una mano las páginas de un diario, como si fuese la tela suave de un mantel estampado. Pero tal vez él lo había sabido todo el tiempo y no quería darse por entendido, y solo le sirvió como argumento para tirárselo en la cara a Mabel cuando ella le dijo que se equivocaba con sus sentimientos. Y también recuerda, con vergüenza, apretando los labios y estirándolos como para dar un beso en el aire, aquella otra propuesta suya, como último recurso desesperado, cuando quiso pagarle una fortuna para que se acostara con él una noche, por lo menos una noche, como si se tratase de un desconocido más. No, así tampoco vale, le decía Mabel y a él se le inundaba la cara de sangre. No os pongáis mal, Manolete, que ya encontraréis una chica guapa, como dicen aquí. Porque no sé si te has dado cuenta que en este país faltan muchas cosas, menos mujeres lindas. Y sin embargo, no fueron las mujeres sus mejores compañeras. En este país o en España las mujeres son todas iguales, decía Vicente levantándose sin concluir la frase que, seguramente, lo llevaría a decir cómo eran de verdad las mujeres. Y como el tío odiaba tanto a las

mujeres, era lógico que se las arreglara mejor con los hombres que, dicho sea de paso, nunca le propondrían matrimonio ni la división de su fortuna por intermedio de tribunales. Pero Vicente Zubizarreta nunca fue feliz con sus muchachos, que lo esperaban a las ocho de la noche en el apartamento de la Avenida Brasil, leyendo el Código Civil porque el viernes tenían examen en la Facultad, recordándole que no se molestara en abrir la heladera porque ya no había nada, y que esperase un momento para ir a la cama que ya terminó con esto. Y tampoco ellos lo hacían por amor, alcanzaba a darse cuenta Vicente, sabiendo que este pibe, como el otro, se las tomaría apenas terminara la carrera, volviéndose al interior para luego no volver a saber más de sus vidas de padres de familia que evitaban siembre ir por Avenida Brasil cuando andaban por Montevideo. Y aunque resultara absurdo, tan absurdo como esa misma ceremonia, ahora, con la espalda pegada a una pared fría y sobre unas piernas temblorosas, Vicente siente un puñal en el estómago, como si le dolieran tanto los celos por el príncipe imaginario como por la locura irreversible de Mabel. Éxitos y fracasos, dice para sí mismo, y más tarde casi completa la frase: pero nunca vuela atrás. Entonces siente que está a punto de llenar sus ojos con lágrimas y parpadea, temiendo que el comisario pudiese advertir algún tipo de emoción en su rostro.

-Señor Príncipe de Dinamarca... -repite la reclusa-sacerdote- ¿acepta por esposa a la princesa Mabel Moreno, futura Reina de América, por la Gracia del Señor?

Alguien murmura «Sí...».

El señor Zubizarreta baja los ojos y se retira de la sala. El comisario lo sigue discretamente con la mirada, preocupado y adivinando que la escena ha acabado por avergonzarlo. El señor Vicente tenía algo de niño insatisfecho y caprichoso; un chaval inmaduro, decía Mabel, lo que no le impidió amasar la fortuna que amasó. O por eso mismo la hizo, porque era un chaval de esos que había cumplido treinta y cinco años y seguía empeinado en cumplir su promesa a todas luces ridícula y vanidosa, más producto del resentimiento que del amor: de todas formas te estaré esperando, Maica, y tú sabrás dónde encontrarme, cuando un día, caminando por la ciudad o dejándote llevar por el rumor de la gente, verás en una esquina de Pocitos una puerta de oro. Yo no sé qué libros tan antiguos te daban para ir a la cama, mi querido Vincent -recuerda que le había dicho Mabel, un poco en tono de burla y otro poco conteniéndose para no llorar, se dio cuenta él-, pero en América es diferente. ¡En América, en América! Así es, Vincent. Yo no voy a pasar nunca por esa puerta de oro, mi querido Vincent, porque lo que yo vendo es mi cuerpo, no mi alma.

Y la puerta fue construida en dos enormes piezas de roble, enchapadas en láminas de oro dieciocho, confirmando hasta ese momento que todo lo que se proponía un hombre emprendedor y tenaz era obtenido en este país generoso, multiplicando con esa grosería ostentosa el número de clientes que acudía solo para ver de cerca la famosa puerta, para tocarla como un creyente budista acude en Tailandia a la estatua yacente del maestro para agregarle una nueva lámina de oro. Así aumentó el señor Vicente sus clientes y su fama, anécdota que luego fue deformada por la memoria popular, atribuyéndosele a su creador una especial lucidez para hacer fortuna de la nada, incluso de una forma tan excéntrica, como solo un ser

imaginativo podía concebir, no faltando el adulón que intentara bautizarlo como el nuevo Rey Midas, para llamarle la atención. Así que la Puerta de Oro pasó a ser el símbolo más admirado de Z-Demoliciones y de un país que apostaba al progreso de la sociedad a través del progreso de sus miembros, pero nunca llegó a cumplir con su verdadero objetivo de verla pasar a ella, más un capricho insatisfecho del niño Vicente que el verdadero amor. -Entonces, en nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, los declaro Marido y Mujer.

Todos gritan y aplauden. Y antes de que el novio bese a la novia, el comisario la toma de la mano y le dice, con urgencia:

-La mesa está servida.

-Sí, ya vamos -dice Mabel, a punto de ponerse nerviosa-. Pero, ¿a dónde fue mi esposo?

-El Príncipe he debido salir, su Majestad -dice el sargento con ironía y el comisario lo mira con odio.

-Dinamarca ha entrado en guerra con Francia -improvisa el comisario, temiendo recibir una respuesta sensata.

-Volverá -insiste Mabel, tomándolo del brazo-. Dígame que va a volver.

-Por supuesto. El Príncipe no corre peligro porque lo siguen los hombres más valientes de Europa. Pero, por favor, ¡cortemos el pastel que nos está esperando!

La torta de boda tiene cuatro enormes pisos coronado con un castillo de azúcar, y fue un regalo del señor Zubizarreta, que de esa forma quiso estimular a los concurrentes. Mabel corta el pastel y sirve a la concurrencia que, a su tiempo, repiten:

-«Gracias, Hija de España. ¡Que viva la Reina y que viva el Rey!».

Mabel recupera su enorme sonrisa y come el pastel con sus dos manos temblorosas. Unas migas de pastel caen al piso y otras se pegan a los costados de su boca sonriente.

Arroz con leche
me quiero casar
con una señorita
de San Nicolás

Pero la Reina de América está triste porque su hombre no vuelve. Se ha perdido en el mar y no podrá escucharla repetir toda la noche Job, Job... Tal vez se le ha hundido el barco en una tormenta o lo han matado en la guerra. Tal vez vuelva algún día, aunque seguramente ya no podrá encontrarla, porque ha sido engañada en América y confinada a la más oscura de las mazmorras, porque en América no hay príncipes ni reyes. Y ya ni siquiera puede gritar. Entonces vuelve a recordar su rostro para dormir, como cada noche. Job, Job... Pero ya no puede dormir y se queda con las dos manos cruzadas en el pecho, esbozando una sonrisa que parece de dolor, pero que en realidad es de alegría, como la que se le dibujará un segundo antes de que su corazón agitado deje de latir, liberándola ahora sí para siempre de ese sueño extraño, incomprensible, doloroso y, después de todo, fugaz.

Voltaire es más listo que su abogaducho. Vende el Soldi a el señor Fabila

Monterroso y págale de una buena vez. Y que no se entere el pintor, ya que fue un regalo suyo.

Job, Job... -repite en la oscuridad y una voz le chista «¡Sssh!». Pero Mabel continúa murmurando palabras ininteligibles y alguien dice: «¿por qué no llevan al manicomio a esa loca?». «A ver, Marianela, cantate otro poquito de ese Ave María, dale», dice alguna desde lejos, y, después de un largo silencio y de otros quejidos de la loca Mabel, se decide a cantar un poquito, aunque ahora en voz muy baja, lo que de todas formas no impide que su garganta se vuelva a llenar de lágrimas, teniendo que interrumpir de nuevo su canto en un murmullo de labios apretados, hasta que se transforma en una especie de «mmmh» de cuna.

Mabel abre su risa enorme de dientes arruinados. Su nueva habitación no es muy diferente a la anterior: hay rejillas en la ventana y no hay suficiente luz para leer o para jugar. Pero las mujeres que le traen la comida no la tratan tan mal. Hasta le dan de comer en la boca, cuando está un poco nerviosa y le tiemblan las manos. Y cuando en la noche murmura «Angélica tiene novio, Angélica tiene novio...», ya nadie la hace callar. Entonces, se ríe con ganas y luego se queda pensativa. Largos silencios de voces antiguas enmudecen sus ojos; su frente estática, mirando un rincón difuso de la habitación rosada.

-No, papá, no se ponga malo -murmura, retorciendo el pijama-. Os juro que no volveré a...

-Mala hija de España.

-Pero no se ponga malo, por favor, papito.

-¿Para eso crie una hija y le di tanta educación?

-No se ponga malo...

-Para que anduviera a los besos con cualquier reo...

-No, nunca más yo... Le juro que nunca más volveré a verlo, papito, pero no os pongáis malo.

-Si te viera tu madre... -insiste Rodrigo, como si no la escuchara.

Mabel le toma la mano y la recuesta a sus labios. No la besa; siente que es la mano de un anciano, débil y delgada. Cómo ha cambiado esa mano que hasta ayer era fuerte y grande debajo de sus axilas, cuando la levantaba por las nubes para que pudiera volar como los pájaros de Toledo. Tampoco su rostro es el mismo: está pálido, hundido en la almohada y con los ojos más pequeños, mirando el techo, sin fuerza pero todavía con rencor. Mabel piensa que hasta hace un año ese mismo rostro era joven y alegre, y enseguida le viene a la memoria un domingo de caza, detrás de una escopeta y debajo de un gorro escocés, haciendo una mueca exagerada para mirar por sobre la punta del caño por donde saldrá una bala imaginaria, directo al corazón de un enorme dragón que unos años antes la había molestado en sus sueños; el dragón chino.

-¡Dios mío, Dios mío! -repite para sí, sintiendo la fragilidad de esa piel en sus labios, el olor del alcohol evaporado y los dragones chinos moviéndose en la oscuridad de sus párpados apretados.

-Y todavía... -dice Rodrigo, y se interrumpe para toser. Pero no tose y vuelve a recostarse, cerrando los ojos con dolor-. Y todavía pensabais dejarme solo en esta tierra de salvajes.

-No es verdad, papá. No es verdad -murmura de nuevo, tirando del pijama hasta descoserlo por debajo de la axila.

Entonces Mabel comienza a llorar, desconsolada. Una enfermera gorda abre la puerta y se sienta a su lado. Le pasa una mano por la cabeza y dice:

-Vamos, Mabel, ¿por qué no te recuestas un poco? Es muy tarde.

Pero Mabel no puede dejar de llorar, con los dientes apretados y la mirada fija en el mismo rincón. Por un momento, a la enfermera le parece que Mabel se ha golpeado contra algo, porque nota que tiene una sien hundida. Pero sus sienes están hundidas por algún misterioso dolor que ella no alcanza a comprender.

-¿Querés que traiga tu muñeca? -insiste la enfermera, pero Mabel no contesta ni hace algún gesto diferente. Aprieta aún más los dientes y las lágrimas le inundan toda la cara. Solo llora y llora, como una niña, cada vez con más fuerza y con menos aire.

Entonces la enfermera se asusta, se golpea contra el filo de la mesa y sale corriendo en busca de ayuda.

Charly no quiso que le venda el Soldi para pagarle. En cambio aceptó quedarse con la pintura. Dice que él también conoce a Soldi. Charly no es tan malo como tú crees. Dice que Voltaire vivirá más de quince años con lo bien que lo cuido yo.

Jacobsen pone de nuevo la carta adentro del libro y se recuesta en la litera, como si acabara de llegar de un largo viaje, exhausto. Detiene su mirada otra vez sobre ese dibujo, ahora borroso, que algún Miguel Ángel contemporáneo hizo en el techo de la celda. Se trata de una mujer desnuda que abre las piernas para mostrar su sexo goteando líquidos blancos y oscuros. Abajo dice Lucía Santana da Luz (3/10/66). Las manos diferentes se toman los pechos mientras reclina la cabeza hacia atrás en un gesto dentado que puede ser de dolor o de placer o de ambas cosas: sangre y semen, piensa Jacobsen, mientras Lucía abre más las piernas y quiebra la cintura, la cabeza más hacia atrás como si quisiera abandonar el resto de su cuerpo, como si quisiera que su cuerpo quedara sin su gobierno, en manos del macho violador, hasta que un grito de excitación retumba en sus oídos. Lucía Augusta Mabel Augusta Lucía se retuerce y su sexo vuelve a derramar un líquido blanco y otro negro que tal vez sea rojo en la oscuridad. Jacobsen sabe que en ese preciso momento Augusta estará con el doctorcito, y aunque él nunca la amó como aman los enamorados, sino apenas como pueden amar los sobrevivientes de un naufragio la sirena de un barco que se aproxima, siente que quisiera estar ahí, para pegarles un tiro a cada uno. Pero, ¿por qué? ¿Con qué derecho? Que cojan tranquilos, che. Imagina el titular de un diario: NARCISO HERIDO DISPARA IRRACIONAL.

Ellos

lo están haciendo ahora; puede sentir sus quejidos entre las sábanas, como si estuvieran en la celda de al lado. Tal vez la fiebre de la gripe lo hace oír alucinaciones. Tose de nuevo, pero no termina por despertarse del todo ni puede hundirse definitivamente en el sueño. «No la amaba, pero la mató igual». Una puerta se abre, una ventana se cierra, alguien en la calle toca dos veces la bocina, un pez espada pierde su cuerno, una taza de café se derrama un poco sobre el platillo y el mozo pide disculpas. «La mató a ella porque, en el fondo, era homosexual». «Disculpe que me entrometa, doctor, pero en realidad la maté porque, aunque usted no lo crea, en el fondo soy hincha de Boca». ¿Me está tomando el pelo?, le reprocha el doctor de la gripe, y él le responde: en cualquier caso no lo

estoy insultando, doctor. Además, no me dirá que en este país la gente no se mata porque es hinchas de Boca, ¿no? Si no fíjese aquel chico de Racing, doctor, que no hace más de una semana murió a palos de un hinchas de San Lorenzo. Y yo no diría que es homosexual o que es lo contrario: solo diría que es un asesino. En el fondo, doctor, puedo ser todo aquello que usted y su ciencia puedan suponer; incluso hasta puedo ser un tipo bueno. Lo importante no es lo que yo sea, porque a la ciencia nunca le importó algo así como la ontología de las cosas que más le llama la atención, sino cómo usted pueda explicar lo que yo soy, con los tres o cuatro dogmas fundamentales que maneja su ciencia del alma humana, así como para Fischer no importa qué es el ajedrez sino cómo puede desarrollar un buen juego con esas reglas absurdas de una especie de guerra abstracta. Aún entre sueños, Jacobsen siente que su razonamiento es fundamental y se emociona, como alguien se puede conmover al inventar una melodía mientras sueña, una de esas melodías que conmueven hasta lo más profundo del alma soñante pero de la que luego, al despertar, queda poco y nada, o ya no parece tan perfecta y la idea clara y lúcida se convierte apenas en una percepción obvia o demasiado absurda. Despierta un momento y se vuelve a dormir en medio de una lluvia de granizos del tamaño de un huevo de gallina, ahora con una fiebre en aumento que le hace sentir que a la distancia los barrotes de la celda se convierten en tripas blandas que cuelgan del techo y se anudan unas contra otras. Son sus propias tripas que sufren el calor de la gripe, mientras afuera hay un frío intenso y húmedo que lo hacen temblar de vez en cuando. Voy a morir, piensa por un momento y enseguida continúa la discusión con el terapeuta. Pero ahora le duele razonar. El doctor, es Luciano Popov, profesor de la UBA, un positivista del siglo pasado y consecuente lector de Popper. La verdad es un concepto puramente metafísico, le contesta Jacobsen; la ciencia no tiene nada que hacer en este terreno. Su objetivo es aumentar el Poder sobre el mundo, no la Verdad. Si no, piense en las verdades de Ptolomeo, de Newton y de Einstein. Esas son aproximaciones al poder y revoluciones de la verdad. Piense que el retrato minucioso del Cardenal de Rafael no es el Cardenal, por más aproximaciones y correspondencias que hubiesen habido entre ambos. Solo las sensaciones del mundo son verdaderas, porque son lo que son; no se presentan en representación de otra cosa. En cambio, un conocimiento cualquiera de la realidad siempre será un instrumento auxiliar, útil, exacto. Pero no verdadero. Si careciéramos del olfato, seguramente inventaríamos aparatos que nos indicarían cuándo hay olor a carne quemada, tal vez con una luz o con un sonido. Pero ni la luz ni el sonido serían el olor, solo porque se activen cada vez que éste se hiciera presente. Lo mismo hacemos con nuestras propias carencias humanas: la incapacidad de percibir el espacio tetradimensional hace que necesitemos de teorías matemáticas. El doctor Popov parece distraído, no le está prestando atención a lo que dice. De repente, comienza a orinar sobre una planta de malva. Jacobsen hace un esfuerzo insoportable por despertar del todo, mientras se suceden voces, gritos y risotadas. Es la risa pícaro y aniñada de Augusta. Están cogiendo y yo aquí como un cornudo. Pero, ¿qué derecho? Augusta, Augusta. ¡Callate, che, y dejate de hacerte la paja a esta hora!, grita alguien y Jacobsen cree que es Charly. Bueno, basta. Suficiente. Poner la mente en blanco, sentir nada, apagar el deseo, el dolor, la

existencia toda -ya es silencio.

Yo odiaba esa costumbre de dejarme cada semana el dinero en mi cama en lugar de dejarlo en otra parte del apartamento. Y tampoco comprendía bien por qué no me lo daba todo una vez al mes, para no recordarme tanto que yo dependía de él. Pensé que me dejaba el dinero en mi cama para poder entrar a mi cuarto con una excusa. Pensé que él, como yo hacía con mi madre, revisaba mi ropa y buscaba cartas que nunca nadie me escribió. «El tío quiere saber cómo es una mujer -pensé entonces-. Él me deja el dinero en mi cuarto porque yo no le cierro la puerta». Entonces comencé a revisar mis propias cosas tratando de advertir algún desorden. Algunas cosas me parecían fuera de lugar, como una pintura de labios que tiré a la basura suponiendo que tal vez el tío podía haberla usado. Pero no estaba segura de nada; en esos tiempos mi vida era un caos y podía encontrarme un día caminando por la rambla sin recordar hacia dónde iba. De madrugada, me llamó el tío por teléfono para decirme que mamá había fallecido. No tuvo el valor de volver al apartamento, para decírmelo personalmente.

-Lo siento, hijita, pero mamá ya no está entre nosotros.

-¿Qué estás diciendo?

-...que tu madre sufrió una descompensación.

-¿Una qué?

-Una descompensación cardiorrespiratoria.

-¿De dónde me estás llamando? -pregunté yo, como si fuese una operadora de ANTEL.

-Del Hospital de Clínicas. Lo siento, Consuelo, pero yo...

-Yo también lo siento -dije y le colgué.

Yo solo podía pensar en la última noche que la vi en la esquina de Bulevar España. Podía ver otra vez con claridad su frente arrugada por una expresión de error involuntario, con sus ojos grandes mirando asustada a su hija que la había descubierto, luego mirando hacia otra parte para no ver que sentía tanta vergüenza como ella había sentido orgullo al verla salir de la facultad. Una y mil veces me pregunté cómo hubiese sido posible borrar tanto dolor. Aún si hubiese tenido la oportunidad de encontrarla y pedirle perdón, aún si ella me hubiese pedido que olvidase aquella noche, seguiría sintiendo lo mismo, ese infierno eterno que un dios perverso había calculado para mí. Entonces supe que aquel había sido uno de esos hechos irreversibles, como la muerte misma. No era posible despertar y pensar que el irreparable crimen que habíamos cometido en los bajos fondos de la noche había sido anulado por el primer sol de la mañana. No era posible olvidar, pensaba, y para mí despertar solo significa morir. Solo tirándome del décimo piso borraría de mi mente esos ojos grandes que en lugar de acusar pedían perdón por la imprudencia. Volvía a pensar en la frase del tío: mamá ya no está entre nosotros. ¿Y cuándo estuvo entre nosotros? Pero aunque me esfuerce, no puedo recordar qué hice o qué pensé inmediatamente después. Solo recuerdo cuando entré en el ascensor y vi otra vez mi cara en el espejo. Mi cara me recordaba a ella; no porque se pareciera: esa era la cara que yo miraba insistentemente en un espejo de su casa-prostíbulo de la Ciudad Vieja, cuando intentaba descubrir en mis facciones la cara y el país de mi padre. Salí a la calle bien entrada la noche, con la misma ropa que había usado en Punta del Este, cuando conocí a Angélica: una pollera azul, muy corta,

lo último del verano, un body blanco y la misma cartera de cuero que usaba siempre. No necesité disfrazarme. Antes que me detuviese en una esquina de Bulevar España ya me estaban silbando y cuando me paré en Bulevar y Escoceria, no tuve que esperar nada. Pensé que no estaba haciendo las cosas bien: lo ideal hubiese sido ir hasta el puerto y no conformarme con algún tipo recién bañado y afeitado, de esos que trabajan en el Centro y vuelven a Pocitos de noche. No tuve que esperar nada. Dos o tres autos se detuvieron (no podía ver bien por los focos de las luces encendidas) y esperaron que me acercara. Tal vez no era una prostituta. Elegí un Ford Falcon, porque estaban de moda, y sin que me temblaran las piernas como me temblaban cuando entraba al liceo y mis amigos murmuraban, abrí la puerta y me metí.

El tipo no era un viejo canchero, como me había imaginado desde el principio. No tendría más de treinta años y parecía atontado o ya era tonto de nacimiento. Se quedó mirándome detrás de unos lentes gruesos y sin saber qué hacer, así que antes que me dejara pensar le pregunté, como hubiese preguntado una mujer con experiencia:

-Bueno, ¿y ahora qué te pasa, querido?

Estaba claro que era uno de esos comelibros que un día se había armado de valor para conocer el mundo exterior. Se equivocaba en los cambios, decía frases inconclusas y se interrumpía idiotamente en cada palabra que, si agarro para allá no, digo porque no hace frí... en todo caso yo no sé si vos, digo no sé tu nombre.

-Consuelo.

-¿Consuelo? Me llamo Consuelo Moreno y voy al colegio Juan Bautista. De mañana duermo, de tarde estudio y de noche hago dinero en la calle.

-¿Por qué hacés esto? -dijo en algún momento, esa pregunta que me imaginaba debían escuchar una y otra vez las mujeres de la calle. Y ellas debían repetir siempre, por norma:

-Porque me gusta.

-Es decir que, bueno, que te gusta lo que entonces...

-Sí, eso mismo. Que me gusta hacer lo que hago y que me hagan lo que me hacen.

-Bueno pero si...

Un comelibros. Justo a mí me iba a tocar un comelibros que estaba nervioso y por poco no nos matamos en un cruce de calles. Él estaba nervioso y yo no sentía nada, ya ni siquiera ese sentimiento de tragedia que me había dejado hundida en el sillón del apartamento.

-Es que no tengo mucha experiencia -dijo al final.

Casi lo mato. Quería matarlo y lo hubiera hecho si en lugar de cartera tuviese una llave francesa en la mano.

En un momento supe que estaba perdido:

-Es que no sé si es por aquí que -decía-. O por allá la... no.

-¡Pará y dejame aquí! -le grité, y frenó de inmediato.

-Pero ¿qué te pasa... Consuelo?

-No me digas Consuelo. ¿Nunca te dijo tu mamita que sos un imbécil?

-No, pero no te vayas... Consuelo. Tengo dinero.

Le cerré la puerta con un golpe que casi le estallan los vidrios y me volví al apartamento mientras me decía que la imbécil de verdad era yo. Voltaire vivirá más que yo, porque es un gato libre. Si no lo pisa el auto

de Charly, claro.

IV. Amanecer El juicio final

Abre la puerta de su habitación golpeándola contra la pared y se tira en la cama, boca abajo y con los zapatos puestos. No pasan diez segundos y se sumerge en un sueño inquieto, al comienzo, y profundo y asfixiante al final. La Bestia persigue a su víctima de forma implacable, hasta que decide terminar con esa fuga repetida diciéndole que no hay nada que pudiera hacer, un esfuerzo humano, para salvarse de un monstruo mil veces superior. Cualquier defensa o cualquier agresión contra la Bestia está destinada al fracaso, como una vara contra los cuernos de un rinoceronte, porque la Bestia también es inmortal.

-Comprendo -dice el hombre o la mujer que huye, que por momentos es Consuelo y por momentos un pobre desconocido-. Pero si realmente eres indestructible, podrás resistir cualquier castigo que yo, inútilmente, pretenda ocasionarte.

-Así es -reconoce la Bestia, que no solo es poderosa sino también inteligente y comprende la intención de la pequeña creatura.

-Te arrojaré una gota de agua sobre la cabeza -dice benévolo, el hombre o la mujer- hasta que yo lo decida o hasta que me canse de hacerlo. El tiempo lo mediré yo, porque tú eres inmortal y no tienes apuro.

-Estoy de acuerdo -dice la Bestia- sométete inútilmente a tu castigo y yo resistiré sin dolor, hasta que un esfuerzo tan breve acabe con tu vida.

Entonces la víctima se tomó su tiempo. Con aparente calma, comenzó la lenta destrucción de la Gran Bestia que le llevaría toda la vida. No porque pensara vencer, sino porque era un hombre o una mujer y debía hacerlo. Arroja la primera gota como una piedra y la gota cae lenta, como arrastrándose en un aire espeso y asfixiante, y golpea en la frente del monstruo que no parpadea ni se mueve. Solo mira a su víctima con sus pequeños ojos, mientras la víctima se dispone a una lucha de cincuenta años. Hasta que despierta más agitada que al comienzo.

Apoya un codo sobre la cama y refrega la cara con la mano dura. Sí, no había sido un sueño muy freudiano, que digamos. Más bien parecía haber salido de una de las historias de las Mil y una noches. No parecía un verdadero sueño. ¿Pero por qué? Apoyó la cara en las dos manos y se quedó pensando en la frente ancha y oscura de la bestia, en sus ojitos diminutos como el de los toros de Picasso o el de las bestias de Cuevas, en la historia que no dejaba del todo claro quién era el vencedor. Digamos que

tal vez no era un sueño moderno; era un sueño antiguo, como una historia persa o hebrea. Porque si las manos y los pies cambian con los siglos amontonados, si las miradas ya no son las mismas, si las herramientas, las ideas y los miedos cambian también, si todo va para algún lado o va para ninguna parte, ¿por qué no habrían de cambiar los sueños también? ¿Por qué pensamos que con las mismas piedras que los hombres levantaron las pirámides de Egipto solo se pueden levantar pirámides y no murallas o catedrales? ¿Tal vez porque los sueños son el único reducto, científico y ateo, de la Eternidad?

Fue un funeral escaso de concurrencia, of course. Cuando la vi pálida, recostada en el cajón, un instante antes que le pusieran la tapa para llevársela, me dije o le dije, con una imperdonable ironía: al fin os encontré. Y la vida siguió igual, como dicen que sigue siempre. Yo maldiciendo al tío porque no me había dicho que sabía adónde vivía, cuando seguramente ella me había necesitado, o tal vez me habría llamado antes de morir, y yo y él huyendo de la vergüenza de esa mujer. ¡Y él haciéndose el estúpido, contestando con evasivas o no contestando nada! Apenas llegaba de la oficina, dejaba sus cosas, se cambiaba y se iba, para no escuchar mis preguntas, para emborracharse con sus muchachos y volver a las tres de la madrugada chocándose con los muebles del living.

Ya ves que esta vez no me olvidé deste libro. He estado muy ocupada.

Incluso Voltaire se ha vuelto insoportable. Yo no sé qué le pasa. No leas tanto y cuídese del frío de la noche.

Una noche, cuando llegó el tío, tarde como siempre aunque no tan borracho, puse en marcha mi venganza. Esperé a que apagara las luces y que se fuera a dormir para ir a su dormitorio. No había luz debajo de la puerta y tampoco estaba cerrada con llave. Entré y me detuve un momento ante esa silenciosa oscuridad, sabiendo que me estaba mirando, y me desnudé para entrar a su cama. Había pensado que si era homosexual lo descubriría tocándolo, y eso lo llenaría de vergüenza; y si no lo era o era hermafrodita, cometería su mayor error, porque yo iba a tirarme del décimo piso y todos pensarían que él me obligaba a compartir su cama. Solo podía ocurrir lo peor: que el tío Vicente fuera un buen tipo, un santo padre, como decía la profesora de francés, y me humillara diciéndome que saliera de la cama, que eso no se hacía. No me penetró, pero me estuvo manoseando hasta que me harté y me desprendí de su lado. Salí a la calle, confundida, derrotada y humillada por el señor. Había sido masturbada por un hombre y no tenía ninguna prueba que lo involucrara después de mi muerte. Pero algo había ganado (quise pensar): había quedado claro que el tío Vicente no era el santo padre que fingía ser y ahora yo tenía una buena razón para odiarlo como lo odiaba. Y mi desprecio se desparramó por toda la gente que a esa hora caminaba por la calle, porque comprendí que todo hombre es un santo hasta que se le presenta la oportunidad para dejar de serlo, y que si entre todos aquellos peatones había tanta gente fiel a sus maridos y a sus esposas y a sus puestos en la administración y a sus religiones, era porque no habían tantas Consuelos que estuvieran dispuestas a probarlos para descubrir la verdadera naturaleza de sus corazones. Y que era por la escasez de elementos provocadores como yo que la hipocresía de esos nobles ciudadanos estaba a salvo de la luz. Comprendí que los más profundos deseos sexuales se oponen a los sentimientos morales, que unos son la

causa de los otros, y que la gente no quiere que hagan con ella lo que ellos quisieran hacer a los demás; y que por eso mismo se predica lo contrario: no hagas a los demás lo que no quieres que los demás hagan contigo; que un hombre de moral no es solo un hombre de buenos sentimientos sino un ser sucio y animal que reprime exitosamente sus horribles deseos. Y también comprendí que nada de eso importaba, o no debía importarme a mí, y que era más fácil cambiar el Universo entero que una mísera parte del mundo.

Bajé al río cuando ya casi amanecía, la primera niebla espesa del año, sin ideas y sin sentimientos, el recuerdo débil de un viejo verano. Después subí a la rambla y tomé el 195, al Cementerio Norte. En el camino me ocurrió algo curioso. En una parada vi que subía el padre Roberto, con su gabardina negra y su portafolios de cuero. Entonces hice que no lo había visto y mantuve la cara para el otro lado, como si estuviera muy ocupada con lo que ocurría afuera, en la calle, y no incómoda con su presencia. Pero él se colgó al caño del pasillo y se quedó allí, mirándome durante varias cuerdas, inundándome con su perfume de Pino Silvestre y recostándose contra mí de forma que tuve que inclinarme hacia el otro lado para no sentir más sus testículos contra mi hombro izquierdo. Más allá, por General Rivera, me pareció que subía el Tito y me llené de miedo. Siempre temía encontrarme con este ser despreciable en esa ciudad que se estaba volviendo maldita para mí. Pero cuando el sospechoso subió, comprobé que solo había sido una impresión, la misma que había tenido del supuesto padre Roberto, que en realidad era un tipo muy parecido, incluso en la insistencia de mirarme como un tarado cuando le pedí permiso para bajarme. El nicho adonde la habían puesto no tenía flores y los restos del portland que sellaban la entrada estaban secos y agritados. Una inscripción desalineada y con pintura negra decía, como una broma de mal gusto:

MABEL MORENO ZUBIZARRETA

REINA DE AMÉRICA

MADRID - 2 DE JULIO DE 1942

MONTEVIDEO - 21 DE OCTUBRE DE 1983

En el Sanatorio, la enfermera gorda termina de colocar todas las pertenencias de Mabel en una caja (el cepillo de dientes, las fotos viejas, un lápiz de labios, un par de sutienes y un par de bombachas demasiado íntimos y gastados como para que le puedan servir a otra persona) y la sella con cinta de embalar. Cuando se dispone a llevársela, advierte que no ha revisado los cajones de la mesita de luz. Revisa y encuentra un sobre de carta con una dirección de Buenos Aires. Lo mira de ambos lados y, luego de dudar un momento, se anima a abrirlo. Es una carta de la pobrecita, se dice y lee unas líneas:

Mi querido J. J.:

Antes que nada, disculpa la letra, pero tengo frío. La gente de la casa dice que es suficiente el calor que hay que la calefacción está demasiado fuerte y que hasta da para sudar pero yo no puedo decir lo mismo hace frío y me imagino que Buenos Aires estará igual.

¿Cómo estás tu? Sé por una amiga que no estás mal aunque tu suerte no ha sido mucho mejor que la mía claro que desde hace muchos años sé tu dirección en Buenos Aires pero nunca me atreví a escribirte porque tenía

miedo (pánico) de que me pudieras encontrar el por qué ahora no importa te escribo porque ya...

La enfermera dice, en voz baja: «pobrecita, quién sabe quién...» y enseguida se da cuenta que se trata de otra fantasía de la Reina de América. Teme hacer una pelota de papel con la carta de la muerta y la dobla en cuadraditos, cada uno más chico que el anterior, antes de arrojarla en la papelería para que nadie se entere de que ha leído una correspondencia que no iba dirigida a ella. Titubea, aprieta los cuadraditos que se esfuerzan por desplegarse y, finalmente, les da un beso y los arroja a la basura, como hace siempre cuando tiene que tirar el pan que se pone verde en alguna bolsa de la cocina, como hacía la madre y como dice que hacía siempre la abuela Coca, porque a la vieja, gorda y hambreada, le había faltado la comida allá en el campo, castigo de Dios por tirar a los perros lo que todavía servía a los cristianos en época de sequía, cuando todavía llovía lo suficiente y en los campos los animales no se morían en las barrancas de los arroyos secos o inundados. El recuerdo de la abuela Coca se despliega de a poco, igual que la cartita de Mabel, piensa la enfermera, que ya ha duplicado su tamaño en un rectángulo, pero que no tendrá fuerzas para repetir la hazaña entre las otras pelotitas de papel y envases de té de mburucuyá. En un rincón de la cara visible parece decir miedo a las esquinas de... y el movimiento ahora casi imperceptible del papel le recuerda al Toco, un perrito que tuvo cuando todavía era una muchacha de pocas muertes y lo vio morir atropellado por un auto, acariciándole la cabeza mientras echaba sangre por la boca, respirando con dificultad, como casi no podía respirar de niña cuando lloraba y más tarde de joven cuando veía a su viejo amigo tirado en el patio de la casa, apenas rugiendo de dolor, esperando que se muriera de una vez por todas para no verlo así, pidiéndole inútilmente ayuda, mirándola cómo le pasaba la mano por la cabeza y por el lomo hasta que el alma se le desprendió del cuerpo en un temblor brusco y definitivo. Un miedo a las esquinas no podía ser más que el miedo de otro enfermo, de un ágora fóbico, como dice el doctor, piensa la enfermera y se decide por vaciar la papelería en una bolsa, mientras en el cementerio Consuelo camina haciendo sonar discretamente los tacos altos en el pavimento desparejo y solitario, cada vez más frío. El hombre que cuida a los muertos la mira, mira sus piernas largas y desnudas y en voz baja dice mamita. A Consuelo ya no la asusta la noche, no es tan débil, ya no puede ser tan infeliz. Yo le decía a una amiga que estaba pasando por un momento oscuro y clamaba por un profesional de la mente, que yo también había pasado por los infiernos y que, como un perro herido, me había curado a mí misma, lamiendo mis propias heridas. ¿Cómo? Palabra clave: rebeldía, rebeldía contra los fantasmas, rebeldía contra el enemigo interior. Fuerza, tal vez soberbia, iracundia. A vivir he venido a este mundo y vida entera voy a tomar de él. Temer, temblar, es morir. Camina y se vuelve indiferente, que también es una forma de no sufrir y de morir un poco.

Y si la tristeza me sienta en un banco
a revelarse en un banco de cementerio
yo descanso de mi risa frívola y apurada

solo por respeto descanso
por los muertos no me río
pero no me siento a mirar sus ojos
sus ojos negros sus ojos secos
como fui siempre
rebelde descanso y me levanto
no me tientan
no me agarran
en vano alegre o triste
¡yo siempre sé dónde, cómo,
quién es el ángel blanco y quién
dios!
el ángel negro.

Consuelo da vueltas por el centro (cuando caminaba le salían mejor las ideas, como si la reflexión fuera un acto semejante a transitar) hasta que se cansa y se desploma en un banco de Plaza Cagancha. Mira con cuidado la estatua que está sobre el pilar corintio, demasiado alto, separando en dos el tránsito que corre por 18 de Julio, como una piedra en medio de una de esas corrientes de agua que se forman a los costados de la calle los días de lluvia. Y aunque nunca llega a verla bien, supone que es la estatua de la Libertad, porque es mujer, y una mujer mal arropada siempre significa para los hombres la libertad, cuando es una estatua y no es una mujer de verdad; porque los héroes que son recordados en el bronce montando un caballo musculoso, son todos hombres, mientras que las ideas abstractas o las pasiones nacionales por las que se matan son todas mujeres, y porque en los países en donde se violan la libertad y la democracia siempre hay estatuas, edificios y calles con nombres como Democracia y Libertad.

Querida Augusta:

No olvide poner este libro adonde estaba. Cuando salga no quiero encontrar mi biblioteca desarmada. Tampoco quiero que otros la usen sin mi permiso. Estar preso no significa que me haya muerto. Después sí, ya es otra historia. Pueden desarmarla y donarla en pedazos a las bibliotecas de barrio. Lo mismo digo para mis órganos, que ya los doné todos (a sugerencia del médico del Ministerio de Salud Pública, al que le debía el favor de mantenerme vivo, sin ese maldito dolor), salvo el cerebro, que ya no sirve para más nada, y mi probable alma, que por lo visto está destinada a trasmigrar solitaria, de gato en perro, de hombre en rata.

En la cárcel he meditado mucho y creo haber aprendido algunas cosas (¿Qué otra alternativa tiene un preso si no la libertad espiritual?): es demasiada soberbia tener una concepción personal del mundo cuando a los pueblos les ha llevado miles de años desvelar verdades más simples. Por ejemplo, yo alguna vez pensé que las almas podían tener alguna oportunidad de encontrarse después de la muerte, no por la fe sino por el amor. Ahora me doy cuenta que es un error: las almas son entes solitarios por naturaleza, y vagan de un lado del Cosmos infinito hacia el otro, y solo de vez en cuando se encuentra una con otra semejante, chocan y rebotan como un montón de átomos de gas rebotan en un frasco.

También creo haber aprendido algunas otras cosas. Pocas, pero suficientes.

En realidad, el secreto no está en saber muchas cosas sino las necesarias. Y la gente cada día sabe más sobre lo que menos importa. Tanto libro al cuete, ¿vio? Como alguno de esos que me trae por equivocación o por recomendación de Charly. Recuerdo que en el colegio de Villa Devoto casi nadie sabía un corno de filosofía. Mucho menos de religión (si yo fuera ministro de cultura, haría obligatoria la enseñanza de religiones en la secundaria. ¡Eso es laicismo, qué joder!). Y aquellos que podían hablar algo de Sartre, Buda o Buber eran apenas excelentes repetidores de manuales. Es decir, eruditos. ¿Qué decadentes son los eruditos, no le parece? Jamás comprenderán que la estupidez y la decadencia es algo que se cultiva con mucho esfuerzo. Recuerdo que los chicos de la clase alta, y otros aspirantes, dominaban con facilidad dos o tres lenguas. Sus padres eran viejos y seguían acumulando títulos y diplomas y todo tipo de certificados que se expidiera en cursos y congresos internacionales de quince días, trofeos de ajedrez y todo tipo chatarrezco de conocimiento disperso o especializado. Conviví un largo tiempo entre toda aquella gente culta, atendiendo padres que sabían pronunciar mejor que nadie «Harvard» y «Yale», porque habían estudiado allí, y no alcanzaba a darme cuenta lo lejos que estaba toda esa cultura de la sabiduría. A mucha gente la cultura les hace mal; no saben qué hacer con ella. Recuerdo el caso del padre de Riquelme, una alumna mía, la gurisa más coqueta y elegante de la institución, que vivía para su Currículum, el que aumentaba de cuatro páginas en cuatro cada año y se ponía terrible cuando no lograba superar esa cifra al promediar diciembre. Tenía alumnos con papis de todo tipo, pero en lo esencial no se diferenciaba uno de otro: doctores, arquitectos, posdoctores, ilustrados o analfabetos con plata. Hoy una licenciatura en Oxford, mañana otra en Berkeley; hoy un millón, mañana dos, y si no patatús en el corazón y al carajo tanta acumulación. ¡Ay, nuestro mundito, tanto conocimiento y tan poca sabiduría, tanta superstición, tanta violencia, tan poca vista panorámica, tanto miope urbano, tanto ruido y tan poco silencio. Tanto cerebro y tan poco espíritu! ¿Y el hermanito de la Riquelme? Otro cerebro portentoso (como el de todo hijo), y un adoctrinamiento aún mejor. El pobre muchacho no había cumplido los cinco años y ya contaba el dinero que le daba su padre en francés y en inglés, hasta los céntimos, como hacen los yanquis, porque la honestidad comercial de los yanquis siempre estuvo rigurosamente en proporción inversa al valor del dinero, y por eso cuando uno paga un café te devuelven hasta la más ínfima monedita de cobre de cero centavo. El padre decía que así se aprendía más rápido, y el pobre Robertito metía la cultura en su cabeza de la misma forma que metía las monedas en un chanchito amarillo, a través de una ranura en el lomo. Coin, coin, crunch, crunch. A veces el colegio se me ocurría como un hipódromo donde concurrían los mejores caballos, nacidos para competir y para ganar, sudando por una meta que está al final de una absurda espiral, montados por un jinete que se lleva la poca gloria de un logro tan artificial. Toda nuestra elite, los futuros dirigentes y empresarios, estaba allí, entrenándose para el Futuro Éxito, tan ocupados en la meta al final de la espiral que no les quedaba ni tiempo ni capacidad para detenerse un momento a reflexionar sobre los monstruosos resultados. Cuando el padre de la Riquelme reventó a los cincuenta y dos años, todos elogiaron su capacidad para administrar una empresa líder en

Latinoamérica, su cultura y su poderoso intelecto. Y nadie se acordó de ese pobre corazón que un día, cansado y olvidado, se partió en dos. Cuántas monstruosidades se practican a diario con tanto entusiasmo, ¿no? Claro, Augusta, usted dirá todo lo contrario, porque es una buena mujer de Río Cuarto, y porque cree que su vieja es más feliz ahora que le mandó el televisor que antes, cuando vivía rodeada de niños mentirosos. Sí, también, usted o Charly enseguida dirán que antes el paisaje humano de las ciudades industriales no era para nada alentador. Y tendrán razón. Pero fíjese, Augusta, cómo no sería el entusiasmo de aquella gente que vivió hace cien años en nuestra Europa, que invirtieron décadas enteras proyectando sociedades perfectas. Los que no se tomaron la molestia de pensar estaban convencidos que la perfección era inevitable. Nada que hacer contra el progreso. Hasta que en nuestro siglo pusieron manos a la obra, y entonces tuvimos revoluciones y contrarrevoluciones, guerras y silencio de cementerios. El Progreso de la Historia acabó con todas las esperanzas de los Bienintencionados. Ahora fíjese que ya nadie habla de construir una sociedad fraterna que reemplace a nuestra civilización salvaje, algún proyecto utópico de sociedad basado en el progreso moral. Ahora la discusión ya no se centra en aclarar cómo se puede construir una sociedad perfecta, como antes, sino en cómo haremos para evitar la Catástrofe. ¿Y qué hacemos los blancos para evitarla? Lo mismo de siempre: imponer en todo el mundo nuestras verdades de turno, porque si antes era la Salvación y el Evangelio con la pólvora y la espada, la Corona, el Imperio, el Rey y la Reina, o el Republicanismo, ahora estamos convencidos de que lo mejor para el mundo son el Parlamento, la Justicia, el Derecho, la Libertad, el Perdón para los asesinos, los Intereses Financieros, las Tasas de Interés y las Leyes del Mercado, la Propiedad y el Lucro. E incluso el Feminismo, según el cual una mujer de bikini (liberada) es superior a otra con túnica negra (sometida), por lo que uno podría deducir, por propiedad transitiva, que una africana sin sutienes es superior a una americana de bikini. Aunque no creo que este tipo de razonamiento tenga mucho éxito.

Bueno, basta de cháchara. Tengo cosas para hacer. Ahora me estoy preparando para no reencarnarme en una rata. Creo que me gustaría ser un cóndor, aunque los cóndores se alimenten de carroña y alguno piense que así habré descendido y estaré más lejos de la liberación. En realidad, Augusta, se dice que un cóndor o un elefante están más abajo que un hombre en la escalera de la liberación, porque ni un cóndor ni un elefante están capacitados para alcanzar el conocimiento de su propia cárcel. El hombre sí, es capaz de alcanzar ese conocimiento liberador; el cóndor y el elefante, en cambio, solo pueden conformarse con ser más felices que los hombres.

Saludos a Charly.

J. J.

Sobre una mano de la estatua que representa la Libertad, hay una paloma descansando. Consuelo la mira y se dice: «bicho ridículo». Se imaginaba a un artista dibujando la estatua con la paloma y el pésimo resultado obtenido por no haber deformado la realidad a tiempo. Evidentemente era una paloma alegórica, demasiado ridícula para los ojos de una mujer culta, pero allí estaba, existiendo auténticamente. Ridículo y verdadero como

esos momentos en que el amor es joven y necesita ser confirmado constantemente con gestos y palabras tiernas. «Tsch», se dice Consuelo, haciendo sonar la lengua y descansa la mirada dejándola caer sobre tierra. A un costado, una muchacha con una camisa de hombre sostiene un pequeño bulto que debe ser un niño dormido. A Consuelo le parece demasiado frágil y joven como para ser madre; y sin embargo, piensa, Mabel no debió ser más fuerte ni menos joven cuando la tuvo a ella. Y se sorprende, como si siempre la hubiese imaginado adulta, fuerte y segura de sus actos. La muchacha espera a alguien, nerviosa, mirando cada tanto hacia un lado y hacia el otro, con la cabeza un poco inclinada hacia delante, como si quisiera proteger al niño del resto del mundo. La piel de su rostro pálida y la mirada inquieta en un grupo de gente que forman un círculo delante suyo. Otros que pasan apurados se detienen un momento para ver una estatua humana que, pintada y vestida de blanco, está parada inmóvil sobre un pedestal de piedra. Un joven de treinta años, piensa Consuelo, que se parece increíblemente a Abayubá, a lo que hubiera sido Abayubá en algunos años más, o a lo que sería el fantasma de Abayubá ahora, condenado al silencio y a la inmovilidad. Pero la estatua no está totalmente inmóvil; cuando una niña le arroja unas monedas, la estatua se mueve, con un solo movimiento muy lento, y la invita a acercarse. La niña se acerca temerosa, apoyada por el padre. Entonces la estatua le pide la mano y le da un beso elegante, como si fuera un caballero antiguo. Más atrás, Consuelo advierte que una mujer anciana, tan fantasmal como la estatua, vestida como para una fiesta de salón de los años veinte, pintada con cuidado y hasta con exceso, se detiene de repente y mira aquel gesto elegante que ha tenido la estatua con la niña, lo que vuelve a repetir cuando otra joven le arroja unas monedas a los pies del caballero inmóvil. Debió ser hermosa en su juventud, piensa Consuelo mientras ve que la anciana se esconde detrás de un hombre con gabardina negra para quitarse los guantes. Luego se acerca a la estatua y le arroja cinco pesos en monedas de a uno. Entonces Consuelo da vuelta la cara, avergonzada o dolorida por aquella escena; en un teatro hubiese servido para reflexionar, para conmoverse de otra forma, pero allí la realidad la compromete de tal forma que no puede otra cosa que sentir dolor y vergüenza ajena. La imagina a Mabel, caminando esa misma vereda, atravesando esa misma calle en busca de sosiego, comprándole a ese mismo hombre-estatua un gesto de caballero, único recurso de las personas que se han quedado solas, por dentro y por fuera (solas en una moderna Sociedad Anónima), y que ella conocía mejor que nadie. Y seguido se acuerda, dos veces (cuando el sol se ha escondido ya detrás de los edificios y todavía no se encienden las luces), de Abayubá, porque él decía que este mundo era injusto porque Dios y los Hombres lo habían hecho así. No lo decía porque creyera en Dios, sino porque le resultaba una metáfora de infinito valor: Dios no solo podía significar Naturaleza; también significaba Destino, Condición Humana, Espíritu, Historia, ese No-sé-qué del que hablan hasta los ontólogos más ateos. Lo que Dios había hecho era irremediable -decía-, pero se podía hacer algo con la injusticia humana. Y, por otro lado, la escena de la anciana y la soledad de Mabel le recuerdan a Abayubá, una tarde inubicable de invierno, en un ómnibus rumbo a la Aguada. Un muchacho, al que le falta un brazo y un par de medias, sube con unas estampitas de la Virgen y, mientras las va repartiendo, dice «a voluntad,

a voluntad, cualquier monedita sirve». Cuando pasa de nuevo, la gente le devuelve las estampitas sin monedas, pero Abayubá se apresura a hurgar en sus bolsillos y saca una moneda que no vale más que el bronce que lleva, y se la entrega al manco junto con la estampita. El muchacho le dice «muchas gracias, flaco, que Dios te lo pague».

-Pensé que eras enemigo de dar limosnas -dice Consuelo sin mirarlo, casi en secreto para que los demás no la escuchen.

Él siempre tenía varias razones para odiar las limosnas. Un día le había comentado que en un bar de Rusia, antes de la Revolución, los mozos habían colgado un cartel que decía: «En este lugar ganamos sueldos de miseria. No nos humille con limosnas». Y, con todo, con esas y diez razones más, el problema se le replanteaba cada vez que veía a un miserable extendiendo la mano en espera de ese tesoro simbólico que, para la mayoría de la gente, son los incómodos residuos de bronce que quedan después de alguna gran adquisición.

-El día que abandones tantos dogmas vas a dejar de ser contradictorio

-dice Consuelo, en un tono que (se da cuenta) suena a reproche.

-Seguramente sí -contesta Abayubá-. Los fachos siempre dicen que la gente de izquierda es contradictoria. Decimos una cosa y hacemos otra. Decimos que hay que repartir y nos quedamos con lo nuestro.

-Sí. Hablan de amar al prójimo indiscriminadamente y no tienen reparos en poner una bomba en el almacén de un pequeño burgués.

-En cambio ustedes no. Para ustedes está todo permitido. Todo vale. Nunca pueden haber contradicciones para gente inescrupulosa.

-Mirá, yo no soy ni comunista, ni socialista, ni nada. Y todavía tengo escrúpulos. Yo, por lo menos, soy tan ignorante que nunca se me ocurrió que matar a alguien sea algo bueno en determinadas circunstancias. Vos hubieras puesto una bomba en el liceo, ¿o no?

-Sí, juro que sí. Eso es lo que debía haber hecho a tiempo.

-Abayubá está molesto -piensa Consuelo, mirándolo una fracción de segundo que sirve para retener su imagen, concentrada en las cosas difusas que pasan por la ventanilla del ómnibus-. Siempre está molesto y últimamente más que de costumbre. Se está volviendo pesado con el tema de la Revolución y no tiene otro.

Consuelo no dice nada y entre los dos se abre un enorme pozo de silencio. Hasta que, diez cuadras más adelante, Abayubá le dice:

-Sí, en realidad soy un egoísta, como todo el mundo. Le di a ese infeliz un miserable peso, solo para oír en el día de hoy que alguien me diera las gracias y que fuera sincero. Lástima que no tenía un billete de mil; así no me hubiera quedado la duda sobre la autenticidad de tanto agradecimiento.

-Si tuvieras un billete de mil pesos no se lo hubieras dado al vendedor de estampitas.

-No se lo hubiera dado al Gobierno, por lo menos.

Querido Jacobsen:

Usted es muy injusto cuando me dice que le puedo estar desordenando la biblioteca. Bien sabe que en estos largos años nadie más que yo se ha ocupado de usted, y a cambio recibo órdenes y reproches. Charly dice que tu caso es muy difícil. El lunes me reúno otra vez con él para ver qué vamos a decir en la audiencia con el juez. Voltaire no aparece. Charly

bromea que se lo comieron los coreanos, los nuevos vecinos que pusieron un restaurante a una cuadra de su casa.

Augusta.

Mi muy estimada Augusta:

Por favor, dígame a ese Charly que se olvide de mi caso. No estoy tan enfermo como dice el médico (ese argumento es solo una estrategia inteligente del doctor Garmendia), solo que no me siento de ánimo para recibir visitas. Garmendia se ocupará de aquí en más de mis asuntos. Tal vez mi suerte cambie.

J. J.

Querido Jacobsen:

No sea usted duro conmigo. Ojalá el doctor Garmendia pueda sacarle de ahí antes de tiempo. Cuando sea así, yo estaré ahí para acompañarle de regreso a su casa.

Agst.

Querida Augusta, cuando yo salga de aquí, usted no estará para acompañarme. Es lógico que se haya confundido conmigo. Yo no puedo guardarle rencor. Solo le pido que no me mienta, ya que usted siempre fue una buena mujer. Tampoco Charly es un mal tipo. Claro que no; nunca dije eso. Pero no me mienta, ni siquiera con el silencio. Voltaire no lo soportaría.

J. J.

Cuando volví al apartamento ya era casi de noche y una mujer que apenas conocía me estaba esperando en el hall de entrada. Quería decirme, antes que nadie, que mi querido tío se había pegado un tiro en la boca. Supongo que era una vecina del edificio y que nos debía conocer a mí y al tío; lloraba como si nos quisiera a uno de los dos, pero seguramente solo la conmovía su propia sensibilidad. «¡El señor Zubizarreta -gritaba la mujer-, tan bueno que era el señor Zubizarreta con la sobrina y con los vecinos y se mató así!». Yo solo atiné a poner una cara grave. Estaba impresionada, pero no sentía nada de compasión por el tío Vicente. El apartamento estaba lleno de vecinos curiosos que se habían adelantado a la policía y a los médicos. Querían ver al muerto y cada uno sabía por qué se había matado el señor Zubizarreta, un hombre que lo tenía todo, todo, vecina: capital, cultura, la gente lo amaba, era elegante, codiciado por las mujeres pero buen tío y benefactor del Club de Leones, probablemente masón y mártir de algún grupo subversivo.

-Se mató porque la empresa estaba en quiebra.

-No lo creo, Molina. El hombre manejaba mucho dinero y se dice que la gente le debía una fortuna. Si se mató fue porque lo obligaron a hacerlo. Quién sabe qué mafia lo estaba extorsionando. Fíjese que el señor Zubizarreta, millonario como era, podía estar viviendo en una mansión en Punta del Este.

-Pero, mansión en Punta ya tiene una.

-Tenía -corrige una mujer con los brazos cruzados debajo de sus enormes senos, como si se fueran a derramar o como si tuviese frío, como si los otros hubiesen olvidado por un momento que el señor Zubizarreta ya no poseía nada porque se había muerto.

-¿Y vivía metido en la ciudad? -observó una mujer que había entrado para ver de una buena vez por todas cómo vivía el doctor Zubizarreta con su

sobrina, porque siempre había sospechado algo raro en esta gente.

-¿Por qué no? Hay gente de negocios que aunque llegue a ser millonaria sigue trabajando como el primer día. Y este hombre era laborioso por demás. No tenía descanso.

-Ustedes digan lo que quieran -dice un hombre bajito, con una cabeza enorme y casi pegada a los hombros-. Pero deberían ser más observadores antes de especular en abstracto...

Como se imagina que es Kojak, no termina la frase y trata de crear el suspenso entre sus vecinos que lo miran interrogantes.

-¿A qué se refiere, exactamente?

El hombre bajito se da media vuelta, camina unos pasos y vuelve a girar con cuidado para mirar en perspectiva a sus personajes secundarios:

-Todos han entrado al lugar del hecho con el apuro lógico en estas ocasiones -dice, con una voz chillona de muñeco-. Por eso no repararon en ciertos detalles...

Nueva pausa y una mujer que se aburre de esperar la resolución del enigma y dice:

-Bueno, como esto no es un crimen sino un simple y resuelto suicidio, los dejo porque tengo cosas que hacer. Si necesitan algo me llaman al trabajo. Adiós.

-Detalles como... -se apresura a decir el Kojak con pelo, temiendo quedarse sin público-, como el cuadro que está a la entrada.

-Es cierto -dice Molina, uno de los primeros vecinos que entró en el apartamento después que Norma y el portero forzaran la puerta con una barra de hacer pozos-. ¡Hay un cuadro del Che Güevara! Lo he visto y no he puesto atención en el detalle.

-Pues, yo me di cuenta desde el comienzo.

-¿Quién diría? El hombre estaba metido con los tupamaros. Lo apretaron para que les entregase más dinero o lo amenazaron con matarlo. Uno nunca termina de conocer a la gente, che.

Los tres hombres miran a Consuelo que está sentada a la mesa, sin expresiones en su rostro. Ella no se da por enterada. Solo mira con obsesión un pequeño candelabro de plata. Lo toca, lo gira, descubre minúsculos detalles geométricos gravados en la base y sigue esas formas con atención, como si las estuviese dibujando con la mirada. Recuerda dibujos de la infancia, una tela escocesa de muñeca y enseguida le vienen a la memoria unos versos que Mabel le había enseñado cuando ella era una niña y no se podía dormir de noche:

Every lady in this land
Has twenty nails upon each hand
Five and twenty on hands and feet
All this is true without deceit.

Y mientras repite para sí este antiguo orden de palabras, descubre el truco de los versos infantiles:

Every lady in this land Has twenty nails -upon each hand Five- and twenty on hands and feet. All this is true without deceit.

Siempre tenía que descubrir las cosas de golpe. Allí donde los versos

afirmaban que no había engaño alguno había algún engaño. De niña había crecido imaginando una joven inglesa con veinte uñas en cada mano y ahora descubría una uña en cada dedo y se preguntaba si Mabel alguna vez lo había llegado a saber o simplemente lo repetía como lo había escuchado en España. Otra vez el truco, el secreto, la mentira. Había sido engañada desde la infancia, con ternura primero, como en las noches previas al 6 de enero cuando tres reyes, que además de reyes y de hombres eran magos, entraban de noche a su habitación para dejarle un cuaderno de cincuenta hojas y un lápiz de grafo, o una pulsera de plástico que ella imaginaba de exquisito valor; más tarde, engañada con piedad o sin piedad, por su propia madre, acostándose con hombres por dinero y explicándole, con su ineludible silencio, que eso era algo horrible, un pecado capital ante Dios y ante el resto de la ciudad; había sido engañada sistemáticamente por la radio, por la televisión, por las fiestas marciales en honor a dudosos héroes, víctimas de la hipocresía oficial o inmerecidos caudillos, populares genocidas, inventados Padres de la Patria, porque un país que se precie de soberano e independiente debe tener algún viejo tótem que celebrar; y había sido engañada, día a día, año a año, por la institución más opresora del estado que era el liceo, y gracias a la cual había aprendido, con alguna sabiduría, a olvidar toda esa basura, a guiarse por los valores opuestos para poder pensar de vez en cuando con alguna libertad, porque, como decía Abayubá en su desconsuelo, la verdad es siempre clandestina. O simplemente no existe, concluía después de un ascenso metafísico. De forma que ya no podía confiar en nadie, ni siquiera en sí misma, ya que alguien que había vivido desde siempre en el engaño no podía tener las cosas claras, y si tenía algo claro seguramente era producto del error, de la locura precoz de la adolescencia. Había juzgado sin piedad a su madre y al tío Vicente, que tan malo no debía ser, porque si se mató fue por que algo le importaba lo que había hecho.

-Pero si no hay una Verdad -piensa Consuelo-, sino verdades relativas; si es cierto que uno no puede conocer la Verdad sino su verdad, lo mismo vale decir que cada uno tiene su mentira propia. Pues bien, yo tengo derecho a mi mentira y tendré que defenderla.

Los hombres se miran entre sí y Consuelo adivina su conversación; pero vuelve la atención otra vez al candelabro de plata para que no piensen que los odia, porque una persona que ha experimentado la muerte tan temprano sabe que no hay tiempo para perder, que la felicidad que tarda no llega, que la incomprensión es remordimiento y el remordimiento desconsuelo; porque una persona que ha experimentado la muerte tan temprano -quiere pensar Consuelo- puede enojarse, puede levantarse e insultar, pero no puede darse el lujo de odiar en serio. Y Consuelo quería comprender la muerte antes que sentirla.

Uno de los intrusos que esperaban no sé qué delante del retrato del Che era un tal Gastón Rodríguez, más conocido por Rodríguez-Brindisi, ya que todos los que tienen la suerte de tener un primer apellido tan común o monosilábico tienen la consecuente costumbre de enlazarlo con el segundo: Rodríguez Brindisi, Pérez Gerson, Gómez Calzavara, Ruiz Picasso, Col Martínez, So Fagúndez, Niz Fernández, Noy Rebuffo, and so on. Enseguida me di cuenta de que R-B no participaba de la conversación de los otros y más bien se dedicaba a mirarme. Acostumbrada a estas situaciones, casi no

necesité barrer con la mirada para darme cuenta quién era: lo había visto antes en la Empresa del tío, esperándolo con un portafolios de ejecutivo sobre las rodillas, seguramente con alguno de esos interesantes proyectos de subcontratos que el tío se encargaba de rechazar por inconsistente. Aquella vez, en la empresa, había procedido igual, mirándome con insistencia, como si por su linda cara yo debiera sentirme halagada. Tenía una frente ancha y más bien morena, un poco picada por la varicela o por unos granos de adolescencia mal reventados, la nariz aguileña como la de Santos Discépolo y unas primeras canas comenzando a avanzarle por las patillas. Era ancho de tronco y de una altura escasa que quedaba en evidencia cuando se levantaba para demostrar su fingido respeto por la persona que acababa de entrar. Y digo fingido respeto, porque este tipo de gente puede lamerle los zapatos al gerente de Bolt Limitada, pero si se saca el sombrero ante la telefonista no lo hace nunca sin una fuerte dosis de ironía, no como un Jesús Cristo lavándole los pies a sus discípulos, ni como un Papa remedando el gesto del Maestro, por costumbre o por obligación (previa desinfección con alcohol), sino más bien como un Aristóteles dejándose montar por una prostituta para halagarla o divertirla, jugando a ser menos cuando de entrada se sabe que se es más. Imposible de confundir este Rodríguez Brindisi, no sé si por su figura algo desproporcionada o por su mala estrella.

En el entierro del tío, aprovechó que yo no quise entrar al cementerio y se aproximó a mi auto. Yo hice como si no lo hubiese visto, pero él se inclinó y puso su cara contra el vidrio, mostrándome una sonrisa blanca y desapareja y haciéndome señales para que le abriera la puerta.

-Disculpe, señorita Zubizarreta, ¿puedo hablar un momento con usted?

-Entre.

Entró y se acomodó con dificultad, exhalando con alivio, como si hiciera muchas horas que hubiese estado soportando de pie. El interior del auto se llenó con su aliento de fumador. De repente se acordó del motivo por el cual estábamos allí y puso cara de circunstancia, como diría mi amiga Dorita.

-Pobre gallego -dijo, con una expresión que no llegaba a ser irrespetuosa pero que seguramente nunca la hubiese dicho delante del tío.

No sé por qué, en ese momento me di cuenta que él sabía que el tío y yo no nos llevábamos muy bien.

-Un tipo muy particular el señor Zubizarreta, ¿eh? Con tantas virtudes como defectos, en fin, como todo el mundo... No niego que solíamos no entendernos pero... Incluso yo le estaba debiendo plata. Mejor dicho, aún le debo...

Me miró por primera vez y bajó el tono de voz, aunque de todas formas el chofer podía escucharlo.

-Pero, de cualquier forma, ese dinero se lo pagaré. ¿Y quién mejor que usted para recibirlo?

Yo no decía nada. Todo me resultaba tan indiferente que ni siquiera me incomodaba su presencia, otras veces repulsiva. Se arreglaba el pantalón que le apretaba las rodillas y seguía hablando:

-Porque ahora que falta el señor, comenzarán a caer las aves negras que nunca faltan, tratando de sacar partido. Si yo dejo ese dinero en la oficina, seguramente usted no lo verá más, con la excusa que siempre queda

alguna cuentita para pagar. ¿Quiere un consejo? Consígase un abogado, pero mañana mismo. Yo conozco uno muy bueno, claro, pero sería mejor que sea uno de su confianza. Tal vez el doctor Olveira Moor, que era de confianza de su tío. Mire, le puedo asegurar que antes que se enfríe el cuerpo del finado estarán golpeando a su puerta los falsos acreedores, concubinas de todo tipo y color, y mafiosos profesionales que tratarán de embaucarla aprovechándose de la circunstancia y de que usted no domina el negocio como su tío. Y cuando quiera acordar, se habrán repartido toda la torta. Y usted se quedará para limpiar la mesa y lavar los platos, ¿me entiende? Debió ver en mi rostro la misma cara de circunstancia que él mismo había puesto al comienzo, y prefirió no insistir más sobre el asunto.

-¿Cuánto le debía al tío? -pregunté, pensando que yo podía comenzar a fumar si quisiera; podía comenzar por pedirle un cigarrillo a R-B y, sin embrago, no me animaba.

-Ah... Bastante -dijo, algo incómodo, haciéndome notar con los ojos que adelante estaba el chofer-. Digamos que algunos miles. Y como no me gusta aprovecharme de una circunstancia semejante, esta misma semana hago las cuentas y paso por su casa. Así cancelo mi deuda con el finado. ¿Qué le parece?

-Me parece honesto -dije, y enseguida me arrepentí de la palabra «honesto».

-Entonces, ¿nos vemos el jueves?

-El jueves.

-O.K. -dijo, y puso una mano sobre mi rodilla, a modo de despedida, y salió.

Ese mismo jueves, a las seis de la tarde, apareció con el dinero y algunos recibos.

-No pude conseguir todo -dijo, contando el dinero. A mí me pareció mucho, y pensé que hombres de negocios como Rodríguez Brindisi, por poco que fueran, debían estar acostumbrados a manejar ese tipo de cifras que ellos consideraban exiguas. En cambio yo, recién comenzaba a darme cuenta que «mucho» en realidad era «poco».

-Como le decía, no pude conseguir todo lo que le debo, pero le prometo que en esta semana, o a más tardar la próxima, le cancelaré todos los vales. Palabra de honor -decía y levantaba la mano derecha, como si fuera a prestar juramento.

-¿Se sirve un café? -le dije, ya en toma de posesión de los negocios, porque eso es lo que significa un café entre extraños.

-Cómo no -aceptó sin dudar, frotándose las manos.

Mientras le preparaba el café, Rodríguez Brindisi hacía los correspondientes elogios a los cuadros de la casa y, especialmente, a una alfombra persa que estaba en la sala de estar.

-¿Ha pensado sobre lo que hablamos del abogado?

-Todavía no...

-Claro, no son momentos. Entiendo. Pero le repito: no se deje estar.

-Todavía no lo tengo decidido -insistía yo- pero he pensado mucho en sus palabras -yo descontaba que el tío no me dejaría un solo peso partido al medio-. Como me había dicho usted, en los últimos días he recibido muchas ofertas...

-¿No le decía yo? Gente interesada en ayudar.

-Sí, claro...

-Como no he dado señales claras y concretas, hoy mismo vino a visitarme Ana, la secretaria de...

La conozco, la conozco -repetía, y su tono de voz quería decir: «conozco a esa oportunista».

-Vino a hablarme como mujer, según quiso darme a entender. Pero yo sé que la mandaron de la oficina... Aquí tiene.

-Gracias, gracias -decía dos veces, ansioso-. ¿Y qué quería?

-Quería que supiera que podía contar con su ayuda, para ponerme en conocimiento del mecanismo de la empresa y de los asuntos que el tío había dejado pendiente. El escribano del tío quiere verme,

-El Cacho López, sí, sí...

-y como yo no atiende el teléfono ella decidió venir personalmente.

-Dígame la verdad, señorita Zubizarreta: Anita nunca fue amiga suya, pero ahora se acuerda de usted. Mire, yo también le dije que estoy a sus órdenes, pero no seré yo quien le mienta. Usted sabe que si bien no tengo intención alguna de quedar debiéndole nada a un muerto (si no le decía que le debía este dinero a su tío, usted ni nadie se hubiera enterado nunca), también es cierto que soy un hombre de negocios. Y por lo tanto siempre pienso en las ganancias.

-Lo sé; como mi tío.

-¡Claro! Como su tío -confirmó, feliz de que yo comenzara a comprenderlo-. Es por eso que nos entendíamos tan...

-No se entendían mucho, que digamos. En alguna reunión de amigos, aquí mismo, en esta mesa, lo oí hablar mal de usted -eso sí me divirtió, al punto de tener que esforzarme por no reírme en esa cara de pecador descubierto.

-¿En serio?

-Sí, en serio. Yo no le mentaría.

-¿Y qué decían -si se puede saber?

-Que usted nunca daba puntada sin hilo, que no tenía escrúpulos y que...

-yo hacía que buscaba en mi memoria, mirando alternativamente el techo y la ventana del comedor. Sí, creo que me divertía-. Y que se había querido cargar a la mujer del contador Cánepa, para conseguir no sé qué cosa.

-Bueno -me interrumpió, poniendo las manos en actitud de PARE- en parte es cierto. Pero no fue que quise cargármela para conseguir nada. Solo que me gustaba y la mina, digo, la señora (perdone la expresión) me daba entrada. Hasta que se asustó, porque la cosa conmigo siempre va en serio y se acordó que era una mujer decente.

-¿También es cierto que no tiene escrúpulos? -insistí sin darle tregua. De repente se dio cuenta de que el papel de muchacha confundida que yo había representado hasta el momento era pura farsa y, poniéndose inquieto, se levantó y se puso a caminar por la sala.

-No sé bien a qué se refiere con eso de «escrúpulos». Además, no entiendo por qué me invita con un café, en su apartamento, sabiendo que yo soy un mal tipo.

-Bueno, pues, tal vez yo no soy mejor mujer...

Se quedó pensando en algo. Luego volvió a la mesa, como si dijera «bueno, ahora vamos a hablar de negocios». Bebió lo que quedaba de su café.

-Sin embargo -dijo, tratando de recomponerse-, todo lo que le dije se lo

dije sinceramente. No quisiera que los buitres se aprovecharan de usted.

-Pero usted se aprovecharía de mí, si me descuidase.

-No puedo negarlo; usted es un sueño de mujer, y lo sabe...

-Entonces, ¿de quién debo cuidarme?

-Ya ve que ni yo puedo decirlo -terminó por reconocer. Pero ese reconocimiento era una forma íntima de desnudarse, y debía tener su lado atractivo para él-. Ya ni siquiera puedo defenderme haciéndole creer que quiero protegerla, aunque sea cierto.

-Tal vez yo no necesite a nadie que me proteja.

-¿Está segura?

-Sí, estoy segura -le dije, y le estampé un beso en la boca. Se quedó inmóvil, por un instante, tal vez sopesando las consecuencias de lo que iba a hacer.

Me retiré y me dispuse a terminar con mi café, pero antes él me agarró de los brazos y me levantó hasta una pared.

-¿Esto era lo que querías, entonces? -repetía él, varias veces, sin esperar ninguna respuesta.

Lo hicimos en la alfombra del estar, al lado de la mesita redonda de cristal, allí donde tantas señoras y señores se habían reunido para programar sus obras de caridad, allí mismo donde el tío había dicho alguna vez «ese Rodríguez-Brindisi es una basura de persona, capaz de vender a su propia madre por unos pesos flacos», y entonces yo pensé que en ese adjetivo final, innecesario para enjuiciar a una persona, estaba todo lo más oscuro que tenía el señor Zubizarreta, aflorando en un momento de esforzada pureza del alma.

-Sos un tipo sin escrúpulos, Gastón, tenés que reconocerlo -le decía yo, metiéndome a la ducha, al tiempo que volvía a pensar en el tío Vicente, con una intensidad inevitable. Era allí, en el baño, donde estaba más presente el muerto, tal vez porque ese era el lugar de la casa que contuvo toda, o casi toda su intimidad, su lado más carnal y, por lo tanto, lo que más tenía de frágil y de mortal.

-Si vos lo decís... -decía él, casi distraído, más ocupado en el lujo de baño que tenía el gallego que en mí misma, como si todo su deseo se hubiera agotado en la eyaculación y volviera a predominar su siempre persistente avaricia.

-Un tipo inescrupuloso, capaz de vender a su propia madre.

-Si vos lo decís...

-Lo decía el tío.

-Bueno, ahí tiene.

-¿Ahí tiene qué?

-Que me acosté con su querida sobrinita en su propio apartamento.

-Yo no era su querida sobrinita.

-Pero sin duda a él no le hubiera gustado nada lo que te hice, ¿no?

-No, no le hubiera gustado nada. Se hubiera puesto furioso. Pero ahora ya no tengo que cuidarme de nada.

-A vos sí que te ha gustado, por lo que se ve.

-Claro, ¿por qué no? Yo tampoco tengo escrúpulos. Ahora, después del baño, lo haremos en su propia cama.

-¿En su cama? -dijo, sorprendido, interrumpiendo su inspección ocular del baño para correr la mampara y mirarme los pechos.

-Claro. ¿No me digas que te da pudor hacerle el amor a la sobrina del difunto, en su propia cama?

-En esa cama se pegó un tiro.

-¿Y qué? ¿Dónde está tu Realismo Materialista, del que tanto te enorgullecés? Tiene sábanas nuevas. ¿Te parece morboso o todavía le tenés miedo al señor?

-Al contrario. Estoy dispuesto a vengarme de todos los desplantes que me hizo. Y lo voy a hacer contigo. De esta no te vas a escapar.

-Veremos.

Por supuesto que no hubiera podido escaparme. Abierta la puerta, ya no se podía cerrar. Pero ni que me convenía. Cuando terminamos de mojar las sábanas del tío y él se puso a fumar, le pregunté qué haría él por mi dinero.

-Todo -fue la respuesta.

-¿Qué significa Todo?

-Todo, lisa y llanamente. Me interesa tu dinero tanto como me interesás vos, pequeña, por sobre todas las cosas. Seré tu amante y cuidaré de tu empresa.

-Vas muy rápido, querido. Todo eso está por verse.

-«Veremos»

-Puedo entregarme a vos las veces que yo quiera, y de mi dinero vas a ver lo que yo quiera que veas. Do you agree?

-Of course. Eso no te lo puedo discutir. Otra vez me dejaste mudo. Sos bastante inteligente, además de bonita.

-Antes que nada, comenzarás por hacerme un favor.

-¿Un favor?

-Si querés mi dinero y mi cuerpo, tendrás que acostumbrarte a recibir órdenes.

-Estoy a tus pies, mon amour. Quiero que mates a un tipo.

-¡Qué! ¿Te volviste loca?

Su expresión me dio risa. Clavó un codo en la cama y me miró con toda la cara retorcida.

-Quiero que mates a un tipo -repetí, con la misma naturalidad que antes. Él se quedó mirando el techo, fumando, calculando, mientras repetía «esta mina sí que está chiflada». Hasta que finalmente preguntó:

-¿Y se puede saber a quién?

-Ya te lo voy a decir a su momento. Verás que es una verdadera basura. Más basura que vos y yo juntos, que ya es mucho decir.

-Será mejor que sea verdad, porque no estoy dispuesto a limpiar a un pobre infeliz.

-Este que yo digo no vale un real, de todos los seres miserables que se arrastran por esta tierra, él es el peor. Dejarlo vivir sería una verdadera injusticia.

-Conozco a alguien que podría hacerlo.

-¿Cómo? ¿Vos no tenés valor?

-Vamos, querida, yo soy hombre de negocios. Yo encargo y otros hacen el trabajo. Siempre ha sido así.

-Me da lo mismo. Si lo haces, tendrás una buena recompensa.

-Quiero la torre de Punta del Este.

-Tendrás los apartamentos de Constituyente.

-¡Pero esos apartamentos están destrozados por los inquilinos!

-Son seis apartamentos, amplios y bien iluminados. Hacé cuentas. No tengo ningún apuro. Puedo conseguir algún otro inescrupuloso, mejor amante y que haga el trabajo por menos.

-¿Mejor amante que yo? -dijo, por rigor, fingiendo incredulidad, pero más bien concentrado en lo otro. Hizo cuentas y no tardó mucho en contestar:

-Está bien, está bien. ¿Y cómo me los vas a pasar a mi nombre?

-Un contrato ante escribano y punto. A lo sumo dirán que te quedaste con esos apartamentos porque eras mi amante. A la gente le gusta pensar en esas cosas.

-Además es cierto, ¿o no?

-Sí, claro, además es cierto. Ya ves, nos conviene a los dos.

-Pero antes del trabajo quiero un papel firmado -me pidió, naturalmente desconfiado.

-Te lo firmaré, después del trabajo. Un minuto después.

-Está bien, está bien, ¡me vas a volver loco!... ¿Y se puede saber algo más de ese tipo?

-Como te dije, es una escoria, y de la más baja categoría. Nadie notará su ausencia en este mundo y le haremos un favor a la humanidad. Vive en la calle General Pacheco y trabaja en un depósito de cueros de la Aguada.

-¿Y se puede saber por qué querés limpiarlo?

-Eso sí que no, querido. Cada uno hace justicia como puede -dije, pero enseguida agregué, como una forma de comprometerlo más-: solo te puedo decir que ese tipo puede dejarme sin nada.

-¿Algo más?

-Sí. Se hará todo según lo tengo pensado. Antes que se muera quiero que sepa quién le manda las flores. Le compraremos una bonita corona que diga... A ver, ¿qué puede decir la corona?

Finalmente, no vaya a creer que mandé matar al Tito. Claro que no: el hombre se merecía algo peor que la muerte del gato. Al poco tiempo de hacerle la propuesta a mi amigo Rodríguez Brindisi, me llamó para decirme que no podía hacerlo. Casi como lo había imaginado. Cuando me habló por teléfono, noté que tenía todo un discurso pensado y escrito. Decía que eso era demasiado, que por más basura que fuera aquel tipo etcétera. Pedime cualquier otra cosa, tesoro, pero eso no.

-¿Cualquier otra cosa?

-Cualquier cosa que no sea matar a un cristiano.

-Está bien, entonces dejame pensar.

En realidad ya lo tenía pensado, pero no puedo decir que lo disfruté cuando él y sus mastodontes arreglaron el encuentro que yo iba a tener con el Tito, en un galpón de lanas, cercano a su trabajo, en la Aguada. Lo llevaron hasta allí un sábado de noche, creo que a las 21 ó 21:30, con la excusa de un trabajo especial. El Tito suponía que se trataba de un contrabando brasilero, tal vez de whisky, porque la clave era «cabalinho branco». Yo solo entré cuando me dieron la señal, que significaba que el hombre ya estaba reducido. Y, en efecto, allí estaba mi hombre, desnudo y atado de manos a un pilar. Yo era la única que no llevaba máscara de disfraz, y cuando me vio se quedó un largo rato mirándome con los ojos bien grandes y sin decir palabra. Hasta que dije que estaba listo y gritó «¡qué me van a hacer!», como si hubiese adivinado lo que seguiría después

y prefiriese de verdad la muerte: le pusieron una mordaza en la boca para que no molestara demasiado y uno de ellos, que seguramente fue el que más caro le salió a R-B, comenzó a hacerle lo que tenía que hacer, sin preservativo, como habíamos acordado. Yo permanecí no muy lejos del acto amoroso, como una maestra que espera a que uno de sus chicos hagan la tarea, con las manos en los bolsillos, controlando el reloj no sé por qué curiosidad, sintiendo que estaba muy segura allí, sola entre tantos hombres musculosos y excitados, sintiendo el poder inviolable del dinero, tres pasos adelante del ex-Señor Tito, que prometió pegarme un tiro en mi maldita cabeza, pero que ni siquiera me inmutó, porque yo sé perfectamente que antes de que pueda encontrarme en Nueva York, nevará sobre Chichen-Itzá o Rodríguez Brindisi cobrará sus seis apartamentos de la calle Constituyente. Aunque no creo que Rodríguez Brindisi me busque para cobrar lo incobrable, porque no es culpa mía que el tío no me haya dejado nada a mi nombre (excepto esos pocos días de Poder que usé con sabiduría), o que me haya dejado bastante menos que seis apartamentos, y además porque es un tipo más bien maula, como decían antes en el campo, cobarde, lo que pude notar en sus ojos cuando en la puerta del galpón insistió queriendo saber qué me había hecho ese tipo y yo le dije que en realidad él ya lo sabía, de alguna forma, porque no podés hacerte el tonto, Gastón: ese tipo me hizo el amor -le dije, y enseguida agregué sin dejarle tiempo a decir más nada-: No se olviden del dinero.

El rubio de la musculosa, que había terminado de acomodarse el pantalón y pedía por favor dónde había un baño para lavarse aquella porquería, sacó plata del bolsillo y la puso arriba de un cajón de cerveza.

-¿Cuánto? -pregunté, advirtiendo que no era mucho.

-Trescientos -dijo el rubio-. ¿Pero dónde mierda hay un baño?

-De ninguna forma. Dijimos Treinta mil -corregí.

-¡Treinta mil! -se quejó R-B-. Pero...

-Pero nada.

-Pero... ¿estás loca?

-El trato fue treinta mil. ¿Sí o no?

-Bueno, sí, pero yo pensé que era una cifra simbólica. Nunca me iba a imaginar que...

-Nada de símbolos. Nada de símbolos, querido. Trescientos no le da ni para el alquiler. Yo le debo plata al señor y quiero ser generosa -dice Consuelo, al tiempo que siente que la venganza, esa forma más primitiva y más pura de la justicia, no puede realizarse sin una fuerte dosis de símbolos y que, por lo tanto, toda aquella escena, desde el galpón hasta la desproporcionada cifra que le dejarían al Tito, sobre un cajón de cerveza, eran sobre todo eso: símbolos, terribles símbolos, un verdadero castigo, piensa Consuelo, lleno de significado, todo lo opuesto a lo que son las cárceles donde se amontonan asesinos y ladrones de gallinas, todos castigados por igual con la misma nada.

-Conque se pueda pagar el taxi ya...

-Dijimos treinta mil. Podíamos haber dicho cuarenta o cincuenta, pero dijimos treinta mil.

-Bueno, bueno... -se apresura a decir R-B, temiendo que Consuelo pronuncie las palabras mágicas: «...o no firmo nada». Sacó de su cartera de cuero un sobre y del sobre, tembloroso, el dinero. Consuelo se rio, sin nervios;

estaba tranquila y se sorprendía de ello: la señorita Zubizarreta debe saber lo que hace.

-Veinticinco mil -terminó de contar R-B, mientras el rubio encontraba una canilla en el patio trasero y el Tito murmuraba, amordazado y mirando de reojo, hija de puta...-. Es todo lo que pude juntar. No me pidas más porque no tengo. No-ten-go.

-Esta vez te creo -dice Consuelo-. Le quedaremos debiendo cinco mil al señor Tito. Pero algo es algo y sé que no lo va a rechazar. Otro día se lo podemos arrimar, ¿no?

El taxista que me llevó a casa me hizo la historia de su suegro, que vivía allí, entre Galicia y La Paz, y que lo había despreciado siempre porque era negro, y resultó que cuando una noche se cayó en la calle y quedó tirado, dio la casualidad de que él pasaba por allí y terminó llevándolo al Hospital de Clínicas, donde se salvó de puro pedo.

-Las vueltas de la vida, ¿no? -comentó el taxista negro, devolviéndome el cambio.

-Eso -dije yo.

Ahora voy a emigrar, como lo hizo el abuelo Rodrigo, que también se había venido de lejos para escapar de tanta locura. En Nueva York vive Dorita, mi amiga del colegio, la fumadora de marihuana, que ahora trabaja en la ONU haciendo traducciones y que me había invitado a compartir su apartamento de la 30 street. Ella ha tenido la rara suerte de seguir siendo ella misma. La vez que estuve allá, hace un par de años, me encantó. Me parecía el paraíso, bajar por la Quinta hasta la 42 y tomarme un café en un Dunkin Donats, almorzar en un Deli, una comida muy rica y muy mala, para luego irme al Pier 17, a ver gente desconocida, toda gente desconocida para la cual una casi no existe. Eso me fascinaba. Con todo, Dorita siempre me decía que una se libera de sus realidades cuando viaja. Y cuando una se radica en el otro lado del mundo, esas mismas realidades que llevamos adentro comienzan a tomar cada una su lugar, de a poco, hasta que terminan por reconstruir el infierno del que una quería escapar. Pero hay que intentarlo, ¿no? Yo no pienso pasarme la vida lamentándome de no haberlo hecho. Mi problema es que no puedo alegar persecuciones políticas, y las persecuciones sexuales no poseen un estatus tan prestigioso como para que me den asilo. Así que pensaba hacer como cualquier latino y aguantarme sin papeles. En Nueva York encontraré algún empleo y en poco tiempo me convertiré en la Reina de América. ¿Sabe que allá hasta una mucama gana dos mil dólares por mes? Imagine qué no podría hacer yo, con más educación. The Queen of America enviará postales de la Gran Manzana a las pocas personas que puedan quererla. Y a todas las otras que ella ha odiado en su pequeño mundo, of course. Y cuando logre conquistar lo que me propongo, vendré en una limousine blanca a buscarlo a usted y me lo llevaré conmigo, para que no sufra más de esa horrible soledad de viajero sin destino.

Así que me vine de paso a Buenos Aires, en uno de esos ferris que no se apuran por llegar... Ya no recuerdo ni siquiera el nombre. Cuando iba a sacar pasaje al puerto, vi aquel barco anclado en un costado y lo elegí precisamente por eso, porque parecía viejo. Recordé que hacía algunos años uno parecido se había incendiado en el río y tenía la idea de que me iba a ocurrir algo inevitable, aunque luego, ya en el barco, mirando el surco de

espuma y humo que iba dejando la máquina, pensaba que si tenía que ocurrir algo que ocurriera después de llegar, para ver por lo menos Nueva York otra vez, y no tener que morir ahogada en este río de barro. Al llegar a esta gran ciudad, refinada y espantosa, pude haberme quedado en la casa de una amiga que conocí en una bienal de San Pablo, pero en lugar de eso me hice llevar por un taxista a un hotel barato de La Boca, hasta que conseguí otro mejor ubicado sobre Avenida de Mayo y Suipacha, un hotel viejo de veinte dólares. Después de mil años me volví a sentir libre de verdad. Conseguí una guía telefónica y busqué con cuidado:

Jackson
Jacob
Jacobacci
Jacobaccio
Jacobbi
Jacobwitz
Jacobs
Jacobsen.

Habían más de uno con ese apellido, pero solo dos tenían un nombre que comenzaba con jota. Job Jacobsen y Guillermo J. Jacobsen. En principio descarté a Guillermo, porque me pareció más criollo que Job, aunque por estos lados a la gente le gusta tomar nombres de la Biblia casi tanto como del cine, y podía ocurrir también que Guillermo no sea otro que algún William que se tradujo el nombre al llegar a América. También podían haber otros J. Jacobsen que no tuvieran teléfono, pero yo sentía que me bastaría con verlo para reconocer su rostro, y me jugué por Job Jacobsen.

Usted vive en Recoleta, un barrio tranquilo, supongo, en una casa antigua pero bien arreglada. No crea que me fue fácil ubicarlo; en este país, como en el mío, nunca hay suficientes calles para tantos héroes nacionales y por eso unas se llaman Doctor Chanta para un lado y General Picana para el otro. Cuando dejé Las Heras y estaba a punto de tocar el timbre del portero eléctrico, me di cuenta que no tenía claro qué iba a decirle. Me dio pánico y me fui a un bar que estaba en una esquina, por la vereda de enfrente. Elegí una mesa al lado de una ventana que me permitía controlar la puerta de la entrada y me puse a esperar que saliera. Pero usted no salió en todo el día. Durante horas debí escuchar los pequeños problemas de sus vecinos (que seguramente usted ni conoce), las mismas cosas que se dicen en los bares de mi país pero a los gritos. Creo que los porteños y los uruguayos tienen los mismos rasgos y el carácter diferente. ¿Será por eso que los uruguayos nos enojamos cuando nos confunden con un argentino y nos volvemos a enojar cuando nos vienen a hablar mal de ellos?

Cuando se hizo de noche volví al hotel y al otro día, de nuevo, estaba en el mismo bar, contando las horas y los minutos que me quedaban antes del vuelo a Nueva York, que se supone debí tomar ayer de noche. Otra vez vi a la misma mujer que entraba y salía de la casa, cargando bolsas de supermercado o barriendo unas pocas hojas caídas de un árbol que hay a la entrada. Casi a las siete de la tarde, cuando comenzaba a oscurecer, me levanté para volver al hotel, porque debía estar dos horas antes en Ezeiza. Caminé rumbo a la verja de Jacobsen y, sin pensarlo, toqué timbre. Me atendió la empleada, por el portero eléctrico.

-¿Se encuentra el señor Jacobsen?- dije sin titubear, pero llena de miedo.

Pronunciar aquel nombre en voz alta me sonó extraño, como si estuviese confesando un secreto íntimo en medio de la calle.

-Sí... -dijo la mujer, dudando sobre lo qué debía agregar- ¿de parte de quién?

-De parte de Silvia.

-¿Silvia?... Bueno, pero el señor se encuentra indispuerto, no podrá recibirla. Pero si quiere tomo nota.

-No -insistí-, tengo que verlo personalmente.

La mujer volvió a titubear. No parecía segura de lo que debía hacer, por lo que no le dejé tiempo para que pensara y me adelanté:

-Es solo por un momento.

-No sé, es que...

-Solo tengo que hacerle una pregunta.

-¿Una pregunta? No, no podrá ser, es que se encuentra indispuerto.

-¿Está en cama?

-No... Está en el jardín, pero no podrá atenderlo.

Comencé a impacientarme y ya decidida del todo le tiré con el último recurso:

-Por favor, señora, hice muchos kilómetros para verlo. No me haga este viaje inútil.

-¿Es familiar suyo?

-Sí, soy una sobrina.

-Hubiera comenzado por ahí- dijo, y al rato salió por la puerta principal, con un manojo de llaves.

-Discúlpeme -decía mientras abría el portón-, hubiera comenzado por decirme que era una sobrina. El señor nunca recibe visitas de familiares. Y antes de enfermar había dejado orden expresa de no recibir a ningún conocido. Cosas de gringo, ¿vio?

La mujer me condujo por una sala enorme y después por un pasillo hasta una biblioteca que daba directamente a un patio, de donde entraban los últimos rayos de sol. Me indicó con la mano a donde estaba un hombre en una silla de ruedas, de espaldas. Me acerqué para verle la cara, pero como advertí que permanecía inmóvil, con la mirada perdida entre las ramas de un árbol, pregunté:

-¿El señor Jacobsen?

Pero no me escuchaba.

-¿El señor Jacobsen?- volví a preguntar y no recibí respuesta.

La mujer que lo cuidaba se había acercado para decirme que él no podía escucharme.

-Pensé que ya lo sabía -dijo la mujer-; él tuvo una parálisis y no puede escucharlo. O mejor dicho, no puede contestarle, porque los médicos dicen que es posible que pueda escuchar lo que uno dice. Aunque es lo mismo, porque no puede quejarse y una no puede saber si está bien o si está mal. Mientras la mujer me hablaba yo contemplaba su rostro casi anciano pero aún atractivo. Tenía una mirada tranquila y profunda y un perfil de antiguo vikingo, rubio, casi calvo. «Ese es Jacobsen -pensé-; este es Jacobsen».

-¿De dónde dijo que venía?- me preguntaba la mujer.

-De Noruega- contesté.

-¿Noruega? ¿Eso queda cerca de Dinamarca, no?

-Sí, muy cerca.

-Claro que sí, porque el señor me contaba, cuando estaba bien, que su familia era de allá, pero nunca nadie había venido antes a visitarlo. Eso debía dolerle mucho, porque nunca hablaba demasiado de su familia. Lástima que nunca...- dijo, y bajando la voz me llevó un poco aparte-. Lástima que nunca sabrá que estuvo aquí.

-Pero, ¿no es que puede escuchar?

La mujer torció la boca con un gesto escéptico.

-Eso dicen los doctores, pero yo lo veo todos los días y para mí es una planta más en el jardín.

Me di vuelta y miré otra vez a Jacobsen.

-El doctor Murena, que es una eminencia, me dijo que no le quedan muchos días de vida.

Allí estaba la espalda y la cabeza casi calva del único hombre que mi madre había amado y esperado, derrotado para siempre. Sentí curiosidad, casi lástima, y me acerqué para mirarlo de frente. Sus ojos aún tenían vida, aunque parecían mirar a lo lejos, como quien está sumergido en un recuerdo o en un pensamiento melancólico, con la frente relajada. Había envejecido muy rápido, totalmente. Su rostro era el rostro de un anciano que nos demuestra que la vida humana es ese tiempo en que las creaturas pueden reírse. Porque así como un niño con poco tiempo de vida aún no sabe reírse, así también los ancianos olvidan cómo se hace. Y esos dos tiempos son las puntas de un arco que se asienta sobre la naturaleza animal y sobre el misterio de un espíritu que aún no llega o que ya se fue.

Lo miré con tiempo: era él. Y tal vez era también el hombre elegante que yo veía de niña, parado en la dársena del puerto, todas las tardes de febrero, hombre del cual yo casi me enamoré, piensa Consuelo.

-Usted no perteneció a esa especie contemporánea de hombres que se adaptan a las circunstancias -se me da por pensar-; usted debió pertenecer a esa otra especie de románticos que viven y mueren persiguiendo una idea o permaneciendo fieles a una pasión, por algo real o por algo imaginario. Me agaché hasta sentarme en los talones y vi sus ojos azules que buscaban algo indefinido. Encontraron mi rostro que se acercaba y, sin saber bien lo que hacía, lo besé en la boca, sin ganas, pero obedeciendo a un mandato, a una orden. Y cumplí. Su rostro continuaba inexpresivo, tal vez había un leve cabeceo hacia los costados, pero eso debía deberse a la vejez o a la debilidad de su enfermedad. Tal vez sus ojos querían decir algo sin su permiso, porque se humedecieron en una proporción mínima. O no se humedecieron más de lo que estaba y fue solo una impresión mía. Sí, tal vez fue solo una impresión mía; tal vez usted ni era Jacobsen, quise pensar. Me levanté y vi a la empleada que esperaba en la puerta de la biblioteca, mirándome sin saber qué hacer.

Yo quería quedarme aquí, contándole todo lo que usted no debía saber, haciendo las cosas al revés para terminar con la maldición de Paquita, porque he vivido toda la vida ocultando y mintiendo sin buenos resultados. Y como si fuera lógico lo que iba a hacer, me acerqué a la empleada que me esperaba en la puerta y le dije que yo me iba a quedar con usted, para acompañarlo toda la noche. Creo que dudó en algún momento, pero estaba decidida a tomarse libre. Usted debe ser muy aburrido para ella... Me dijo que su señora volvería esta noche, pero por lo visto no volvió. ¿Es su

esposa? También me pidió encarecidamente que cuidara al gato, pero con la conversación hasta me olvidé que tenía su comida en la heladera. En el fondo esa empleada suya es una irresponsable, ¿no? Dejarlo solo aquí, en una casa tan grande y tan bonita con una desconocida.

Aún no amanece, pero un suave resplandor comienza a notarse en el horizonte, entre las ramas de la acacia gigante que de repente multiplica su población de pájaros ruidosos. Uno de ellos, tal vez el más pequeño e inquieto, se acerca a Consuelo y gorgotea con una fuerza casi escandalosa que la hacen apretar más fuerte el mamut. Es el único momento en que el gato de la casa abandona su postura de dios egipcio para deslizarse como un cazador. Pero cuando está a punto de saltarle encima, el pajarito vuela y él se queda mirando por un instante a Consuelo, como si reconociera su derrota y se avergonzara por eso. O como si me culpase a mí por haberlo espantado, piensa ella, mientras amanece.

Querido Jacobsen:

Le mando este libro que no sé si le pueda gustar. Charly dice que es bueno de veras y que se ha vendido como pan caliente en los Estados Unidos. Hay muchas cosas que quisiera contarle, pero como comprenderá no puedo hacerlo por carta y usted ya no recibe más visitas que las del doctor Garmendia y sus colaboradores. No lo culpo. Su situación no es fácil. Yo sé que lo suyo no fue solamente en defensa propia, sino que hay algo más ahí que nunca quiso contarme. Y no lo culpo. Al fin y al cabo yo siempre fui su mucama.

Agst.

Luego de esa breve distracción, el gato vuelve a subirse a la mesa de piedra, con mosaicos de ajedrez en el centro, y continúa mirándola, como una estatua, de forma que incomoda al límite sus nervios. ¿No le parece insostenible que un animal nos mire así toda la noche?, pregunta Consuelo, y procura mirar para otro lado. Pero el gato no se mueve. Sobre todo a esta hora, ¿qué puede querer allí, mirándonos todo el tiempo con esos ojos amarillos? ¿Qué clase de pueblo poseído debió ser el egipcio para tomar a esos demonios como dioses? No resiste y vuelve a mirar: esos ojos amarillos que en la semioscuridad brillan, de vez en cuando, como rubíes. Imagino que usted soporta esos ojos porque no puede hacer nada. O no se da cuenta quién nos está mirando por ellos ahora.

Consuelo se levanta, rápida pero cautelosa, y se aproxima al gato que levanta los ojos y maúlla suavemente. Lo agarra del lomo y se lo lleva a la fuente que está debajo de un roble, llena de agua estancada y hojas podridas. Solo en este momento Voltaire comprende las intenciones de la visita, cuando se aproxima diez centímetros a la fuente y comienza a maullar, esta vez con pánico, tratando de fijarse con sus cuatro patas al borde azulejado de la fuente, primero, y a los brazos de Consuelo después. Ya no es el gato ágil de antes, pero igual logra clavar las uñas en los brazos de la agresora que logra sumergirlo por debajo de las hojas podridas y de repente todo se vuelve oscuro y frío. Consuelo siente las uñas del animal entrando en su carne, como agujas frías, y enseguida una especie de pinza dolorosa que deben ser sus dientes que perforan su mano derecha. Reprime un grito de dolor y aprieta aún más al pequeño demonio para que afloje la fuerza de sus espinas, pero el gato continúa ofreciendo

resistencia debajo del agua, por un tiempo que a Consuelo le parece exagerado, más propio del demonio que de un simple gato. Pero finalmente vence la visita y se consume el crimen del gato, ante los ojos aparentemente indiferentes de su dueño. Consuelo saca las manos del agua oscura, las que comienzan a sangrar desde las muñecas, mientras la fuente vuelve lentamente a la tranquilidad.

-Usted pensará que matar gatos es una actitud infantil -dice Consuelo, mirándose las manos que no se atreve a secar-, porque de chico habré aplastado hormigas con un martillo, le habré cortado patas a más de un grillo y quién sabe qué cosas que jamás le conté a nadie. Pero a mí no me gusta hacer nada de eso. De niña siempre fui muy pacífica. Pero seguramente no podría comprender ciertas cosas.

Consuelo sabe que ha matado al gato pero no al demonio, y que el demonio volverá tarde o temprano, tal vez en el cuerpo de otro hombre. ¿Y qué hará entonces?

Querido señor Jacobsen:

No se preocupe por Voltaire. Nunca le faltará de comer hasta que usted regrese a su casa. Para no volver tan seguido allí, lo hemos traído con nosotros, a Villa Devoto. Solo que ahora no sale de noche.

Supongo que su silencio se debe a que estará muy ocupado en convertirse en un cóndor. He pensado mucho eso que me dijo de la reencarnación y creo que a mí me gustaría seguir siendo una mujer. Quisiera seguir siendo Yo misma.

Saludos, su amiga y servidora,

Augusta

Seguramente que ni se imagina cómo conocí a Voltaire. Lo encontré una tardecita flotando adentro de una bolsa de nylon en las aguas de la dársena Oeste. Parecía una rata negra adentro de una burbuja de aire y se había salvado porque el supersticioso marinero que lo tiró desde algún barco, con pocos días de vida, había anudado la bolsa sin quitarle el aire. Y cuando pude engancharlo con un alambre, ya comenzaba a entrar agua por los orificios que el mismo gatito todavía sin nombre había hecho en la bolsa, desesperado por escapar de esa agua al principio seca como gelatina que se movía debajo de sus patas. Podía haberlo llamado Moisés, pero como no había nada de sagrado en su apariencia de cachorro mojado y tembloroso, y como no me gustaban las cosas obvias, le puse Voltaire, no sé si por el filósofo ateo o porque me vino a la mente esa breve calle que iba a ser mi primer destino al llegar a Buenos Aires. A mí siempre me atrajeron sus ojos amarillos y su pelo negro como noche sin luna, una ventaja de la naturaleza que la cultura humana convirtió en desgracia.

Se detiene un momento, deja de acariciar el opalino y lo mira a Jacobsen.

Ahora que ha amanecido puede verlo mejor, aunque está agotada y los ojos se le cierran sin remedio. Él también lucha para no caerse dormido, aunque más bien parezca una de las estatuas que vigilan la sala principal.

Ninguna expresión en su rostro sugiere que ha comprendido algo de lo que le dijo. Por un momento, Consuelo piensa que ése no es Jacobsen, y, si lo es, es como si no lo fuera o como si hubiese dejado de serlo. Lo mira otra vez a los ojos, esos ojos azules y ensimismados que miran hacia adentro.

Los ojos pensativos de la muerte, dice Consuelo y vuelve a su silla para no enterarse que el pobre viejo no ha resistido tantas horas en esa posición de confesor, escuchando lo que tenía que escuchar antes de

convertirse en cóndor, mientras en un rincón de un basurero, en Montevideo, una rata camina lentamente sobre un trozo de papel que todavía dice: ...el por qué ahora no importa te escribo porque ya sé que el encuentro es imposible. Ya no tengo miedo, como siempre tuve miedo a las esquinas de Montevideo, porque me imaginaba que un día volverías y terminaríamos por cruzarnos sin querer o a propósito. Ahora que nada de eso es posible, me animo a escribirte y te juro que me emociono solo de pensar que podrás estar leyendo y estudiando la forma de estas letras, que ya no son las letras que elogiaban mis viejas maestras en España. Y me pregunto, yo, que siempre tuve pánico de encontrarte, ¿qué sentiré cuando deba enfrentarte en la Eternidad? ¿O es que la Eternidad se limitará a nuestro pasado y no será necesario sumarle nada más? Ni explicaciones ni miedos de volverte a ver... Prefiero esa posibilidad. Ya ves; he recogido tu promesa de amarme toda la vida y más allá también, aunque todo eso ya esté bien fuera de moda. Promesas son promesas. Y tengo derecho a reclamarla, porque yo he cumplido con mi parte de serte fiel toda la vida. Por siempre tuya,
Mabel.

El gato asoma un poco a la superficie rompiendo, lentamente, el espejo de agua oscura que no se aclara con las primeras luces de la mañana, y ahí se quedará, casi como un pequeño bulto de hojas de roble, hasta que alguien decida limpiar la fuente. Por su parte, la rata da vuelta sobre su cuerpo y comienza a roer el papel por el lado donde dice ¿O es que la Eternidad se... mientras caen unas gotas del cielo. Pero la lluvia no es lo suficientemente fuerte y la rata continúa comiendo: Eternid...

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo